RUTH LILLEGRAVEN
ERES SANGRE DE MI SANGRE
MAEVA | NOIR

RUTH LILLEGRAVEN

ERES SANGRE DE MI SANGRE

Traducción:
Bente Teigen Gundersen
y
Mónica Sainz Serrano

MAEVA | NOIR

Índice

Portada
Dedicatoria
Nota de la autora
Cita
Prólogo
Primera parte. El trabajo
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17

Segunda parte. Los niños
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Tercera parte. La montaña
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72

Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Epílogo
Agradecimientos
Créditos

Para Eva Hildrum

Nota de la autora

ESTO ES UNA obra de ficción, por eso me he permitido realizar algunos cambios con respecto al mundo real. El Ministerio de Justicia y Seguridad Pública de Noruega está ubicado en Nydalen desde 2011. En los libros sobre Clara, he situado este ministerio en la sede gubernamental 5 (R5), en Akersgata, en el centro de Oslo.

Un lector atento reconocerá algunos sucesos que fijan la trama alrededor de los años 2020-2021. Sin embargo, y de manera consciente, en esta novela he decidido concedernos una pausa de la pandemia.

Eres sangre de mi sangre y hueso de mi hueso.
Te brindo mi cuerpo, que los dos seamos uno solo.
Te entrego mi espíritu hasta que nuestra vida esté consumada.

Votos matrimoniales celtas del período precatólico (extracto)

PRÓLOGO

ANDREAS

1 de octubre

NIKOLAI ESTÁ TUMBADO junto a mí en este espacio estrecho y oscuro. Hay tanto ruido aquí dentro. Los sonidos del motor, los neumáticos, todo se convierte en un zumbido que me embota la cabeza mientras nos llevan cada vez más lejos. Más lejos de casa.

Nikolai lleva a mi lado desde que estuvimos en la tripa de nuestra madre. Ella me contó que yo estaba preparado, con la cabeza hacia abajo. En cambio, mi hermano estaba encima de mí, esperando a que yo fuera el que nos sacase de allí; él casi siempre espera que yo arregle las cosas.

Últimamente viene a menudo a mi cuarto en mitad de la noche. Hay un colchón en el suelo, pero siempre se mete en la cama conmigo, sobre todo después de lo que le ocurrió a papá. Huele a pies y a pedo, pero el pelo le huele bien y es mi hermano, mi hermano pequeño. Sí, nacimos al mismo tiempo, pero de alguna manera yo siempre he sido un poco el hermano mayor.

Es normal que Nikolai esté tumbado a mi lado.

El resto no es normal.

—¿Estás bien? —susurro con timidez.

—Sí —responde él, pero sé que está llorando.

—Nikolai, piensa que todo va a salir bien y entonces saldrá bien. ¿Vale?

Él solloza, y casi puedo percibir el olor de sus lágrimas, aunque no creo que las lágrimas huelan a nada.

Estoy incómodo, me ha dado un tirón en una pierna, intento estirarla. ¿Cuánto tiempo llevamos tumbados aquí? ¿Una hora? ¿Dos? ¿Tres? No lo sé. Es imposible decirlo, aquí dentro todo está oscuro, y es probable que afuera también lo

esté. Me siento raro y tengo náuseas, ¿será que nos estamos quedando sin oxígeno? Pero. No. Debo. Pensar. En. Eso. Si me dejo llevar por el pánico, a Nikolai se le irá la pinza por completo, y eso no debe ocurrir.

Mamá debe de haber llegado a casa hace ya un buen rato. No llamó a una canguro porque no iba a quedarse hasta tarde. Eso es lo que dijo esta mañana. Lo dice a menudo aunque no sea cierto, pero hoy me pareció que lo decía más en serio que de costumbre.

Me la imagino. Clara, mamá, la ministra de Justicia. Abre la puerta, avanza entre las mochilas, las chaquetas, los zapatos que están tirados por todas partes y que siempre dice que la ponen de los nervios, aunque no haga nada para remediarlo. Luego se da cuenta de lo silencioso que está todo. Nos llama. Nos vuelve a llamar. Y es entonces cuando comprende que algo va mal, muy mal.

—¿Andreas? —dice Nikolai—. Tengo miedo.

Claro que tiene miedo. Yo también lo tengo, pero no puedo dejar que él lo sepa. Tampoco debo perder los nervios con él, no en este momento.

—Todo irá bien —respondo, intentando hablar con la voz de papá.

—¿Vamos a morir? —balbucea.

—Claro que sí —le digo—. Pero no ahora mismo. En unos ochenta años o así.

—¿Cómo lo sabes?

—Simplemente lo sé. Cálmate, anda. Piensa en papá.

Enseguida me doy cuenta de que la palabra «papá» ha sido un error. Hace que comience a sollozar y a retorcerse.

En ese momento tomamos una curva pronunciada y, acto seguido, otra más en dirección contraria. Percibo algo ácido que me sube por la garganta y tengo que tragar saliva. Por favor. No. Puedo. Vomitar. Aquí. Ahora. Vuelvo a tragar saliva y la sensación desaparece, pero Nikolai sigue sollozando y lloriqueando.

—Nikolai —digo, esta vez procurando hablar con la voz de mamá—. Vamos a hacer un esfuerzo.

PRIMERA PARTE
EL TRABAJO

1

CLARA

Un mes antes, 1 de septiembre

—VAMOS ALLÁ —MURMURA la primera ministra a mi lado—. Sal.

Las noto justo en el momento en que salgo a la plaza frente al Palacio Real: las gotas. La primera me alcanza en la mejilla; la segunda, en la mano; la tercera, en la frente.

La presencia de los medios de comunicación es apabullante, aunque solo vayan a nombrar a dos ministros nuevos en esta ocasión. Observo a las personas congregadas sin cruzar mi mirada con la de nadie, fijándola tan solo en los objetivos de las cámaras, negros y de diferentes tamaños. Es como enfrentarse a una maraña de bocas de pistola.

—Tú haz como si nada —susurra la primera ministra mientras caen más gotas.

Tiene una mano colocada en mi zona lumbar, la otra descansa en la espalda del nuevo ministro de Salud. Su intención tal vez sea la de brindar apoyo y aliento, pero, de ser así, funciona solo hasta cierto punto. Tiene la mano apretada en un puño, más como una amenaza que como un consuelo, y lo presiona contra el tejido de mi costosa americana, cada vez más empapada por la lluvia.

He optado por una indumentaria infalible: falda negra, americana negra y zapatos de tacón de aguja del mismo color. La blusa celeste está recién planchada, pero se arruga a cada segundo que pasa y con cada gota que cae.

—Qué elegante vas, mamá —me ha dicho Nikolai esta mañana, como de costumbre más generoso con los cumplidos que su hermano. Andreas parecía estar de mal humor, es posible que no le guste que haya aceptado el puesto.

Los periodistas y los fotógrafos se han puesto las capuchas

y han abierto los paraguas. Yo no tengo donde cobijarme, y la lluvia ya ha empezado a mojarme el rostro. No obstante, sonrío. Fue lo último que nos ha dicho la primera ministra antes de que saliésemos, que no quiere ver ni una sola foto en la que mostremos una expresión sombría.

Debemos parecer contentos, fuertes y a la defensiva; eso es lo que su puño también indica. Contenta. Fuerte. A la defensiva. Contenta. Fuerte. A la defensiva. Clic, clic, clic.

Permanezco bien erguida sobre los tacones de aguja. Las suelas son tan finas que noto la grava en la planta de los pies. Me desplazo con cuidado un par de centímetros para evitar una piedra de cierto tamaño.

Se dice que la ex primera ministra Gro Harlem Brundtland siempre llevaba una piedrecita dentro del zapato cuando se enfrentaba a situaciones en las que podía acabar llorando. Es posible que sea una solución para las personas con cierta propensión al llanto, pero ese no es mi caso.

El ministerio de Justicia solía estar entre los más codiciados del Gobierno, pero tras una serie de burdos escándalos en los últimos años, todo ha cambiado. Soy consciente de que la gente cuchichea sobre el hecho de que ninguno de los candidatos más obvios haya querido el puesto, y que por eso me lo han dado a mí. La primera ministra ha dicho que me lo ofreció a mí en primer lugar. En realidad, no me importa. Yo lo quiero de todas formas. Esta es mi oportunidad, ahora por fin puedo hacer algo.

Dos grupos de personas se han reunido en torno a los periodistas. El más numeroso parece estar compuesto por los familiares del ministro de Salud. Un matrimonio mayor, seguramente sus padres, un par de amigos o hermanos y una mujer rubia y bajita con tres niños. Mis hijos están en el colegio, ni siquiera se me ha ocurrido invitarlos para que me acompañen. Mis suegros, sin embargo, están aquí. Los vislumbro en este instante. Han envejecido mucho durante los últimos meses y los envuelve un cierto halo de tristeza, algo que de vez en cuando me provoca una punzada de mala conciencia. Su hijo estaría aquí si no fuese por mí. Sin embargo, en otras ocasiones solo siento irritación.

Hoy, de hecho, casi parecen alegres, sobre todo mi suegro, un magistrado del Tribunal Supremo ya jubilado. Haavard

siempre se quejaba de que su padre mostraba más interés por mí y por mis logros en Derecho que por las vidas que su propio hijo salvaba a diario. Tal vez tuviese algo de razón. Mi suegra se seca las lágrimas debajo del paraguas. En este momento, veo que hay otro rostro conocido al lado de Åsa, mi suegra. El hombre la estrecha entre los brazos, le besa el cabello, la hace reír. Es Axel, el mejor amigo de Haavard. Lleva toda la vida entrando y saliendo como Pedro por su casa de la residencia de los Fougner, es como un hijo más en la familia.

No me esperaba ver a ninguno de ellos aquí, y en especial a Axel, aunque trabaje cerca de esta misma calle. Resulta extraño, pero me alegra que estén aquí.

Mi suegra alza un ramo de flores, lo extiende hacia mí.

—Ve a recoger las flores —me dice la primera ministra en voz baja—. Rápido, no podemos quedarnos mucho tiempo aquí.

Me acerco a mis familiares. Mi suegra me besa en ambas mejillas antes de que llegue el turno de mi suegro. Luego se acerca Axel, me abraza, susurra algunas palabras de felicitación. No escucho lo que dice, pero percibo la calidez de su aliento en la oreja.

Entonces sucede. Una señora de unos sesenta años con rizos oscuros, la piel reseca y los párpados caídos tras unas lentes gruesas se abalanza sobre mí. En la mano lleva una pequeña botella y la empuña como si fuera un arma.

—Asesina —grita—. ¡Asesina!

Mi cuerpo se tensa, pero continúo sonriendo. Siento como si estuviese esbozando una mueca. De forma instintiva, alzo los brazos como para protegerme. Retrocedo dos o tres pasos, tambaleándome sobre los tacones altos, antes de chocarme con alguien por detrás. El hombre —noto que es un hombre —, me sujeta por debajo de los brazos, me ayuda a mantenerme en pie, evita que me caiga.

—Tranquila —dice en voz baja—. Te tengo.

Durante un segundo o dos, el universo se congela en ese instante. Luego todo reanuda su curso.

—¡Asesina! —grita la mujer de nuevo.

—Regresa con la primera ministra, actúa como si todo fuese normal —susurra mi salvador.

Le echo un vistazo rápido. Es alto y delgado, con un rostro anguloso y ojos de un azul intenso. Cabello rubio tirando a rojizo, barba. Muy masculino, sin duda, parece un veterano de guerra o algo por el estilo; me recuerda a los hombres con los que a veces me cruzo cuando esquío en lo más profundo del bosque los días más fríos de enero, en lugares apenas transitados. Lleva el uniforme del servicio del Parque Móvil del Estado, así que no es policía.

Me uno de nuevo al grupo y permanecemos quietos un par de segundos.

La inesperada y abrumadora lluvia, que nos ha despojado de toda dignidad, y el repentino ataque a mi persona provocan que los fotógrafos traten de contener una sonrisa que denota una mezcla de compasión y regodeo.

—Tú solo sonríe —me susurra la primera ministra—. Sonríe, saluda y da media vuelta.

2

LEIF

«HOY MI HIJA se convierte en la ministra de Justicia de Noruega», pienso cuando me despierto.

Bajo las piernas al suelo, presiono las manos sobre el borde de la cama y trato de superar la rigidez matutina de los tobillos y las rodillas. Siempre mejora después de un rato.

Consigo ponerme en pie, me giro, ajusto la sábana bajera y hago la cama tan correcta y pulcramente como soy capaz. Por la noche siempre anhelo el momento de subir al fresco dormitorio y tumbarme sobre la sábana bien estirada debajo del edredón. Como también anhelo bajar por la mañana a la cocina, hacer café y servirme la primera taza.

Me preparo dos rebanadas de pan, una con gouda y otra con mermelada, me sirvo un café y vierto el resto en el viejo termo que lleva aquí desde la época de mi madre.

Cuando salgo, voy primero a ver a las gallinas. Cacarean y se mueven ajetreadas mientras entro a ponerles el pienso. Me agacho. Un huevo. Dos. Tres. Todavía noto su calidez en la mano cuando salgo a hurtadillas del gallinero, y entro y dejo los huevos en la encimera de la cocina antes de salir de nuevo hacia el establo, donde están las ovejas. Huele a lana, a orines y a animales calientes. Las ovejas balan. Todo es igual, y, sin embargo, nuevo.

Después de atender a los animales salgo para dedicarme a mi nuevo proyecto. Voy a levantar una nueva cerca en la cima de la ladera, hacia el bosque. Allí dejaré que las ovejas pasten cuando terminen de parir en primavera.

Llevo mucho tiempo tratando de concebir un método para tensar las cercas, algo que pueda llevar a cabo yo solo. De momento he desarrollado una nueva patente con una barra de excavación, cintas de carga y un tractor. Funciona de maravilla, y lo único que me pregunto es por qué no lo he

hecho antes de esta manera.

Me detengo, permanezco con el pie apoyado sobre una piedra y me inclino hacia delante, doblando la rodilla, mientras contemplo las vistas. Primero las laderas, luego el bosque de hoja caduca de un ígneo tono anaranjado. Tras él se alza un cinturón de abetos oscuros; no puedo verlos desde aquí, solo sé que están ahí. Los abetos se sitúan en la escarpada pendiente de una colina que desciende hasta la carretera y que tampoco vislumbro desde este punto.

Lo que sí veo es el fiordo. En un día otoñal soleado y sin viento como este, se presenta como una especie de superficie brillante. Resplandece allí abajo, a lo lejos, reflejando la luz de la enorme bóveda celeste hasta llegar aquí arriba, donde me encuentro.

Esa imagen, a pesar de llevar toda una vida en este lugar, todavía me deja perplejo.

Aquí vivo y aquí continuaré viviendo mientras siga con vida. No existe un lugar más hermoso.

Cuando entro en casa de nuevo, me lleno la taza de café. En la mesa junto a mi silla, delante de la ventana, he dejado el libro que estoy leyendo. Tiene casi mil páginas y trata sobre la Segunda Guerra Mundial, como muchos de los libros que leo. Normalmente leería una media hora, pero hoy toca encender la televisión.

Más tarde tendré que seguir trabajando con la cerca y otras cosas, pero esta noche, después de cenar, iré a la alacena del rincón y me pondré una copita, me sentaré en mi silla junto a la ventana, encenderé la lámpara de lectura, escucharé el chisporroteo de la chimenea y me sumergiré en el libro hasta que los párpados me pesen tanto que me toque subir a acostarme.

Disfruto de esas horas. Me gusta mi vida, a pesar de toda la inquietud que siempre he sentido. Tras mi período en el Líbano lo pasé muy mal, y peor aún tras la muerte de Lars. Años y años llenos de preocupaciones que se han ido apilado unos sobre otros, como capas y capas de tierra que forman diferentes depósitos de sedimentos en el suelo.

Últimamente es como si todo fuese bien. Quizá ya sea demasiado viejo, quizá ya no pueda soportar más inquietud.

Me instalo frente al televisor. Clara me llamó anoche; lo

hace todos los días, pero ayer tenía algo nuevo que contarme. No me lo puedo creer: mi Clara, la hija de un pobre campesino. A pesar de todo lo que ha ocurrido entre nosotros, a pesar de la inútil de su madre y de que perdimos a Lars, ha salido adelante. Ahora se sentará a la mesa con el rey.

Apenas la reconozco cuando la veo en las imágenes de la televisión, maquillada e impecable, con traje de chaqueta, blusa y zapatos de tacón. Parece una desconocida, una señorita de ciudad. Por primera vez se me ocurre que también se parece a su madre, Agnes, tal y como fue una vez. Alta. Elegante. Digna.

La voz del presentador cuenta que Clara Lofthus es una apuesta fresca y sorprendente, sobre todo porque la única experiencia que tiene en política son unos meses como secretaria de Estado. Lofthus lleva muchos años residiendo en Oslo, pero sus orígenes se remontan a una pequeña aldea en el norte de la costa oeste. Enviudó hace poco en circunstancias trágicas cuando su marido se ahogó en un lago montañoso de aquella zona. Actualmente vive sola con sus dos hijos gemelos. Su vida privada no resta polémica a su nombramiento.

Comienza a llover. La primera ministra y el nuevo ministro de Salud se agitan con algo de impaciencia, aunque siguen sonriendo. Clara permanece inmóvil, igual de espigada. Están los padres de Haavard. Axel también, observo. Durante un instante siento envidia, me hubiese gustado estar allí.

Una mujer se acerca a Clara y grita, agita algo. ¿Qué está ocurriendo? Una pausa de unos segundos. Luego Clara regresa junto a la primera ministra con una sonrisa algo tensa. Le saca una cabeza a su jefa y también es más alta que su compañero, situado al otro lado.

Piensa que puede hacer muchas cosas que podrían beneficiar a la infancia, me dijo por teléfono anoche. Creo que es cierto, aunque tengo mis dudas acerca del beneficio que ese trabajo les reportará a sus propios hijos, a Andreas y Nikolai. Si me hubiese preguntado, se lo habría dicho, pero no lo hizo. Durante muchos años Clara siempre me ha pedido consejo sobre cualquier cosa; ya no lo hace. Supongo que tiene sus cosas buenas y sus cosas malas. Pero ese brillo en la

mirada rara vez augura algo bueno. Alzo el mando a distancia, apago el televisor, me levanto.

En el supermercado del pueblo, varias personas se acercan a mí para felicitarme.

—Debes de sentirte muy orgulloso —dice la cajera.

Asiento en silencio antes de regresar al coche.

Por extraño que parezca, me gusta conducir el trayecto que bordea el fiordo desde el centro. La angosta y sinuosa carretera con una escarpada montaña a mano izquierda. En verano y en otoño se producen a veces desprendimientos de rocas, y en invierno, de bloques de hielo. A la derecha se abre el fiordo, tras una larga pendiente. El paisaje se despliega y ofrece unas amplias vistas. Montaña, fiordo, cielo. En esta época del año, los árboles de hoja caduca adquieren un tono anaranjado que hace que las colinas ardan como una llama. Este año, las primeras heladas han hecho su aparición mucho antes de lo habitual, y con ellas han llegado también los colores otoñales.

Algunos kilómetros más adelante pongo el intermitente, me dirijo hacia la izquierda y asciendo por la carretera que conduce a la ladera donde vivo. De camino paso por Storagjælet, el lugar donde Clara y su padrastro se precipitaron con el coche hace mucho tiempo. Estoy acostumbrado. Desde hace treinta años, cada vez que voy al centro del pueblo para hacer la compra o cualquier otro recado, tengo que conducir por aquí. No me produce ningún pesar.

Magne murió, y se lo tenía bien merecido. Clara sobrevivió, se salvó contra todo pronóstico, logró salir del vehículo y del fiordo.

En realidad, siempre que conduzco por Storagjælet siento gratitud. Si a Clara le hubiese pasado algo entonces, jamás habría sobrevivido. Ella era lo único que me quedaba.

Hacia finales de este verano, los buceadores encontraron el vehículo de Magne a ciento ochenta metros de profundidad. Sin embargo, no me siento preparado para ver el coche ni para experimentar el malestar que me produce. De alguna manera, durante todo este tiempo imaginé que el vehículo se había disuelto y desaparecido, aunque sé que esas cosas no ocurren.

Cuando me acerco a Storagjælet, vislumbro una multitud congregada en la zona de descanso que han instalado allí. Desde que ocurrió el accidente, han dinamitado la pared montañosa y han desplazado la curva más cerca de esta. Nada tiene el aspecto de antes, excepto porque la montaña sigue estando a un lado y el fiordo, al otro, y hay una buena distancia hasta la superficie del agua.

Detengo el coche, desciendo vacilante y me acerco a la muchedumbre.

Frank Birger, al que la gente conoce como Biffen, alza la mano y se dirige hacia mí. Lo único que quiero es regresar al coche, volver a casa.

—Buenos días —dice colocándome una mano en el hombro—. Estaba convencido de que te habrías ido a la capital a celebrarlo con tu hija.

Biffen debe de pesar unos ciento treinta kilos. Lleva los pantalones caídos de forma que dejan al descubierto parte de su trasero. Parece desaliñado, como uno de esos troles de plástico con el pelo alborotado que colocan fuera de las tiendas para turistas. Pasa gran parte del tiempo en la taberna Grillkiosken, engullendo megahamburgesas y patatas fritas. Gracias a todas las horas que pasa allí y a los muchos años que lleva haciendo de taxista para los alumnos que viven en las granjas más alejadas, Biffen sabe todo lo que ocurre en el pueblo. Considera, además, que su tarea es transmitir ese conocimiento a todo el mundo, lo quieran o no.

A continuación, señala la plataforma de carga de una grúa que se encuentra a pocos metros. Veo el esqueleto oxidado de un coche cuyo conductor y propietario fue el hombre que destruyó a mi familia. Está de vuelta en la superficie, cubierto de barro y algas.

Todo regresa al verlo, pasa a cámara lenta ante mis ojos.

Eran mi rebaño, Agnes, Clara y Lars. Mi rebaño, al que siempre iba a cuidar. Pero no fui capaz.

El pequeño Lars, con todos aquellos moratones. Lars gélido y azulado en la cama del hospital. Clara en el coche de policía tras el accidente. Agnes en la puerta bajo la lluvia.

Todo eso nunca desaparecerá, jamás podrá volver a estar bien.

Me imagino a mi hija, alta y delgada, con un brazo

rodeando la lápida de su hermano, como si la piedra fuese el mismo Lars. Sus ojos, tan tristes y a la vez orgullosos, porque ella lo había resuelto. Comprendí lo que había pasado y me prometí que nadie sabría nunca nada. Ya han pasado treinta años. Nadie lo ha descubierto, y nadie lo descubrirá ahora tampoco.

Biffen sigue hablando, y yo debo darme la vuelta.

—Es increíble que hayan podido sacar el coche después de todos estos años. Pobre Magne, se debió de convertir en comida para peces hace mucho tiempo. Menos mal que Clara logró salir. Ya por aquel entonces era una chica fuerte, tu hija. La ministra de Justicia, quiero decir.

Se ríe entre dientes y se inclina hacia mí, tan cerca que puedo percibir el olor a fritanga de su cuerpo, a sudor añejo, a tabaco y a pelo sin lavar.

—¿Ves a ese tipo con la cámara? —susurra—. ¿Sabes quién es?

Niego con la cabeza. El tipo al que señala me resulta ligeramente familiar, es un hombre alto de hombros anchos y mirada punzante; lleva una de esas ridículas perillas en la punta del mentón, pero no soy capaz de situarlo.

—Es el hijo de Kjellaug Haugo —dice Biffen en un tono cargado de dramatismo.

Kjellaug había sido la *femme fatal* del pueblo, con su complexión delicada y su larga melena, sin inhibiciones. Tan bella como Agnes, pero sin el estilo y la elegancia que tenía mi mujer. Su cama se convirtió en el lugar de paso de todo el pueblo hasta que tuvo un hijo al que llamó Halvor. Nadie sabía quién era el padre. Kjellaug cambió de vida por completo; se compró una casa, consiguió un trabajo como auxiliar de enfermería y jamás volvió a aparecer en ninguna fiesta.

Mientras los otros chavales de la zona iban en bicicleta hasta la pista de fútbol y entrenaban, el enorme hijo de Kjellaug permanecía en el sótano, con las cortinas echadas, jugando al ordenador día y noche mucho antes de que todos los niños lo hiciesen.

No lo he visto desde que era un adolescente, un niñato gordinflón lleno de granos y con tetas, pero en los últimos años se ha dedicado a escribir para el periódico. Así que no

llegó a echarse a perder del todo. Al contrario, resulta evidente que hace ejercicio, se ha convertido en un hombre robusto, musculoso y fuerte.

—Está en todos los saraos —susurra Biffen con su mal aliento.

Alguien debe de haberle indicado a Halvor que he llegado, pues se abre paso entre la multitud en dirección hacia mí.

Ahora mismo no puedo hacerle frente. Han nombrado a Clara ministra de Justicia. Los restos del coche de Magne han sido rescatados del fondo del fiordo. Tengo más que suficiente para digerir en este día como para encima tener que hablar con un periodista.

Me doy la vuelta, regreso al coche y me apresuro a subirme. Arranco y salgo a la carretera con un derrape.

3

SABIYA

—HOLA —DICE MAGNUS Due-Salomonsson, o como se llame, y extiende la mano. Me incorporo ligeramente y se la estrecho. El apretón de mano es igual de lánguido y flojo que el tipo en sí: no me inspira ninguna confianza. Un abogado de verdad no dejaría que me pudriera en una puta cárcel mientras mi vida se aleja cada vez más.

—Bueno —dice cuando se sienta en la silla que hay junto al escritorio; yo estoy sentada sobre la cama—. ¿Tienes algo nuevo para mí, Sabiya?

Odio la manera en que pronuncia mi nombre, como si lo acentuase mal a propósito. Se lo he comentado varias veces, pero ya he desistido.

—¿Si yo tengo algo nuevo? —le espeto—. Pensé que eras tú el que tendría alguna novedad para mí.

—Sabiya —dice frotándose un poco el rostro antes de continuar.

No se ha afeitado, pero el traje que lleva es caro y el corte de pelo también. Un pijo consentido, uno de esos a los que yo solía odiar cuando deambulaba por la ciudad hace veinte años.

Entrelazo las manos y froto los pulgares, uno contra el otro, a la altura de la articulación, una mala costumbre que he adquirido últimamente. La piel ya tiene llagas. Apoyo los codos en las rodillas, que suben y bajan cubiertas por un pantalón de chándal. Así es como me siento todo el rato, no puedo estarme quieta. Observo que a él le pone de los nervios y eso me proporciona en realidad una especie de alegría retorcida.

Es algo que me asombra. A pesar de todos los años que he dedicado a crear una nueva Sabiya, parece que jamás haya llegado a ser más que un fino cascarón que ahora se agrieta,

de forma rápida y brutal. Con cada día que pasa es como si percibiese que el ángel negro que alguna vez fui, mi auténtico y verdadero yo, aparece cada vez con mayor nitidez.

¿Le hubiera gustado a Haavard esta versión de mí o le hubiera asustado? Jamás lo sabré.

—Escúchame —continúa el abogado—. Me facilitarías mucho el trabajo si fueses sincera conmigo. Y, como recompensa, yo también seré sincero contigo…

—¿De veras? —pregunto —. Venga, dispara. Tú primero.

—Bueno, la cantidad de pruebas es abrumadora. Van a condenarte. Nuestra mayor esperanza es evitar la prisión permanente, pero para eso tienes que colaborar. Debes poner todas las cartas sobre la mesa. ¿Entiendes?

—¿Evitar la prisión permanente? No he cometido ningún delito, joder.

—Claro que no —responde él con una mirada que dice lo contrario.

Siempre usa ese tono imperativo e irrespetuoso, como si le hablase a una adolescente y no a una médica altamente cualificada en proceso de especialización en uno de los principales hospitales de la ciudad, a una madre con tres hijos que ha ostentado todo tipo de cargos en el AMPA y en los comités de la fiesta nacional.

He trabajado muy duro para convertirme en una buena ciudadana noruega, y ahora me encuentro aquí, en prisión provisional. No es justo. Solía decirle eso a Haavard: la justicia no existe. Él siempre protestaba, decía que era igual de misántropa que su mujer. Mira por dónde, algo teníamos en común, Clara y yo, la esposa y la amante, que por lo demás éramos tan diferentes.

Clara. Toda esta red está tejida a su alrededor.

—¿Has hablado con alguien sobre Clara Lofthus? —le pregunto.

Mi abogado se reclina sobre el respaldo, mira al techo y suelta un poco de aire antes de enderezarse y mirarme a los ojos. ¿Es acaso un destello de regodeo lo que vislumbro en el fondo de esa pálida mirada suya?

—Clara Lofthus, por supuesto —dice—. Clara Lofthus…

—¿Sí? —intervengo ansiosa, parece que esté preparando el terreno para algo.

Se detiene, suelta una risita.

—¿Sí? —repito, impaciente.

—Clara Lofthus es desde hoy ministra de Justicia.

—¿Cómo? —pregunto. Las rodillas, la fricción de los pulgares, todo se detiene.

Clara tenía un puesto como asesora del ministerio antes de que ocurriese todo esto. Eso ya era bastante nefasto de por sí, pero ¿ministra?

—¿Me estás tomando el pelo? —pregunto.

—No —agrega negando con la cabeza—. Es cierto.

En el fondo, lo sé. Debería haberlo previsto.

Después me tumbo sobre la cama. Ni mi abogado ni mi familia me creen. Nadie lo hace. Oficialmente estoy disfrutando de una excedencia en el trabajo por asuntos personales; extraoficialmente, estoy fuera para siempre. No hay nada que indique que vaya a poder salir de aquí. Un triple homicidio con premeditación conlleva prisión permanente, que puede ser revisada y prolongarse a perpetuidad. Y hoy han nombrado ministra de Justicia a Clara Lofthus.

4

CLARA

VIGDIS, MI NUEVA secretaria, me recoge en recepción. Ha sido una de mis compañeras más cercanas desde que me nombraron secretaria de Estado a principios de verano, pero es la primera vez que viene a encontrarse conmigo aquí. Aunque tengo mi tarjeta de acceso y he entrado y salido de este edificio durante quince años, hoy todo debe llevarse a cabo según el protocolo.

Vigdis forma parte del funcionariado. Es una empleada subordinada, pero imprescindible. Yo me he convertido en una especie de política. Ambas somos un engranaje del mismo sistema, de la poderosa maquinaria que constituye un ministerio, al fin y al cabo, aunque desde fuera pueda parecer que esta funciona con lentitud.

—Pobre, estás empapada —comenta—. Tenemos un tiempo muy inusual.

—Sí, el de la costa oeste —digo mientras intento sacudirme un poco la blusa que antes lucía imponente y almidonada para evitar que se me pegue al cuerpo.

—¿Y ya te están amenazando? ¿Saben de quién se trata?

—No —digo negando con la cabeza, recordando los gritos, la palabra «asesina», una y otra vez.

Tengo la sensación de haber visto antes a esa mujer. ¿Debería saber quién es? ¿O era simplemente una de esas personas trastornadas que he visto pasearse por el centro durante todos los años que llevo viviendo en la ciudad? ¿Podría tratarse de aquella mujer que solía ponerse a gritar en la parada del tranvía junto a Gunerius, en la calle Brugata, en esa zona que ahora está atestada de drogodependientes? Su voz, al menos, era igual de estridente y penetrante.

La secretaria general Mona Falkum me espera junto a las puertas acristaladas que conducen a la sección política. Mona

ha sido mi jefa durante muchos años. Ahora me toca a mí ser la suya. Se ha encargado de recibir a una serie de nuevos ministros, pues en los últimos años ha habido una importante rotación de personal.

El momento de la entrega de la cartera ministerial lo decide el gabinete de la primera ministra, y los mafiosos de las cámaras están preparados. Mona sonríe, pero noto que hay algo diferente. El cambio en nuestra relación comenzó cuando esta primavera realicé la impensable metamorfosis de funcionaria de a pie a secretaria de Estado. En este momento percibo también algo frío y escrutador en su mirada.

—Bienvenida —dice estrechándome la mano—. Bueno, ya conoces bien este lugar.

—Claro que sí —respondo. Los fotógrafos se ríen.

Caminamos juntas hacia el antedespacho y continuamos hasta el despacho del ministro. La amplia estancia hoy parece angosta. Han trasladado la mesa de reuniones y las sillas más cerca de la ventana para dejar sitio a todos los periodistas y fotógrafos. A lo largo de la pared opuesta se dispone el resto de la cúpula política, en fila y ataviados con sus trajes más o menos adecuados y más o menos aburridos. La mitad de ellos procede del gobierno de Munch. Los ha nombrado el gabinete de la primera ministra, ya que yo no conozco a nadie del partido. Tendré que tantear a esa gente más adelante.

En este momento solo hay un hombre en el que deba concentrarme, y es el ministro saliente, Antón Munch. Se encuentra de pie frente a su escritorio, que ahora es mío, y que ha sido despojado de todas sus pertenencias.

Munch ha destacado como una persona resuelta y obstinada. Ha sido muy visible en los medios de comunicación, puntuando alto en las clasificaciones de los medios. Fue él quien detuvo mi propuesta de ley, en la que empleé mis mejores años como funcionaria. La propuesta que debería haber proporcionado a los niños en situación de riesgo una mejor protección contra los malos tratos y la violencia. Sin embargo, acepté cuando me pidió ser secretaria de Estado por sorpresa. A pesar de todas las advertencias y de que no tenía experiencia en el partido, accedí en contra de mi buen juicio.

Algunos meses más tarde, él mismo provocó su caída, y

ahora estoy yo aquí.

—Bienvenida, ministra —dice y esboza algo similar a una sonrisa.

Aferra mi mano derecha con la suya antes de agregar la izquierda sobre ambas, envuelve mi mano y la sacude. Lo miro a los ojos y me doy cuenta de que la mirada de Mona no era fría. Esta, en cambio, sí es una mirada gélida.

—¿Cómo es ver a su propia secretaria de Estado ascender de esta manera, Munch? —pregunta el periodista del diario *VG*.

—No podría estar más contento —responde él—. Me siento orgulloso de haber descubierto el talento de Clara. Diría, de hecho, que el que hoy podamos recibir a una ministra joven y con una experiencia… algo diferente en este ministerio es mérito mío.

Aplauso espontáneo. ¿Qué demonios ha sido eso? ¿Acaba de tirarme por los suelos?

Ahora coloca una mano cálida y paternal alrededor de la parte trasera de mi cabeza, muy consciente de que quedará bien en las fotos, antes de acercar la boca a mi oído.

—Flores para ti, zorra —susurra—. Suerte. Será duro.

Mantiene la distancia con una mano colocada en cada hombro y la misma sonrisa falsa y paternal. Luego me sacude ligeramente antes de apresurarse a hacerme entrega de un ramo de flores. Le echo un vistazo.

Lirios blancos, la flor funeraria por antonomasia.

A continuación, se procede a la entrega de la tarjeta de acceso y los correspondientes ramos de flores oficiales del ministerio, que son ostentosos, con un toque de estilo, pero aburridos. Por suerte, alguien ha encargado dos ramos esta vez, uno para cada ministro. En otras ocasiones han metido la pata encargando solo uno. Ahora toca acompañar a Munch a la salida. Saludo a los secretarios de Estado y al asesor político, me percato del lánguido apretón de manos del asesor y de la mirada vacía del secretario de Estado más mayor.

Los periodistas me preguntan sobre mis previsiones. Mona siempre ha dicho que un ministro que no es capaz de formular un par de frases claras sobre aquello a lo que él o ella desea dedicar su tiempo, ya ha mostrado que carece de valor. Por mi parte, he anotado varias proposiciones, las he

memorizado y he practicado. Miro fijamente a los objetivos de las cámaras que me están apuntando y digo la verdad: que mi principal meta es asegurarme de que el Estado y el poder judicial velen por los intereses de los miembros más desfavorecidos de la sociedad, es decir, los niños. Eso es más importante que cualquier otra cosa.

Cuando los representantes de los medios por fin salen en procesión, me quedo a solas con Mona.

—En alguna ocasión me he marchado con los ministros salientes —comenta—. Siempre parecen tan solitarios al alejarse de los focos, cuando todo ha acabado… A uno incluso lo acompañé a la sala de conciertos Stopp Pressen y me tomé una copa de vino con él. Por cierto, ¿te vienes un momento a mi despacho?

Asiento, tomo nota de que vamos a hablar en su despacho, no en el mío. Probablemente se trate de una demostración de poder. Para ella sigo siendo secretaria de Estado, una funcionaria cualquiera, en realidad, tal y como lo he sido durante la mayoría del tiempo que nos conocemos. Y ella sigue siendo la jefa.

—Pronto te darán instrucciones precisas, pero déjame esbozar para ti los puntos más importantes —dice—. Antes que nada, ¿dónde está tu móvil?

—No sé… ¿En el bolso, creo?

—En el bolso, ¿crees? Eso no es suficiente —repone en ese tono autoritario suyo algo irritante—. Siempre, y con eso quiero decir siempre, debes llevar el móvil encima, a cualquier sitio que vayas, hagas lo que hagas. Debe estar encendido y cargado. Debes estar disponible para el gabinete del primer ministro y el servicio de seguridad de la Policía en todo momento, las veinticuatro horas del día. ¿A lo mejor pensaste que debías estar disponible como cuando eras secretaria de Estado? Eso fue un juego de niños en comparación con esto.

—De acuerdo —respondo.

—Además, recibirás un teléfono móvil encriptado. Debes llevarlo siempre contigo, además del móvil oficial, y lo utilizarás para cualquier comunicación que requiera confidencialidad. Cuando viajes a países con los que Noruega no ha establecido ningún acuerdo de cooperación en materia

de política de seguridad, no debes llevarte ninguno de estos teléfonos. Preferimos que no uses jamás tu móvil privado; tampoco debes actuar oficialmente como particular. En segundo lugar…

Se detiene, como para enfatizar la importancia de lo que va a decir a continuación. Me siento mareada y con náuseas, no he comido nada desde las cinco y media de la mañana.

—Llegarán alertas, y llegarán a menudo. Debes estar preparada para acudir a la sala de crisis situada debajo de la fortaleza de Akershus cuando te avisen, siempre con poca antelación. Debes ir de inmediato. Nunca será un buen momento, será aburrido, sentirás que pierdes tu valioso tiempo, casi siempre resultará ser una falsa alarma, pero no tienes elección. ¿Comprendes?

Asiento, aunque su tono imperativo no me entusiasma.

—En tercer lugar… No puedes confiar en nadie, ni en mí, ni en la primera ministra, ni en los miembros del Gobierno, y menos aún en el resto de la cúpula política. Escucha a la gente, pero la única persona en la que debes confiar es en ti misma. ¿De acuerdo?

Hago un gesto afirmativo; me reconozco en sus palabras, esa ha sido siempre mi norma de vida.

—Cuando ocurra una crisis, no puedes contárselo a nadie. Ni a tus hijos ni a tu padre. Incluso si alguno de ellos tuviese previsto aterrizar en el aeropuerto de Oslo un día que hayamos recibido una amenaza concreta contra él.

Me muestro de acuerdo. El sol se filtra entre las persianas, la alcanza a la altura de los ojos, que entorna un poco. Con la mano izquierda, endereza un broche en forma de abeja. ¿Será una abeja reina?

—Que una madre soltera ocupe un sillón ministerial no es algo que ocurra todos los días, y además con la enorme carga de trabajo que tenemos aquí. Debo decir que es una elección valiente por parte de la primera ministra.

—Sinceramente —protesto—, no tiene nada de especial.

—Sí que lo tiene —continúa ella—. Recuerda que la mayoría de la gente que ha ostentado este cargo han sido hombres como Munch, con esposas que han ejercido de madre soltera, o personas con hijos ya mayores. Será duro para ti por varios motivos. El episodio de hoy seguramente

solo haya sido un anticipo de lo que está por venir. Si me permites darte un consejo, deberías contratar a una niñera cuanto antes.

—Ni hablar —le digo—. Me las apañaré.

Durante un instante permanecemos sentadas, en silencio, mirándonos.

—Supongo que querrás instalarte en tu nuevo despacho —comenta ella finalmente.

Asiento con la cabeza. En el momento que me levanto y la luz del sol que acaba de iluminar a Mona cae sobre mi rostro, ocurre algo.

Ya no me siento mareada y sin energía, solo preparada, lista para la pesada responsabilidad que descansa sobre mis hombros. La que fui ya no existe. Ahora soy solamente Clara Lofthus, ministra de Justicia.

«Bueno —pienso—, allá vamos.»

5

HALVOR

DESDE FUERA EL taller parece bastante decente, hasta que uno rodea el edificio y ve todos los coches desvencijados que hay aparcados allá abajo, cerca del río. Entonces el tinglado entero aparece en todo su esplendor y colorido, lleno de detalles y algo ajado. En este momento todo está envuelto en la oscuridad otoñal. Sin embargo, los focos que ha instalado Geir, el mecánico, arrojan una especie de viso dorado sobre todo aquello, incluso sobre el río negro que pasa por allí. En la parcela de Geir no solo se encuentran los coches desvencijados de otras personas, sino todo tipo de vehículos que él mismo ha ido coleccionando a lo largo de los años: buldóceres y pequeñas excavadoras, sembradoras y cosechadoras de patatas, cortacéspedes…

Atravieso el patio y entro en la carpa industrial que se encuentra detrás del taller mecánico. Geir está trasteando con un pequeño coche deportivo rojo.

—Dichosos los ojos —dice estirando su cuerpo menudo, encorvado y huesudo. Geir padece una artritis avanzada, es un milagro que pueda seguir arreglando coches.

—¿Te has pasado a los coches de carreras, Geir? —le pregunto.

—Sí, ya sabes… —responde con una media sonrisa que muestra unos dientes de tono amarronado.

Así es como habla la mayoría de la gente por aquí, sin decir nada en absoluto en realidad. Geir podría continuar así un día entero sin llegar a ninguna parte, y yo no tengo tiempo para eso.

—Los restos que rescataron hoy del fiordo, están por aquí, ¿verdad?

—Pues no lo sé —dice.

—Venga, hombre —repongo—. Sí que lo sabes.

Observo que permanece pensativo, se debate en su fuero interno. Le habrán dado instrucciones claras respecto a no hablar de ello con nadie.

—Sé que el coche está aquí, Geir.

Entonces parece que se rinde y hace un ligero movimiento con la cabeza para indicarme que lo siga hasta el fondo del local.

Hace seis años conocí a Yvonne, su hija, en una fiesta. Bailamos con la canción *This is my life* de Gasoline y Kim Larsen, después me acompañó a casa. Debió de quedarse embarazada la primera noche, algo que en aquel entonces me llenó de orgullo.

El bebé nació y, de pronto, yo ya no era lo bastante bueno para ella, sin que llegase a entender por qué. Me decepcionó, por supuesto, pero, en cualquier caso, estaba totalmente decidido a que la niña fuese tan suya como mía. No dejaría que se criara sin un padre, como me había pasado a mí; iba a estar ahí para ella.

De repente Yvonne se quiso llevar a Lisa al norte, a Kirkenes. Su madre había dejado a Geir, el mecánico, y se había juntado con un tipo de aquella zona. Yvonne quería estar junto a su madre ahora que había tenido una hija. «¿Qué pasa con lo de estar cerca del padre de la criatura cuando uno tiene hijos?», le pregunté. La ley noruega tampoco permitía que se largara de esa manera.

«Es solo por una temporada», dijo, pero como era de esperar no pasó mucho tiempo antes de que ella se buscase a un tipo y tuviese dos hijos más. He empezado a ser consciente de que jamás volverá, que para que eso ocurra, tendría que llevarla a los tribunales. «Deberías mudarte allí», me dijo la gente. No lo entienden. Jamás he estado en el norte de Noruega. Seguramente sea un lugar bonito, pero, por lo que a mí respecta, podría irme a vivir a Turquía; así de ajeno me resulta ese lugar. Jamás he vivido en otro sitio que no sea este, no puedo mudarme a Kirkenes.

Atravesamos una cortinilla de plástico y llegamos a una sala lateral en la que no recuerdo haber estado antes. Las cortinillas sucias siempre hacen que me estremezca y piense en una carnicería, aunque esto en realidad sea más bien un hospital, uno para coches.

Me había imaginado que el coche seguiría tan empapado como cuando lo sacaron esta misma mañana, pero ahora es como si se hubiese encogido. Alguien ha retirado las algas y las conchas adheridas al vehículo. De aquel coche que antaño fue el orgullo de Magne Lia, solo queda un triste esqueleto oxidado. Este coche simboliza de alguna manera todo lo que ha ido mal en mi vida.

Geir saca un cigarrillo de liar, lo enciende con los dedos amarillentos.

—Cuánta historia alberga este coche —comento.

—Bueno, eso ya no lo sé —espeta él.

—¿Qué es lo que no sabes?

Da una calada al cigarrillo, vacila.

—Cada dos por tres retiran coches del fiordo, ya sabes; en la mayoría de los casos se trata de fraudes a las aseguradoras, pero no son tan viejos como este y jamás los sacan de tales profundidades. Por cierto, he descubierto una cosa curiosa que había pensado contarle a la policía.

—¿Sí? —pregunto con precaución, no quiero intimidarlo y que deje de hablar.

Justo en este momento percibo ese agradable cosquilleo en el cuero cabelludo que me indica que estoy tras la pista de algo.

—Mira esto —dice antes de abrir la puerta del conductor —. Aquí dentro había una tapa que hace tiempo se habrá convertido en comida para peces. Pero mira aquí: esto solía ser una manivela para abrir la ventanilla…

Es posible que Geir parezca un tipo cutre, y que lo sea, pero es un profesional de alto rango en su campo. Tras vacilar un poco, prosigue.

—Esa manivela ya era historia antes de que el coche se precipitase al agua. Si te fijas en la rotura del metal, aquí, verás con claridad que alguien seccionó la manivela con una lima. Si me preguntas mi opinión, no resulta demasiado extraño que el conductor se ahogase.

Permanezco inmóvil algunos segundos. El corazón me late con fuerza y siento cómo se me pone la piel de gallina en los brazos y en el cuero cabelludo.

—¿Puedo sacar una foto? —pregunto con toda la calma de la que soy capaz, y saco el móvil.

—Bueno, mientras no pienses en publicarla en el periódico —responde mientras prende de nuevo el cigarrillo.

Esto ya empieza a tomar forma. Por fin.

—Geir —le digo—. Tú confías en mí, ¿verdad?

Me mira, algo incómodo.

—Bueno, sí… ¿Por qué lo preguntas?

Es un hombre simple, pero bueno. Sé que se avergüenza del comportamiento de Yvonne, que siempre le he caído bien, que le doy pena. Yvonne empezó a odiarme cuando me opuse a que se llevara a la niña y contó todo tipo de historias sobre drogas, violencia y otras mierdas a los Servicios de Protección al Menor. La creyeron, quizá porque yo a menudo me enfadaba cuando intentaba hablar con ellos. En cualquier caso, creo que las señoras que trabajan en los servicios sociales siempre toman partido por las madres.

Lisa tiene cinco años. La última vez que la vi tenía cuatro, ya no la conozco. Viéndolo así, lo mejor sería que yo no existiese. Geir es el único de la familia que no me odia, quizá porque en realidad somos dos hombres abandonados en el mismo vehículo ruinoso.

—¿Podrías esperar un poco antes de contarle eso a la policía? —le pregunto.

Alza una mano negra de dedos amarillentos y uñas mordisqueadas y se aparta un poco el cabello.

—Pues no sé… ¿por qué?

—Porque esto podría ser algo grande e importante —digo —. Ahora mismo no puedo explicártelo. Debes confiar en mí. Créeme, la policía no tiene ningún interés en saber que esta manivela fue seccionada con una lima hace treinta años.

—Supongo que tienes razón —responde.

Debo esforzarme para que mi sonrisa no sea demasiado amplia. Algo se ha removido dentro de mí al ver los restos del vehículo esta mañana, y de nuevo ahora. Algo se ha removido, pero también me he sentido un poco excitado.

Ya en el coche, llamo a Leif Lofthus. Como era de esperar, no responde.

Acto seguido llamo al Ministerio de Justicia, explico que me gustaría hablar con la ministra para que haga alguna declaración sobre el rescate de los restos de un coche en su pueblo natal que guardan relación con un accidente que

sufrió cuando tenía doce años. Ruego que me llame en cuanto pueda.

Después me voy a casa. Todavía me resulta extraño vivir aquí solo. Aunque solo éramos mi madre y yo cuando era pequeño, ella se empeñó en adquirir una vivienda unifamiliar. De una u otra manera, consiguió que le concedieran una hipoteca y trabajó el doble durante muchos años para poder hacer frente a la deuda. En una guardería por la mañana, limpiando el colegio por las tardes, haciendo guardias nocturnas en el geriátrico. Para ella era importante que su hijo se criase en una casa en condiciones, decía. Por lo tanto, crecí en una vivienda unifamiliar con una madre que siempre estaba trabajando.

He escuchado a gente decir que le gustaban mucho las fiestas cuando era joven, que siempre había mucha vida a su alrededor. Seguramente fue esa energía encarnizada la que luego invirtió en el trabajo. A menudo regresaba a casa a las once de la noche, fregaba los platos, lavaba y doblaba la ropa, preparaba la comida del día siguiente, se acostaba sobre las dos de la madrugada y se levantaba de nuevo cuatro horas más tarde. En una de las repisas del aparador de pino que hay en el salón guardaba un cartón de vino barato. Los viernes y los sábados se servía una copa mientras veía la tele, nunca más, nunca menos. Era el único lujo que se permitía, pues, por lo demás, escatimaba en todo. Todo consistía en obligaciones y disciplina. Que mi madre alguna vez se hubiese arrastrado de fiesta en fiesta, de hombre en hombre, me resultaba inimaginable.

Con cuarenta y nueve años le detectaron cáncer de mama. Dijeron que todo iría bien, pero el cáncer se extendió rápidamente por todo su cuerpo. Murió dos días antes de cumplir los cincuenta sin que jamás hubiésemos hablado de mi padre. Yo lo había intentado varias veces, pero era imposible. Ella no sospechaba que yo sabía de quién se trataba.

Me siento en el salón y echo un vistazo a las imágenes del día sobre el nombramiento de Clara Lofthus. Al cabo de un rato recibo un mensaje de un asesor del gabinete de Comunicación del Ministerio de Justicia. Me agradece la consulta, pero me comunica que la ministra no hará

declaraciones. Era de esperar; no respondo.

En cambio, descargo una aplicación de esas que se usan para pagar en las estaciones de carga, puesto que desde el periódico insisten en que todos llevemos coches eléctricos. Los imbéciles del equipo directivo creen que es ecológico y sostenible, no son lo bastante listos como para calcular toda la energía que se emplea en fabricar esos coches, ni qué ocurrirá cuando todo el mundo ponga la calefacción en su hogar y recargue el coche con electricidad. La red eléctrica acabará explotando, de eso no hay duda.

Con coche eléctrico o sin él, seré capaz de llegar hasta Oslo, pero antes de nada voy a hacerle una visita a Leif Lofthus.

6

CLARA

DESDE EL ACCIDENTE, odio montar en coche con otras personas, pero esta noche es Stian quien me lleva a casa. Es mi nuevo chófer, según me han informado. A veces otros lo sustituirán, pero Stian será mi hombre y me llevará y traerá del trabajo todos los días.

El tipo tiene mi edad, quizá unos años más. Voy sentada detrás de él en diagonal, que es donde me obligan a sentarme, y desde aquí puedo observar bien su perfil. Tiene el cabello corto en torno a las orejas y en la nuca, y más largo por arriba, de un color rubio cobrizo poco habitual. Su piel está muy bronceada y tiene una penetrante mirada azul. De hecho, se parece a la mía, sin que eso me haga más predispuesta a que me guste.

Stian es, además, el mismo hombre que esta mañana impidió que me rociasen con etanol. En ese momento no sabía lo que era, ni tampoco que él iba a ser mi nuevo chófer. Sigo sin entender por qué estaba allí, en la plaza frente al Palacio Real, pero gestionó bien la situación. Sin duda, también es un buen conductor.

He dejado claro que me gusta ir en bicicleta, que me gusta caminar, que no me gusta depender de los demás. No importa. No puedo negarme a disponer del servicio de conducción. En realidad hubieran preferido que fuese acompañada de un guardaespaldas, pero eso no pienso aceptarlo bajo ninguna circunstancia.

Antes de 2011, solo el primer ministro de Noruega llevaba guardaespaldas. Tras el veintidós de julio, cada vez más ministros han contado con esa protección, entre ellos el de Justicia. Desde entonces ha variado mucho quién ha contado con este tipo de ayuda. Según tengo entendido, la mayoría de los ministros de Justicia no lo ha tenido, y eso es algo que de

entrada me favorece. No puedo imaginarme algo peor que estar acompañada y controlada las veinticuatro horas del día, que me despojen de toda vida privada.

Hoy me he convertido en una de las personas más poderosas del país, pero tengo la sensación de que mi día a día ya está tutelado. Desde este momento alguien determinará mi jornada y tendrá completo control sobre lo que hago. Habrá alguien que escriba lo que debo decir, punto por punto, que redacte mis cartas al director y mis columnas de opinión. Habrá alguien que llene cada hora de mi agenda, que me lleve en coche hasta mi puerta y me recoja allí de nuevo. Alguien que me entregará los trajes recién planchados en mi despacho, me servirá el almuerzo y recogerá los platos después.

Todo lo que diga y haga será juzgado y evaluado, y en la prensa me calificarán con una puntuación de uno a seis.

La gente me reconocerá en el supermercado, en el campo de fútbol, en el bosque.

Tendré una vida organizada, cómoda y con una extrema falta de libertad, una vida en la que otros tendrán el control y una visión general de lo que hago en cualquier momento.

Ya me siento atrapada, aunque me haya metido en esto de manera voluntaria, y es una sensación que nunca he llevado muy bien.

Stian ha intentado hacerme un par de preguntas acerca de cómo me ha ido el día, pero las he ignorado y él ha captado la indirecta y ha dejado de preguntar. Debería agradecerle su ayuda por lo de esta mañana, pero no lo hago. Sí, me salvó de una situación que probablemente no hubiera tenido mayores consecuencias, pero era su trabajo, no es necesario que seamos amigos por ese motivo.

Me apuesto algo a que la gente a menudo intenta hacerle la pelota para demostrarle, tanto a él como a sí mismos, lo campechanos que son.

Soy del pueblo, soy el pueblo, no necesito fingir que lo soy.

Ayuda un poco que él no parezca particularmente servil o sumiso, por muy educado que sea. Es un hombre que está acostumbrado a relacionarse con ministros y primeros ministros, no deja que una ministra malhumorada le afecte el

ánimo.

—Buenas noches —dice cuando llegamos y me abre la puerta del coche.

Intenté dejar claro que al menos eso me gustaría hacerlo yo misma, pero desistí después de que me informaran de que en ese caso pondría en peligro el protocolo de seguridad.

—Mañana estaré aquí a las 6.50 —añade.

Se queda esperando hasta que alcanzo la puerta de entrada. Supongo que forma parte de sus instrucciones.

Axel se asoma al pasillo justo después de que yo entre por la puerta.

—Sssh, los chicos por fin se han quedado dormidos —dice con una leve sonrisa.

—Bien —digo—. Me hubiera gustado verlos, pero se ha hecho muy tarde…

—Estaban cansados —dice Axel—. Te hemos visto en la tele. Les ha parecido que estabas muy guapa.

—Ja, ja —me río, me quito los zapatos lanzándolos al aire y cuelgo el abrigo—. No era mi intención hacerte pasar aquí toda la noche.

—Ya sabes que estoy encantado —dice él, y se pasa una mano por el cabello moreno y rizado.

Axel es más bajito de lo que era Haavard, pero en realidad se parecen, como si hubiesen sido hermanos de verdad, no solo espiritualmente. Lleva el pelo y la ropa algo desaliñados y tiene un carácter relajado, jovial y cálido que siempre me ha gustado. Además, adora a mis hijos, de lo contrario jamás le hubiera pedido ayuda.

Pedir ayuda nunca ha sido mi fuerte, pero desde que Haavard se marchó, no me queda más remedio. Mona no es la única que ha sugerido que contrate a una niñera, pero ni muerta tendría a una desconocida viviendo en mi casa. Yo sola seré capaz de encargarme de mis hijos.

—Para mí es un placer tomar prestados a tus niños cuando mis hijas se van con su madre —dice—. Hemos hecho pizza y hemos jugado al FIFA…

—Ah, qué bien… No han jugado a la Playstation desde que Haavard…

Me detengo. Haavard está muerto. Todos los que están a mi alrededor me consideran una viuda en proceso de duelo,

incluso los que nos conocían lo suficiente como para saber que nuestro matrimonio no era precisamente idílico. En realidad, son los demás los que están pasando el duelo. Los niños, los padres de Haavard, Axel, pero yo no, y eso no se lo puedo decir a nadie.

Tampoco puedo contar la verdad sobre el baño que nos dimos el verano pasado. Cómo lo propicié, cómo hice que nos dirigiésemos a la zona donde la corriente era más fuerte; me sumergí, nadé a ras del fondo y luego vi cómo la corriente arrastraba a Haavard hacia el lugar donde el lago se transforma en una cascada. Todo eso no lo sabrá nadie jamás. Quizá por eso me sienta incapaz de pronunciar su nombre en voz alta.

—Sí, me lo han comentado —dice Axel con una sonrisa triste—. Por cierto, hasta hemos hecho los deberes. Mates y Noruego hechos y entregados.

Se detiene, me estudia con la mirada.

—Ese chófer tuyo parece un poco… ¿irreal?

—¿Irreal? —digo—. ¿En qué sentido?

—Una especie de cruce entre soldado de élite y un guardabosques. ¿Seguro que es de verdad?

—Por Dios, tan maravilloso tampoco es, ¿no?

—Mmm, te queda bien de todas formas —dice Axel, inclinándose hacia delante y besándome en la mejilla.

Me estremezco un poco, aunque Axel es una de las personas con las que más cómoda me siento cuando se produce contacto físico. Permanece quieto unos segundos, como si vacilase, antes de descender los escalones sin mirar atrás. Cierro la puerta tras él. Necesito fumarme un porro en la terraza antes de empezar con todos los documentos, pero antes voy a quitarme este puñetero disfraz.

Me apresuro a subir la escalera que conduce a la segunda planta y entro en el vestidor; me quito la ropa de ministra y me pongo unos vaqueros y una camiseta. Luego asiento brevemente hacia el maniquí Edith. Lleva el nombre de la abuela paterna de Haavard, la persona que en su día fue responsable de que él y yo nos conociésemos, y la que medio siglo atrás trajo este maniquí de París. Ha estado en el rincón derecho del vestidor desde que la vieja Edith murió y vaciamos su casa, ubicada un poco más adelante, en esta

misma calle. Haavard y yo solíamos bromear sobre que el esbelto y elegante torso de Edith nos vigilaba. Sin cabeza, eso sí.

Desde el cuarto de Andreas, donde en realidad duermen los dos niños, se escucha un ruido enervante y repetitivo. Son los putos hámsteres.

Los niños llevaban años pidiendo un hámster. En realidad querían tener un perro, pero sabían que de eso ni hablar. En un momento de debilidad tras la muerte de Haavard, les prometí que podrían tener uno. Me lo recordaban constantemente. «Pronto», les contesté, sin decirlo en serio. Ayer, siendo muy consciente del nombramiento de hoy, entré por impulso en una tienda de animales y me hice con dos hámsteres, dos jaulas y dos cuencos de comida a un precio excesivo.

Los niños no se alegraron tanto como yo me esperaba. Dejaron claro que les hubiera gustado venir conmigo para poder elegirlos. No obstante, se pasaron el resto de la tarde mimando y acariciando a aquellas bolitas de pelo, y apenas rechistaron cuando les dije que iba a empezar en un nuevo trabajo al día siguiente. Discutieron sobre quién podía ponerle el nombre de Van Dijk a su hámster, el jugador favorito de los dos. Acabaron optando por una solución intermedia: dividieron el nombre de Virgil van Dijk en dos y así ambos quedaron satisfechos.

Fue anoche, después de que se quedaran dormidos, cuando empezó el ruido en serio.

Dos condenados hámsteres dando vueltas y vueltas, cada uno en su estrepitosa y chirriante rueda, como si compitiesen por hacer el máximo ruido posible. Mientras los niños seguían durmiendo, porque son capaces de hacerlo bajo cualquier circunstancia, yo escuchaba el ruido a través de la fina pared de mi dormitorio.

—Por Dios —murmuro, saliendo al pasillo para cerrar la puerta del cuarto de los niños, que está entreabierta. Después vuelvo a mi habitación.

El ruido sigue siendo igual de intenso. Saco el teléfono, busco «hámster + ruido» en Google, ojeo los primeros resultados y entro en uno de ellos. Existe algo llamado rueda silenciosa, quizá deba conseguir un par de esas.

Voy a bajar a la terraza a fumar, antes solo tengo que despojarme de los últimos restos de ministra. Entro en el cuarto de baño, abro el grifo, hago espuma con el gel de manos sobre las palmas, las froto contra el rostro, lo aclaro con agua, cojo la toalla, me seco.

Cuando cuelgo la toalla veo algo que me hace estremecer.

Sus pómulos debajo de mi piel.

Además, me mira con mis ojos.

Mi madre. La que hizo estallar nuestra familia en pedazos.

7

AXEL

ME QUEDO SENTADO en los escalones de la casa de Clara escuchando un pódcast.

Últimamente estoy con «When We Were Kings», en el que el periodista deportivo Erik Niva habla de grandes equipos de fútbol y temporadas importantes. Rosenborg, 1996; Dinamarca, 1992; FC Oporto, 2003-2004; FK Anzji Makhatjkala, 2011-2012… La lista es interminable. El dialecto sueco algo pedante de Niva tiene un efecto hipnotizador, es brillante.

Me hubiera gustado poder compartir esto con Haavard, discutir sobre cómo la filosofía de liderazgo socialdemócrata de Nils Arne Eggen fue decisiva para el éxito del Rosenborg, o sobre cómo los antecedentes de clase alta venida a menos de José Mourinho explican su mezcla de arrogancia y hostilidad. Carol, mi exmujer, jamás entendió todo el amor que había en la manera que teníamos de hablar de estos asuntos Haavard y yo.

Sin embargo, rara vez hablábamos de sentimientos. Una excepción fue la última vez que fuimos a Kilsund. Entonces me confesó la relación que mantenía con su compañera, una médica paquistaní, se llamaba Sabiya o algo así. Recuerdo que pensé que traería problemas, creo que incluso se lo comenté. Ahora desearía no haber tenido razón.

Haavard debería haber escuchado el episodio doble sobre Maradona en 1986 que acabo de terminar. El día que murió Maradona incluso lloré. En realidad, mis lágrimas poco tenían que ver con que estirase la pata un adicto múltiple y obeso de sesenta años, era lo que se podía esperar. No, lloré por el hecho de que Haavard y yo, lo que habíamos sido una vez, ya no existía. Con la muerte de Maradona, aquello se hizo muy patente. Lloré por la infancia que jamás regresa, por la época

en la que teníamos diez años y jugábamos al fútbol en el descampado hasta que se ponía el sol, aquella etapa en la que nosotros éramos los reyes.

Ya algo más mayores, solíamos fumarnos un cigarro aquí fuera, cuando los padres de Haavard no estaban en casa. Con los años dejamos el tabaco por completo. Un tiempo después fue Haavard quien empezó a vivir en esta casa. Entonces podía suceder que saliésemos a tomarnos una cerveza. Necesitábamos algo a lo que agarrarnos mientras conversábamos.

Éramos hermanos que no eran hermanos, dos hijos únicos que se habían criado juntos. Tantos recuerdos. Las excursiones futbolísticas a Liverpool. Las noches de pub. La época en la que nos graduamos en el instituto. La baja por paternidad al mismo tiempo. Salir a correr. Los viajes a la cabaña. Las cenas. Los mundiales de fútbol en la tele por las noches. Saltar al agua desde el barco. Bañarnos por las noches en el sur de Noruega.

Lo que recuerdo con más claridad es a Haavard de pequeño, cómo caminábamos juntos hasta el colegio y de vuelta a casa, todos los días. Haavard siempre con la estúpida gorra que solía llevar, la mochila de la que estaba tan orgulloso, su manera de regatear con el balón, las canciones que solía tararear: todas esas imágenes con un filtro en tono sepia. Pensaba que estaría siempre ahí, que envejeceríamos juntos, como nuestros padres.

No es cierto que tuviera que volver a casa para trabajar, pero he pensado que Clara debía de estar agotada y que necesitaba descansar para el día siguiente, o simplemente no he soportado la idea de permanecer ahí hablando mientras ella, en realidad, deseaba que me fuese. Conozco a Clara desde hace muchos años, sé que no le gusta perder el tiempo con conversaciones inútiles. Además, hoy se ha convertido en ministra de Justicia y, con toda probabilidad, tenga suficiente en qué pensar.

Al mismo tiempo, no hay nada que desee más que quedarme aquí.

La primera vez que conocí a Clara fue en el patio trasero del bar Justisen un caluroso día de primavera, justo cuando habían empezado a salir. Haavard se había topado con ella en

el jardín de su legendaria abuela paterna, en cuya casa Clara tenía un extraño puesto de niñera en esa época. Desde entonces mi amigo no había hecho nada más que hablar de la misteriosa ninfa de los fiordos de larga melena.

Caroline y yo ya llevábamos juntos dos años. Estábamos allí sentados tomando una cerveza mientras charlábamos y esperábamos a los demás; la conversación era muy poco interesante, un anticipo de lo aburridísimo que llegaría a ser todo.

Carol había decidido que íbamos a comprar un piso. Justo habíamos empezado a buscar y en ese momento ella estaba ahondando en los detalles: en la disposición de las habitaciones, los armarios de cocina, inodoros suspendidos, todo eso. Se pasaba las veinticuatro horas del día mirando en un portal inmobiliario, frecuentaba los escaparates de las agencias y se las había apañado para recibir un adelanto de su herencia. De alguna manera, siempre estaba demasiado a la defensiva. A ver, sí, resultaba agradable que se ocupase de todo, pero era como si me estuviese envolviendo en una capa de *film* transparente con la intención de que no volviese a salir de él.

En el fondo, en aquel entonces ya sabía que Carol no era la mujer de mi vida. Pero simplemente no tenía fuerzas para desembarazarme de la capa de *film*. De hecho, tuvieron que llegar tres hijas para que estuviese tan desesperado como para intentarlo. Para entonces ya era casi imposible, con todas las propiedades, las cargas económicas, los hijos, los seguros y las fotografías que teníamos en común; unidos de manera indisoluble por todo menos por amor.

Escucho cómo Clara sube corriendo a la segunda planta en el interior de la casa. La puerta de entrada es fina y antigua, y no está precisamente insonorizada; deberían instalar algo un poco más robusto.

He pasado una noche agradable con los niños, pero resulta extraño estar con ellos, en esta casa, sin Haavard. Aquí se nota demasiado su ausencia y el hecho de que jamás regresará.

Pienso que es admirable lo bien que lo lleva Clara. Tiene una fuerza psicológica fuera de lo común. No la he visto llorar ni una vez, ni siquiera en el entierro; permaneció igual

de estoica que siempre, con un hijo en cada brazo.

Aunque Haavard se empeñaba en que Clara no tenía ni la menor idea de su infidelidad, yo siempre pensé que para no enterarse tendría que haber sido ciega y sorda, y ella no es ninguna de esas dos cosas. Tenía que saberlo y, en ese caso, sus sentimientos hacia Haavard debían de ser más ambivalentes que los míos.

Entre padres e hijos hay tantas expectativas reprimidas, decepciones, resentimiento y tantos sentimientos encontrados. Entre las parejas que llevan mucho tiempo juntas hay telaraña sobre telaraña, superpuestas unas encima de otras formando una alfombra oscura, tupida e impenetrable.

Entre los verdaderos amigos, en cambio, existe algo genuino, sin complicaciones.

Resultó casi cómico cuando aquella noche Haavard y Clara entraron en el bar Justisen cogidos de la mano. Ella era muy alta y esbelta, y parecía reacia a ese gesto. Jamás volví a verlos así. Más adelante Haavard me contó, con una sonrisa socarrona, que Clara había vetado que fueran cogidos de la mano. Pero en aquel momento, de camino a exhibirse juntos en aquel bar, lo había aceptado.

Clara tenía la belleza de una modelo, fría y gélida. Era tan rubia como moreno era Haavard; de alguna manera, un contraste acorde a sus personalidades. En comparación con ella, Carol tenía un aspecto ordinario y rudo. ¿Quizá ella misma se daba cuenta? ¿A lo mejor por eso aquel día se mostró arisca y malhumorada de un modo insoportable tan típico de ella?

El apretón de manos de Clara fue sorprendentemente firme para venir de una mano tan fina. Cuando me miró a los ojos, lo supe, experimenté una sobrecogedora sensación de terror mezclado con deleite y una especie de reconocimiento. «Eres tú. Te amo.»

Estuve a punto de soltarle las palabras sin más, y casi desearía haberlo hecho. En realidad, son las mismas palabras que me atraviesan cada vez que Clara y yo nos encontramos, y así ha sido todos los años que han pasado desde entonces.

«Te amo.»

Si transcurre mucho tiempo sin que nos veamos, casi soy capaz de convencerme de que todo es algo que me he

imaginado. Pero cuando nos encontramos, todo vuelve. Con la misma intensidad, igual de tácito, igual de inútil. Así ha sido siempre, así será.

Aquel día en Justisen no dije nada, está claro, me limité a musitar mi nombre. Luego nos sentamos, yo ruborizado y aturdido, Carol arisca y malhumorada, y Clara algo incómoda; más tarde descubrí que siempre lo estaba cuando conocía a gente nueva. El único que estuvo a la altura fue Haavard, recién enamorado y embriagado por la vida.

Por supuesto, de ninguna manera iba a intentar robarle a mi amigo ese nuevo amor. Además, es poco probable que hubiese tenido alguna oportunidad incluso si me lo hubiese propuesto. Haavard siempre había tenido un control absoluto en materia de mujeres, incluso con respecto a Clara, que jamás lo dejó, aunque tuviese buenos motivos para hacerlo.

Mientras que ella no lloró en el entierro, yo, desde luego, sí lo hice.

Lloré, resoplé, moqueé y mi padre tuvo que rodearme con el brazo para consolarme, creo que avergonzado y compasivo a la vez. Él también conocía a Haavard desde que nació y había tenido una estrecha relación con él durante la última época, debido al caso. Tenía los ojos empañados, sobre todo cuando les dio un abrazo a los padres de Haavard.

Me levanto, empiezo a recorrer el pequeño sendero que conduce hasta la verja. Tengo que acostarme en cuanto llegue a casa y no ponerme a saltar de canal en canal en la tele o engancharme al Premier League Fantasy. Así suelen acabar la mayoría de mis noches, sobre todo cuando los niños no están en casa. Todavía me resulta difícil acostumbrarme a que no vivan conmigo todo el tiempo, que pasen la misma cantidad de tiempo con el noviete soso de Carol que conmigo.

Una vez que atravieso la verja de la casa de Clara y cruzo la calzada para dirigirme hacia mi propia calle, me percato de la presencia de un coche negro. Es cierto que en este barrio no faltan los coches bonitos y oscuros, pero ese mastodonte blindado destaca más de la cuenta.

El conductor mira hacia adelante, quizá esté hablando por teléfono. Es probable que me haya visto, pero no me presta demasiada atención. Lo vi cuando trajo a Clara a casa, pero también cuando intervino ante la mujer chiflada en la plaza

delante del Palacio Real. Lo hizo de forma imperceptible y elegante, consiguió que Clara volviese con la primera ministra y se llevó a la loca sin montar un numerito. *La classe,* como dicen los franceses. Se trata de un profesional.

En realidad, debería estar contento por el hecho de que sea este hombre el que vaya a llevar a Clara de un lugar a otro, pero hay algo en el tipo que me irrita sobremanera. El hecho de que permanezca sentado en el coche mirando fijamente al frente mientras habla por teléfono con el manos libres no ayuda. En apariencia, soy invisible para él, aunque estoy convencido de que me ve y de que es más que probable que sepa quién soy.

Ser vigilado e ignorado al mismo tiempo es una combinación nefasta y desagradable por partida doble.

Durante un segundo considero tocar la ventanilla del coche y preguntarle qué hace ahí, pero descarto la idea de inmediato. No tengo ningún interés en meterme en líos con el servicio de seguridad de la Policía o con quien sea que él represente. En cambio, me acerco todo lo posible al coche cuando paso por delante, camino tan cerca que casi rozo la pintura reluciente.

Entonces aparece a mi lado de repente; ha salido del coche en un nanosegundo. Doy un respingo, me detengo.

—¿Axel? —pregunta.

Justo. Sabe cómo me llamo.

Se apoya en el coche y mete las manos en los bolsillos, como para indicar que no me va a atacar. Hay algo en su carisma animal de macho alfa que hace que me entren ganas de iniciar una pelea con él, pero dudo que sea una buena idea.

—¿Ha estado en casa de la ministra? —pregunta.

—He estado en casa de Clara, sí —le respondo.

Es posible que para él sea la ministra, pero para mí no lo es.

—Estaba cuidando a los niños —añado, aunque en realidad no le deba ninguna explicación.

—Bien —espeta—. Lo va a necesitar a partir de ahora.

—Lo sé —comento algo reacio.

—También van a necesitar bastante seguridad, más de lo que ella se imagina.

—¿Y por eso está ahora aquí? —pregunto—. ¿Para vigilar?

—No, solo estoy tanteando —responde con una sonrisa enigmática.

—Claro —digo, tiritando. El otoño ya ha hecho acto de presencia y yo he estado demasiado tiempo sentado en la escalera de Haavard—. Hoy le vi delante del palacio.

Hace un gesto afirmativo y durante un instante parece cansado: un atisbo de humanidad.

—Habrá más episodios como ese. Será como un imán para esa gente, tendremos que hacer que se acostumbre poco a poco a la idea…

—¿Ahora es cuando va a pedirme que intente convencerla de algo? —pregunto con un suspiro—. Ni hablar.

—Pues no —responde—. Solo digo que debería hacerse a la idea de que se acercan nuevos tiempos. No es seguro que siga siendo tan sencillo frecuentar esta casa de ahora en adelante.

Tras pronunciar esas palabras vuelve a montarse en el coche.

Me quedo con la sensación de ser un completo estúpido. ¿Qué ha sido esto, en realidad? ¿Un intento de salvar las distancias? ¿Quería tantearme? ¿O advertirme?

En cualquier caso, me dirijo hacia mi casa en esta noche fría y clara con una sensación de malestar en el cuerpo.

8

CLARA

A LAS CINCO ya estoy levantada. Después de mis ejercicios de respiración, leo rápidamente los periódicos digitales y me hago café y gachas de avena. Luego elijo la ropa para los niños, preparo la merienda y les dejo el desayuno en la mesa. Pronto tendré que enseñarles a hacerlo, pero hoy no.

A las seis y cuarto los despierto.

—Mamá —gruñe Nikolai desde debajo del edredón—. ¿Nos despiertas ahora?

Paso diez minutos insistiendo antes de lograr que se pongan en pie. Al final consigo que se sienten a la mesa para desayunar. Ambos me miran furiosos.

—De acuerdo, chicos —les digo—. Mamá tiene un trabajo nuevo. ¿Lo recordáis?

Ninguno dice nada. Aquí nada sale gratis.

—Me va a venir a buscar mi chófer privado, eso mola, ¿no?

—Sí —responde Nikolai, aunque sin mucho entusiasmo.

—Tengo que irme media hora antes de que vosotros os vayáis al colegio. Pero os pongo la alarma en el móvil para que os avise de cuándo tenéis que salir. Os puedo llamar también desde el trabajo, ¿de acuerdo? Acordaos de coger vuestras mochilas. Las fiambreras con la merienda ya están preparadas. ¿Entendido?

Ambos asienten, serios.

—¿Realmente está permitido eso, mamá? —pregunta Nikolai.

—Sí —respondo—. Sois lo bastante mayores como para que sea normal que cerréis la puerta con llave vosotros mismos.

—Pero papá… —dice Andreas, pero se detiene.

—Lo sé —repongo. Aunque intento sonreír, acabo

esbozando una mueca—. A papá le gustaba estar aquí por las mañanas y acompañaros al colegio.

El labio inferior de Nicolai empieza a temblar. Mierda. Justo es esto lo que hace que siempre se me remueva algo por dentro. Mis hijos, que tanto extrañan a su padre.

—Debemos intentar salir adelante como podamos —digo —. Todo irá bien siempre y cuando cuidemos los unos de los otros. ¿Lo pasasteis bien con Axel anoche?

—Sí, jugamos al FIFA y yo gané —dice Andreas.

—No es verdad, gané yo —protesta Nikolai—. ¡Estás mintiendo!

Estupendo. En este momento al menos parecen ser ellos mismos.

A medida que se hacen mayores aumenta su interés por el fútbol, sobre todo por la Premier League y, especialmente, por el Liverpool. Por raro que parezca, esa afición ha decaído este otoño sin que yo entienda por qué. Al menos, hace poco han empezado a jugar en el móvil a algo que se llama *Soccer Manager*. Cada uno dirige su propio equipo, discuten sobre las lesiones, la forma física de los jugadores, las tarjetas rojas y quién saldrá primero al terreno de juego. Ahora también han jugado al FIFA con Axel. A lo mejor las aguas regresan a su cauce.

Me sirvo otra taza de café, recojo mis cosas. Unos instantes más tarde veo que el coche de Stian está fuera. Solo son las 6.45, pero podría irme ya de todos modos.

—Hasta luego, chicos. Comed una salchicha o algo cuando volváis a casa y haced los deberes. Yo regresaré en cuanto pueda y luego pasaremos un rato guay juntos, ¿vale?

Me miran sin decir nada. Durante un par de segundos solo deseo quedarme.

—Venid —les digo, sin embargo—. Así veis el coche.

Corren hasta la puerta, le doy un abrazo a cada uno antes de recorrer a paso ligero el sendero del jardín.

—Hasta luego, mamá —exclaman desde el umbral casi a coro.

Los niños y yo hemos estado más unidos estos meses de lo que lo habíamos estado en los últimos años. He sido capaz de hacer muchas de las cosas de las que Haavard se encargaba. Les he comprado zapatillas de deporte nuevas. He atado sus

botas de fútbol. He horneado una tarta para que la llevaran a la escuela, aunque fuese de sobre. Los he ayudado con los deberes de matemáticas. Les he acariciado el pelo y les he dado un beso de buenas noches, y he conseguido tener una conversación decente con ellos en varias ocasiones. Los he abrazado más y los he reñido menos. He sentido que lo he gestionado bien. Incluso les he comprado los putos hámsteres.

Ahora, con el nuevo trabajo, todo irá a peor, pero debo apañármelas de alguna manera también en esta situación.

—Buenos días —saluda Stian, abriéndome la puerta del coche cuando me acerco.

—Buenos días —le respondo.

Me abrocho el cinturón. Los niños permanecen en el pasillo como sombras oscuras a contraluz mientras agitan las manos para despedirse. De repente parecen tan pequeños… Les devuelvo el saludo.

—¿Se quedan solos, entonces? —comenta Stian, que también los saluda.

—Sí —digo—. Pero son muy independientes para la edad que tienen. ¿Tú tienes hijos?

Asiente.

—Gemelas, como tú. Dos niñas de cinco años y un niño de dos.

—Ah, entonces tendrás mucho lío —digo yo.

—Sí, sobre todo mi mujer. Yo paso mucho tiempo trabajando.

—¿A qué se dedica ella? —le pregunto.

—También es policía —responde—. Pero en estos momentos trabaja en las Fuerzas Armadas para tener turno de día…

Me observa por el retrovisor y me sostiene la mirada un instante, como para comprobar si me he enterado de lo que ha dicho. Lo he hecho.

Ella también es policía.

Ahora lo entiendo. Mona, el servicio de seguridad de la Policía y todos los demás fingen acomodarse a mis deseos, dejando que crea que tengo un coche oficial y no un guardaespaldas. En apariencia. Pero mi conductor no es del Parque Móvil del Estado. Es evidente que forma parte del servicio de seguridad, en realidad es un guardaespaldas que

está aquí para protegerme, no para llevarme de un lado a otro. Apoyo la cabeza en la ventanilla y miro fijamente al exterior.

En la oficina, Vigdis me ha dejado todos los periódicos impresos en el despacho. Aparezco en la portada de varios de ellos, sonriendo entre los ramos de flores, con el cabello mojado y la blusa pegada al cuerpo, con ojeras.

Los lirios blancos de Munch están dispuestos en el alféizar de la ventana y huelen a entierro. Tengo que quitarlos de ahí; no, mejor tirarlos.

Varios editoriales también tratan sobre el nombramiento y son más positivos de lo que me había imaginado. «Clara Lofthus es una elección fascinante», afirman. «Ha llegado la hora de que el puesto lo ocupen personas más jóvenes y fuertes.» «Lofthus ha dejado atrás una sólida carrera jurídica.» «En los últimos seis meses ha destacado por ser una secretaria de Estado con visión de futuro y una fuerte integridad, además de por haber conseguido nuevos helicópteros para luchar contra los incendios forestales en verano.» «Conoce el Ministerio de Justicia muy bien después de haber trabajado allí muchos años y goza de un alto prestigio entre el funcionariado.»

Vaya. No estoy segura de si, sobre todo esta última afirmación, tiene fundamento. Por supuesto, entiendo a la perfección a qué juegan los medios: construyen un buen relato sobre mí, me ponen por las nubes y me cuidan. Soy bastante joven, mujer y de la costa oeste, soy un soplo de aire fresco. El reverso de la medalla es que lo hacen para que la caída sea mayor cuando me derriben del pedestal dentro de un mes, seis, un año o dos.

Dejo los periódicos a un lado en el instante en que entran Mona y el director de comunicación. Son las 9.00 y voy a dirigir mi primera reunión matutina.

—Buenos días, ¿habéis visto a los demás? —pregunto.

Mona niega con la cabeza. Me levanto, salgo, asomo la cabeza al despacho más grande de los secretarios de Estado, donde me los encuentro junto al asesor político. Están inclinados sobre un móvil, bromeando y riéndose con sorna.

—Buenas —digo.

Me miran como alumnos de secundaria cuando la

profesora entra en el aula.

—Son más de las nueve —repongo—. La secretaria general del ministerio está esperando en mi despacho.

—De acuerdo, vamos —dice el asesor en un tono lánguido.

Ocupa el último lugar de la jerarquía en la cúpula política, en realidad es el último mono en todo el sistema. Yo ahora estoy en la cima, en teoría, incluso por encima de la secretaria general. Sin embargo, como el asesor y yo nos conocemos y hemos trabajado juntos, resulta obvio que piensa que puede hacer lo que le dé la gana.

—Pues venga —insisto, irritada—, que vengan los otros también.

Cinco minutos más tarde se presentan, por fin, los cuatro.

—Bien —comienzo—. En primer lugar, quiero pedir disculpas a la secretaria general y al jefe de comunicación, que llevan diez minutos esperándoos.

Mona asiente, un asomo de sonrisa se le dibuja alrededor de la boca.

—También habéis malgastado diez minutos de mi tiempo, que es muy importante. Es una falta de respeto. Desde este instante vais a ser puntuales, si no, os podéis ir buscando otra ocupación. No necesito a gente que no sea capaz de presentarse a la hora acordada en la primera reunión de la mañana. ¿Entendido?

Se quedan contemplando fijamente la superficie de la mesa, pero asienten. Los secretarios de Estado suelen ser profesionales, mientras que los asesores suelen ser pesos ligeros procedentes de las alas juveniles de los partidos. Aquí todos parecen pesos ligeros, como si se tratase de cuatro asesores políticos.

No es hasta que acaba la reunión cuando recuerdo que se me ha olvidado llamar a los niños para comprobar si han llegado bien. Les envío un mensaje a los dos: «¿Habéis llegado a tiempo?». Nikolai responde «Sí, mamá» y añade un pulgar hacia arriba.

Luego voy a ver a Vigdis.

—¿Cómo tengo la agenda?

—Tienes la próxima reunión a las 10.00 y otra a las 11.00. Reunión de Gobierno con almuerzo a las 12.00. Luego será un

sin parar toda la semana, bueno, todo el mes, en realidad. Mira —dice señalando la agenda.

—Dios mío.

La agenda está completa. Mis días van a estar llenos de conversaciones con otras personas cuando, en mi caso, ni siquiera me gusta la gente y soy más feliz cuando puedo estar tranquila y trabajando concentrada en algo.

—Por cierto, Mona quiere hablar contigo —dice Vigdis—. ¿Te pasas a verla?

Asiento. Otra vez me toca ir a mí a su despacho. No hay problema.

—Clara, pasa —dice Mona cuando llamo a su puerta.

Lanzo una mirada discreta hacia su pecho, hoy lleva una estrella de mar a modo de broche.

—Me ha llamado Munch —dice con una pequeña sonrisa —. Ha leído tu entrevista para *VG*. Ya está publicada en internet. El hombre está furioso.

Ahora lo recuerdo. El periodista de *VG* de ayer, después de que Munch se marchase.

—Solo fui sincera —respondo —. Munch hizo muy poco por los más débiles, para los que debería haber dedicado sus esfuerzos como ministro, y, además, congeló mi propuesta de ley.

—Y ahora tú vas a ponerle remedio —comenta Mona—. «Lofthus afirma que está dispuesta a enmendar las negligencias de su antecesor. «Se acercan otros tiempos», concluye de manera rotunda.»

Levanta las cejas cuando alza la mirada de la tableta.

—¿Qué? —digo—. Es la verdad.

—Si es la verdad o no, resulta irrelevante —dice Mona en tono seco—. ¿Ha sido un gesto inteligente?

Me encojo de hombros.

—Munch se preguntaba por qué he permitido que lo ataques. Además, señaló que todavía seguirías siendo una funcionaria cualquiera si no fuese por él. Ahora va a asegurarse de que tanto tú como yo nos arrepintamos de la manera más amarga…

Se detiene un instante, observándome por encima de las gafas.

—Es verdad, es un payaso, pero sería sensato que te

mantuvieses en buenos términos con tu partido. De lo contrario, no durarás mucho por aquí.

No le respondo, estoy harta de Munch, harta de las amonestaciones de Mona, quiero empezar a hacer mi trabajo.

—Está claro que exagera —dice ella—. Tu nombramiento, por lo visto, goza de cierta popularidad en el partido, sobre todo entre las mujeres jóvenes que están hartas de él y sus acólitos. Otra cosa…

Hace una pequeña pausa retórica, se endereza el broche.

—Pronto te lo comunicarán desde las más altas esferas, pero, como sabes, el servicio de seguridad de la Policía vigila las amenazas existentes contra la ministra y el ministerio. Resulta que el nivel de alerta ha subido durante las pocas horas que llevas en el puesto. Hasta cierto punto, es lógico. Una nueva ministra recibe mucha atención. Pero tú estás recibiendo una cantidad anormal de atención porque eres mujer, rubia, guapa, provocadora de mil maneras diferentes… No debería ser así, pero lo es. En cualquier caso, el servicio de seguridad propondrá medidas inmediatas.

—¿Como cuáles? —pregunto.

—Ya te informarán, pero apuesto a que te pondrán cámaras. Una habitación del pánico en tu casa. Vigilancia policial.

—Eso está totalmente fuera de toda discusión —digo, imaginándome guardaespaldas en las escaleras y cámaras de vigilancia por todas partes.

—Me temo que es algo que no vas a poder decidir tú misma —comenta ella—. En cualquier caso, debes mantener una conversación con el servicio de seguridad, y ni siquiera yo tendré acceso a ella.

Cuando regreso me llega un mensaje al móvil. «Espero que los niños y tú estéis bien. Pienso en ti. Papá.»

Mi padre, apenas he pensado en él. Lo avisé del nombramiento la noche anterior, eso fue todo. Esta noche tengo que llamarlo sin falta.

9

LEIF

«TODO BIEN POR aquí. Te llamo luego. C.», escribe. Cierro los ojos, suspiro.

Poco después escucho que un coche se aproxima a la casa. No tengo ningún problema de audición. Tampoco es que venga alguien por aquí todos los días.

Me pongo en pie, mi organismo entra enseguida en estado de alerta. Así ha sido siempre desde que volví del Líbano hace tantos años. Cualquier imprevisto hace que mi cuerpo se tense. Partí como un hombre joven que no conocía otro peligro que el de los temporales y las infecciones de animales. Regresé como un anciano que sabía demasiado sobre las miserias del mundo.

El Líbano me provocaba sentimientos encontrados. Me alegró mucho regresar a casa, pero, al mismo tiempo, añoraba aquel lugar donde todo era vida o muerte, donde jamás había dudas sobre lo que uno debía hacer y siempre formábamos parte de algo grande e importante.

Al principio, aquí, en casa, todo me parecía extraño y erróneo. Eso me aterraba, la gente me aterraba. Por las noches, permanecía a menudo junto a la ventana, mirando al exterior. La escopeta estaba colgada en la pared del trastero. Durante una temporada, incluso la guardé debajo de la cama.

Era como si nada fuese a ser fácil y bueno de nuevo, y luego ocurrió todo lo de Agnes, Magne y Lars.

He tardado muchos años en sentirme mejor. Este lugar es mi fortaleza, nadie debe venir aquí sin que yo lo sepa. En realidad, a los únicos que quiero ver por aquí son a Clara y a los niños, pero no son ellos los que vienen ahora.

Salgo al pasillo, abro la puerta, desciendo los escalones de piedra.

Es un coche pequeño y lujoso, blanco, con el logo del

periódico en el lateral. Han pasado menos de cuarenta y ocho horas desde la última vez que vi ese vehículo y a su propietario.

—Creo que te has equivocado de lugar —digo.

—Hola —saluda el hijo de Kjellaug—. Leif Lofthus, ¿no?

Asiento, voy a su encuentro, más que nada para evitar que él se adentre aún más en mi territorio.

—Me gustaría charlar un poco contigo —dice, acercándose un par de pasos más.

—¿Sobre qué? —pregunto.

—Sobre el vehículo que sacaron ayer, sobre cuál fue tu vivencia al respecto.

—No estoy interesado —contesto.

—Bien —dice—. Entonces llamaré a tu hija, que, en cualquier caso, es la que más me interesa. También hay otros miembros de la familia con los que puedo hablar.

—¿Quiénes? —pregunto.

—Tu mujer, por ejemplo —repone.

—No tengo ninguna mujer —le digo yo.

—¿De veras? —continúa—. ¿Estás seguro? ¿Qué me dices de Agnes?

Me retuerzo. Agnes y yo, de hecho, seguimos casados sobre el papel. Es algo que debería haber resuelto hace mucho tiempo, con vistas a la herencia y todas esas formalidades. Es más, lo intenté, pero como ella estaba enferma, resultó tan complicado que al final desistí.

—Con ella no se puede hablar —digo yo—. Está en Kleivhøgda, lleva treinta años allí.

—Qué extraño —espeta.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Justo acabo de verla en el supermercado hace un rato —dice él con una sonrisa infame—. ¿Es posible que no estés al tanto, Leif? Tu mujer ya no está en la residencia.

Me quedo helado. ¿Será cierto? ¿La habrán soltado después de todos estos años? ¿Se habrá recuperado tanto como para que eso sea posible?

—¿Y dónde vive? —pregunto al cabo de un rato.

—En el cobertizo para botes de Biffen —continúa.

Biffen tiene un cobertizo a cien metros de la casa en donde vive que ha transformado en una pequeña cabaña.

En verano se la alquila a turistas, sobre todo alemanes, pero alguna vez también se han instalado temporalmente madres solteras que acababan de dar a luz.

—Me sorprende que no lo supieras, pero es un placer ser el que te traiga la noticia.

—Oye —digo—. Creo que deberías marcharte.

Él permanece de pie, mirándome durante unos segundos como para concederme algo de tiempo por si cambio de opinión. A continuación se monta de nuevo en su ridículo cochecito, da marcha atrás hacia el puente junto al pajar y desaparece de nuevo por la cuesta.

No le he contado a Clara lo del rescate de los restos del coche, ni siquiera he hablado con ella después del nombramiento, supongo que tendrá mucho de lo que ocuparse en estos momentos. Ella ha dicho que nunca lee el periódico local, ni siquiera la edición digital.

Con Biffen hablé ayer y no mencionó nada. ¿Quizá no se atrevió? Si lo pienso bien, parecía a punto de explotar de ganas de contarme algo, pero creí que tendría que ver con el coche rescatado. Fue entonces cuando me marché a toda prisa.

Bueno, puedo llamar y avisar a Clara, pero ¿mejorará eso las cosas de alguna manera? ¿Y si Halvor Haugo decide no llamarla y hago que se preocupe sin necesidad?

Resulta increíble, joder. Agnes. Puta Agnes. Fuera por primera vez después de tantos años. Una bala perdida, una perra salvaje y peligrosa suelta por el pueblo.

En primavera, una enfermera muy entregada llamada Bodil nos informó de que mi exmujer había recuperado el habla tras muchos años en silencio. Clara incluso había ido a verla y me dijo después que no había de qué preocuparse.

Las hojas del arce que han caído frente a la casa siguen crujiendo bajo mis pies. No les queda mucho. Tras la próxima ronda de fuertes lluvias, esas pequeñas obras de arte se convertirán en una especie de membrana triste y escurridiza sobre la que deberé evitar resbalarme. Entonces el otoño habrá llegado a su fin y vendrá el invierno.

Me siento bajo el arce, reflexiono, contemplo el fiordo como lo he hecho casi todos los días de mi vida, excepto los seis meses que estuve en el Líbano. Cuando me levanto, estoy

decidido. Tengo que bajar al pueblo, averiguar si realmente es cierto.

APARCO EL COCHE a cierta distancia. El pequeño camino de gravilla que conduce a las casitas junto a la orilla es empinado, forma una curva cerrada desde la carretera principal. En una de las edificaciones vive Biffen, el otro es el cobertizo para botes, que se ha convertido en una especie de vivienda minúscula desde la que uno puede escupir directamente a las olas desde la ventana de la cocina.

Hubiese sido más natural que Agnes regresase al este, a Oslo, o a la pequeña ciudad blanca junto al fiordo de donde procede. Aquí no conoce a nadie, pero supongo que tampoco en otros lugares. Además, en esta zona es más barato alquilar una vivienda. En realidad, resulta increíble que sea capaz de vivir aquí sola, si lo que dice Halvor es verdad.

Durante treinta años, Agnes ha dependido de los demás. ¿Cómo han podido dejarla salir ahora? ¿Resulta prudente? Debería llamar y preguntar, pero me resisto a hacerlo, he sido muy hostil con esa gente.

A la izquierda del pequeño camino que conduce a la casa de Biffen y al cobertizo marrón que alquilado, hay un abedul amarillento iluminado por la luz del sol. No es exactamente como el árbol que hay frente a mi casa, pero al menos es un árbol. Me siento con la espalda apoyada en el tronco.

Solo está a unos cincuenta metros del cobertizo. En breve podré bajar, alzar la mano, llamar a la puerta. Cuando me abra, podré hablar con ella por primera vez en mucho tiempo.

Antes de que me decida a hacer nada, la puerta se abre. Sale la que todavía figura de forma legal como mi mujer. Bajo el brazo lleva una cesta rosa de plástico. Con pasos ligeros se dirige al tendedero que se encuentra entre las viviendas y que se agita lentamente a causa del viento, y empieza a tender la colada.

Agnes bajó del autobús en 1975 y entonces fue cuando la vi por primera vez. El canto de los pájaros, el cielo azul, el aire vibrante, el suelo cálido, su larga melena, que me hacía cosquillas en la cara por las noches. Diría que ahora se parece más a como era entonces que la última vez que la vi.

Se agacha, recoge una prenda, la cuelga en el tendedero, la sujeta con pinzas. Su cuerpo es ligero y delicado, el cabello le llega hasta la mitad de los omoplatos. Lleva unos vaqueros y una camiseta blanca, tan transparente que incluso desde aquí vislumbro el sujetador blanco que lleva debajo.

Debería levantarme, bajar hasta donde está ella. Podría hablarle sin tener que llamar a la puerta, entrar y todo eso, pero no soy capaz. Apenas puedo respirar aquí sentado mientras la miro fijamente. La mujer con la que me casé y tuve hijos, la que me ha hecho más daño que nadie.

Permanezco sentado un largo rato después de que ella entre en la casa. Todo aquello sobre lo que quería hablar con ella, preguntarle, convencerla, se desvanece, desaparece en la tierra de la que se nutre este abedul solitario.

Al menos he podido confirmar que es cierto lo que me dijo Halvor, por muy inverosímil que pareciese.

Agnes ha salido de la residencia.

Justo cuando me dispongo a levantarme, escucho pasos veloces sobre la gravilla. Giro la cabeza un poco, veo a un hombre que pasa por delante, a escasos metros de mí, rumbo a las edificaciones. Tiene la vista fija en el móvil mientras camina, no me ve, gira a la derecha hacia el cobertizo, se detiene, llama a la puerta.

Me quedo quieto, no me atrevo a respirar ni a moverme.

Resulta que el puto periodista de mierda se me ha adelantado.

Transcurre un largo rato sin que nadie abra la puerta. Espero que tenga que marcharse sin haber conseguido nada, pero al final la puerta se abre. En el vano aparece Agnes, sonriente. Ella dice algo, él entra, ella cierra la puerta, yo me levanto.

La apatía que se había apoderado de mí hace unos instantes ha desaparecido por completo. Lo mismo ocurre con la nostalgia inesperada. Ahora solo queda la rabia.

10

SABIYA

VICTORIA ES LO más parecido a una amiga que tengo aquí dentro, sin que eso signifique gran cosa. En realidad, es la única con la que me hablo y, hasta el momento, las conversaciones siempre se han limitado a un plano bastante superficial.

La mayoría de las mujeres que hay por aquí son muy horteras, incluso las que conozco de los viejos tiempos, y se han quedado decepcionadas al comprobar que la alegría del reencuentro no era mutua.

Supongo que tengo fama de ser «la doctora». Si hubiese estado de mejor humor, quizá me habría reído.

Victoria es distinta, parece normal. Cabello moreno y largo recogido en una coleta. Alianza, sin maquillaje, piel bien cuidada. Un rostro bien definido, con carácter, parece francesa o italiana. Habla como mis compañeros del hospital; por lo visto, tiene formación de pastor protestante, pero ha trabajado en cooperación internacional o algo por el estilo durante los últimos años.

El gran misterio es, claro está, qué hace aquí. No ha dicho nada al respecto, y yo no le he preguntado. Por lo que sé, es posible que sea igual de inocente que yo; en realidad, tampoco es que me importe. En cualquier caso, resulta liberador hablar con una persona culta. No soporto hablar con las otras mujeres, comparten una hermandad artificial e intensa, intercambian secretos íntimos para acto seguido pelearse a gritos porque los calcetines de una han caído sobre la cama de la otra.

—Anda, si es la doctora —dice Victoria. Las dos estamos en el patio, apoyadas contra la valla—. ¿Cómo estás?

—Mal —respondo—. Mi abogado piensa que lo mejor que puedo hacer es confesar para librarme de la prisión

permanente.

—Tú, por supuesto, también eres inocente, ¿verdad? —dice entre risas—. Es extraño que todos los presos sean víctimas de errores judiciales.

—Te lo puedo contar —digo—. Pero vas a pensar que estoy desequilibrada…

—A ver, a mí ya no me extraña nada —comenta ella con una carcajada.

—De acuerdo —digo, y tomo aliento—. Haavard… él y yo estudiamos Medicina, éramos compañeros de promoción. Siempre hubo buen rollo entre nosotros, pasábamos todo el tiempo juntos, pero la cosa nunca llegó a más. Más tarde nos casamos con otras personas y no nos vimos durante una larga temporada. Hace unos años empecé a trabajar como médico especialista en la Unidad de Pediatría de Ullevål. Es un puesto muy codiciado, me alegré muchísimo de conseguirlo. El primer día que me topé con Haavard en los pasillos, ni siquiera sabía que trabajaba allí.

Me tomo una pausa, en este instante siento una opresión en el pecho. Victoria es lo bastante inteligente como para no decir nada. No le he contado la historia a nadie, a excepción de Roger, que trabajaba con Haavard y conmigo. Se convirtió en una especie de colega en primavera, antes de que todo se fuese a la mierda.

Para mi sorpresa, noto que me ruborizo cuando continúo.

—Bueno, pues noté que me ponía nerviosa y me sentía rara cada vez que él estaba cerca, mucho más que cuando estudiábamos, por extraño que parezca. Era como si entre nosotros hubiese una especie de campo magnético. A ver, sé que es un cliché, pero era así como me sentía.

Victoria sonríe con calidez, indulgente.

—De hecho, al final fui yo la que lo besó. Nos encontrábamos en la pequeña cocina de la unidad y, de repente, lo hice sin más; fue como si no fuese capaz de contenerme por más tiempo… Al principio sentía que teníamos todo bajo control, pero con el tiempo hicimos cosas que no debíamos. Fue como si me dejase llevar, río abajo, por una corriente cálida. Mi vida eran mis hijos, mi trabajo y mi marido, las pequeñas cosas del día a día. Haavard era algo que solo sucedía de vez en cuando, como pequeños oasis en

medio del camino…

Me detengo, yo misma oigo lo vago que suena todo, pero Victoria asiente.

—Pensé que no deberíamos seguir así, que era un juego peligroso, pero tampoco fui capaz de ponerle fin. Por mucho que intentara evitarlo, me sentía atraída hacia él, como los yonquis por la heroína. Antes de cada encuentro, pensaba que tenía que ser la última vez. Pero, al mismo tiempo, quería más, había llegado a sentir cosas por Haavard. ¿Entiendes?

Ella asiente de nuevo, caminamos un poco. Tengo que hacer esfuerzos para contener las lágrimas.

—En fin, llegó la primavera y sucedieron aquellos sucesos tan horribles. Un día, en el trabajo, nos llegó un niño de cuatro años inconsciente; lo habían molido a palos, estaba en estado de muerte cerebral. Esa misma noche encontraron a su padre, que todos sabíamos que estaba detrás de los maltratos, asesinado a tiros en la sala de oraciones del hospital.

—Dios mío —dice Victoria, mirándome con los ojos muy abiertos.

—Nos interrogaron y sentimos que sospechaban de nosotros. Fue una locura. Nos hicieron un montón de preguntas sobre las horas y los registros de nuestras entradas y salidas del edificio, y otras cosas que no les cuadraban. Luego mataron a otra mujer más, en el hotel Lysebu, donde Haavard y yo y algunos compañeros más participábamos en un seminario. De hecho, hubo un tercer homicidio. Asesinaron a una mujer en su propia bañera. Lo siento, sé que todo esto suena a locura…

—No, qué va —contesta, riéndose un poco—. O bueno, sí, pero sigue contando.

—Cuando se cometió el último asesinato, Haavard estaba bajo custodia policial por los dos primeros, así que tenía coartada. Yo, sin embargo, no la tenía para ninguno de ellos.

—Pero ¿por qué sospecharon de vosotros en primer lugar? —dice con el ceño fruncido—. No lo entiendo.

—Porque estábamos cerca cuando ocurrieron los primeros asesinatos, y resultó que a todos les habían disparado con una pistola que yo guardaba en mi oficina. Le dije a Haavard que había adquirido el arma porque tenía miedo de mi marido, pero era una mentira barata. En realidad, quería ser capaz de

defenderme, he visto tanta mierda…

—Esa parte la entiendo —dice con una sonrisa torcida.

—Le enseñé la pistola a Haavard, no me preguntes por qué. Quizá fuera simplemente porque quería jactarme o dejar mal a mi marido. Pero después del primer asesinato, el arma desapareció. Los únicos que sabíamos que estaba allí éramos Haavard y yo, pero él no fue quien la cogió, de eso estoy segura. Hubiera sido incapaz de disparar a nadie. A lo mejor yo hubiera sido capaz de hacerlo, pero no fui yo. No obstante, alguien había encontrado mi pistola y la había usado. Lo más surrealista de todo es que encontraron cabellos míos en la bañera de la tercera víctima, pero jamás estuve allí, no conocía de nada a esa mujer. ¿Lo entiendes?

Frunce el ceño, niega despacio con la cabeza.

—En realidad, no, a menos que alguien se haya propuesto cargarte el muerto a propósito.

—Exacto —digo.

—¿Y Haavard? —me pregunta—. ¿Él qué dice? ¿Mantienes el contacto con él?

Trago saliva. Ella, por supuesto, no lo sabe.

—¿Qué ocurre, Sabiya? —pregunta con cautela.

—Haavard… Se me quiebra la voz, mierda.

—Haavard está muerto —respondo tras unos segundos de silencio.

—¿Cómo? —pregunta Victoria con los ojos abiertos de par en par, la boca entreabierta, la arruga del ceño cada vez más profunda. Trago saliva. He reprimido todo esto lo mejor que he podido para no asfixiarme.

—Se ahogó este verano, en el lago de una montaña en la costa oeste, cuando se estaba bañando con su mujer, Clara. La corriente lo arrastró y cayó por una cascada. Jamás lo encontraron.

—Pero qué horror —dice Victoria—. ¿Ella también murió?

Niego con la cabeza.

—Qué va —digo—. Debió de enterarse de lo nuestro y planeó hacerme cargar con toda la culpa.

—Pero ¿por qué…? —pregunta.

—Creo que ella deseaba ver muerta a toda esa gente, y puedo entenderlo. Resulta que todas las víctimas tenían en común que maltrataban a sus hijos. Haavard lo sabía, de

hecho, había creado una lista sobre casos de maltrato; pensó que podría salvar el mundo de esa manera. Debió de enseñarle la lista a Clara, o ella la descubrió de alguna forma. Por lo visto, estaba obsesionada con la violencia infantil. Y ¿sabes qué es lo peor?

Victoria niega con la cabeza. ¿De verdad se lo voy a contar? No tengo nada que perder y, en este momento, ella es la única persona que tengo.

—Creo que Clara tiene algo que ver en la muerte de Haavard.

—¿Quieres decir…?

—Que no fue un accidente. Exacto —digo.

—Pero ¿por qué? —repone Victoria, que parece conmocionada.

—Él le había sido infiel —contesto, tragando saliva—. Quizá incluso temiese que pudiera delatarla, si es que fue ella quien llevó a cabo los asesinatos. Debió de engañarlo para tenderle una trampa en el agua. El problema es que nadie me cree, y yo no puedo probar nada.

—Mierda…

—Pues sí, en lo único que soy capaz de pensar es en cuánto la odio. Y todavía no has oído lo peor. La mujer de la que estamos hablando es ministra de Justicia desde ayer.

—¿Cómo? —exclama, incrédula—. Me estás tomando el pelo, ¿no?

Niego con la cabeza.

—Encima tengo el abogado más patético del mundo. No me escucha, ha decidido que soy culpable. No tengo ninguna oportunidad.

—Dios mío —dice Victoria, que parece sinceramente conmovida—. Necesitas un buen abogado. Mi picapleitos es un crac y, además, se muere de amor por mí. Haría cualquier cosa que yo le pidiera. Va a sacarte de aquí. Te lo prometo.

11

AXEL

MI HIJA PEQUEÑA está sentada a la mesa de la cocina viendo una película de dibujos animados en su tableta, cansada después de pasar el día en la guardería, mientras yo pico cebollas y zanahorias que luego añadiré a la salsa para la pasta.

Las dos mayores están en el salón, el trato es que hagan los deberes. Lo más probable es que ellas también estén jugando con la tableta. Seguramente debería importarme, pero la verdad es que no. En realidad, tengo suficiente con mi propia cabeza, o mi corazón.

El hecho de que Clara me necesite unido a que ahora la vea muy a menudo ha intensificado los antiguos sentimientos que había conseguido reprimir.

Ayer pasé toda la tarde en su casa. Preparé una pizza con queso de cabra, cebolla roja y espinacas, una de mis especialidades. La acompañamos con un buen vino tinto chileno y hablamos sobre su nuevo trabajo y los niños, sobre todo y nada.

Ella llevaba una camiseta blanca de algodón con cuello de pico y unos vaqueros azul claro. Todo le quedaba grande. Clara siempre ha sido delgada, pero este otoño está en los huesos y muy pálida.

Es como si distintas imágenes e impresiones de ella hubiesen quedado grabadas en mi cerebro. Sus largos y finos dedos de uñas cortas, pintadas con esmalte transparente, sosteniendo una enorme copa de vino. El cabello rubio que le cae sobre el rostro. Los brazos que alza para ponerse una goma en el pelo, el breve atisbo de vello rubio en sus axilas. Carol hubiese preferido morir antes de que la viesen así. A Clara no le importa, ella está por encima de todo eso.

Quiero ayudarla, hacerle la vida más fácil, verla sonreír.

En realidad, hacer lo que sea por ella.

Alguien llama a la puerta. Una. Dos veces. Puede que sean amigos de mis hijas, comerciales de una compañía de electricidad, la furgoneta que vende pescado o los niños que recogen botellas de plástico vacías o venden papel higiénico. Lo más probable es que sean amigos de las niñas.

Pero resulta que no es ninguna de esas personas. En la puerta hay un hombre enorme que viste una especie de cazadora de piloto reluciente, una camiseta desgastada, vaqueros; todo en diferentes matices de negro grisáceo. Alrededor del cuello lleva unos auriculares y, en la mano, un teléfono móvil.

—Soy Halvor Haugo, del periódico *Fjordaposten* —dice extendiendo la mano—. ¿Tendría tiempo para una pequeña charla?

—¿Sobre qué? —le pregunto mientras le estrecho la mano, vacilante—. Espere un momento.

Entro corriendo a la cocina y bajo la temperatura del fuego antes de volver a salir.

—¿Puedo pasar? —pregunta él en cuanto regreso.

Suspiro.

—No es buen momento, me pilla preparando la cena.

—Es sobre Haavard Fougner —dice—. Bueno, sobre él y sobre Clara Lofthus, la ministra de Justicia. Son amigos íntimos suyos, ¿correcto?

«Joder», pienso. De hecho, estoy a punto de decirlo en voz alta.

—Haavard era un buen amigo. Está muerto, como quizá sepa.

No debería tener que decir estas cosas. A pesar de que sé que es cierto, aún me estremezco cada vez que me obligan a hablar de la muerte de Haavard, o a pensar sobre ello en profundidad. Todavía hay una parte de mí que espera a que me digan lo contrario, que no es verdad, que en realidad sigue vivo.

—Sí, mis condolencias —dice el tipo, pasándose la mano por el flequillo—. Trabajo para el periódico que cubre el lugar donde ocurrió el accidente. Deseamos…

—Como ya le he dicho, estoy preparando la cena —lo interrumpo.

—Serán solo unos minutos —insiste.

Desisto, le indico que puede entrar, jamás me ha resultado fácil rechazar a la gente.

—De verdad, no puede quedarse mucho rato —aclaro—. Estoy solo con tres niñas hambrientas. Y no quiero que me cite en su artículo. No hace falta que se quite los zapatos…

Sin embargo, se los quita. Cuelga la chaqueta en unos de los ganchos, por encima de los abrigos de las niñas. El perchero está demasiado lleno, la chaqueta se cae y tiene que volver a colgarla.

Huele un poco fuerte, a loción para después del afeitado. Los perfumes masculinos demasiado intensos siempre me recuerdan a las imitaciones que Haavard hacía de Roger, el enfermero del hospital que siempre iba embadurnado en fragancias. Le había pedido que moderase su uso, pero Roger, por lo visto, hacía oídos sordos a sus sugerencias. En este momento puedo escuchar la voz de Haavard mientras se reía.

Al principio, su voz resonaba en mi cabeza las veinticuatro horas del día. Aparecía incluso mientras dormía. Ahora sucede con menos frecuencia, pero el dolor sigue siendo igual de intenso cuando ocurre.

—¿Qué es lo que está buscando exactamente? —le pregunto mientras vierto la salsa para pasta sobre las verduras.

—En primer lugar, me gustaría saber cómo era Haavard —dice. Se ha sentado junto a la mesa de la cocina.

—Era maravilloso —le digo.

—No me diga —comenta con un tonillo irritante, como si no me creyese del todo—. Algún defecto tendría, ¿no?

—No —respondo. Saco una olla y la lleno de agua—. ¿Sabe qué? Creo que esto no es buena idea. Lo digo en serio. Mi amigo está muerto.

El tipo esboza una mueca, puedo vislumbrar algo duro en su mirada.

—De acuerdo, pasemos a Clara —dice—. Es ministra de Justicia y procede del lugar que cubro, por lo que espero que entienda que nos interesa. Vimos que usted estuvo presente en la ceremonia de nombramiento frente al Palacio Real. Es decir, la conoce bien, ¿no es cierto?

Asiento brevemente. ¿Quiénes son «nosotros»? ¿Su

periódico?

—¿Qué puede decirme sobre Clara?

—Es una tía que vale mucho —digo.

—¿Cómo era la relación entre ella y Haavard en los últimos tiempos?

—¿Qué clase de pregunta es esa? —interpelo, me arde el pecho—. Y ¿qué relevancia tiene, en realidad? Tenían una buena relación, diría.

—¿Clara está sola ahora con los niños? —pregunta—. ¿Cómo lo lleva?

—Se las apaña bien dadas las circunstancias, creo. ¿Por qué no se lo pregunta a ella?

—No es tan fácil ponerse en contacto con una ministra.

—¿Y por eso prefiere presentarse aquí, en mi casa? —digo mientras añado los espaguetis al agua hirviendo; de repente, estoy desesperado por sacarlo de mi casa—. Como ya le he dicho, no tengo ningún interés en conceder una entrevista. Ahora voy a servir la cena y usted tiene que marcharse, lo siento.

Desde que se ha sentado, he sentido una especie de temor a que jamás quiera levantarse para irse, a que deba echarlo de aquí a patadas. Después de todo, es un hombre gigantesco. Para mi alivio, se pone en pie, aunque con movimientos lentos.

Gracias a Dios, no he dicho nada en absoluto, nada que pueda usar en mi contra ni molestar a Clara.

—Lo dicho, no he aceptado participar en una entrevista, no quiero que me cite en ningún…

—Le he oído —dice él en un tono arrogante.

—¿Tiene alguna tarjeta de visita o algo parecido? —le pregunto, de repente dudo de si en realidad es periodista—. Para que pueda ponerme en contacto con usted si surgiese cualquier cosa.

—Sí —responde; saca la cartera y de ella extrae una tarjeta de visita desgastada.

—¿Ve a Clara a menudo? —pregunta mientras vuelve a guardar la cartera.

Me encojo de hombros.

—Somos amigos y prácticamente vecinos. Así que nos vemos de vez en cuando, sí.

—Supongo que necesitará ayuda en estos momentos. ¿Usted le presta su apoyo?

—No tengo nada más que decir —insisto, y les grito a las niñas que es hora de cenar mientras intento conducir al puto periodista hacia la puerta.

—Pues me sorprende que la gente como usted no esté más preocupada —comenta cuando llegamos al pasillo.

—¿A qué se refiere? —le pregunto.

—Bueno, no parece que a nadie le preocupen esos niños y resulta extraño, teniendo en cuenta lo que ha ocurrido.

Alza las cejas en una actitud pasivo-agresiva. Tengo que sacarlo de aquí.

—Esos niños están solos con una madre que no tiene tiempo para ellos. Es un clásico. Ya sea porque el padre ha muerto o porque lo han apartado de sus hijos. Está claro que se trata de una madre que tiene suficiente con lo suyo. Pero supongo que usted, a pesar de que es padre, no lo entiende.

—Adiós —le digo, abro la puerta, le coloco la mano en la espalda y lo empujo con cuidado hacia las escaleras. En el momento que sale por la puerta, la cierro de un portazo.

12

LEIF

ESTA VEZ TAMBIÉN aparco a cierta distancia, cruzo la carretera y camino con paso firme y decidido hacia la pequeña cuesta que asciende hasta el cobertizo.

Hoy no me pararé junto a ningún árbol. Ni siquiera me detendré. Si vacilo en este momento, jamás seré capaz de llevarlo a cabo.

Evoco algunos de mis mantras secretos, los que solía repetirme una y otra vez en el Líbano. «Puedo hacerlo —me digo a mí mismo—. No te detengas, solo sigue adelante.» *Keep calm and carry on,* como dicen los ingleses.

Sin embargo, permanezco unos segundos junto al umbral de la puerta, cierro los ojos, los vuelvo a abrir. Escucho el chapoteo de las olas a apenas un metro. Al lado de la puerta hay un pequeño timbre blanco y negro. Lo presiono, pero no logro escuchar nada en el interior. Llamo a la puerta con el puño, una, dos veces, antes de agarrar el pomo y abrirla para luego asomar la cabeza dentro.

—¿Hola? —digo en voz alta—. ¿Hola?

Entonces la veo. Permanece completamente inmóvil al otro lado del pasillo, en el vano de la puerta que conduce a la otra habitación. Tomo aliento, me aferro el marco de la puerta para sostenerme.

Una vez fuimos pareja, nos casamos, nos mudamos juntos, tuvimos dos hijos. La última vez que nos vimos cara a cara fue bajo el alero de la casa, en la granja, justo después del entierro de Lars, una noche oscura en la que llovía y soplaba muchísimo viento. Ella apareció en la puerta, empapada como un gato ahogado, para hablar de los niños. Yo estaba furioso. Todas las llamas que había tratado de apagar se reavivaron sin más. Acabé echándola de casa, y desde entonces no la he vuelto a ver.

Ahora está frente a mí, sin decir ni una palabra. A lo mejor es cierto lo que dicen, que no habla. Sin embargo, sonríe, y esa sonrisa me hiela la sangre. Hace un gesto con la cabeza, como para indicar que la siga hasta el salón. Entramos en una pequeña estancia cuadrada repleta de muebles bastante impersonales, en su mayoría de pino. Lo más probable es que la haya decorado el mismo Biffen, la combinación parece bastante aleatoria.

Agnes se sienta en el sofá de dos plazas y hace una señal para que yo ocupe el tresillo.

Permanecemos ahí sentados, el uno frente al otro.

Constato aliviado que el aspecto juvenil que me pareció vislumbrar el otro día desde la distancia no es real. En efecto, sigue teniendo una figura esbelta y elegante, su larga melena aún es rubia y su piel luce inusualmente tersa; aparenta ser mucho más joven que los sesenta y cinco años que tiene. Pero sus ojos bicolores están apagados, y su cabello también. Se la ve algo marchita, alrededor de la boca se le dibuja una expresión cansada y amarga. No parece tan sana y llena de vitalidad como me pareció el otro día. Aunque esté sentada a dos metros de distancia, percibo el dulce aroma floral que desprende; huele a medicamentos y a perfume.

Carraspeo, me gustaría poder manejar la situación tal y como he planeado, pero ella se me adelanta.

—¿Qué quieres? —pregunta, y un escalofrío me recorre la espalda.

Es verdad que puede hablar, me ha hecho una pregunta.

Sí, ¿qué es lo que quiero, en realidad? Quiero averiguar qué sabe ella y qué es lo que quiere de nosotros, y también quiero que nos deje en paz. Ante todo, deseo que desaparezca de mi vida para siempre.

—¿Por qué demonios te han soltado? —pregunto.

—Estoy curada —responde—. Incluso he empezado a recordar cosas. Durante muchos años, mi memoria desapareció por culpa de la terapia por electrochoque, pero ya me acuerdo de todo.

Lo dice con una especie de sonrisa triunfante.

—Entonces también recordarás lo que le ocurrió a Lars, ¿no? —digo.

—Recuerdo que le hiciste creer a todo el mundo que yo

estaba enferma —responde—. Y que pertenecía a aquel lugar.

Su voz ya no es el susurro débil y desesperado con el que me habló aquel día bajo el alero de la puerta décadas atrás. Es grave, áspera, como si hubiese tenido cáncer de laringe. ¿Es así por todos los años que ha pasado en silencio? ¿Por la terapia electroconvulsiva?

—Por Dios —digo—. Estabas enferma, Agnes. O loca de remate, como quieras llamarlo. Estoy bastante seguro de que todavía sigues estándolo. Solo Dios sabe qué haces aquí.

—Nunca fuiste a visitarme —dice—. Y ahora vienes aquí…

Lo que dice está bien, pero esa repugnante voz áspera, su mirada bicolor y, sobre todo, lo que refleja: todo es retorcido, está viciado, resulta extraño. No quiero estar cerca de ella, lo único que deseo es levantarme y salir corriendo.

—Estoy aquí por Clara, por supuesto.

—Sí —repone ella—. Desde luego. ¿Por qué si no?

Ah. Los celos, esos asquerosos, antiguos y sucios celos que siente por su propia hija. No debo dejar que me provoque. Debo mantener la calma. Carraspeo.

—Clara ahora es madre soltera y tiene un trabajo nuevo muy exigente…

—Veo las noticias —me interrumpe—. Sé que se ha convertido en ministra.

—Sí, así que está pasando por un momento duro —continúo—. Tienes que dejarla vivir en paz.

Ahora permanece quieta, observándome. Acto seguido, esboza una de sus sonrisas más resplandecientes. Joder. Noto cómo la desesperación me araña por debajo de la piel. Cinco minutos en la misma habitación que ella son más que suficientes. Me inclino hacia delante, ella hace lo mismo. Estamos sentados uno enfrente del otro en sendos sofás horrorosos con estampado de flores; somos como un toro y un torero acercándose en el centro de la plaza.

—Escucha, Agnes —digo, tratando de conferir a mi voz más autoridad de la que siento en realidad—. Estás fuera. Hay poco que pueda hacer al respecto. Pero no tengo intención de permitir que nos causes más problemas.

Me mira con sus ojos bicolores.

Resulta casi irreal verla después de todo el tiempo que he

pasado intentando pensar que había muerto.

—¿Con qué me estás amenazando exactamente? —pregunta mientras me contempla con los ojos entornados—. ¿Con lanzarme al fiordo? ¿O por una cascada?

No respondo. La palabra «cascada» queda suspendida en el aire. Lo ha dicho. Joder. Es ella la que me está amenazando a mí, no al revés.

—¿Café? —pregunta con voz muy dulce.

Niego con la cabeza.

—Quiero que nos dejes en paz —repito despacio, enfatizando cada palabra.

Ella se encoge de hombros, no dice nada. Me apetece alzarla del sofá donde está sentada, sacudirla; me imagino cómo sería coger uno de los atizadores que hay junto a la chimenea y estrellárselo contra la cabeza, acabar con ella de una vez por todas. Podría dejarla ahí tirada y no hacer nada, o levantarla, arrastrarla hasta la terraza y lanzarla al agua.

Sí, acabaría metido en problemas, pero ella desaparecería y yo no tendría que volver a escuchar esa voz nunca más, no tendría que temer sus ocurrencias ni habladurías. Desde que me enteré de que la habían soltado, es lo único en lo que he sido capaz de pensar.

—No tienes ni idea, ¿verdad? —dice ella—. De cómo han sido estos años para mí.

Eso es cierto. No me he implicado, no lo he considerado mi tarea, he deseado mantener el mínimo contacto posible con ella y con la residencia. Para mí siempre ha estado igual de muerta que en la historia que, al parecer, Clara le contó a Haavard y a los niños. Pero Agnes no está muerta. Está viva y tiene pinta de poder seguir viviendo durante cincuenta años más, después de haber estado en modo ahorro de energía durante todos estos años.

—Mientras tú seguías con tu vida de siempre junto a Clara, y Lars y Magne habían muerto, yo estaba encerrada en Kleivhøgda. No tienes ni idea, no, ni idea, de lo que es que te mediquen o te aten, lo que es perder tu libertad.

Se detiene, emite un breve sonido gutural, como si intentase asfixiarse. Ahora descubro que sostiene y gira algo sin parar, todavía con la mirada clavada en mí. Es un abrecartas de estilo exótico, con un elefante en miniatura en

un extremo, fuera de lugar en esta pequeña y angosta cabaña de madera a orillas del fiordo. Desliza un dedo a lo largo del borde como para comprobar lo afilado que está. ¿Tiene intención de defenderse con eso? ¿O de atacar?

De repente, me siento aletargado, débil. De haber aceptado el café, pensaría que me ha puesto algo en él, pero no he bebido nada, es solo el efecto que ella ejerce sobre mí.

—Agnes —digo—. Escúchame bien.

Me mira a los ojos. No alberga ningún temor, solo despecho.

Me sorprendo a mí mismo. No digo nada de lo que tenía planeado. En lugar de eso, aplaudo atronadoramente. Es un acto instintivo, una de las muchas cosas que he reprimido y que ahora regresan a la superficie. A ella le afectaban los sonidos fuertes y penetrantes: los globos al explotar, los objetos que caían al suelo. Hacía falta tan poco… Hace falta tan poco. Ahora también funciona.

Se estremece, se encoge en el sofá, juguetea con el elefante antes de soltarlo, entrelaza los dedos índices entre sí y tira de ellos hacia fuera hasta que los nudillos se le ponen blancos.

Lo he conseguido. He conseguido sacarla de quicio.

—Mantente alejada de Clara —le digo antes de levantarme —. De lo contrario, me aseguraré de que te ingresen de nuevo en Kleivhøgda. No, aún mejor, haré que eches de menos ese lugar.

13

CLARA

ME PASO POR la habitación de los niños, decidida a ignorar a los hámsteres que dan vueltas en las ruedecillas y que me recuerdan demasiado a mí misma.

Cuando mis hijos duermen es cuando me siento más cercana a ellos. Cuando contemplo sus rostros tranquilos y escucho su respiración constante, cuando se encuentran muy lejos y no saben que estoy allí. Cuando todo el orgullo, la soberbia y la terquedad se han disipado y solo son niños, puros y transparentes, como el agua de un arroyo de montaña.

Andreas en su cama, Nikolai en un colchón, en el suelo.

En un rato Nikolai se despertará e irá a hacer pis para luego acostarse en la cama, junto a su hermano. Permanecerán ahí, pegados el uno al otro. Todavía se buscan, incluso más ahora que su padre no está. Es sobre todo Nikolai quien necesita a Andreas, creo, pero no es fácil saberlo con seguridad.

Su relación es como una intrincada obra de arte, una cuadrícula en blanco y negro que nunca entenderé del todo. Hay amor y odio, liberación y ansia de autonomía, pero al mismo tiempo están tan unidos y tienen tantas cosas de las que hablar a la hora del desayuno, delante del televisor, en el dormitorio… Se pelean y discuten, es cierto, pero también tienen una unión en la que jamás he soñado poder inmiscuirme y que a veces me da envidia, aunque también me alegre de su existencia. Pobre del que les levante un dedo, pues esa persona no solo habrá hecho un enemigo, sino dos.

«Nosotros y Nikolai», decía Andreas cuando era más pequeño. «Nosotros y Andreas», decía Nikolai. Durante años hablaron así. Ya no lo hacen, pero todavía podría expresarse así.

Durante el día no me parece que se parezcan tanto, aunque todo el mundo lo afirma. Ahora es como si el resplandor de la luna hubiese arrojado una especie de polvo mágico sobre ellos, pues en la oscuridad tienen el mismo perfil, casi logran confundirme.

Dos leones despeinados con piel de porcelana.

Sus cuerpos, de los que ahora solo veo una pequeña parte, pero que conozco tan bien. Todavía los veo desnudos a menudo, cuando se duchan o se cambian de ropa, pero pronto no me dejarán que los vea sin ropa, y entonces la infancia se habrá acabado por completo. Me sacarán una cabeza, serán un par de gandules con auriculares, altos y llenos de acné, que a duras penas me gruñirán cuando pasen junto a mí.

Es pronto. Todavía son niños, todavía me necesitan.

Me tumbo en el borde del colchón con el rostro orientado hacia el de Nikolai. Está inmóvil, no emite ningún sonido, pero yo percibo su cálido aroma a niño. El olor a leche, a pañal mojado y a pomada de zinc de los primeros años ha desaparecido, pero todavía huelen a limpio, un olor suave, extrañamente conmovedor. Con cuidado, coloco mi frente contra la suya, envuelvo su cuerpo y el edredón con un brazo. Permanecemos así un rato hasta que al final le beso la frente y me levanto.

Voy a estar más presente. Pronto. Antes solo debo superar la primera cuesta en el puesto como ministra. Solo llevo unos pocos días y cada vez me siento más y más como un pulpo al que le tirasen de todos los brazos. En el pasado siempre resoplaba cuando oía hablar de que el tiempo apremia; lo considero una expresión ridícula y patética que está de moda y que ha sido creada por una clase media malcriada. Ahora se me castiga con la madre de todos los apremios.

Existen infinidad de cosas que puedo lograr como ministra de Justicia, pero debo actuar con rapidez. Al mismo tiempo, de alguna manera tengo que cuidar de estos niños que yacen aquí como pequeñas esculturas, pequeños niños de alabastro.

Durante un instante vislumbro las pequeñas esculturas infantiles en la plaza polvorienta que hay delante del hospital de Ullevål, a solo un tiro de piedra de la sala de oraciones en la que murió Mukhtar Ahmad. Le disparé desde el vano de la puerta. Recuerdo también la talla de una madre y de su hijo

en la pared de la piscina de Lysebu, donde Melika Omid Carter dio sus últimas brazadas antes de que le pegase un tiro en la sauna.

Los asesiné a ambos con la pistola de Sabiya, esa fue la genialidad.

Merecían morir: Ahmad, Omid Carter. Y Susanne Stenersen en la bañera. El mundo es un lugar mejor sin los maltratadores de niños. Haavard, en cambio, fue un buen padre, nadie puede negarlo. Los ataques de mala conciencia que han comenzado a asediarme de vez en cuando son un lujo que no puedo permitirme. Ese tipo de pensamientos no tienen sentido, no mejoran nada.

Ahora acaricio el cabello de Andreas y lo beso, repito el mismo procedimiento con su hermano, en el suelo. A veces esto les hace murmurar, agitarse en sueños, como los gatos cuando duermen y se pasan una pata sobre la cabeza. Otras veces, como ahora, simplemente continúan durmiendo.

Todo irá bien. No dispongo de un talento natural como progenitora, como Haavard, pero tampoco soy mi madre.

Voy a arreglármelas con todo esto, lo voy a conseguir.

Me apetece fumar, pero tengo que trabajar. Entro en mi despacho, que solía ser el de Haavard y antes el de su padre, y en el que ahora me he instalado yo. Los asuntos en los que trabajo como ministra merecen una ubicación más solemne que la cocina, donde hay un enorme cúmulo de mochilas, fiambreras, ollas y sartenes sin fregar, y en donde zapatos de todo tipo rebasan el umbral de la puerta.

Solo he retirado los papeles de Haavard, he vaciado sus cajones, ventilado el despacho y quitado algunas banderas del Liverpool. Uso el mismo sistema aquí que en el trabajo: Una pila de documentos por cada departamento, todas colocadas con pulcritud sobre la negra superficie de cuero del viejo escritorio de anticuario. Por eso reparo de inmediato en que no todo está como debería.

En la mesa, entre los diversos montones, hay un folio que no estaba ahí anoche, cuando apagué la luz. Me acerco y lo levanto con cuidado.

Es un informe gubernamental clasificado sobre la amenaza de una pandemia que me llegó el primer día como ministra, un documento que contiene información tan sensible que

nadie puede llevárselo a casa o enviarlo por correo electrónico. A pesar de ello, yo lo hice, pero lo guardé en el cajón del escritorio que he destinado a papeles que no deberían estar aquí.

Es posible que muchos lo hayan visto. Mis secretarios de Estado, los funcionarios, los asesores, los directores de departamento y los funcionarios de Sanidad y Defensa, además de los de la oficina del primer ministro.

Mona lo ha visto. Cathrine Monrad. Munch, antes de dimitir.

Mucha gente ha tenido acceso a este documento. Pero ¿quién ha estado aquí, en mi casa, y lo ha dejado sobre el escritorio?

Bajo las escaleras corriendo. Después de la muerte de Haavard, he dejado gradualmente el porro que fumaba todas las noches, y ahora solo lo hago un par de veces por semana. Cuando me convertí en ministra, decidí limitarlo al viernes o al sábado. Una vez por semana, y a poder ser solo uno. Ahora me trae sin cuidado, me siento en la terraza con un jersey de lana y una vieja parka, y fumo.

Fue Haavard quien me animó a fumar porros cuando acabábamos de conocernos. Para él era algo normal cuando salía de fiesta. A Haavard no lo atormentaba nada; no tenía a Lars ni a Magne ni a mi madre.

Yo, en cambio, necesito fumar, supongo que me he hecho dependiente de ello, de escapar un rato de mí misma.

El móvil emite un pitido, me estiro para cogerlo, veo que me ha llegado un mensaje de Cathrine Monrad, la directora general de la Policía. He pedido que me escriba si surge alguna novedad en el caso de Sabiya Rana. Me informa de que la investigación ha revelado que las pruebas técnicas no son sólidas. Un análisis más detallado en el laboratorio indica que alguien debió de colocar los cabellos que encontraron en el último lugar de los hechos.

Por consiguiente, se suspende la prisión provisional y Sabiya será puesta en libertad mañana mismo. La información es estrictamente confidencial. Le agradezco el aviso con pocas palabras y vuelvo a dejar el teléfono.

Preferiría ver a Sabiya pudrirse en la cárcel el resto de su vida, pero un posible juicio sería bastante desagradable, sobre

todo ahora que soy ministra. Saldría a la luz que fue la amante de Haavard. Además, las pruebas eran demasiado circunstanciales, no la habrían condenado en cualquier caso. Con esto, es posible que los medios no empiecen a hurgar en el caso, pero Sabiya saldrá a la calle. Es una bala perdida, una persona vengativa y fuera de control que será libre para hablar con cualquiera.

Noto que la paranoia se apodera de mí. Las cosas han ido bien últimamente, he sentido algo parecido a la calma, parece que los niños saldrán adelante, he tomado una decisión sobre lo que haré y lo que no en el futuro.

Ahora todo se desmorona. Me agreden y Stian debe socorrerme. Alguien ha estado aquí metiendo las narices en un documento que no tendría que estar en mi casa. Sabiya va a salir de la cárcel. ¿Debería haber aceptado las cámaras de vigilancia, después de todo? Si lo que quería era libertad, no debería haberme convertido en ministra, sino haberme mudado al pueblo.

Percibo un sabor metálico en la boca, siento que estoy envuelta en una bruma grisácea de angustia que se parece a los anillos de humo que exhalo hacia el cielo.

14

SABIYA

TAN SOLO DOS días después de la visita de la nueva abogada, sucede aquello que llevo tiempo deseando, pero de lo que en realidad no me atrevía a tener esperanzas.

Me dicen que recoja mis cosas. Es algo que se hace rápido. Luego me sacan a través de las puertas de seguridad, me devuelven al mundo. Me resulta surrealista coger el metro para ir a la ciudad; ver a toda esa gente que tiene el mismo aspecto que antes, que es igual que antes.

Por fin podré volver a ver a mis hijos. Mientras estaba presa tuve que intentar pensar en ellos lo menos posible, era la única manera de sobrevivir. Ahora, cuando ya están a mi alcance, me resulta imposible pensar en otra cosa, es como si no soportase pasar ni un segundo más sin ellos. Casi echo a correr durante el último tramo antes de llegar a casa. Me siento feliz y emocionada, sí, pero también tengo miedo, más de lo que fui capaz de admitir ante Victoria cuando nos despedimos.

Durante todo el tiempo que he estado en prisión provisional solo he visto a los niños una única vez, y tan solo durante diez minutos. Su padre se mantuvo en segundo plano, todo el tiempo con la mirada clavada en mí, como si fuese peligrosa. Permaneció con los brazos cruzados, sin sonreír, sin decir una palabra. Cuando me dieron permiso para hacer llamadas telefónicas, resultó imposible dar con ellos, y ellos tampoco me llamaron a mí.

Mi marido tiene muchas facetas positivas, o las solía tener, antes de que ocurriese todo esto. Si entre ambos conseguimos encontrar una manera de coexistir, yo podría ver a los niños todos los días. Parece poco realista, pero sería capaz de aguantar lo que fuera si tan solo pudiese verlos, darles un abrazo.

El primer contratiempo con el que me topo es que la casa está a oscuras y cerrada. No hay nadie todavía. Saco el llavero, introduzco la llave en la cerradura, o más bien intento introducirla. No funciona, debemos de tener una cerradura nueva.

Me siento y espero que ninguno de los vecinos pase por delante y me vea en las escaleras, sin poder entrar en mi propia casa.

Cuando Victoria presumió de que su picapleitos estaba enamorado de ella, yo me había imaginado a un hombre. Resultó ser una mujer elegante y bien vestida, con el cabello tan largo como el de la mismísima Victoria.

Se presentó como Marion Høivoll y me hizo contarle todo lo que le había narrado a Victoria, e incluso darle más detalles. Permaneció concentrada todo el rato, con los codos descansando sobre las rodillas, inclinada hacia delante, mientras me miraba sin pestañear a los ojos y me escuchaba.

—Espera —dijo presionándose las sienes con las yemas de los dedos, como si tuviese un ataque de migraña. Permaneció así durante un minuto, quizá dos, mientras yo ni siquiera me atrevía a moverme ni a abrir la boca.

—Creo que entiendo cómo lo ha hecho y cómo podemos demostrarlo —dijo—. Tiene que ver con los cabellos, los ha debido de colocar allí.

Qué contenta me puse cuando se marchó, llena de nuevas esperanzas. Eso fue hace tan solo unos días, y ahora, que estoy sentada en las escalera esperando, parece que aquello quede muy lejos.

Cuando por fin aparece mi familia, estoy tiritando de frío. Los tres niños salen desordenadamente del Tesla que compré para la familia el primer año que trabajé en el hospital, aunque en realidad no me lo podía permitir.

—Hola, cariño —digo tendiendo los brazos hacia mi hijo mayor; noto que las lágrimas están a punto de desbordárseme detrás de los párpados.

Mis hijos. Por fin.

El niño apenas me mira, tiene los ojos tristes. La más pequeña empieza a correr hacia mí, pero su padre la detiene.

—Quieta —dice, y abre la puerta con llave—. Niños, entrad en casa. Yo voy enseguida.

Los niños entran corriendo. Nosotros permanecemos a un par de metros de distancia el uno del otro.

—Por favor —digo—. Tienes que dejar que los vea, estoy en mi derecho.

—Escúchame bien —responde él, impaciente—. Aquí ya no hay nada tuyo.

Me estalla un pitido agudo en los oídos. Esto es peor de lo que me temía. Los niños están ahí dentro, tan cerca, pero aun así fuera de mi alcance. Ya los he perdido. Sin embargo, intento hablar con calma, no mostrar el pánico que siento.

—También son mis hijos —digo—. La casa nos pertenece a los dos.

—Sugiero que eso lo consultes con tu abogado —responde él—. Pero de la custodia te puedes ir olvidando.

—Por favor —imploro—. Escúchame…

—Márchate ahora mismo —me interrumpe—, si no quieres que llame a la policía.

Luego entra en la casa y cierra de un portazo. En la ventana del salón, entre las cortinas de lamas verticales que compré yo, vislumbro cómo la más pequeña se pega al cristal unos segundos antes de que alguien la aparte bruscamente.

Nació dos semanas más tarde de lo previsto y, a pesar de ser mi tercer parto, fue necesario inducirlo. La amamanté durante más tiempo que a los otros, durmió con nosotros durante más tiempo. Antes de que me detuviesen, solía tumbarse encima de mí en el sofá por las noches, mientras veíamos la tele. Quería estar cerca de mí todo el rato. Lo que más le gusta es disfrazarse con mi ropa, hacerme trenzas en el pelo, preparar bollos, todas esas cosas que ahora parecen estar tan cerca y a la vez tan lejos.

La puerta está cerrada con llave, comienzo a golpearla. No sirve de nada, es probable que lo único que consiga es que los niños se asusten. Dios mío. Ya no estoy encerrada, sino que me han desterrado. Es una sensación mucho peor.

Todo lo que esperé poder hacer, con lo que soñé y lo que añoré mientras estaba en prisión ahora parece del todo inalcanzable.

¿Qué voy a hacer? ¿Debo arrastrarme y pedirles ayuda a mis padres? ¿O a mis hermanos, aunque ellos seguramente también estén furiosos conmigo? Justo en estos momentos no

me apetece experimentar su rabia.

Tal vez pueda acudir a uno de los zulos secretos de la ciudad: refugios, fábricas abandonadas y destilerías, el tipo de sitios en los que pasé bastante tiempo durante mi adolescencia. Han pasado muchos años desde entonces, pero lo más probable es que algunos de ellos sigan existiendo. ¿No llegué a esconder una pistola en alguna parte? ¿Dónde pudo haber sido? ¿En la vieja fábrica de salchichas?

En realidad, debería emplear todas mis fuerzas en averiguar cómo puedo recuperar mi antigua vida, aunque sea una pequeña parte. Al menos para poder ver a mis hijos.

Sin embargo, no soy capaz de dejar de pensar que Clara Lofthus estará en su enorme mansión. Le ha arrebatado la vida a Haavard, a mí me ha despojado de la mía y, para colmo, es la ministra de Justicia de este país. Realmente, la justicia no existe.

15

CLARA

ESTA ES MI primera cena en el Palacio Real después de un mes como ministra, pero he estado aquí antes, justo después de que me nombrasen secretaria de Estado. Por eso ya sabía lo que me esperaba cuando me llegó la invitación de color crema con el monograma impreso para asistir a una cena en el palacio; ya conocía el requisito de tener que personarme en la entrada principal entre las 19.20 y 19.40, era consciente de la ruidosa simbiosis entre las voces de los invitados y la música que toca la orquesta, y del programa cursi encabezado por una corona real dorada que muestra el menú en francés.

La cena consiste en «Tartare de langoustines» seguido de «Flétan», después «Filet de boeuf» y, finalmente, «Gâteau *black forest*».

Todo está descrito al detalle, sin que a mí me diga mucho. El francés no es mi punto fuerte.

El «Programme musical» indica que, para sorpresa de nadie, la llegada de la comitiva irá acompañada de la «Gammel jegermarsj» antes de que suenen los himnos de Islandia y Noruega.

A continuación, una *mezzosoprano* y un pianista interpretarán «L'amour est un oiseau rebelle (habanera)» de Carmen, una pieza de George Bizet, y después vendrá «Draumalandið», de Sigfús Einarsson, antes de que «Valdresmarsjen» suene durante la comitiva de salida, como de costumbre.

También conocía la sensación de la seda restallando contra las pantorrillas, el dolor de espalda tras permanecer mucho rato de pie, concentrada y conversando, sobre zapatos de tacón alto, con una copa en la mano y un fular sobre los hombros.

Ahora alzo la copa a la altura adecuada y brindo. Son

detalles que no me vienen de cuna, es cierto, sino que he tenido que ir aprendiéndolos con el tiempo. Bebo, trago, sonrío, pretendo que todo resulte liviano y cómodo, pues también forma parte del trabajo. Un comentario por parte de la primera ministra mientras subimos las escaleras. Un breve apunte a la directora general de la Policía al alcanzar la cima de estas. Un fugaz intercambio de información con el ministro de Defensa bajo la lámpara de araña.

La gente me habla ahora de una forma distinta, me miran de otra manera, me tratan de un modo diferente. No sé si me gusta, pero todo es distinto, incluso yo. Soy la misma y, sin embargo, soy otra.

Soy ministra de Justicia y Seguridad Pública. También soy madre soltera.

A partir de ahora tengo que mantenerme en la senda de la virtud, no arriesgar nada. Cuidar de mi trabajo, cuidar de mis hijos. Es más que suficiente.

Ha pasado un mes exacto desde que estuve en la plaza frente a este mismo palacio, sintiendo las piedrecitas bajo mis finos zapatos de Christian Louboutin. La sensación paralizante de ir siempre a contrarreloj que tenía al principio ha comenzado a calmarse.

De alguna manera, todo saldrá bien también esta vez. Los niños parecen apañárselas, creo que últimamente han estado de buen humor.

¿Tal vez hayan empezado a superar lo de Haavard?

La primera vez que estuve aquí, aprendí que no se puede abandonar la cena hasta que haya concluido de manera oficial. Lleva su tiempo, pero al final termina y puedo dirigirme a la verja dorada de hierro forjado de la parte delantera, para luego atravesar las enormes columnas que hay en el exterior. Allí espera una caravana de coches oficiales, taxis y vehículos particulares. Los soldados de la Guardia Real están en sus puestos. Los guardaespaldas mantienen a los curiosos a raya.

Me acerco a mi coche, que está más o menos en medio de la fila, cuando una pequeña procesión de manifestantes se dirige hacia mí, un grupo de jóvenes con carteles y una pancarta que gritan algo que no logro entender.

Cuánto detesto a estos activistas militantes que se jactan

de sí mismos, que piensan que son importantes cuando en realidad no significan nada en absoluto.

Una joven con trenzas y un pendiente en la nariz, muy maquillada, encabeza el grupo y viene directa hacia mí.

—Puta traidora —grita—. Puta traidora de mierda.

Me arrojan una nube roja de algo que parece polvo, una sustancia artificial como la que se espolvorea sobre los pasteles. Me cubre por completo, puedo notarlo en la cara, en los labios y los ojos.

Joder. Retrocedo, lanzo una mirada a mis espaldas. El coche. Stian. ¿Puede verme? Se apodera de mí una desconcertante sensación de pánico. ¿Así va a ser mi vida a partir de ahora?

Acto seguido aparece Stian, me conduce hasta el coche mientras los guardias reales o la policía, no lo veo bien, alejan a los manifestantes.

—Traidora —grita la chica mientras se la llevan, tan alto que debe oírse hasta en el interior del palacio.

Camino hacia el coche mientras intento sacudirme la sustancia roja; parece sangre, me mancho las manos.

—¿Estás bien? —pregunta Stian mirándome—. ¿Te pica?

—No —respondo, intento respirar.

—Lo más probable es que sean inofensivos —continúa—. El clásico mucho ruido y pocas nueces. Pero vamos, esto no puede seguir así. Te amenazan desde muchos ámbitos distintos. Debes contar con un buen protocolo de seguridad, ¿comprendes?

No respondo, simplemente me reclino en el asiento y le echo un vistazo a mi vestido. No hay lavandería que pueda arreglar esto. Quizá pueda intentar que me lo reembolsen, ya que el incidente ha tenido lugar en un contexto laboral.

Cierro los ojos, noto lo cansada que estoy y, en ese preciso momento, me empiezan a picar una barbaridad.

En la entrada de casa, justo junto a la puerta, encuentro una carta sin sello a mi nombre. Alguien debe de haberla colado por debajo de la puerta en algún momento de la noche. Con lo maniática del orden que es Åsa, jamás la hubiera dejado tirada ahí. La coloco sobre la encimera de la cocina, junto al correo, y me voy al salón.

Mi suegra se encuentra dormitando en el sofá frente al

televisor. Se incorpora y mira confusa a su alrededor cuando le sacudo un poco el brazo con cautela.

—Ah, estás aquí —dice, y echa un vistazo al reloj antes de mirarme consternada—. Dios mío. ¿Y a ti qué te ha pasado?

—Nada —respondo.

—Venga ya —replica, dubitativa.

—Bueno, solo han sido unos jóvenes manifestantes que querían animarme el día. Me arrojaron una nube de polvo rojo. Creo que debería mantenerme alejada de la plaza que hay frente al Palacio Real.

Me detengo, necesito rascarme los brazos y el cuello, ahora me pica y me escuece una barbaridad, es como si me hubiese zambullido en medio de un campo de medusas.

—Lo más probable es que solo sea polvo de picapica —digo torciendo el gesto.

—Dios mío… —musita ella.

—Pero estoy bien, vaya. ¿Ha ido todo bien por aquí?

—Sí, claro —repone Åsa—. Tus hijos son muy buenos.

Vacilo un poco. Mencionar a Haavard la entristecerá aún más. Por otro lado, sé que lo único que quiere es oír su nombre.

—Haavard hizo un trabajo maravilloso con ellos —digo.

—Sí —afirma ella con una sonrisa desvaída.

Otras personas habrían añadido alguna frase como «tú también», pero Åsa no, y por eso me cae bien.

Haavard era el ojito derecho de su padre, y mis hijos eran los niños de Haavard, así eran las cosas.

Åsa ha deambulado como un zombi estos meses. Espero que le venga bien tanto a ella como a los niños pasar tiempo juntos, que llene de sentido sus días, que puedan consolarse mutuamente.

Aunque también es posible que su dolor solo amplifique el de los niños, que no sea sano que compartan tanto tiempo, pero no me queda otra alternativa. Mi padre vive a muchas horas de distancia; debo dejar que ella cuide de los niños siempre que pueda. De hecho, Axel y ella son las personas a las que más he visto durante las últimas semanas.

—Una cosa —me dice, mordisqueándose el labio—. Perdona, no te lo tomes a mal…

Se detiene. Yo me armo de valor.

—… pero hay mucha agitación a tu alrededor. Estoy preocupada por ti y por los niños. ¿Están a salvo? No tenéis vigilancia, según tengo entendido.

Trago saliva, no debo dejar que vea cuánto me irrita su pregunta.

—Åsa, todo va bien —le digo—. Te lo prometo. Están seguros. Todo va bien.

Ella asiente, me dirige un amago de sonrisa. A mí me pica todo.

Cuando paso por la cocina después de acompañarla hasta la puerta, veo el sobre que dejé antes ahí. Me detengo, lo abro, saco la carta. En el centro de un folio aparece una única frase, escrita en una fuente común de gran tamaño.

«Alguien sabe lo que has hecho.»

Seis palabras. Son solo seis palabras, pero me causan una gran impresión.

Las manos me tiemblan como si tuviese párkinson. También empiezan a temblarme las rodillas. Se apodera de mí un gran malestar. ¿Qué coño es esto? ¿Quién va detrás de mí? ¿Y quién sabe algo de lo que he hecho? ¿Se refiere a los asesinatos de esta primavera? ¿A Haavard? ¿Magne? ¿O a otra cosa totalmente distinta?

Me siento, respiro. De acuerdo, la carta va dirigida a mí, pero el remitente podría ser uno de los locos que suelen escribirme sin que a mí se me informe de ello. Este tipo de cartas las suelen enviar al ministerio, y ahí las suelen filtrar. Yo jamás las recibo, pero sé que existen.

Antes de pensarlo dos veces, hago pedazos la carta y el sobre y los tiro en el cubo para papel y cartón. Luego subo y me doy una larga ducha antes de ponerme el pijama. Me detengo delante del espejo que hay sobre la cómoda para observar si mi aspecto es diferente, o si solo me siento distinta.

Tengo el aspecto de siempre, algo demacrado, una mujer cansada de mediana edad, como diría Haavard; aún así, soy la de siempre.

Cuando me doy la vuelta y me encamino hacia la puerta, percibo algo por el rabillo del ojo, como si fuera una sombra.

Algo le pasa al maniquí de la abuela Edith.

Normalmente siempre está colocado en el mismo lugar,

desnudo y sin nada encima, como una parte tan obvia del mobiliario que ya no me percato de que está ahí.

Ahora sí lo veo. Es como si desprendiese luz en la oscuridad. Sobre los estrechos hombros exhibe una de las camisas blancas favoritas de Haavard, abrochada con pulcritud.

La visión me provoca escalofríos.

No soy yo la que lo ha vestido, y también es muy poco probable que lo haya hecho Haavard. Entonces, ¿quién puede haber sido? ¿Axel? ¿Åsa? ¿La asistenta? ¿Los niños? Tiene que haber sido otra persona, alguien de fuera.

Primero el informe sobre la pandemia, ahora esta carta y la camisa en el maniquí. Todo esto son mensajes dirigidos a mí de alguien que quiere demostrarme que puede irrumpir en mi vida, hacer lo que quiera.

De una cosa estoy segura. En cuanto pase el fin de semana, me pondré en contacto con el servicio de seguridad de la Policía y aceptaré todo lo que me propongan.

16

CLARA

ES MI SEGUNDA conferencia gubernamental.

Antes de empezar, el ambiente parece mucho más jovial y relajado de lo que podría indicar la cantidad de trajes de chaqueta y títulos profesionales reunidos aquí. Pero cuando la primera ministra se aclara la voz y decreta que es hora de empezar, una sensación de gravedad se apodera de la sala.

Todos carraspean, se enderezan y abren las carpetas que tienen delante, donde guardan los informes que ya han pasado por consulta pública.

Esta mañana me he levantado a las cuatro, tras pasar una mala noche, para leer todos los documentos en profundidad.

Suelo funcionar mejor y sentirme más despierta por las mañanas, cuando el resto del mundo todavía duerme, mi cerebro acaba de abandonar el sueño y yo me tambaleo desde el dormitorio hasta el despacho y pulso el botón de la cafetera.

Tras el espectáculo en la plaza del Palacio Real, la carta, el maniquí y una horrible noche rascándome sin parar, ahora solo me siento desconcentrada y cansada.

El asunto número cinco a tratar es el borrador de la disposición sobre los asuntos relacionados con secuestros infantiles del Ministerio de Infancia y Familia. La primera ministra dice lo mismo que suele decir cuando introduce cada asunto; que nos ha llegado un informe y que está bien.

Alzo la mano. La primera ministra me mira sorprendida, pero asiente.

—A mí esta propuesta no me impresiona especialmente —digo.

—¿No? —dice la primera ministra.

Su tono es todo menos alentador, pero no tengo intención de dejar que me desanime.

—Es demasiado flojo, apenas modernizará la práctica que tenemos hoy en día —continúo, haciendo una pausa retórica —. En un par de puntos incluso es peor que la disposición actual. Se presenta como un avance sin que en realidad lo sea. No entiendo por qué el ministro de Infancia y Familia no va más allá.

Observo que el secretario general del Gobierno me mira consternado; el rostro de la primera ministra se ensombrece y los demás ministros sonríen regodeándose, pero ahora no me queda más remedio que finalizar mi intervención.

—Creo que esta área estaría mejor en el Ministerio de Justicia, un ministerio de peso. Allí recibiría la atención que merece. Si quieren, puedo profundizar un poco…

—Gracias, Clara. Pero me temo que debemos seguir adelante —anuncia la primera ministra sin mirarme—. Además, te recuerdo que el ministerio de Justicia no hizo ninguna observación al respecto durante la consulta pública.

Durante un par de segundos se hace un completo silencio, lo único que se escucha es la pesada e irritante respiración del ministro de Administración Local. Clavo la mirada en mi carpeta y no digo nada más. La primera ministra carraspea y sigue adelante con la agenda.

Luego me encierro en mi despacho y me siento con la cabeza entre las manos. Me arde la sangre bajo la piel. Asistir a esa conferencia me ha hecho sentir impotente y humillada. Ahora también estoy furiosa.

Yo era con toda probabilidad la única en aquella sala que realmente quería lograr algo, y he tenido que quedarme sentada y soportar que me ridiculicen por ello.

Había aceptado el ofrecimiento de ser secretaria de Estado, y luego ministra, para conseguir cambiar las cosas, para procurar que lo que le sucedió a Lars no les suceda a otros niños. Por eso estoy aquí, maniobrando en medio de este revuelto de gente inútil. La primera ministra y sus títeres se van a enterar, voy a enseñarles cómo se hace algo que marque la diferencia de verdad, y no las maniobras pusilánimes propuestas por el ministro de Infancia.

Llamo a Vigdis, no tengo fuerzas para levantarme y salir a verla.

—Quiero que convoques de inmediato a la secretaria

general del ministerio —le digo antes de colgar.

—¿Querías verme? —pregunta Mona cuando entra en mi despacho diez minutos más tarde.

—Cierra la puerta —digo sin usar fórmulas de cortesía—. Y siéntate.

Ella asiente, se instala en una de las sillas que rodean la mesa de reuniones y la gira hacia mi escritorio. No me he sentado a la mesa con ella a propósito.

Soy la ministra. La secretaria general acude a mi llamada y yo permanezco sentada tras el escritorio de ministra. Así deben ser las cosas a partir de ahora.

—Asistí a la conferencia gubernamental de hoy —repongo —. No fue bien.

—¿No? —contesta, aguardando.

Es posible que ya le hayan advertido sobre mi metedura de pata. A los secretarios generales siempre se los informa de esas cosas antes o después.

—La nueva proposición de ley que presentó el ministro de Infancia y Familia carece por completo de contenido. Yo dije lo que opinaba, que la propuesta era un cascarón vacío y que convendría trasladar el área a mi ministerio.

Mona hace una mueca, se dispone a decir algo. Alzo la mano.

—Todo eso es lo que pienso —continúo—. Pero no debería haberlo dicho en ese momento ni en ese lugar, ni de esa manera.

—En efecto —dice de forma engreída.

—Ahora me pregunto por qué no me orientaste como es debido antes de la conferencia.

—¿A qué te refieres? —pregunta, sorprendida.

—Sabes que soy nueva, sabes que no conozco todos los códigos, que la ley sobre la infancia se iba a tratar hoy y que no comentamos nada en la consulta pública. Sabes, además, que este es un tema que me apasiona.

—Sí —repone.

—Por lo que deberías haber atado cabos y haberme advertido —declaro—. Esto no puede volver a suceder, ¿entendido?

Unos segundos de silencio.

El rostro de Mona luce pálido y rígido, y observo que tiene

ganas protestar, pero al final asiente.

—De acuerdo —dice, y se pone en pie.

—Espera —intervengo—. Siéntate de nuevo. Voy a encomendarte una misión. Debes preparar la propuesta de ley que Munch congeló para una nueva consulta ministerial. Cuanto antes.

—Escucha —dice Mona, inclinándose hacia delante—. Eso es complicado por varios…

—Es una orden —la interrumpo—. Y ahora puedes irte.

Se levanta y sale del despacho sin pronunciar una palabra más.

UNA HORA MÁS tarde, Vigdis coloca tres rebanadas de pan crujiente con queso marrón y una taza de té delante de mí, sin que yo se lo haya pedido. Cuando asumí el cargo de ministra, pensé que no iba a recurrir a ella para ese tipo de tareas. Munch lo había hecho y era algo me producía vergüenza ajena. Yo, al menos, sería capaz de prepararme el almuerzo.

La realidad es que no tengo tiempo para nada, y que cada vez tengo que pedirle a Vigdis que se encargue de más asuntos. Hoy lo ha hecho sin que yo se lo haya pedido.

Ella es mucho más que una empleada subordinada. No hay nadie que sepa más de lo que ocurre en los numerosos pasillos y despachos del ministerio que la secretaria administrativa de la ministra. Además, pocas personas, si es que las hay, están más enteradas de mis quehaceres.

—Gracias —digo—. ¿No te vas a casa todavía? Es tarde, ¿no?

—Sí, me voy ahora, si te parece bien —dice Vigdis.

—Estupendo —le digo dando un mordisco a la primera rebanada sin apartar la vista de los documentos—. Gracias por todo.

El vigilante de seguridad pasa por el despacho a saludar, primero una vez, luego otra, sin parecer muy sorprendido. Seguramente haya visto a otros ministros trabajando hasta altas horas de la noche, y lo volverá a hacer.

Todos los miembros del Gobierno tienen una carga de trabajo que no es posible sacar adelante siendo una sola

persona, independientemente de lo mucho que delegues o del buen uso que hagas de la administración pública. Sin embargo, algunas carteras ministeriales son más amplias y tienen más peso que otras. La que a mí se me ha concedido se encuentra entre las más pesadas de todas. Sigo pensando en la metedura de pata en la conferencia de la mañana, me avergüenzo de haber medido mal mi reacción, de haber perdido el control y haber hecho el ridículo. De haber quedado como una aficionada. Pero al menos he conseguido bajarle los humos a Mona.

Así deben ser las cosas de aquí en adelante. Es la única manera de que logre cambiar algo.

Durante mis años como técnica administrativa, e incluso cuando era secretaria de Estado, siempre ha habido algo que me ha hecho sentir que estoy por encima de todos los demás, sí, que soy mejor que ellos. He gozado de más respeto del merecido.

Ahora, en cambio, estoy con el agua al cuello. Los demás ministros, la directora general de la Policía, Mona, mi propia cúpula política, ninguno siente ningún respeto hacia mí. Debo hacer que eso cambie trabajando aún más duro. Así que no puedo apagar el ordenador e irme a casa, tengo que redactar correos electrónicos y hacer anotaciones en informes y borradores, acabar todo lo que no me da tiempo a hacer durante la jornada ordinaria de trabajo.

«Mil gracias, Åsa», le escribo a mi suegra, que ha cancelado la cita que tenía con sus amigas para ir al teatro y se ha quedado más tiempo en casa. «Intentaré evitar que ocurra con demasiada frecuencia», añado, y agrego un corazón, algo que jamás se me ocurriría hacer normalmente. «Me quedo a dormir en la habitación de Nikolai si te parece bien», me escribe de vuelta. «Por supuesto», respondo.

Me alegra que se quede a dormir, así no tengo que apresurarme para regresar a casa.

Cuando acabo de enviar una larga e intrincada petición a uno de los departamentos especializados y estoy tan cansada que los ojos se me cierran, alguien carraspea en la puerta. No he escuchado pasos, me sobresalto. Entonces me topo con la mirada azul de Stian, que me observa fijamente.

—¿Eres tú? —digo, y suelto una carcajada—. Pensé que

era el vigilante otra vez. ¿Qué haces aquí?

Se apoya de forma desenfadada contra el marco de la puerta y señala su reloj, mirándome con severidad y negando con la cabeza.

—Recoge tu abrigo —dice—. Nos vamos a casa.

—Entiendo que tú quieras irte a casa, pero yo aún no he acabado por aquí…

—No soy yo —dice—. Yo estoy de guardia toda la noche. Eres tú.

—¿Cómo? —pregunto, me siento aturdida. «Eres tú.» ¿A qué se refiere con eso?

—Se acabó el tiempo —dice—. No puedes seguir. Que sigas aquí a estas horas no es bueno ni para ti ni para los niños ni para tu suegra…

—Se va a quedar a dormir, de hecho —digo.

—… y tampoco para el día que te espera mañana. Así que recoge tus cosas, vamos.

Hay algo en su voz que hace que le obedezca. Me levanto, cierro el portátil, me dispongo a sacarlo de la estación de acoplamiento.

—No lo vas a necesitar hasta mañana por la mañana —comenta.

Niego con la cabeza, aunque dejo el ordenador en su sitio.

—Como ordene el señor —digo, y cierro la puerta del despacho.

Cuando nos dirigimos hacia el ascensor tengo la sensación de que sus dedos me rozan la espalda, de una manera muy ligera, pero con determinación.

No puedo evitarlo. Me gusta.

17

CLARA

LA TARDE SIGUIENTE me recoge, tal y como hemos acordado, delante del edificio R5 a las cuatro, mucho antes de la hora a la que suelo regresar a casa.

A la promesa que me había hecho a mí misma y a Stian la noche anterior, la de tomarme los fines de semanas libres, se le suma que estoy harta de todos los imbéciles con los que me ha tocado desperdiciar el día, y ya he abusado bastante de mi suegra por una temporada.

—¿Recuerdas a la mujer que te acosó frente al palacio el día de tu nombramiento? —comenta Stian, mirándome por el retrovisor—. Resulta que es una fanática antiabortista que te reprocha la ley vigente del aborto por el simple hecho de ser la ministra de Justicia actual. Y no, no tiene lógica ninguna, pero así son las cosas. Creo que la hemos dejado fuera de juego por una temporada. En cualquier caso, no debes preocuparte por esa persona en concreto.

—Bien —digo—. Gracias.

Me giro y miro a través de la ventanilla. El otoño todavía resulta hermoso, con su explosión de colores. Este fin de semana intentaré ir a correr una o dos veces, como solía hacer antes.

He corrido durante treinta años. Empecé después de que muriese Lars con las subidas y bajadas junto a la cascada, iba hasta el refugio de los pastos de verano y volvía. Aquellas salidas para correr eran tanto un castigo como un consuelo. Si hubiese sido otro tipo de persona, tal vez habría empezado a fumar porros detrás de las gradas del campo deportivo, o habría cogido el autobús hasta el pueblo para emborracharme, tambalearme a través de los bosques con una botella en la mano y dejar que me tumbasen tras unos arbustos y abusasen de mí. O podría haber iniciado una

destrucción sistemática de mi cuerpo con una ingesta indecente de azúcares y grasas trans para que se inflase hasta que todos los sentimientos y los contornos hubieran desaparecido.

Yo jamás hice nada de eso. Yo respiraba. Corría. Respiraba. Lo he hecho todos estos años. Hasta ahora.

Durante las primeras semanas como ministra no he tenido tiempo. Lo único que existe es el trabajo. A veces dispongo de unos breves instantes con los niños. Una copa de vino o dos con Axel, que últimamente me ha bombardeado a mensajes para invitarme a salir a cenar, o para venir a preparar la cena en mi casa, o que vaya yo a la suya. Parece que comer es lo único que importa en la vida. Una noche dejé que me preparase una pizza. Estuvo bien, pero no tengo tiempo para esas cosas muy a menudo. «Lo siento, estoy muy liada ahora» , le escribí anoche. Es cierto, pero quizá podría invitarlo a casa este fin de semana, a los niños les gustaría.

Lo que más ilusión me hace es ver a mis hijos, preparar tacos, leer con ellos y no volver a mirar el teléfono hasta que estén acostados, con independencia de lo que diga el servicio de seguridad de la Policía sobre que hay que estar pendiente del móvil a todas horas.

Saldré un par de veces a correr y, por lo demás, dedicaré el fin de semana a estar con ellos.

El lunes me pondré en serio con la tarea que inicié la tarde anterior, cuando puse en marcha a Mona con mi propuesta de ley. Este período, y esta silla, voy a aprovecharlos todo lo que pueda. Voy a llevar a cabo cambios reales, a saldar las cuentas después de la desastrosa gestión de Munch. Mi período de prueba, el primer mes, ha acabado. El verdadero trabajo comienza ahora.

—Buen fin de semana, Clara —dice Stian cuando me abre la puerta del coche.

—Buen fin de semana —respondo con una sonrisa.

Cuando atravieso la verja, echo un vistazo al reloj. Las 16.30. Los niños seguramente estarán en el sofá, bebiendo un batido de chocolate mientras se encuentran inmersos en algún juego de la tableta.

—¿Hola? —digo al abrir la puerta.

El pasillo está oscuro y silencioso. Sus zapatos y mochilas

no están.

—¿Hola? —repito, asomándome a la primera estancia. Está vacía, en silencio. Subo las escaleras, entro en sus habitaciones. Hay juguetes por todas partes, libros que deberían haber sido devueltos a la biblioteca, platos sucios que deberían estar en el lavavajillas, edredones arrugados, viejos peluches con los que ya no juegan. Los niños no están.

Bajo otra vez a la cocina, me sirvo un vaso de agua. Quizá se hayan quedado en el descampado jugando al fútbol con su amigo Olav, o quizá se hayan ido a casa con él, pero ¿sin avisar? Voy a llamar a Axel para preguntárselo.

Son niños. Es viernes. No tienen deberes ni actividades a las que asistir. Tengo que ser tolerante. Evitar regañarlos y enfadarme.

Cuando me giro de nuevo y, de espaldas al fregadero, le doy un último trago al vaso de agua, la veo. La carta. Sobre la mesa de la cocina.

Durante un breve instante pienso que es una notita de los niños. Sin embargo, los niños de ahora no escriben cartas, sino que envían mensajes. Ahora me acuerdo, además, de la carta que encontré hace un par de días al volver de la cena en el Palacio Real. Aquella carta que decidí ignorar y olvidar para que me importase una mierda. Levanto el folio, empiezo a leer y siento que me va a estallar la cabeza.

Mi mano tiembla y se agita, y el temblor se propaga a la carta, que se me cae; la recojo, vuelvo a leerla.

Esto no puede ser verdad. Esto no puede estar pasando.

> Hay alguien que sabe todo lo que haces, serás castigada.
> Más información llegará después. En este período no debes hacer nada. Lo más importante: no debes contárselo a nadie.
> Si quieres volver a ver a tus hijos, debes guardar silencio. Si no lo haces, morirán.

La redacción resulta extraña, seguramente la hayan escrito con la ayuda de Google Translate, pero entiendo el mensaje. Al fin y al cabo, cumple con su cometido: hace que me cague de miedo, literalmente. Salgo corriendo al cuarto de baño. Vacío los intestinos, siento un cosquilleo en las manos, en la cabeza, por todas partes, como si fuese a desmayarme. Empiezo a hiperventilar, me subo los pantalones, empiezo a

dar vueltas, me tropiezo y caigo al suelo.

Mi boca emite unos sonidos que no soy capaz de reconocer.

Mis hijos. Mis niños, tan hermosos y valientes.

SEGUNDA PARTE

LOS NIÑOS

18

ANDREAS

PARECE QUE NIKOLAI se ha quedado dormido, al menos está en silencio. A lo mejor no deberíamos dormirnos ahora, pero es agradable, así al menos estará callado. Le tengo un poco de envidia, la verdad.

Yo sigo viendo las mismas películas en mi cabeza una y otra vez, incluso ahora. La primera muestra a papá volviendo a casa de la cabaña. Nos lanzamos a sus brazos, lo abrazamos y nos sentamos en el suelo de la entrada. Hace el tonto y bromea con nosotros, nos hace cosquillas, nos arroja al aire, como cuando éramos más pequeños.

Entonces alguien llama a la puerta y nos levantamos de un salto, como siempre, porque normalmente es alguien que viene a vernos, alguien que quiere jugar o que salgamos a hacer algo juntos. Pero no así. Ahora hay tres policías en los escalones. Llevan el uniforme, botas y gorras. Uno de ellos abre la boca y pregunta si está papá. Siempre he tenido ganas de ver a un policía de verdad, pero ahora sé que algo va mal.

Aunque la película, en realidad, tiene sonido, a pesar de que los policías hablan y papá habla y mamá también habla con su voz de trabajo, reina un silencio completo. Es como ver la tele sin volumen o sumergir la cabeza dentro de la piscina, sin que puedas escuchar los sonidos que hay alrededor.

Así es hasta que Nikolai comienza a chillar. Sus alaridos me atraviesan como un cuchillo. Nos aferramos a papá y él nos dice que debemos ir con mamá, pero yo no quiero soltarlo. Me agarro a él mientras Nikolai grita y grita sin parar, tan típico de mi hermano.

Así acaba esa parte de la película.

Tanto los policías como papá nos dijeron que solo los iba a ayudar con unas preguntas, pero yo comprendí que lo estaban

arrestando. Lo supe porque eran tres policías uniformados con las caras muy serias, por la forma en la que hablaban y porque papá se puso blanco y mamá comenzó a hablar con voz de pito. Estaba tensa y se comportaba de una forma extraña.

Ella intentó detenerlos, pero no pudo. Se fueron, se llevaron a papá y nos quedamos solos con mamá. Tenía tanto miedo de que no lo volviésemos a ver que apenas recuerdo algo de esos días, solo que mi corazón latía y latía y latía. Yo pensaba todo el rato que se me iba a parar, porque papá no estaba y todo era tan horrible, pero el corazón no se me paró. Siguió latiendo. También fuimos al colegio como si no hubiese pasado nada. Mamá se fue a trabajar como si no hubiese pasado nada, y papá estuvo metido en la cárcel acusado de dos asesinatos. Por dentro yo era un témpano de hielo y todo era completamente irreal.

Vino abu. Apenas podía recordar la última vez que había venido a nuestra casa. Muy de vez en cuando nos visitaba para nuestro cumpleaños, pero no todos los años. Mamá siempre ha dicho que abu prefiere quedarse en casa y que, además, tiene que estar en la granja para cuidar a los animales y todo eso. También lo veíamos a menudo cuando íbamos a la costa oeste. Sin embargo, me daba pena que no conociese a nuestros amigos o que no pudiese ver nuestros partidos de fútbol. Por eso me gustó que viniese, aunque nada pudiera estar bien del todo mientras papá no regresara.

Todos los días le preguntaba a mamá si volvería pronto. Todos los días ella me respondía que no lo sabía, pero que estaba trabajando en el caso, que solo teníamos que tener paciencia. Abu nos acariciaba el pelo y veía los dibujos animados con nosotros y nos leía, y cuando creía que no nos dábamos cuenta, nos miraba con preocupación.

En mi cabeza resonaban sin cesar las mismas preguntas. ¿Qué había pasado? ¿De verdad papá había hecho algo malo? Y ¿volvería a casa algún día?

Entonces pensé que solo con que papá regresase a casa, todo volvería a estar bien. Pero en realidad aquello no era más que el principio.

19

CLARA

DURANTE UNOS INSTANTES pierdo la cabeza, no hago más que dar vueltas mientras me tambaleo en un estado líquido de desesperación. Lloro, pataleo, golpeo la pared, me ducho, acabo vomitando en la bañera, tengo que recoger el vómito con los dedos y tirarlo al váter para que no se atasque el desagüe la próxima vez que uno de los niños quiera bañarse.

A Nikolai le encanta darse baños largos. A Andreas le gusta más ducharse.

Desnuda y empapada, me siento sobre la taza del váter, algo pugna por salir, pero ya solo me quedan los intestinos ahí dentro, que parecen retorcerse en una salvaje danza macabra. Me tumbo en el suelo del cuarto de baño, presiono una toalla contra mi rostro, dentro de mi boca, como para asfixiarme, para tratar de controlar todo aquello que lucha por salir. Luego me incorporo, me mezo de lado a lado con los brazos alrededor de las rodillas.

No tengo ni la más remota idea de lo que voy a hacer, realmente no sé qué hacer.

Al final, consigo levantarme del suelo, secarme y vestirme. Voy a la cocina, saco el cuchillo más grande y afilado que tenemos, me siento en el suelo, coloco el filo sobre la parte interior de mi muñeca, presiono, cierro los ojos y lo deslizo hacia mí.

Un dolor intenso me atraviesa la piel, más abrumador de lo que hubiera podido imaginarme.

Luego viene el aturdimiento, paliativo y blanquecino, que durante unos segundos se adueña de todo, mientras me siento sobre los azulejos de la entrada, cubro la herida abierta con los labios y sorbo mi propia sangre.

Mis niños. Cuando hacía sol y los dejaba dormir un rato fuera, en el cochecito, y solo sobresalían las puntas de la nariz

y se veían los gorritos debajo del edredón y la mantita, yo comprobaba si estaban bien cada dos por tres. ¿Seguía el carrito allí? ¿Estaban dentro? ¿Tenían las caritas cubiertas? ¿Respiraban?

Después, en los zoológicos y en los parques de bolas, donde los padres solían sentarse con las miradas clavadas en el móvil, yo siempre daba vueltas para estar al tanto de dónde estaban mis dos hijos. Aquellos lugares debían de ser un paraíso para los cabrones pedófilos.

Luego, de alguna forma, los niños se volvieron más del dominio de Haavard. Yo estaba ocupada con otras cosas. Crecieron, se fueron haciendo más independientes. O, al menos, yo creí que eran mayores e independientes, porque quería que lo fuesen, porque no soportaba la idea de que me necesitasen. Ya tenía bastante conmigo misma.

En realidad, ellos todavía eran muy, muy pequeños.

Últimamente, incluso después de convertirme en ministra, ni siquiera se me ha pasado por la cabeza que pudiese pasarles algo, aunque ahora esté sola con ellos y nos haya colocado en una posición en la que de repente somos de interés público. Un objetivo público. Podría haber tenido a alguien que cuidase de ellos, pero rechacé la oferta por mi terquedad, porque quería ser libre.

Estúpida, eso es lo que he sido. Estúpida y egoísta.

Marco el número del móvil de Andreas con manos temblorosas, quiero escuchar sus voces, que me digan que todo está bien, que están en el descampado con Olav. Debe de ser la misma persona —o las mismas personas— que está detrás de lo del informe sobre la pandemia, la camisa de Haavard y la primera carta, la que ahora ha ido todavía más lejos.

El contestador salta automáticamente, así que intento marcar el número de Nikolai, pero también me sale el buzón de voz. Los móviles deben de estar apagados. Estoy a punto de llamar a Axel, pedirle que venga, que vengan él y mi suegro, pero me doy cuenta de inmediato: no puedo llamar a Axel. No puedo llamar ni a mi padre ni a mi suegro. Tengo que gestionar esto por mi cuenta.

Subo corriendo a sus habitaciones, todo está tirado por el suelo y reina el caos: edredones, almohadas, ropa, peluches,

todos los libros que les han regalado y que no leen, juguetes, calcetines, pantalones… El suelo apenas se ve. Desde la muerte de Haavard, cierro las habitaciones de los niños cada vez que viene la asistenta; he dejado que el desorden se descontrole, pensando que ya me las arreglaré.

Ahora me pongo a cambiar las cosas de sitio, levantándolas, colocándolas con cuidado, intentado imponer algún tipo de orden.

No encuentro sus móviles, solo el desorden que han dejado, todo lo que me recuerda a ellos. Es como si el desasosiego se hubiese colado por debajo de mi piel. Me rasco las manos y el pecho con desesperación, de la misma forma que me rascaba después de que me arrojasen el polvo rojo unos días antes.

20

ANDREAS

PRONTO TENDRÉ QUE despertar a Nikolai, a pesar de que haya sido un alivio que se durmiese y no haya estado dando la tabarra y llorando.

Tras pasar unos días en la cárcel, papá volvió. Era verano y todo estaba verde. Yo estaba junto a la ventana de mi cuarto y vi cómo el coche del abuelo se detenía afuera y mi padre salía de él.

Ahí estaba, casi no podía creerlo. Me alegré tanto que estuve a punto de bajar corriendo para lanzarme a sus brazos. Pero entonces ocurrió algo extraño. Yo había estado enfadado todo el tiempo, con mamá, con los policías y el mundo, pero ahora parecía como si toda mi rabia se hubiese transformado de golpe en un cañón que apuntaba a papá, porque él no había estado a mi lado. Había estado muy preocupado y ahora de repente estaba solo muy enfadado.

En vez de bajar corriendo a darle un abrazo, me senté en el suelo a jugar mientras me esforzaba por no llorar. Supongo que a Nikolai le ocurrió lo mismo, porque se dedicó a jugar con su barco pirata de Lego y tampoco se movió, aunque había estado conmigo en la ventana y había visto lo mismo que yo.

Unos minutos más tarde, papá subió las escaleras y luego entró en nuestro cuarto; cuando abrió la puerta vi lo feliz que estaba. Durante un instante se quedó ahí, con el rostro iluminado, pero cuando ninguno de nosotros se levantó fue como si se le apagase la luz. Yo debería haberme rendido entonces, pero ya era tarde. Mientras papá le daba un abrazo a Nikolai y hablaba un poco con él, yo seguí sentado en el suelo de mala leche. Cuando se acercó a mí, le di un empujón para que se apartase.

Después, cuando lo escuché bajar las escaleras, ya me

había arrepentido. Me arrepentí mientras lo escuchaba discutir con mamá, mientras hacíamos una barbacoa en el jardín y cada día desde entonces, aunque estuviésemos bien. Seguramente, seguiré arrepintiéndome todos los días de mi vida. ¿Cómo pude hacerle eso? Quita, hueles mal, le dije y lo aparté de un empujón.

Ahora zarandeo a Nikolai con cuidado.

—Nikolai, despierta —le digo.

21

CLARA

DESPUÉS DE UNA hora intentando garabatear febrilmente en el papel y trazar mapas mentales y listas de sospechosos y pistas, como imagino que haría un investigador policial, arrugo los folios y los tiro.

Entro corriendo al cuarto de baño otra vez, me arranco la ropa para ponerme un sujetador deportivo, unas mallas y una camiseta vieja. En el pasillo me ato mis zapatillas de correr favoritas y me coloco los auriculares en los oídos y el móvil debajo del sujetador; paso de llevarme el teléfono de ministra. No es por ahí por donde esa gente contactará conmigo, si es que lo hacen.

Luego salgo a correr. Después de pasarme horas en el baño, vaciar el estómago, tener temblores y autolesionarme, no me quedan fuerzas. Además, una madre con dos hijos secuestrados no debería salir a correr, lo entiendo, pero tengo que hacer algo . Necesito reiniciar el cerebro de alguna manera, formatearlo. Y esta es la única manera que conozco, aparte de volver a coger el cuchillo y cortarme de nuevo, y eso no puedo hacerlo, no debo. Lo he deseado tantas veces, y aun así he sido capaz de contenerme. No puedo empezar ahora, porque cortaría sin parar hasta que no quedase nada.

Voy corriendo hasta el lindero del bosque, empiezo el escarpado ascenso donde suelo calentar caminando. El ácido láctico hace acto de presencia de inmediato, me bloquea los músculos, pero continúo a pesar de que me arden los pulmones y el cuerpo.

En el lugar donde suelo detenerme y bajar la velocidad, me lanzo y aprieto todo lo que puedo. En vez de contenerme, me impulso, ignoro el dolor en los pulmones, los muslos y las pantorrillas, las partes que se agarrotan y me arden. No llevo conmigo la linterna frontal, la oscuridad me rodea, no veo

por dónde voy, pero conozco el terreno y, en cualquier caso, no me importa, simplemente lo doy todo. Es como si corriese en el interior de un túnel oscuro, el dolor me retumba en los oídos. A veces me tropiezo con raíces y piedras y estoy a punto de caerme.

Andreas. Nikolai. Sus nombres resuenan con cada pulsación, como pequeños estallidos, como el crepitar de las bengalas que suelen encender en Nochevieja. No puedo perderlos como perdí a Lars, no lo soportaría.

El dolor que me he autoinfligido ha desatado una especie de ligereza, soy ágil como el viento, ligera como el bebé que una vez fui, etérea como el algodón de pantano y el plumón de pájaro, liviana como el peso de la nada; soy la nada, vuelo hacia delante y todo desaparece a mi alrededor. Lo único que queda es la sensación de volar que he perseguido desde que era niña.

Mis niños, tan diferentes y sin embargo tan unidos, como el día a la noche y la noche al día. Deseo con todo mi corazón que estén juntos, que hallen consuelo el uno en el otro hasta que los encuentre.

Andreas fue el primero en nacer, el primero en abrirse camino por el canal del parto de manera natural; vio la luz del día media hora antes que su hermano, al que hubo que extraer de nalgas. Siempre ha ido a la cabeza, es más avispado que Nikolai, más despierto que cualquier niño de su edad. Jamás se lo he dicho, una decisión consciente y de la que ahora me arrepiento. Hay tantas cosas que debería haber dicho, tantas cosas que debería haber hecho.

Andreas heredará algún día la granja que tenemos en mi pueblo natal. Deberíamos haberle puesto el nombre de mi padre, pero este se negó en redondo, nunca le ha gustado su nombre. En su lugar recibió el de Andreas, el nombre de su abuelo paterno.

Corro intensamente y a gran velocidad todo el trayecto hasta casa. En cuanto entro por la puerta, me desplomo en el suelo y permanezco ahí durante mucho rato; veo todo a través de una bruma roja y titilante.

Tras lo que parecen varias horas, sin tener la menor idea del tiempo que en realidad ha transcurrido, me levanto con dificultad y vuelvo a sentarme con papel y un bolígrafo. Debo

pensar de manera clara y racional. ¿Quién tendría un motivo? ¿Quién quiere hacerme daño? Ahí es por donde debo empezar. Garabateo algunos nombres. Personas del trabajo. Munch, por ejemplo. Escucho su voz hablándome al oído, grave, amargada, la manera en que pronunció «zorra». Resentido. Vengativo. Sí. La cuestión es si está lo bastante trastornado como para secuestrar a dos niños.

Aun con dudas, anoto el nombre de las familias de los maltratadores de niños de los que me encargué esta primavera, aunque en realidad no creo que ninguno de ellos pueda haberme descubierto.

Al cabo de un rato, apoyo la cabeza entre las manos, gimo, noto lo cansada que estoy. Tengo que comer algo, pero no hay nada en la nevera. Voy al congelador por si queda alguna pizza congelada. Tampoco hay nada allí, solo una bolsa de gambas; tendrá que servir.

Doy vueltas por el salón, intentando organizar mi cerebro, igual de mareada que cuando intento redactar correos electrónicos en el asiento trasero del coche oficial. No sirve de nada, no soy capaz de articular ningún pensamiento coherente.

Al final desisto y subo las escaleras, entro en el dormitorio, me acuesto bajo el edredón, me acurruco como una bola. Tengo que intentar desconectar, quizá dormir un par de minutos para despertarme con la mente más centrada y más clara.

Jamás me acuesto en la cama durante el día. Jamás. Es algo que me recuerda demasiado a mi madre. Incluso cuando los niños eran pequeños y dormían la siesta en el carrito, yo intentaba emplear el tiempo en hacer algo útil, sin importar lo agotada y al borde del desmayo que estuviese.

El silencio que reina en la casa me recuerda al que había cuando Lars se fue a vivir con Agnes y Magne, y más tarde murió. Silencio y vacío. El reloj de la cocina, con las agujas que se movían lentamente. Tic, tac. Tic, tac. Al final mi padre tuvo que descolgarlo. Todavía soy incapaz de soportar ese tipo de relojes de pared.

Todo regresa en este momento.

Solía llevar a Lars en brazos a todas partes, señalando cada cosa que veíamos y explicándole lo que era. Flor. Lars.

Vaca. Establo. Tractor. Rampa del granero. Hierba. Papá. Mamá. Árbol. Carretilla. Gato.

Mi padre me había enseñado todas las palabras y ahora yo se las enseñaba a mi hermano. Cuando empezó a caminar lo llevaba de la mano, le enseñé a montar en bicicleta. Veía los programas infantiles con él en la tele, le contaba cuentos, le cambiaba las sábanas cuando se hacía pis en la cama y le dejaba dormir conmigo cuando él quería.

Jamás le conté a mi padre cómo fueron las cosas después de que se marchase, no quería causarle más dolor del que ya sentía después del Líbano.

De repente mi madre decidió mudarse y llevarse a Lars consigo. Al principio no me lo podía creer. Lo consideraba mío, fui yo quien se había encargado de él mientras mi padre estaba fuera, yo era quien lo cuidaba, a ella no le importaba. Le dije que no se lo podía llevar. Ella simplemente se echó a reír, sacudió la cabeza y dijo que también me fuese con ellos. Yo no quería, no podía. Tenía que quedarme en la granja, con mi padre. Berreé, chillé, intenté retenerlo. Fue imposible. Es eso lo que no soy capaz de olvidar, que se lo llevó y que se rio de mí.

Él se fue y yo me quedé.

Después de su muerte jamás volvimos a hablar de Lars. Ninguno podía soportarlo, aunque eso no significaba que yo no pensase en él. A veces podían pasar diez minutos, treinta, quizá una hora sin que pensase en él, pero jamás un día entero. Además, oía su voz, sobre todo en el cementerio. Repetía las mismas palabras, una y otra vez.

«Venga mi muerte», decía.

Cuántas cosas quedaron destruidas entonces. Sin embargo, conseguí construir mi propia vida. Logré un trabajo, una casa, una familia.

Cuando mis hijos nacieron, pensé que empezaría a pensar menos en Lars. Sin embargo, todo lo que veía en ellos me recordaba a mi hermano. Los pañales, los andares tambaleantes sobre el suelo del salón, los pasos fugaces de un lado a otro, con los brazos extendidos, como las palas de un helicóptero.

Los años transcurrieron tan deprisa… Mis hijos dieron el estirón, se volvieron más espigados, más altos. Sus piernas,

tan finas como palillos, correteaban por los campos de fútbol de toda la ciudad. Al principio apenas daban pie con bola o conseguían correr en la dirección correcta. Nos reíamos de ellos, Haavard y yo, pero luego fue como si hubiese parpadeado, como si hubiese cerrado los ojos un par de segundos. Cuando los abrí de nuevo, los niños no solo habían aprendido a controlar el balón y a correr en la dirección correcta, sino que también podían regatear y marcar goles.

No pasaba tanto tiempo en casa como debería. Sin embargo, lo peor era que, cuando me quedaba, solo mi cuerpo estaba presente. Mi cabeza siempre estaba en cualquier otra parte. No tenía tiempo para ejercer de madre, el trabajo llenaba mi mente. Era como un cubo de Rubik, pensaba que si giraba y recolocaba las frases, los apartados y los párrafos, acertaría y algo se abriría.

Luego dejé el cubo de lado. Tenía que hacer algo más concreto, tomar cartas en el asunto. Me imaginaba a todos los niños que estaba salvando de los golpes, las patadas y las quemaduras al llevar a cabo mi plan contra sus padres. Sentía que lo que estaba haciendo marcaría una diferencia, pero mi cabeza todavía seguía estando en otra parte.

Tal vez estaba tratando de protegerme a mí misma no estando cerca de los niños, por si se daba el caso de que los perdiese, como había perdido a Lars. Si era así, todo ha sido en vano, ya no me aporta nada, es imposible sentir más dolor del que siento en estos momentos.

Haavard siempre decía que quería hacer un libro sobre cada niño. Allí anotaría lo que decían, cuándo daban sus primeros pasos, cuándo se les caían los primeros dientes. Hablaba de ello sin parar, pero nunca hizo nada. A veces me metía con él por eso. A mí no se me hubiera ocurrido emplear el tiempo en algo así.

Él ya no está, y ahora mis hijos también han desaparecido. Ya no queda nada de nuestra familia. Y no tengo la menor idea de cuándo dieron sus primeros pasos, pronunciaron sus primeras palabras o perdieron sus primeros dientes.

Siempre vamos corriendo a todas partes, ajetreados, con tanto que hacer, tantas cosas urgentes y pendientes; pensamos que tenemos mucho tiempo, que tendremos la oportunidad de hacer lo que realmente importa más adelante.

Y entonces un día nos despertamos y nos damos cuenta de que no es así, de que ya es tarde para hacer lo que deseábamos, lo que de verdad importa.

Estoy tumbada completamente inmóvil en la cama, de la misma manera que solía estarlo mi madre. El edredón casi por encima de la cabeza, las piernas encogidas. Podría pensarse que es un consuelo colocarse en esta posición, que ese es el motivo por el que la gente lo hace, pero todo empeora por momentos mientras estoy tumbada así. La sensación que tengo en el diafragma desde que llegué a casa de que algo arde sin llama o de que un ácido me corroe solo se intensifica.

Ardo. La cama arde. La casa arde. Arde el mundo. ¿Quién se los ha llevado? ¿Y por qué? Lo digo en voz alta: ¿Quién? ¿Por qué?

Intento invocar a Lars, añoro el viento que atravesaba mi cuerpo, el que siempre se produce antes de que ocurra.

Antes, en ocasiones, podía hablar con él, realmente lo escuchaba hablarme, desde el cielo o desde donde esté ahora. Era muy hermoso, pero ha pasado mucho tiempo. No lo he vuelto a conseguir después de lo de Haavard.

«Lars, ¿me oyes? —susurro—. ¿Dónde están los niños? ¿Quién los tiene?»

No me responde. No quiere. Es inútil.

La respuesta a la primera pregunta reside en la segunda, de eso estoy segura. Alguien ha hecho esto para hacerme daño de forma personal, para lastimarme y destruirme, vengarse de mí, o ambas cosas.

¿Quién tiene más motivos para hacerme daño?

Repaso mi lista de nuevo. Es casi seguro que disponga de un océano de enemigos invisibles a causa de mi puesto como ministra, pero ¿y aparte de eso? ¿Quién puede ser, que yo conozca?

Munch, las familias de los que he asesinado y Sabiya.

Sabiya. Tiene sentido. Un niño por otro niño. Dos niños por tres niños. Mis hijos por los suyos.

Es cuando me incorporo en la cama que los veo. En mi mesita de noche, dos teléfonos móviles idénticos, uno con una pegatina del Liverpool, para distinguirlos. Intento encenderlos, pero ninguno tiene batería y tendré que ponerlos

a cargar. Lo haré, sin duda. No obstante, alguien ha dejado los móviles aquí a propósito, en un lugar donde saben que los voy a encontrar. Eso significa que es poco probable que estos vayan a aportarme más datos.

Son las nueve, la hora a la que suelo llamar a mi padre, pero no soy capaz de hablar con él ahora mismo, de fingir que no ha pasado nada, de mentir y decirle que todo está bien. Tampoco puedo decirle la verdad.

He decidido obedecer a los que se han llevado a mis hijos. Tal vez no debería, tal vez debería haber llamado a la policía enseguida. Seguramente harían cualquier cosa para encontrar a los hijos de la ministra de Justicia. Pero la única exigencia que me han hecho hasta ahora es que no debo contárselo a nadie; si lo hago, los niños morirán. No me atrevo a arriesgarme a que lo digan en serio. Tengo que encargarme de esto yo misma, al igual que siempre he intentado solucionar sola todas las cosas importantes en mi vida.

Mientras bajo las escaleras para ver si soy capaz de comerme las gambas, le envío un breve mensaje a mi padre para decirle que me duele la cabeza y no puedo hablar hoy. A continuación, pulso «enviar».

22

LEIF

«QUE TE MEJORES», le respondo a Clara, pero su mensaje me da mala espina.

Siempre llama cada noche, sin importar las circunstancias. A menudo hablamos tan solo unos minutos, sin embargo, escuchar su voz me hace sentirme menos solo. Entiendo que llama para comprobar si estoy bien, de alguna manera, y me gusta que lo haga.

Incluso lo ha hecho durante los meses que han transcurrido desde la muerte de Haavard. Durante ese tiempo ha surgido algo nuevo entre nosotros. Quizá sea un pequeño resquemor por mi parte a causa de lo que sospecho, pero de lo que no puedo hablar. Quizá se pregunte qué pienso al respecto, no lo sé, jamás ha expresado nada similar.

Haavard era una especie de factor estabilizador: sentía que nada iba a pasarles a Clara y a los niños si él estaba en la casa. Sí, era un niñito de papá que seguramente tenía sus trapos sucios, como suele pasar siempre con ese tipo de tíos; no obstante, estaba ahí, era un buen padre para mis nietos.

Algunas mañanas, cuando me despierto, el recuerdo de Haavard me arde en el pecho hasta que soy capaz de levantarme y ahogar ese sentimiento entre el café y las tareas. A lo largo del día va a mejor, pero por la noche los recuerdos regresan, no importa que encienda la chimenea, lea sobre la guerra o me tome una copa.

En ocasiones es como si lo viese asomándose a la ventana, en la oscuridad. Luego lo escucho caminando por el pasillo, quitándose las botas, entrando por la puerta de la sala. En esas visiones Haavard parece muy oscuro, pero en realidad siempre fue liviano y claro. ¿Me alegraría si apareciese en la sala delante de mí, empapado, venido directamente de la cascada, demacrado y horrible, como un espectro de las

aguas, con la misma mirada llena de odio que Agnes adopta cuando habla de Kleivhøgda? ¿O simplemente me asustaría?

Luego está lo del nuevo trabajo de Clara. Es como si hubiese intensificado los pensamientos de Haavard, de los que casi había conseguido deshacerme. ¿Es posible que haya ocurrido algo en el trabajo, algo que ella no quiera que yo sepa? ¿La ha llamado Agnes? ¿O se ha enterado de que su madre ha salido y quiere protegerme de esa información? Ella no tiene ni idea de que yo lo sé.

Joder. Todos estos pensamientos se suceden en bucle.

Entro en la habitación más grande, la que está orientada hacia el oeste, hacia el río, una de las estancias en las que casi nunca estoy. Las camas cubiertas con colchas de ganchillo, las suntuosas mesitas de noche, las jarapas de mi madre que cubren el suelo, antiguas fotos en blanco y negro en las paredes. La habitación permanece igual que cuando mi madre aún vivía. Todo se encuentra cubierto de una fina capa de polvo, pero por lo demás está como siempre.

Entro en la habitación y abro la puerta del pequeño altillo que hay en un lateral y que sirve de trastero. Está a rebosar de cosas: bolsas de basura llenas de ropa vieja, cajas con todo tipo de chatarra que jamás tendré energía para revisar, cajas con decoraciones navideñas. Caos, caos y más caos.

Al fondo del estrecho y pequeño habitáculo, lo más alejada posible de la ventana cubierta con una vieja cortina desteñida y cuyo alféizar está lleno de moscas muertas, hay una caja marcada. «1988.» Paso por encima de una vieja mecedora, me tropiezo y suelto una maldición, pero al final logro acceder a ella, me la coloco debajo del brazo y salgo de la habitación.

En la casa hay siete dormitorios. Yo solo uso uno. Cuando Clara y los niños vienen a visitarme, usamos tres. Tanto que no sirve de nada… Clara o Lars deberían haberse venido a vivir a esta casa con su familia, entonces yo me habría construido una cabañita junto a la vivienda principal, pero el destino no lo quiso así. Lars está muerto y Clara tiene su vida en Oslo.

Llevo la caja a la sala de estar, la coloco en la mesa, la abro y saco diferentes objetos. Historiales médicos, el certificado de defunción, informes policiales, notas,

fotografías.

Sé que Clara piensa que jamás hice nada; no es verdad. Reuní toda esta documentación en secreto, me puse en contacto con un abogado, tenía planeado ir a juicio, hablar con el periódico, cualquier cosa con tal de vengar la muerte de mi hijo. Tenía pensado ir a por Magne y Agnes. A por Agnes porque había dejado abandonados a los niños y a los animales mientras yo estaba en el Líbano para salvar la economía familiar, porque se había arrojado a los brazos del mayor psicópata del pueblo cuando regresé, porque se había llevado a nuestro hijo y había dejado que sufriese malos tratos hasta morir. A por Magne iba por todo lo que había hecho, por todo lo que me había quitado.

El accidente de coche que se produjo en Storagjælet cuando Clara tenía doce años lo cambió todo. De repente, Magne había muerto y Agnes estaba ingresada en un psiquiátrico. No me quedaba nadie de quien vengarme. No iba a recuperar a mi hijo, en cambio, me arriesgaba a empeorar la situación de Clara.

Al final lo dejé de lado. Nada de esto ha visto la luz en treinta años. Ahora lo saco todo de la caja, lo extiendo sobre la mesa, cojo un cuaderno pautado y un bolígrafo y empiezo a tomar notas.

23

CLARA

ME DESPIERTO Y, al principio, lo he olvidado. Durante un segundo, dos, tres, mi vida está bien.

Entonces me acuerdo. Los niños han desaparecido.

El reloj del móvil marca las 3.02. He dormido dos horas y no voy a poder dormir más. Quedarme aquí tumbada equivale a hervir en una especie de baño de ácido corrosivo. Por lo tanto, me levanto de la cama, salgo al pasillo y me dirijo al cuarto de los niños; contengo la respiración al abrir la puerta.

Tiene que haber sido una pesadilla. Estarán en sus camas, dos cálidos bultitos debajo de los edredones, con los flequillos despeinados, los cuerpecillos menudos, los corazones latientes. Cuántas noches han dormido en esta casa.

Pero ahora no están en sus camas. No es una pesadilla, esta es la realidad. Me acerco a la cama, me meto en ella, percibo el olor de los cuerpos que no están, rompo a llorar. Permanezco así durante un largo rato.

Ya han pasado casi doce horas desde que volví a casa y más tiempo aún desde que alguien se los llevó. En ese período de tiempo se los pueden haber llevado muy lejos, a la otra punta de Europa o incluso más allá.

Yo, por mi parte, no he avanzado nada, no tengo ningún plan.

Vuelvo a mirar la hora, el reloj inteligente que llevo en la muñeca marca las 3.35. Entonces me percato de algo: los niños llevan unos relojes parecidos. ¿Quizá todavía los lleven puestos? Cuando me puse a buscar sus móviles, no encontré los relojes. ¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta hasta ahora, tantas horas después? Esto solo confirma el estado delirante en el que he estado inmersa.

Redacto un par de mensajes breves y los envío: «¿Dónde

estáis? ¿Os llega el mensaje? Por favor, decidme algo si veis estos mensajes».

Tiene que ser posible rastrear sus relojes, pero no voy a ser capaz de hacerlo sola.

Permanezco un rato en la cama, pensando, hasta que soy incapaz de estar tumbada más tiempo, hasta que los hámsteres empiezan a dar vueltas y más vueltas. Entonces me levanto y voy al piso de abajo.

Que sea lo que Dios quiera. Tengo que hacerlo de modo que mis enemigos, sean quienes sean, no lo descubran. Pero necesito ayuda, no soy capaz de hacer esto sola.

Le he dado vueltas a la idea de pedir a la directora general de la Policía que rastree los relojes. En definitiva, Monrad me debe un favor, lo que pasa es que podría sospechar algo e intentar averiguar por qué, y entonces se desataría el infierno.

No, lo mejor sería pedírselo a otro, y de repente se me ocurre a quién. Contárselo a una sola persona no es lo mismo que informar a todo el cuerpo policial. Quienquiera que tenga a mis hijos jamás debe enterarse. Voy a por el teléfono, tardo mucho en redactar el mensaje. Escribo, borro, empiezo de nuevo.

«¿Puedes llamarme cuando te despiertes?», escribo al final. Enviar.

24

ANDREAS

HACE MUCHO FRÍO aquí, donde estamos. Nikolai está acurrucado junto a mí. De hecho, lo rodeo con el brazo aunque me sienta un poco estúpido para que logremos mantener el calor.

La película que ahora da vueltas y vueltas en mi cabeza es de cuando nos fuimos de vacaciones en verano, poco tiempo después de que papá regresase.

Justo después de habernos montado en el coche, cuando papá hubo metido a presión en el maletero las últimas cosas que casi habíamos olvidado, hubo asegurado las bicicletas a la vaca del coche y finalmente nos conseguimos poner en marcha para irnos de vacaciones a la costa oeste, recuerdo haber pensado que a partir de entonces todo iría bien.

Los abuelos habían venido para despedirse, nos saludaron con la mano desde la verja del jardín. Era como si fuesen encogiendo un poco cada año a medida que nosotros íbamos creciendo; pronto quizá nos encontraríamos en el medio.

Allí parados, casi parecía que la casa fuese suya. Es cierto que lo había sido antes de que nosotros nos mudásemos. Nuestra familia de Oslo tenía por costumbre que los hijos se mudasen a la casa de sus padres cuando se hacían mayores. Esa también era la tradición en la costa oeste, salvo que en nuestro caso no nos habíamos hecho cargo de la granja. Era un poco triste que abu, que era tan mayor y vivía allí solo, tuviese que encargarse de todo, pero yo no quería mudarme a esa parte del país. Estoy seguro de que papá tampoco quería mudarse. En realidad, creo que ni siquiera mamá quería. A ver, yo sabía que ella le tenía mucho cariño a abu y a la granja, pero pensaba que amaba aún más su trabajo, o al menos eso parecía.

Papá insistió en poner a los cantautores Knutsen y

Ludvigsen, porque sus padres se lo ponían cuando él era niño e iban de viaje, y porque a nosotros nos habían encantado de pequeños. Nikolai y yo intentamos protestar y mamá suspiró profundamente, pero nos tocó escuchar esa música hasta que hicimos la primera pausa para ir al baño. Luego puso Offspring.

Primero pasamos un par de días en la granja. Me gustaba estar ahí, aunque el televisor era pequeño y viejo, internet iba lento, y olía a polvo y a manzanas medio podridas por todas partes. Abu hizo albóndigas, guiso y trucha a la plancha; nosotros horneamos *brownies*, nos bañamos en el río y jugamos en el pajar. Por las noches, los adultos se sentaban alrededor de la mesa del jardín para beber vino de ciruela. Todo estaba bien, era casi como si nunca hubiesen arrestado a papá. Él nos había explicado que la policía había cometido un error y que se sentían mal por eso. Él había decidido no seguir pensando en el tema.

El mejor día de las vacaciones siempre era cuando subíamos a la cabaña de los pastos de verano. Cuando caminábamos junto al río hasta el lugar donde caía la cascada, antes de comenzar la subida por el sendero. Era un poco como entrar en Narnia. Estábamos rodeados del denso bosque verde, de helechos más altos que Nikolai y yo, de pájaros y cascadas.

Otra cosa que me gustaba era que mamá siempre cambiaba cuando llegábamos a la granja, y todavía más cuando subíamos a la cabaña de los pastos de verano. Se la veía más contenta y empezaba a hacer un montón de cosas.

En casa era papá el que cortaba el césped y pintaba la valla y esas cosas, si es que lo hacía alguien, vaya. En realidad, parecía que a ninguno de los dos les gustaba hacerlas. Pero cuando mamá por fin llegaba a los pastos de verano, se convertía en una vaquera o agricultora, como solía decir papá. Se pasaba el día dedicándose a la carpintería o cortando hierba con una guadaña, y se subía al tejado para reparar las tejas. Me encantaba ver a mamá así, y creo que a papá también le encantaba. Él se tumbaba sobre la hierba y leía un libro, y parecía totalmente relajado.

A veces me daba cuenta de que estaba ausente, como si no estuviese allí, y eso me asustaba un poco. ¿A lo mejor tenía

miedo de que lo volviesen a meter en la cárcel? Pero la mayoría del tiempo todo estaba bien.

Ese verano me esforcé por tener contentos a mamá y papá, sobre todo a papá. Intento recordarlo cada vez que pienso en el día que volvió a casa; trato de pensar que, a pesar de todo, fui amable con él el resto del verano, y que he intentado portarme bien con Nikolai desde entonces porque sé que a papá le hubiese gustado.

A Nikolai le castañetean los dientes. Yo también estoy helado. ¿Cuánto tiempo tendremos que quedarnos aquí esperando?

25

CLARA

ME LLAMA A las 6.37, ya está despierto. Es verdad que tiene niños pequeños, o quizá salga a correr antes de desayunar, tal y como imagino que hacen los tíos como él, igual que hacía yo antes. No tengo ni idea y tampoco me importa.

—¿Sí? —respondo; he salido corriendo al jardín para contestar el teléfono por si hay micrófonos dentro de la casa. Le había enviado el mensaje desde el móvil del ministerio, y ese es el móvil al que llama ahora.

—Clara —dice con la voz algo ronca—. ¿Va todo bien?

¿Cuánto debería contarle? Lo mínimo posible, aunque esté en el exterior, aunque el móvil sea seguro.

—Bueno —respondo—. ¿Crees que podrías pasarte por aquí un rato?

Si hasta este momento no he reparado en lo profesional que es, ahora lo hago sin problema. No vacila, no pregunta, no suspira.

—Estaré allí en quince minutos —afirma.

—Bien —digo. Colgamos.

Cuando aparca en la calle, estoy lista, sentada en el banco que hay fuera. Por si acaso, he dejado todos los teléfonos dentro de la casa.

Se baja de un coche que no he visto antes, un SUV, que debe de ser su coche privado. Cruza la calle con largas zancadas, camina hacia mí.

Algo en él parece muy diferente, seguramente porque no lleva la camisa azul ni la corbata oscura ni el pantalón de traje, solo unos vaqueros azules y una sudadera con capucha de color azul celeste con una gran J y una gran L moradas, y una cazadora de cuero por encima.

Hasta ahora solo lo había visto como una prolongación del coche oficial, del uniforme y de la situación. Él es todo eso,

pero también es un hombre, un padre, un ser humano y alguien al que necesito con desesperación en estos momentos.

Stian se dirige de manera apresurada hacia mí, observo que se queda helado cuando me ve la cara.

—Clara —dice con voz cálida, y coloca una mano alrededor de mi nuca con cuidado, de forma ligera, natural—. ¿Qué ocurre?

—Ayer me trajiste a casa —comienzo—. Y tenía tantas ganas de estar con los niños, pero…

—¿Sí? ¿Qué ocurre, Clara?

—Algo… había ocurrido. Los niños no estaban aquí.

—¿No? —dice, y observo que un estado de alerta se activa en su mirada—. Entonces, ¿dónde están?

—No lo sé —respondo.

La conversación vuelve a interrumpirse, pero ahora él no me ayuda a avanzar. Ninguna mano alrededor de la nuca.

—Tampoco volvieron más tarde —continúo, esforzándome por dar con las palabras—. Había una carta sobre la mesa.

Estamos de pie el uno frente al otro y yo mantengo la mirada clavada en el suelo, no soy capaz de mirarlo a los ojos, necesito tomar carrerilla.

—Alguien se los ha llevado, y no puedo decírselo a nadie…

Durante un segundo o dos atisbo un destello de sorpresa o conmoción en su mirada. Desaparece enseguida y de nuevo vuelve a parecer igual de tranquilo.

—¿Quién no te deja que digas nada? ¿Los que están detrás? —dice.

Asiento.

—Pero no puedo con esto yo sola. Por eso te lo estoy contando, pero tienes que prometerme que no se lo vas a decir a nadie más. Si hablo, matarán a los niños…

—¿Han pedido algún rescate? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—Lo único que pone es que me llegarán instrucciones detalladas más adelante. De momento, la única demanda es que mantenga la boca cerrada.

—Mmm —musita, y me aterra ver la seriedad de su rostro.

Aunque estoy más asustada de lo que jamás he estado desde aquella vez que Lars me llamó hace treinta años, de

alguna forma me he acostumbrado a la idea de lo que está sucediendo, al menos de la forma en la que uno es capaz de acostumbrarse a las cosas más inimaginables.

He empezado a aceptar lo que está ocurriendo, a absorberlo a través de los poros, la piel, la sangre; la certeza de ello ha recorrido mi cuerpo varias veces. He empezado a pensarlo, a sentirlo, a respirarlo, de la manera en que uno absorbe el alcohol o el cánnabis u otras sustancias químicas, y durante un período lo convierte en una parte de sí mismo, en algo que con el tiempo parece más auténtico que la propia persona que uno es, o era, en realidad.

—Tiene que haber alguien que me odia —digo.

Ahora Stian me rodea con el brazo, me abraza, no como un guardaespaldas, un chófer o un policía, sino como un hermano mayor. Para ser una persona tan tranquila, equilibrada, reservada y siempre profesional, resulta extraño que sea tan físico. Lo raro es que no me produce rechazo, sino todo lo contrario, me gusta.

—Clara, los encontraremos, confía en mí.

Entonces me echo a llorar mientras apoyo la cabeza contra su cazadora de cuero durante un momento, antes de enderezarme, secarme las lágrimas con el dorso de la mano e inspirar todo lo profundo que soy capaz.

—Perdona —repongo—. No se lo puedes decir a nadie, ¿me lo prometes?

Alza las cejas.

—Ay, Clara —dice, negando con la cabeza—. Eso es imposible, ya lo sabes. Tengo que involucrar al servicio, a los jefes.

—No me hagas arrepentirme de habértelo contado —le digo—. Van a matar a los niños si se lo digo a alguien.

Me detengo, noto que el pánico y la desesperación se reflejan en mi voz, me siento avergonzada.

—Clara —dice él con calma, como cuando un adulto habla con un niño histérico—. Si hago lo que tú me pides, me quedaré sin trabajo y, según la ley noruega, me estaría convirtiendo en culpable de un delito.

—Lo sé —digo desesperada—. Lo sé, lo sé, pero…

—¿Qué querías que comprobase por ti, por cierto?

—Sus relojes inteligentes —digo—. Han dejado los

móviles aquí, pero los relojes no. Se podrán rastrear, ¿no?

Asiente.

—¿Puedes ir a buscar los móviles? ¿Y la carta que te dejaron? Usa guantes, métela en una bolsa de plástico sin usar y me la traes. ¿La has tocado?

Niego con la cabeza, entro corriendo a casa, salgo con la carta en una bolsa de plástico y los móviles en otra, se lo entrego todo. ¿Querrá esto decir que va a ayudarme, de todas formas? ¿Que no he suplicado en vano?

Stian examina la carta a través del plástico con el ceño fruncido.

—Parece que han traducido el mensaje al noruego con algún programa de traducción automática —declara—. Tengo que comprobar si hay algo de especial en el papel o la impresión, y si hay huellas dactilares.

—Gracias —le digo—. Mil gracias.

—Pero, Clara —insiste, indulgente—. Soy policía, un funcionario público. Quiero ayudarte, yo también soy padre, pero no puedo. Tengo que dar parte a las instancias pertinentes.

Se me cae el alma a los pies. No soy capaz de pronunciar ni una palabra. El pánico se me extiende por todo el cuerpo y se manifiesta en forma de punzadas y pinchazos. Es la primera vez que pido ayuda a alguien, y es así como acaba.

—Lo siento —se lamenta, parece afectado de verdad.

Mi cerebro comienza a esbozar una especie de plan inconsciente. No puedo darme por vencida, todavía no. Tiene que haber una manera de llegar hasta él. No puedo mentir, me calaría enseguida. Tengo que decir la verdad.

—Es la primera vez que le pido ayuda a alguien —le digo —. No es algo habitual en mí.

—No —responde, esbozando apenas una sonrisa—. Me lo puedo imaginar.

—Hay algo de lo que nunca hablo —digo, trago saliva—. Tuve un hermano… Cuando él tenía siete años, ocurrió algo.

Me resulta difícil, pero sigo de todas formas, tomo impulso.

—¿Sí? —dice, mirándome atento.

—Mi madre se mudó de repente. Se había echado un nuevo novio, Magne, un profesor y político local…

Me detengo. Magne, con la mirada punzante, la mandíbula cuadrada, aquel repugnante lunar junto a la nariz. De vez en cuando le salía de él un pelo negro que solía arrancar con unas pinzas, y siempre hablaba de extirpárselo.

Carraspeo, me aclaro la voz.

—Magne, de puertas para fuera, era un hombre decente —continúo—. Pero en realidad era el mayor cabrón que te puedas imaginar. En cualquier caso, mi madre se fue. Yo me negué a irme con ella, pero se llevó a Lars, mi hermano pequeño. Al principio venía a vernos a mi padre y a mí los fines de semana, pero con el tiempo dejó de venir, o solo venía muy de vez en cuando. Y él…

Tengo que tomar una pausa. Por suerte, Stian no dice nada.

—Se convirtió en un niño introvertido y extraño, totalmente distinto al Lars que conocíamos. Recuerdo que, en una ocasión, encontré a mi padre llorando en el sofá por la noche, después de que mi hermano se acostase. Había visto a Lars en la bañera, había observado los moratones y otras marcas que tenía por todo el cuerpo. Tras ese episodio, mi padre intentó hacer algo, fue a hablar con los de servicios sociales, pero regresó a casa destrozado. Ninguno de los que en teoría deberían haberlo ayudarlo había querido escucharlo. Todo fue a peor y Lars se volvió cada vez más callado. Al final dejó de venir a casa con nosotros. Según mi madre, era él quien no quería, pero no la creímos. Mi padre repetía una y otra vez que iba a hacer algo al respecto, pero jamás ocurría nada. En realidad, creo que no tenía ni la menor idea de qué más podía hacer…

Una nueva pausa, tengo la boca seca, intento tragar saliva.

—Entonces, un día Lars me llamó por teléfono. Yo estaba sola en casa y me percaté enseguida de que algo iba mal. Me dijo que fuera a verlo de inmediato. Tenía miedo, pensaba que le iban a pegar, pegarle de verdad. Yo también me asusté, salté sobre mi bicicleta y pedaleé tan rápido como pude cuesta arriba para llegar a la granja de Magne. Me di tanta prisa como pude. Sin embargo, llegué demasiado tarde. Lo encontré en el suelo, en casa de Magne, totalmente quieto y azulado. Fue como si yo también hubiese muerto, ¿entiendes? Sé que suena a lo típico que dice la gente, pero es verdad, así

fue. Después de eso he observado siempre todo lo que he hecho desde fuera de mí misma…

—Ay, Clara —dice Stian.

—No hubo nadie que los castigase; a nadie le importó, nadie quiso escuchar, nadie quiso ver. Es algo que ocurre a menudo. He dedicado toda mi vida profesional a intentar cambiar precisamente eso.

—¿Siguen vivos? —pregunta—. ¿Tu madre y tu padrastro?

—Mi madre sigue viva —respondo.

Creo que es la primera vez que pronuncio esas palabras. Haavard pensaba que mi madre había muerto. Los niños también. Mis suegros. Axel. Todos en Oslo.

—Magne murió en un accidente poco después. Yo iba con él…

Le cuento lo de Magne y el accidente; no miento, solo le transmito mi verdad, la versión que le di a la policía aquel día hace treinta años: que Magne había bebido y conducía a gran velocidad, se salió de la carretera y se quedó paralizado dentro del coche, y yo no tuve más remedio que salir de allí a nado.

—A lo mejor podría haberlo salvado si hubiese querido —digo finalmente—. Pero lo dejé morir, y me alegré de que ocurriera. ¿Lo entiendes?

Jamás le he contado tantos detalles sobre aquello a nadie.

Stian asiente. Me coge de la mano, que noto todavía rígida y extraña después del incidente con el cuchillo de ayer. Estoy a punto de retirarla con brusquedad, pero resisto el impulso. Llevo un jersey de punto y muñequeras por encima del vendaje, es imposible que descubra lo que he hecho.

—Tenías doce años y estabas muerta de miedo, Clara —dice Stian—. Fue él quien te puso en esa situación. Nadie podía esperar que lo salvases, con independencia de lo que sintieses por él. ¿Comprendes?

Hago un gesto de asentimiento.

—Pero eso hace que todavía sea más grave el hecho de que no he sido capaz de cuidar bien de mis hijos —digo—. Una vez más, he fracasado. Y no puedo soportar más catástrofes, ni mi padre tampoco. Sin embargo, he dejado que esto pasara al aceptar el cargo de ministra, dejarlos solos y negarme a que tuvieran seguridad. Uf… Te acabo de contar

cosas que jamás le había contado a nadie antes.

—Gracias, Clara —dice—. Aprecio mucho la confianza.

Tras unos segundos de silencio, prende una pequeña llama de esperanza, hasta que vuelve a hablar.

—Créeme, me encantaría ayudarte sin involucrar a otras personas, tal y como me pides, pero no puedo hacerlo. Sería una irresponsabilidad.

—Vale —me limito a decir, y trago saliva. El pánico atenaza mi cuerpo.

Permanecemos un rato en silencio.

—¿Recuerdas si ha pasado algo fuera de lo común últimamente? ¿Si hay alguien que quiera hacerte daño? —pregunta.

—En realidad hay una cosa —le digo—. ¿Conoces los asesinatos por los que detuvieron a mi marido en verano?

Dice que sí. Por supuesto, está bien informado.

—Una compañera suya, Sabiya Rana… mantenían una relación. Después de que él muriese, ella ha estado en prisión provisional por esos mismos asesinatos. Creo que es culpable. También lo piensa la directora general de la Policía. Sin embargo, la soltaron hace poco por falta de pruebas. Y esa mujer me odia.

—¿No deberías ser tú la que la odiase a ella, más bien?

Ahora es el policía que hay en él el que habla, el que ha sido entrenado para lidiar con muchas más cosas que llevar en coche a una ministra, abrir puertas y sonreír.

—Pues sí —digo—. Pero ella tenía una fijación enfermiza con mi marido. Creo que me reprocha tanto que él se quedase conmigo como su muerte. Está obsesionada con arrebatarme todo lo que es mío. Haavard. Los niños. Sé que suena disparatado, pero es verdad.

—¿Sabes dónde está Sabiya ahora?

—Por desgracia, no —respondo—. No tengo ni idea. ¿Podrías darme solo veinticuatro horas? ¿Por favor?

Niega con la cabeza.

—Tengo que irme. Te llamaré. O te llamaremos.

Todo mi ser grita NO.

No, no puedo quedarme aquí sola horas y horas. No, no puedo soportar la incertidumbre. No, no puedo quedarme aquí sin poder hacer nada útil, sin saber qué ocurre, mientras

espero a que aparezca un batallón de investigadores.

Yo, que siempre he estado encantada de estar sola, siento una angustia abrumadora solo de pensar en quedarme aquí, abandonada a mi suerte.

He jugado al azar y he perdido, he revelado mis sentimientos más íntimos sin que sirva de nada.

Él va a involucrar a la policía. Los que tienen a mis hijos los matarán y la culpa será mía, solo mía.

26

ANDREAS

AHORA NOS ENCONTRAMOS a cubierto, hace menos frío, pero todavía está oscuro. Además, estamos encerrados otra vez, aunque ahora no se escuchan zumbidos ni hay sacudidas. Todo está en completo silencio.

Tengo tantas ganas de salir de aquí, de ver agua y árboles y todo eso.

Cuando nos acostábamos, papá siempre solía decir que pensáramos en lo más bonito que conocíamos, que nos lo imagináramos. Yo casi siempre nos imaginaba juntos en el estadio de Anfield, papá, Nikolai y yo, y a lo mejor también Axel y Olav.

Una cosa que nos gustaba tanto a Nikolai y a mí, como a mamá y a papá era hacer caminatas por la montaña, como la excursión de chicos que hicimos un verano. Mamá quiso quedarse para talar algunos abedules que rodeaban la cabaña de los pastos de verano y nadie protestó. Porque, aunque era agradable estar los cuatro juntos, siempre nos sentíamos más relajados cuando estábamos solo los chicos, como solía decir papá.

Hicimos la excursión uno de los primeros días que pasamos en la cabaña, que siempre eran los mejores, antes de acabar hartos de comer salchichas, jugar a las cartas, dormir en sacos y tener poco espacio.

Papá propuso subir a unas lagunas que había más arriba, a una hora de camino. Más que nada fue para agradar a abu, creo, porque siempre estaba hablando de todos los peces que había capturado allí cuando era niño y siempre quería que pescásemos.

Habíamos intentado pescar en el río junto a la granja y en muchos otros lugares, y nunca habíamos obtenido más que un par de tirones, pero aquella vez, de hecho, conseguimos

pescar un pez cada uno. Los peces eran pequeños, pero no importó, nos fuimos de allí tan contentos, y papá sacó fotos y se las envió a abu. Cuando nos disponíamos a regresar, incluso vimos una liebre que se alejó brincando.

Me gustaba la idea de que esa fuese «nuestra» tierra, de que nadie más pasase por aquí. A veces nos cruzábamos con alguien, vaya, pero era raro, a lo mejor solo ocurría una vez cada verano. El hecho de que me encantase que fuese así debe de ser algo que he heredado de mamá. A veces parece que no le guste para nada la gente. Papá, en cambio, se abalanzaba sobre las personas que pasaban por allí; les ofrecía salchichas y café mientras mamá lo miraba de reojo, irritada porque hablaba con ellos y les hacía todo tipo de preguntas mientras acariciaba a sus perros y les explicaba por dónde cruzaban los senderos.

Mamá y papá eran tan distintos que era casi imposible comprender por qué se habían casado y tenido hijos, pero ¿a lo mejor todos los adultos son así en realidad? La abuela y el abuelo son completamente diferentes. El tío Axel y Carol tampoco parece que tuviesen nada en común antes de divorciarse.

Cuando estábamos bajando de la montaña, papá nos preguntó si queríamos ir a echar un vistazo al pedregal. A mí no me apetecía mucho. Desde la distancia solo parecía un enorme montón de rocas, pero ya que papá parecía tan ilusionado, acabé diciendo que sí.

Aquel pedregal era lo más chulo que habíamos visto nunca, con grietas alargadas y enormes cuevas donde se podía entrar, con hierba de color verde fluorescente en el suelo, pequeños arroyos, rocas tan grandes como casas y pequeñas lagunas; era como estar en otro planeta muy guay, nuestro planeta particular.

Papá sacó un mapa que le había dado abu, junto a una explicación de dónde se encontraban los mejores sitios para pescar. Una vez, por lo visto, alguien había intentado crear una especie de cantera en ese lugar, y esa misma gente había construido una pequeña cabaña de piedra dentro del pedregal, nos había contado abu. Al parecer, cuando él era joven, los cazadores y otras personas se quedaban a dormir en la cabañita.

Miramos el mapa y, de repente, la localizamos justo delante de nosotros. Era tan pequeña que papá no podía ponerse de pie dentro; Nikolai y yo lo conseguimos a duras penas. Las paredes eran de piedra, y el tejado, y el banco que había dentro también. Todo era de piedra, menos la puerta, que era de madera.

—Es increíble pensar que esto lleva aquí cientos de años bajo las inclemencias del tiempo —dijo papá.

—¿Podemos quedarnos a dormir? —le pregunté.

—Tal vez —respondió—. O bueno, vosotros podéis dormir dentro y yo puedo acostarme en la tienda de campaña en la planicie de aquella gruta de ahí, por ejemplo. Porque los tres no vamos a caber en esta cabañita, eso está claro.

—Qué asco, yo no quiero dormir aquí —dijo Nikolai—. Es enana y está asquerosa.

—Sí, nuestro refugio es un hotel de lujo en comparación con esto —dijo papá. Cuando mamá no estaba cerca, papá siempre decía el refugio, como ella quería. En cambio, cuando ella estaba presente, siempre decía la cabaña, aunque sabía que a ella le daba rabia. Era raro.

Por algún motivo, recuerdo cada una de las palabras que pronunció papá durante esas vacaciones, y todo lo que dijimos nosotros. O a lo mejor solo creo que lo recuerdo todo porque lo deseo con mucha fuerza, porque tengo mucho miedo de olvidar.

Es como si él continuase viviendo en mí. Es de esas cosas que suele decir la gente, pero en realidad es verdad. Siento que él sigue vivo dentro de mí porque todavía lo recuerdo. Pero si un día olvido sus palabras, o su voz, o cómo olía, cómo nos abrazaba y cómo era cogerlo de la mano, entonces desaparecerá para siempre. Eso no debe ocurrir.

Aquel día que pasamos en la montaña, de alguna forma, se ha quedado grabado en mi memoria, al igual que el día que regresó a casa de la cárcel, aunque el primero fuese bonito y el segundo, horrible.

Estaba tan seguro de que papá y yo íbamos a pasar un montón de noches en ese pedregal e íbamos a pescar juntos aún más veces… Nunca va a suceder nada de eso. Y ahora estamos aquí.

—Tengo hambre —dice Nikolai.

—Ya —le digo yo—. Lo sé. Seguro que nos darán algo de comer pronto.

27

CLARA

STIAN REGRESA UN día y medio más tarde. Un día y medio en el que apenas duermo, no como, no soy capaz de llamar a mi padre y mentirle y solo me dedico a dar vueltas en una especie de estado febril; salgo a correr dos veces, fumo, sufro diarrea, intento trazar un mapa mental, intento trabajar, no soy capaz de hacer nada, me hallo con el cuchillo en la mano en repetidas ocasiones y considero volver a cortarme, pero soy capaz de contenerme.

Mientras tanto, he estado esperando a que aparezca un equipo policial en mi puerta. ¿Quizá hubiese sido lo mejor? Ahora estoy aquí sentada, sin hacer nada, sin tener la menor idea de qué está haciendo Stian, si es que está haciendo algo.

—Todo es más complicado cuando es fin de semana y ninguno de los jefes está en la unidad —dice cuando aparece —. De momento no sé nada sobre los relojes inteligentes, pero he conseguido dar con algunas grabaciones de cámaras de vigilancia.

—¿Sí? —susurro, apenas me atrevo a respirar.

Parece que lo ha hecho sin informar a ninguna instancia oficial, de momento.

No dudo de que lo vaya a hacer. Es uno de esos hombres que hacen lo que dicen que van a hacer y se mantienen firmes en las decisiones que han tomado. Sin embargo, en realidad ha acabado concediéndome las veinticuatro horas que le pedí.

—Hay una grabación de una cámara situada en el supermercado que hay justo enfrente del colegio, y desde donde se ve una pequeña parte del patio. Aquí hay algo interesante. Ahora lo verás.

Busca una foto en su móvil, me la enseña. Retrocedo algunos pasos de forma inconsciente, como suele hacerlo la gente de mi edad cuando necesitan gafas para leer y todavía

no lo han aceptado.

Mis chicos. Los veo con sus abrigos verdes de invierno idénticos con el cuello de piel que les regaló su abuela paterna. La mujer nunca se ha llegado a percatar de que no les gusta ir vestidos iguales. Uno lleva un gorro morado y el otro naranja, bragas y manoplas.

Qué bien se visten ellos solos, incluso cuando no estoy para asegurarme. Y qué pequeños parecen con su ropa de invierno, a pesar de lo altos que son ya.

De espaldas hay un mendigo o algo así, bajito y delgado, hablando con ellos. En la parte trasera del forro polar que lleva pone «Vålrenga FC» en letras grandes. ¿Podría ser un adolescente? Es poco probable. Un adolescente de esa zona hubiese preferido morir antes de que lo viesen con esa indumentaria, de eso estoy convencida.

—¿Qué diablos? —musito—. ¿Quién es ese de ahí?

—Quieres decir que no te suena, ¿no? —pregunta Stian.

Niego con la cabeza.

—De acuerdo —dice—. No hemos tenido mucha suerte con el ángulo. Voy a investigar un poco más y vendré a buscarte mañana por la mañana, ¿de acuerdo?

—Sí —respondo, trago saliva.

No me había dado cuenta hasta ahora de que, aunque Stian todavía no haya informado de lo que ha pasado, mañana debo ir a trabajar y ejercer de ministra.

Tengo que interpretar mi papel, fingir que no ha pasado nada, hacer como si mis hijos no llevasen desaparecidos tres días, como si el mundo no se hubiese derrumbado desde que el viernes salí del edificio gubernamental.

28

ANDREAS

ESTAMOS MEJOR AQUÍ donde estamos ahora, en un pequeño sótano, que dentro de ese maletero oscuro. Aquí hace menos frío y hay más espacio, podemos movernos, pero no podemos ir a ninguna parte.

Todo el rato espero que papá aparezca por la puerta. Sé que es una tontería, pero no puedo evitarlo.

Que haya desaparecido, que nadie lo haya encontrado, hace que todo este tiempo me haya imaginado que un día, de repente, entrará por la puerta de casa y entonces todo será como antes. A lo mejor resulta que solo necesitaba un descanso y ha encontrado una casa abandonada donde quedarse unos meses.

La mayoría de los días comprendo que eso no va a pasar.

El funeral fue horrible. Mamá llevaba un vestido negro y quería darnos la mano. No conseguí llorar, me sentía como si me hubiese quedado demasiado tiempo en una bañera en la que el agua se había enfriado por completo. Habría dado la mitad de mi vida por poder pasar solo un día más con papá.

Como no lo encontraron en el lago ni en la cascada ni en el fondo de la poza del río, el entierro fue sin el cuerpo. Hubo un ataúd, pero estaba vacío. En el altar colocamos cosas que nos recordaban a él: una fotografía suya y de nosotros, su camiseta del Liverpool, sus zapatillas deportivas favoritas, su taza, ese tipo de cosas.

Yo apretaba con fuerza el llavero que llevaba en el bolsillo. Era un llavero especial del Liverpool de cuando ganamos la Copa de Campeones en 1984, tras los penaltis, contra la Roma en el estadio olímpico. El LFC fue el primer equipo inglés en llevarse tres grandes trofeos en una misma temporada.

Ese llavero era el objeto favorito de papá, siempre nos

decía que lo heredaríamos cuando él se fuese. Habíamos discutido sobre quién se lo quedaría. Abu había propuesto que nos podíamos turnar y quedarnos con él seis meses cada uno. Al final, tanto Nikolai como yo aceptamos. Yo lo llevaba en el bolsillo casi todo el rato, aunque tenía pánico de perderlo.

Había mucha gente: los padres de nuestros compañeros de clase, los vecinos, gente que trabajaba con papá y gente que trabajaba con mamá. El ministro, que a ella le caía mal, también vino, y fuera había un montón de periodistas.

En realidad, yo jamás había estado en una iglesia antes. No estábamos bautizados, ni mamá ni papá creían en Dios, y, en serio, casi me dio un patatús al ver a Jesucristo en la cruz y escuchar todos los disparates que el pastor dijo sobre la sangre y el cuerpo de Cristo, y las flores y los hombres con trajes negros y camisas blancas. Era casi imposible respirar allí dentro.

Era como si yo estuviese lejos, contemplándolo todo y a mí mismo desde fuera; así habían sido todos los días después de que papá desapareciese.

Tras el funeral, notamos que mamá intentaba hacer las cosas que papá ya no podía hacer. Cuando empezamos el cole, nos despertaba muy pronto cada día, y había encendido una vela y preparado chocolate caliente antes de que bajásemos. Si a Nikolai le costaba levantarse, pues puede ser muy lento por las mañanas, ella a veces se acostaba a su lado, con la frente contra la suya, le acariciaba la cabeza y le hablaba en voz baja hasta que él se despertaba y se estiraba.

Era algo bueno, en realidad, aunque siempre me parecía horrible verlo tan contento justo cuando se despertaba. Durante un instante era un gatito feliz, hasta que recordaba que papá ya no estaba y se le desencajaba el rostro.

Yo estaba muy angustiado por tener que empezar el colegio después de las vacaciones, en realidad no quería ir. Mamá y la abuela y el abuelo y todos dijeron que todo iría bien, y que sería como antes. Yo sabía que no era verdad, y, de hecho, todo fue mucho peor de lo que me había temido.

La profesora tenía lágrimas en los ojos y nos trató de forma distinta. Nos hablaba en voz baja sin mandarnos hacer nada mientras nos revolvía el pelo de forma tonta. Los otros

padres se asustaron cuando fueron a recoger a sus hijos y nos vieron, como si fuésemos fantasmas. Nikolai, de hecho, era un poco como un fantasma, se pasó el día llorando y tuvo que sentarse en el regazo de la profesora durante el recreo. Yo intenté hablar con él sobre eso, le dije que tenía que parar, que daba vergüenza, pero entonces comenzó a llorar de nuevo.

Los otros niños también se comportaron de forma diferente, como si les hubiesen dicho que tuviesen cuidado con nosotros o algo. Nos dejaron cosas por las que antes nos hubiéramos peleado. Nadie se metió con nosotros o nos empujó. Nadie nos molestó o se burló de nuestra comida. Nadie hizo la broma de llamarme Nikolai a mí o de llamarle Andreas a Nikolai.

Debería haber estado bien, pero a mí solo me pareció algo falso, como los futbolistas que graban en vídeo sus lesiones, como el puré de patatas de bolsa en vez del puré de patatas de verdad, o las golosinas en *spray* . ¿A quién puede gustarle eso?

Un día le dije a Olav, nuestro amigo, que les dijese a los demás que era mejor si se comportaban como siempre. Que se comportaran de otra forma solo hacía que todo fuese mil veces peor, le dije. No sé si lo entendió, pero asintió, y luego todo fue un poco mejor.

Después de que papá desapareciese, Nikolai empezó a acostarse en mi cama todas las noches. Incluso se quedaba a dormir allí. Había poco espacio para los dos, pero yo le dejaba.

Nikolai es distinto a mí, es más blandito, siempre ha sido así. Creo que quizá él se parece más a papá y yo a mamá.

Mamá tomó prestados varios libros para leérnoslos, e insistió también en que nosotros le leyésemos a ella. Decía que iríamos al teatro y al cine y al mercadillo de Navidad, y que haríamos un muñeco de nieve y esquiaríamos en invierno. Incluso que prepararíamos galletas de jengibre, aunque yo sabía que ella no iba a hornear nada, que solo era algo que decía por decir.

Nosotros sabíamos lo ocupada que estaba en el trabajo. Siempre ha parecido que viva solo para su trabajo, incluso antes de convertirse en ministra.

29

CLARA

RESULTA MUY EXTRAÑO estar delante del espejo y colocarme la careta de ministra, pintarme la raya y aplicar máscara de pestañas con mano temblorosa de manera que la raya queda torcida e irregular, y pequeños puntitos negros me manchan el párpado superior.

Después traslado algo de polvo de la polvera hasta mi rostro con una pequeña brocha. Normalmente los polvos compactos se funden con la piel, pero hoy el maquillaje parece como si permaneciera sobre la superficie. Durante el fin de semana, la piel se me ha resecado de forma considerable. No me he limpiado el cutis ni me he puesto crema, pero tiene que deberse a algo más. Algo debe de haber ocurrido dentro de mí que provoca que mi piel esté reseca y cubierta de pequeñas escamas.

Saco un pintalabios, me lo aplico sobre los labios pálidos, también resecos. Todavía tengo ojeras y la cara hinchada. En realidad, no importa. He comenzado a maquillarme más después de haber aceptado el cargo, es como si quisiera disfrazarme de ministra, con los trajes de chaqueta y las blusas, pero yo jamás he sido vanidosa. Ahora me importa incluso menos de lo habitual. Sin embargo, el pintalabios al menos hace que parezca que estoy viva.

Me tomo una taza de café mientras espero a Stian, pero no soy capaz de comer nada; solo el café ya me sienta mal, se me revuelve el estómago.

Stian sale a toda prisa del coche, atraviesa la verja y se dirige a la entrada. Yo cojo el bolso y el abrigo y voy a su encuentro.

—Compórtate como de costumbre —susurra, y coloca mi bolso en el coche—. No hables del asunto. Deja el bolso cuando salgas y así podemos hablar un poco más antes de que

entres en el edificio. ¿De acuerdo?

Asiento, cada vez más mareada y encontrándome peor.

He empezado a entender lo bien informado que está el servicio de seguridad de la Policía de todo lo que hago, aunque me haya negado a instalar cámaras y a aceptar otro tipo de vigilancia. Pero no están lo suficiente bien informados como para saber qué ha ocurrido con mis hijos; es algo que yo misma les he negado.

No soy capaz de leer los correos electrónicos ni de ponerme al día mientras estoy en el coche. Permanezco con la cabeza apoyada contra el cristal de la ventanilla, observando cómo la ciudad centellea delante mis ojos en el crepúsculo matutino.

Me suele gustar el otoño, el aire fresco, las hojas amarillas y las noches oscuras. Ahora todo eso solo me inquieta, me recuerda a la gran oscuridad por la que deambulo.

Una vez, cuando era adolescente, me metí con la bicicleta en el túnel de una carretera abandonada en el pueblo vecino. El túnel solo se extendía unos pocos cientos de metros, pero carecía de iluminación y yo no tenía linterna. Era imposible ver lo que había delante, detrás, encima, debajo, a la derecha o la izquierda. Tuve que bajarme de la bicicleta y caminar con pasos cortos mientras iba tanteando con las manos para evitar chocarme de cara contra la pared de piedra. El sentido del espacio, del tiempo y de la orientación habían desaparecido. Todo era negro, sin más.

Es justo la misma sensación que tengo ahora, la de que deambulo a través de una oscuridad absoluta, sin rumbo.

—Bueno —comenta Stian ya fuera del coche—. ¿Hay alguna novedad?

—Por desgracia, no —respondo—. Me he estado quieta, tal y como dijiste…

—Clara, esto no puede seguir así —me dice con una expresión triste—. Hoy tengo que dar el aviso. Ya ha pasado demasiado tiempo. Lo he intentado, pero la grabación no nos lleva a ninguna parte. Es una irresponsabilidad por mi parte no haber solicitado ayuda desde el principio.

Yo no digo nada, no soy capaz, me siento paralizada.

—¿Vas a ir al Parlamento después? —me dice mientras alargo la mano dentro del coche para recuperar mi bolso con

el móvil dentro.

—Sí —digo—. Pero puedo ir andando.

Solo se tardan cinco minutos desde el edificio gubernamental hasta el Parlamento, y me vendrá bien un poco de aire fresco.

—¿Justo hoy? —pregunta Stian, sacudiendo la cabeza—. No, olvídate de eso. De todas formas, no deberías caminar sola, con todas las amenazas que has recibido, y ahora mucho menos. Te llevo en coche y me quedo esperando.

—Como quieras —digo alzando las manos en señal de rendición.

Mucho tiempo antes de ser nombrada ministra, ya sentía que debía ser la persona que llevase las riendas, que tomase la responsabilidad y estableciese el rumbo. En el trabajo, en casa, en todas partes. Nunca sentí respeto por Haavard, y por Munch, definitivamente, tampoco. ¿Por Mona? Apenas. Mi chófer, sin embargo, irradia tanta autoridad que resulta inútil protestar.

Además, ir caminando no es importante para mí. Ni la política ni ninguna otra cosa es importante para mí ahora que mis hijos han desaparecido y sus vidas corren peligro.

Entro por la puerta giratoria, me dirijo a la zona de seguridad, paso la tarjeta, atravieso el escáner, salgo al otro lado. Casi han transcurrido diez años desde el día en que aumentaron las medidas de seguridad en todos los edificios gubernamentales, el día que cambió todas las rutinas dispuestas alrededor de los ministros y de otras personalidades importantes.

En el ascensor me encuentro con mi propio reflejo: una ministra que no es una ministra, que no es capaz de hacer su trabajo; una madre que no es capaz de cuidar de sus hijos, que ha hecho que su vida sea mucho más complicada de lo que ya era.

Soy un robot que tiene que atravesar estas puertas, que tiene que sonreírle a Vigdis, decirle que sí, que ha sido un fin de semana maravilloso; colgar el abrigo y el bolso, encender el ordenador y abrir el correo electrónico, leer los correos uno a uno y hojear las carpetas que han colocado delante de mí.

Han transcurrido dos días y medio desde que estuve sentada aquí por última vez. ¿Realmente ha ocurrido? ¿Han

desaparecido los niños? ¿O está sucediendo solo en mi cabeza? Todo es irreal, como si hubiese fumado demasiado y hubiese perdido la cabeza. Sin embargo, de alguna manera soy capaz de asistir a la reunión matutina, de sentarme a hablar de cosas insignificantes mientras ardo por dentro.

Después entro en el despacho, cierro la puerta, busco un número en la guía telefónica en línea. No aparece nada ahí.

Permanezco un rato con la cabeza apoyada en las manos antes de que se me ocurra una cosa; busco otro número. Ahora sí aparece. Marco. Me responde una voz algo ronca, dice su nombre y «dígame». Suena como si acabase de despertarse.

—Hola, Roger —digo—. Soy Clara, la esposa de Haavard Fougner.

—Ah, hola —saluda—. Enhorabuena por el nuevo trabajo, si es que se le llama trabajo a algo así.

—Claro que sí —repongo—. ¿Te he despertado, quizá?

—No —contesta—. O bueno, sí, he tenido turno de noche, pero…

Parece algo reservado. Una noche que salimos coincidimos con él y estuvimos charlando un rato; aquel día se había mostrado muy parlanchín y risueño. Un tipo algo inflexible, supergay y, por lo visto, un enfermero muy competente.

—Gracias por venir al funeral —digo con tanta calidez como soy capaz.

—Faltaría más —me replica.

—Oye, me preguntaba una cosa —continúo, tomo aliento —. Me gustaría hablar con Sabiya sobre un asunto, he oído que ha salido de prisión. Haavard me dijo que ella y tú erais buenos amigos… Por casualidad, ¿no sabrás dónde la puedo encontrar?

Suspira de forma profunda y teatral.

—Sabiya y tú, no sé, vamos, yo… —vacila—. En efecto, estoy al tanto de algunas cosas. ¿No existe una relación algo complicada entre vosotras?

—Sí —admito.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres de ella?

—Tiene que ver con Haavard —le digo—. Y con mis hijos. Creo que deberían conocerla. No puedo decirte nada más. Tendrás que confiar en mí. Necesito tu ayuda, no como

ministra de Justicia, sino como madre y ser humano. A lo mejor yo también puedo echarle una mano a Sabiya en algún asunto…

Se queda en silencio algunos segundos. Luego responde, y ahora su tono es distinto.

—Se quedó aquí, en mi casa, un par de días después de salir en libertad y de que la rechazaran su marido y sus hijos, sus padres y hermanos. ¿Qué te parece? Es horrible. No estoy acostumbrado a tener invitados, pero intenté acogerla lo mejor que pude. Le dejé muy claro que podía quedarse todo el tiempo que quisiese, mi casa no es muy grande, pero donde cabe uno, caben dos, ya sabes…

Ahora se ríe, soltando una risita autocomplaciente.

—¿Eso quiere decir que ya no está contigo? —pregunto.

—Exacto —puntualiza—. Así es. Intenté convencerla de que se quedase más tiempo, pero estaba tan inquieta, como un animal enjaulado, que tuve que dejarla marchar. Si te digo la verdad, no tengo la menor idea de dónde se ha metido. Sabiya tiene un pasado, y también tiene sus demonios. ¿Quizá esté junto a sus viejas amistades, o en un refugio para gente sin hogar? No, la verdad es que no tengo ni idea. Tengo que intentar localizarla pronto.

—De acuerdo —digo, ha llegado la hora de ir al grano—. ¿Tienes algún número de teléfono, por ejemplo? No encuentro nada en internet.

De nuevo una breve pausa, un suspiro teatral, antes de responder.

—Sí, a ver, en realidad es secreto, pero consiguió un móvil con tarjeta de prepago mientras estaba en mi casa —dice—. Creo que ahora solo usa ese teléfono. Espera, que tengo que buscarlo en el móvil.

Unos segundos más tarde vuelve, me dice los números. Los anoto, le doy las gracias y cuelgo; intento llamar al número que me ha dado a través de una aplicación para encriptar llamadas. No hay respuesta. Joder. Escribo un mensaje.

Sabiya.
Soy Clara Lofthus.
Me gustaría verte para comentarte un asunto. Cuanto antes. ¿Puedes?

Si no recibo respuesta, tal vez pueda pedirle a Stian que rastree el número, si es que es posible. No tengo muy claro por qué Sabiya iba a querer encontrarse conmigo, si es ella la que tiene a los niños, pero tengo que intentarlo, no tengo nada que perder. Me levanto, me coloco el abrigo sobre el brazo, salgo del despacho y me detengo delante de Vigdis.

—Me marcho al Parlamento —le digo.

—¿Puedo acompañarte? —me pregunta el asesor soso, está de pie leyendo los periódicos.

Niego con la cabeza.

—No hace falta que me acompañes hoy —le digo.

—Vale —dice, aparentemente indignado, y se da media vuelta.

Solo han pasado unas horas de la jornada y ya estoy exhausta; la falta de avances, la necesidad de fingir mientras el miedo palpita y sangra con cada latido de mi corazón.

El miedo es una ilusión, debo recordarlo. El miedo es una ilusión.

En el vestíbulo del Parlamento se me acerca Erik Heier, con su aspecto juvenil a pesar de tener cincuenta y cinco años y ese modo de caminar errático pero calculado que tiene. Joder. Hablar con él es lo último que me apetece ahora mismo, pero no tengo escapatoria.

Heier es uno de los periodistas televisivos más experimentados, y desde que nos conocimos en la primera cena a la que acudí en el Palacio Real, cuando todavía era secretaria de Estado, ha tenido cierta fijación conmigo. Me invitó a salir, y el perfil que mostró de mí en televisión cuando Haavard murió fue muy profesional.

En aquel momento pensaba que lo tenía bajo control, pero ahora me persigue a todas horas, ceremonioso y molesto.

—Lofthus —dice—. Has construido tu carrera sobre una propuesta de ley para proteger a la infancia, ¿verdad?

—En efecto, es un tema que me apasiona —contesto mientras empiezo a contar hasta diez en mi fuero interno.

—Justo —añade lánguido—. Resulta que me han dado acceso al informe de la auditoría del Estado que saldrá en breve. Muestra un aumento en los casos de violencia infantil y un tiempo de respuesta más largo. Por lo tanto, me gustaría que me comentases qué has hecho tú para detener esa

evolución negativa que tanto afecta a los más débiles y vulnerables.

Intento pensar. Normalmente se me suele ocurrir algo ingenioso que decir. Ahora no es el caso. Mi cerebro parece petrificado, como cubierto de resina solidificada. En realidad acabo de asumir el puesto de ministra de Justicia, pero decir eso sonaría demasiado a la defensiva.

Entonces ocurre algo. Me llega un mensaje a mi reloj inteligente.

> Ven sola, sin avisar a nadie.
> Calle Fredensborgveien, 24. ¿Cuándo?

—Disculpa —musito a Heier—. Tengo que…

Me doy media vuelta y empiezo a caminar hacia los servicios. Me meto en un cubículo, saco el móvil del bolso y tecleo una respuesta a toda prisa. Tengo que actuar antes de que ella cambie de idea y así tratar de obtener una ligera ventaja presentándome allí con rapidez.

Durante estos tres días todo ha transcurrido con mucha lentitud. Es hora de que ocurra algo, de que actúe y no me quede solo esperando. Además, Stian ha dicho que hoy va a dar el aviso. El tiempo se acaba, en todos los sentidos.

«Estaré allí en media hora», respondo.

30

ANDREAS

NIKOLAI ESTÁ SOLLOZANDO otra vez. Y yo que pensaba que había conseguido que parase. Me está volviendo loco.

Solo por el hecho de ser tan blandito y llorar con tanta facilidad todos creen siempre que Nikolai es muy bueno. No lo es. Me quita las cosas, miente sobre mí y me pega cuando los adultos no están mirando; ellos solo ven que yo le devuelvo los golpes. He intentado decirle a mamá, al tío Alex, a la abuela y al abuelo que casi siempre es él quien empieza, pero nadie me hace caso.

Nikolai es como las ovejas multicolores que tiene abu, esas que tienen la lana gris, negra y también un poco blanca. Sin embargo, es como si la gente solo viese lo blanco y pensase que él es así, mientras que yo soy solo negro.

Papá siempre decía que eso es lo que suele pasar con los gemelos. La gente necesita tener una manera de distinguirnos, incluso por cómo somos por dentro. Por eso siempre dicen que «Nikolai es así y Andreas es asá», nos explicó.

Papá era el único que no hacía eso. Nunca habló de nosotros como los gemelos. La abuela, en cambio, dice cosas como «estoy con los gemelos» o «estoy cuidando a los gemelos» todo el tiempo. Me molesta, pues es como si no fuésemos personas, solo gemelos. «Los gemelos» suena como a extraterrestres o algo así.

Desde que papá desapareció, apenas hemos tenido fuerzas para discutir o pelearnos. Es como si necesitásemos estar unidos, lo que en realidad debe significar que esto de verdad es grave.

Una cosa que se le da muy bien a Nikolai es fisgonear. Siempre ha sido muy curioso; lleva revolviendo los cajones de mamá y papá, mirando sus móviles y registrándoles los bolsillos desde que comenzó a ir a la guardería.

Fue él quien dijo que debíamos ir al despacho que papá tiene en casa para ver lo que había allí antes de que mamá lo tirase todo a la basura. Si queríamos quedarnos con algo, debíamos darnos prisa, dijo. Yo no era capaz de comprender cómo podía pensar en esas cosas en un momento así. Estaba muy cansado después de lo que había ocurrido, y tras el viaje en coche de vuelta a Oslo me sentía como si estuviese resfriado y mal de la tripa a la vez.

Aquella misma noche, mientras mamá deshacía las maletas, nos llevamos una caja de nuestra habitación al despacho de papá. Abrimos los cajones del escritorio y sacamos un montón de cosas. Nada de publicidad y cosas del trabajo, sino fotos, entradas de partidos de fútbol que había guardado, cartas escritas a mano.

A papá le gustaba escribir cartas. Por supuesto, tenía un ordenador, pero a menudo escribía cartas a mano. Por lo visto, le había prometido hace mucho tiempo a su abuela francesa que le iba a escribir cartas en condiciones a la gente que le importaba, así que de vez en cuando Nikolai y yo recibíamos una carta por correo.

Escondimos la caja en nuestra habitación, dentro del armario desordenado al que mamá jamás se acerca. Ninguno de los dos soportaba la idea de mirar las cosas en aquel momento, y luego se nos fue olvidando hasta que un día Nikolai me llamó a voces.

—Mira —dijo señalando algo que tenía sobre el regazo, una carta con la letra de papá, que casi siempre era imposible de leer.

Me senté a su lado y juntos empezamos a descifrar lo que ponía. «Querida Sabiya», decía primero.

31

CLARA

SABIYA Y YO. Estaba escrito que las dos nos acabaríamos encontrando en algún momento. Dos guerreras, cara a cara. Tengo que verla, averiguar lo que sabe, lo que quiere, si es posible que tenga a mis hijos.

En este momento no puedo hacer otra cosa que confiar en mi intuición, en que sé que lo más probable es que me odie más que cualquier otra persona, y en que salió de la cárcel justo antes de que desapareciesen los niños.

Stian me espera afuera con el coche. Si lo involucro, tratará de detenerme. Quizá ya haya dado el aviso, tal vez haya aprovechado la pausa que ha tenido mientras yo estaba en el Parlamento para hacerlo.

Ahora vuelvo a ser la Clara de antes, la que hace las cosas por su cuenta, la que soluciona los problemas ella misma y no permanece pasiva y a la espera de que alguien la ayude. La cuestión es cómo voy a salir de aquí sin que él se dé cuenta. Hay pasadizos debajo del edificio, como en el edificio gubernamental y en el hospital de Ullevål. Esta ciudad está llena de túneles y pasajes más o menos secretos, como los que los ratones excavan debajo de la turba en el monte, una urbe subterránea que siempre me ha fascinado.

Hace poco participé en una visita guiada a este lugar. Intento rebobinar, recordar por dónde bajamos para acceder a los pasadizos. El recuerdo es difuso y vago, pero creo que debo cruzar el vestíbulo, meterme en un largo pasillo con moqueta, doblar una esquina, alcanzar otro pasillo, bajar una escalera y atravesar una puerta.

La cuestión es si voy a conseguir abrirla.

En cualquier caso, lo primero de todo es cruzar el vestíbulo. Me pongo el abrigo, me coloco el bolso en el hombro, saco el teléfono, me lo acerco a la mejilla, salgo por

la puerta de los servicios mientras inclino la cabeza para saludar a un diputado de otro partido que entra y camino con paso decidido por el vestíbulo sin mirar ni a la izquierda ni a la derecha, al mismo tiempo que finjo hablar por teléfono.

Recorro el vestíbulo, alcanzo el otro pasillo y comienzo a descender la escalera.

Miro la hora. Ya han transcurrido casi diez minutos. 11.35. Cuando marque las 11.55, habrá pasado media hora.

Necesito una coartada para ausentarme, así que llamo a la secretaria del Comité de Justicia, con la que me he reunido en algunas ocasiones durante las últimas semanas.

—Soy Clara Lofthus —le digo—. Estoy en el Parlamento y necesito mantener varias conversaciones confidenciales sin que nadie me interrumpa. ¿No dispondrás por casualidad de un despacho que pueda usar?

—Por supuesto —responde, parece aliviada por el hecho de que le pida algo que puede resolver. Me sigue asombrando que la gente esté dispuesta a hacer casi cualquier cosa por mí, solo por el cargo que ostento—. Puedes utilizar el mío, el 2501. Está abierto. ¿Cuánto tiempo necesitas?

—Veamos —digo—. ¿Una hora? ¿Una hora y media?

—Perfecto, me mantendré alejada la próxima hora y media, y me encargaré de que nadie más te moleste.

—Muchas gracias —digo y cuelgo.

Termino de bajar la escalera y me topo con una puerta blanca de acero. Hay un lector de tarjetas al lado de la puerta giratoria que lleva a los pasillos. Claro. Por supuesto que tenía que haber un lector de tarjetas aquí. Joder. Mi única esperanza es conseguir abrir esta puerta. ¿Qué probabilidades hay de que pueda abrirla y cerrarla sin más para acceder a los corredores más o menos secretos? ¿En este lugar, precisamente? En teoría, la probabilidad es ínfima. Sin embargo, creo haber entendido que mi tarjeta debería funcionar en todas las puertas del Parlamento, en caso de que sea necesaria una evacuación y me encuentre sola. Merece la pena intentarlo.

Saco la tarjeta, tomo aliento, cierro los ojos, los vuelvo a abrir, paso la tarjeta. Un segundo eterno. Luego un pitido. La puerta suelta un zumbido. No me lo puedo creer, pero, de hecho, funciona. Me apresuro a tirar de la puerta hacia mí y

atravesarla antes de echar a correr por el pasadizo subterráneo, un corredor blanco e impersonal.

Enseguida alcanzo el final del pasadizo. Otra puerta de acero. Otra escalera. Subo.

Emerjo a la calle por la esquina de la pastelería Halvorsens Conditori. Me las tendré que apañar para encontrar la calle que me ha indicado Sabiya sin GPS. Sacó los teléfonos deprisa y los apago. A partir de ahora no será posible rastrearme.

Bajo deprisa la calle y luego giro hacia Øvre Slottsgate. Stian estará esperando en el coche sin sospechar nada. Ha esperado para dar el aviso, me ha ayudado a pesar de que en realidad se negó a hacerlo al comienzo; ha desafiado sus principios y todas las reglas. Debería avisarlo, involucrarlo, pero no puedo. Tengo que hacer esto sola, y tengo que hacerlo deprisa.

¿Estará Sabiya sola también? No lo sé.

No me hago ninguna ilusión en lo que a ella se refiere. Se supone que en el pasado fue una delincuente juvenil, y es escurridiza, astuta y embustera. No tengo la menor idea de lo que me espera, pero es una oportunidad de oro, lo más cerca que he estado de lograr algo. Tengo que hacerlo, llevarlo a cabo, como decía la cancioncilla que cantaban los niños en la guardería: «Hazlo, hazlo, llévalo a cabo» .

32

ANDREAS

A LA CARTA le faltaba el final. Papá debió de olvidarse de terminarla o cambió de idea, a veces era un poco despistado. En cualquier caso, se había quedado a medias. La leímos a dúo. De vez en cuando nos mirábamos el uno al otro.

Sabiya trabajaba con papá. Él nos había contado que tenía tres hijos, dos de nuestra edad y uno algo más pequeño, y que vivía al otro lado de la ciudad. Nos dimos cuenta de que a papá le gustaba Sabiya. Ella era su mejor amiga en el trabajo, y la voz siempre se le ponía rara cuando hablaba de ella. Sí, incluso le brillaban los ojos, como cuando le contaba a la gente algo que Nikolai y yo habíamos dicho o hecho.

Habíamos coincidido con Sabiya varias veces, sobre todo cuando acompañábamos a papá al trabajo. Me caía bien, era amable y resultaba fácil hablar con ella. Siempre sonreía. Papá y ella se miraban de una manera que me hacía sentir una punzada en el estómago, era como si guardasen un gran secreto.

—«Ya no puedo aguantarlo» —deletreó Nikolai.

—«No lo soporto más» —continué yo.

—«La vida es como un desierto» —añadió Nikolai.

—«… donde el único manantial eres tú.» ¿Qué quiere decir con eso?

—«… te amo…»

—«… y siempre te he amado.» Vaya por Dios.

Decía que estaba intentando aguantar, pero que no iba a ser capaz de aguantar diez años más «con esto».

—¿Con esto? —preguntó Nikolai mirándome—. ¿Esto?

—Se refiere a mamá —dije yo.

Más adelante escribía: «Clara cada vez es más fría y manipuladora», y que no creía que pudiese estar muy bien de la cabeza.

—Dios mío —dijo Nikolai—. Está escribiendo sobre mamá.

—Sí —dije—. Pero también es un poco verdad lo que dice…

—«Sueño… con que nosotros y… todos los niños podamos reunirnos bajo el mismo techo» —continuó descifrando Nikolai.

Después nos quedamos mirando la carta. Era como si papá hubiese regresado a través de ella para hablar con nosotros, aunque sabíamos que la había escrito mucho tiempo antes de morir.

—Podríamos llamarla —dijo Nikolai—. Preguntar si quiere vernos.

—¿Para qué? —le pregunté—. Además, está en la cárcel, ¿no?

—Ah. —Nikolai se encogió un poco—. Es verdad…

Poco después de que papá muriese, leímos en internet que habían metido a otra persona en prisión preventiva por los mismos asesinatos de los que habían acusado primero a papá. La persona detenida era una compañera del detenido anterior, y comprendimos que tenía que tratarse de Sabiya. Estuvimos más seguros de que era ella cuando nos metimos en su cuenta en Instagram. Solía subir un montón de cosas, pero de repente había dejado de publicar por completo.

Pero ¿de verdad podía haber matado a alguien? Yo no me lo podía creer, igual que tampoco me había creído que lo hubiese hecho mi padre. Las piezas no encajaban.

33

CLARA

ESTO ME RECUERDA a los rompecabezas que Andreas monta con toda la paciencia del mundo mientras está tumbado bocabajo en el suelo. Pero a la vez que él suele esforzarse durante horas y horas, intentando que las piezas encajen, probando primero en un sitio y luego en otro, las piezas de mi puzle pasan volando ante mí a gran velocidad.

Pienso que lo sé, creo que lo entiendo, pero ¿es así en realidad? Al parecer, la fría capacidad de discernimiento que siempre me ha resultado tan útil se ha evaporado en las últimas veinticuatro horas.

Cuando llego al viejo cementerio Krist, cubierto de hojas rojizas, tengo que detenerme un par de segundos, y aprovecho para echarle un vistazo a la lápida y a la antigua cruz que hay junto a la entrada, erigida en conmemoración a la peste que acaeció a mediados del siglo XVII.

Memento mori. Memento mori. Recuerda que morirás.

De repente, se me ocurre que igual no basta con apagar los móviles. El servicio de seguridad de la Policía todavía podría rastrearlos. Debería haberlos dejado en el Parlamento, pero ya es demasiado tarde, y tampoco sé dónde podría haberlos escondido.

Vacío rápidamente el neceser del maquillaje dentro del bolso, meto los dos móviles en el neceser, aparto algunas hojas, lo coloco sobre la tierra y lo entierro. Así está bien. Aquí estarán a salvo durante un rato.

Miro a mi alrededor. No hay nadie. Me levanto, me sacudo el pantalón en la zona de las rodillas y me apresuro hacia la calle Fredensborg.

Algo menos de diez minutos después de haber salido de los pasadizos subterráneos junto a la pastelería Halvorsens Conditori, me encuentro en la dirección que me ha indicado

Sabiya. Fredensborgveien, 24, solo a doscientos metros del ministerio.

No he reconocido la dirección cuando me la mandó, pero conozco muy bien el lugar. En su día, esta manzana albergó tanto una escuela de publicidad como el ministerio de la Administración. Mona solía trabajar aquí en la dirección de personal. En una ocasión me contó que lo llamaban «la tragedia personal».

No veo a Sabiya. En realidad no ha dicho exactamente en dónde nos íbamos a encontrar, si fuera o dentro, solo me ha dado esta dirección. Tampoco tengo ningún teléfono para contactar con ella, ya que he enterrado los dos móviles debajo de la cruz de la peste. Es posible que ya hayan descubierto que no estoy en el Parlamento. Quizá hayan activado todas las alarmas mientras yo estoy aquí, esperando a la novia paquistaní de Haavard.

Transcurre un minuto. Dos. Tres. ¿Me ha engañado? Si transcurren diez minutos más sin que aparezca nadie, no tendré más remedio que marcharme, no puedo quedarme aquí.

Mona también me contó que la fábrica de salchichas del abuelo del escritor Axel Jensen, Axel Jensen senior, estuvo situada aquí en sus inicios. Sin embargo, luego la trasladaron al enorme local de la fábrica de cerveza Fortuna o algo así. Por lo visto, Axel junior describe el lugar en varios de sus libros.

Cinco minutos. Seis minutos.

Mona me dijo que era el lugar más raro en el que había trabajado. Ahora es una especie de zona en obras. Lo único que queda entre las grúas y los camiones, los muros provisionales y las puertas, es el gran edificio de cemento blanco que albergaba «la tragedia personal», como un último recuerdo de la fábrica de salchichas. A pesar de todo el desorden, hoy la zona está muerta y desolada; deben de haberse tomado un descanso en los trabajos de construcción.

Siete minutos. Empiezo a sentirme muy inquieta.

Entonces escucho lo que parecen gemidos estridentes, que provienen de la pared de uno de los edificios. Echo un vistazo al sitio de donde procede el sonido y observo que una escalera parece subir desde allí, pero queda prácticamente

oculta tras un árbol y algunos arbustos. Justo después de la escalera hay una puerta oscura, apenas visible; debe de ser de ahí de donde provienen los gemidos.

Sabiya está en el umbral de la puerta. Sabiya, que solía cuidar tanto su aspecto, con su piel de melocotón, bonitas ondas en el cabello y pendientes de perlas, femenina y dulce, ahora parece más bien un gato salvaje y sarnoso. Está demacrada, tiene la piel macilenta, grisácea, a pesar del tono dorado natural de su tez. Tiene el cabello grasiento, le cuelga lacio, y tiene un sarpullido en la cara.

Haavard jamás se hubiera fijado en ella tal y como está ahora.

—Clara —dice desde la escalera.

Echo un vistazo a mi alrededor. No hay nadie.

—¿Dónde están mis hijos? —pregunto.

Me mira durante un largo rato, inquisitiva, con una extraña sonrisa que me cuesta interpretar. Es como si la mujer de los pendientes de perlas solo hubiese sido un disfraz del que ahora se ha despojado, que ya no está.

Lo que queda de ella es solo la basura pandillera que una vez fue, y que siempre ha sido en realidad, solo que más mayor, más horrorosa.

—Ven conmigo —dice finalmente, haciendo un gesto con la mano para que la acompañe a través del umbral de hormigón.

Tirito de frío, solo llevo un abrigo de entretiempo de color óxido. Sabiya lleva una chaqueta grande atada a la cintura y parece que vaya vestida con ropa que hubiese encontrado en la trastienda de una tienda de segunda mano.

La puerta se cierra de golpe detrás de nosotras. Se hace una oscuridad total durante un segundo o dos hasta que Sabiya enciende una linterna frontal.

—Ahí abajo —dice, señalando una escalera oscura.

Estoy sola y soy imposible de rastrear, pero no hay marcha atrás, ya es demasiado tarde para arrepentirse. Escucho los ladridos de un perro en la lejanía. Lo que me encuentro cuando desciendo la escalera resulta espectacular incluso bajo la luz tenue de la linterna de Sabiya. En la superficie todo parecía fiable, ordinario y moderno. Aquí abajo existe otro mundo, un submundo que pertenece a otro siglo.

Un universo paralelo a dos minutos del distrito gubernamental.

Gruesas capas de polvo cubren el suelo. Hay telarañas en el techo. Un ratón cruza el espacio frente a mí. Nos encontramos en un pasillo largo y estrecho. Después entramos en una sala enorme, con una serie de cacerolas grandes, quizá para salar carne.

Sabiya es tan menuda que debería resultarme fácil defenderme si me ataca, aunque no esté precisamente en el mejor momento de mi vida. Pero si tiene algún aliado cerca, estaré en problemas.

Hasta aquí no llegan los ruidos de la ciudad que hay fuera, allá arriba. Bajo la tenue luz de la linterna de Sabiya diviso gruesas paredes de ladrillo, vasijas y barriles antiguos. No obstante, vuelvo a tener la misma sensación de aquella vez en el túnel cuando era adolescente: la de encontrarme en medio de una oscuridad absoluta.

34

ANDREAS

CUANDO ARRESTARON A Sabiya, empezamos a leer el periódico *Aftenposten* todos los días para ver si había alguna novedad sobre el caso. Un día leímos una breve nota que decía que habían soltado a una mujer. Tenía que ser ella.

—Tenemos que darle la carta —dijo Nikolai—. Piensa en lo contenta que se pondría.

—¿Y por qué íbamos a querer que se pusiese contenta? —pregunté—. Además, seguramente se pondrá más triste que contenta. Solo nos meteríamos en un lío. Mamá ya está de bastante mal humor.

No nos parecía que a mamá le gustase su nuevo trabajo, aunque nos había dicho que era una oportunidad a la que no podía decir que no. La traían a casa en un coche superbonito, pero siempre tenía mala cara cuando entraba por la puerta. Yo pensé que no debería haberse hecho ministra si tanto le disgustaba, pero no se lo dije. Era inútil discutir con mamá.

Un día Nikolai dijo que él sí iba a ponerse en contacto con Sabiya sin importarle lo que me pareciese a mí. Me dijo que quería reunirse con ella.

Entonces me rendí. Yo también quería que pasase algo, y tenía la sensación de que Sabiya guardaba dentro de ella algo de papá, ya que era posiblemente la persona que mejor lo había conocido y más lo había querido, a excepción de nosotros.

No conseguimos encontrar su número de teléfono en internet, pero todavía conservaba su perfil de Instagram y le enviamos un mensaje privado. Daba la impresión de que ya no lo usaba, así que no pensábamos que nos fuese a responder, pero nos escribió casi de inmediato.

«Me encantaría veros —contestó—. ¿Dónde? ¿Y cuándo?»

Quedamos en verla al día siguiente.

35

CLARA

NOS DETENEMOS EN un rincón donde hay una especie de polvorienta barra de bar provisional. Sobre el mostrador alguien ha encendido unas enormes velas blancas de gran diámetro. Delante de la barra hay un par de sillones de terciopelo rojo separados por una mesa de teca redonda, todo cubierto por una gruesa capa de polvo.

—Siéntate —dice Sabiya con tono imperativo, señalando hacia uno de los sillones—. Aquí es donde me he alojado los últimos días. Ahora este es mi salón, mi vida.

—¿Dónde están los niños, Sabiya?

—No lo sé —responde—. Ni siquiera sé dónde están mis propios hijos.

Se inclina hacia mí, acercándose tanto que yo me echo para atrás. Noto el respaldo del sillón frío y duro contra mi cuerpo.

—Le quitaste la vida a Haavard —dice—. Y luego me quitaste mi vida a mí.

Me estremezco cuando dice lo de Haavard de una forma tan directa. Que no haya hablado con Stian de lo que le ocurrió a mi marido no es casualidad. ¿Realmente yo le quité la vida? Lo llevé a nadar, eso es cierto, y yo nado mejor que él, pero ¿de verdad implica eso haberle quitado la vida?

Durante un segundo veo su rostro, su última mirada desesperada antes de que el remolino de agua lo arrastrara hacia la cascada. Y la sensación que vino después, esa sensación que no había tenido las otras veces: la de haber cometido un terrible error. Intento desprenderme de esos pensamientos, debo concentrarme.

—¿Dónde están los niños, Sabiya? —repito.

—¿Es que han desaparecido? —me pregunta mientras niega con la cabeza—. ¿Por eso estás aquí? Te aseguro que no

lo sé.

Mientras habla, se desata la chaqueta que lleva alrededor de la cintura y se la pone, y entonces el corazón me da un vuelco.

Es un forro polar que lleva el logo del Vålerenga FC en la espalda; es la chaqueta que acabo de ver en la grabación del colegio.

—Has sido tú —digo—. Has estado con mis hijos. Lo sé, reconozco la chaqueta.

Ella asiente, en su rostro se dibuja una extraña media sonrisa.

—Se pusieron en contacto conmigo, querían verme. Son unos chicos maravillosos, supongo que echarán de menos tener una madre de verdad. Es posible que me eligieran a mí si pudiesen escoger.

Intento mantener la calma, no dejar que me provoque, recordar para qué he venido. Entonces ocurre.

De repente me apunta con una pistola. Alzo la mirada, me encuentro con la suya y entiendo que va en serio.

Así que este era el motivo por el que aceptó encontrarse conmigo; el hecho de que yo contactase con ella debe haber sido como un regalo.

Tal vez tenga a mis hijos, tal vez no, pero al ver esa mirada no me cabe la menor duda de que quiere matarme.

36

ANDREAS

EL FORRO POLAR que llevaba le quedaba muy mal; en realidad, le quedaba fatal todo lo que llevaba puesto, el pantalón de chándal y la sudadera con capucha. Apenas fuimos capaces de reconocerla.

Nos vimos en el patio del cole. Primero nos dio un abrazo a los dos. Luego rompió a llorar, y entonces Nikolai hizo lo mismo. Él rodeó la cintura de Sabiya con los brazos y a mí me dio tanta vergüenza que no supe qué hacer, pero ella solo sollozó y se rio al mismo tiempo, y me di cuenta de que le había alegrado que lo hiciese.

—¿Estás enferma? —le preguntó Nikolai—. Pareces un poco pálida.

De hecho, estaba muy pálida, tenía ojeras, parecía que llevase una semana con gripe o algo parecido.

Ella se limitó a negar con la cabeza y se secó los ojos.

—¿Estás triste? —le pregunté.

Entonces sonrió, me acarició la mejilla con una mano suave y cálida que hizo que me temblasen las piernas, y luego asintió.

—¿Por lo de papá?

Volvió a asentir.

—Sí, y porque he estado en prisión sin motivo, y ahora no me dejan ir a trabajar ni tampoco ver a mis hijos.

—Oh, no —dijo Nikolai—. Por cierto, tenemos algo para ti. Es una carta, de parte de papá.

Él alargó la mano para entregársela, la había guardado en una funda de plástico para que no se estropease.

—Ay, Dios mío —dijo ella, y palideció aún más.

—Es de esta primavera más o menos —le dije—. De antes de que muriese.

Cogió la carta con mucho cuidado, como si valiese un

millón de coronas, y empezó a leerla, pero se detuvo.

—Prefiero leerla luego —dijo—. Cuando esté a solas. ¿Os parece bien?

Se secó más lágrimas con la mano.

—Perdona —dijo Nikolai. Noté que estaba en uno de sus momentos más sensibles.

—No, no —protestó Sabiya—. No digas eso. Me alegra que hayáis querido verme y darme la carta. Mil gracias.

Charlamos un rato, ella intentó preguntarnos por el cole, qué tal en casa y esas cosas, pero noté que le costaba mucho. Estaba como empapada en tristeza, como cuando la ropa y los zapatos se te calan cuando pasas demasiado tiempo bajo la lluvia.

Por alguna razón, quizá solo por tener un tema de conversación o para hacerse el interesante, Nikolai comentó que a lo mejor íbamos a hablar con un periodista de la costa oeste. Justo antes de que ella apareciese, nos había llegado un mensaje de un tipo que quería hablar con nosotros sobre mamá.

—¿Cómo? —dijo Sabiya—. ¿Estás seguro de que eso es buena idea?

—No —respondí yo—. No vamos a quedar con él, te lo aseguro, y ahora tenemos que volver a casa.

Lo dije para ahorrarle el mal trago de tener que pasar más tiempo con nosotros, pues no parecía que se encontrase muy bien.

—Ah —repuso—. Me ha encantado veros. Me ha ayudado un poco. Podemos vernos mañana también si os apetece.

Fue raro que lo propusiese, acabábamos de estar juntos, pero ¿a lo mejor era porque no podía ver a sus propios hijos? ¿A lo mejor quería jugar a que nosotros éramos en realidad ellos para sentirse menos triste?

—Mañana tenemos fútbol —dije.

—Pero pasado mañana podemos —me cortó Nikolai.

—Ah, entonces nos vemos pasado mañana —dijo, y volvió a abrazarnos.

Fue agradable verla, pero en realidad creo que nos dimos cuenta de que ella no podía ayudarnos o devolvernos la alegría, tal y como quizá habíamos esperado. Entonces empezamos a hablar de que a lo mejor sería guay quedar con

el periodista ese, aunque Sabiya se mostrara escéptica y mamá seguramente rechazara la idea si llegara a enterarse.

No ha pasado mucho tiempo desde entonces, solo unos días, pero parece que haya sido hace una eternidad. Ahora nos han movido a un nuevo lugar. Aquí podemos caminar un poco por los alrededores, pero tanto la casa como todo lo demás nos da mucho miedo.

37

CLARA

—RECONOCES QUE HAS visto a los niños, pero ¿dices que no tienes la menor idea de cómo han podido desaparecer poco después? —pregunto.

—Sí, y es verdad. Iban a reunirse con un periodista, creo. Yo iba a encontrarme con ellos dos días más tarde, pero nunca aparecieron.

Se endereza, me apunta con el arma, le tiemblan los brazos. La pistola se parece un poco a su antigua Glock, pero no puede ser, ya que la otra la tiene la policía. En cualquier caso, eso no tiene importancia en este momento.

—Por Dios, Sabiya, piénsalo bien —digo—. Soy la ministra de Justicia.

—Supongo que eso no te sirve de mucho ahora, ¿no? —comenta con frialdad—. Yo no veo ningún guardaespaldas.

—¿Por qué quieres acabar conmigo? —pregunto—. ¿Qué ganarías con eso?

Me mira fijamente. Sus ojos son como lagunas negras en calma.

Por muy desaliñadas y horribles que sean las pintas que lleva, alcanzo a comprender lo que Haavard vio en ella, ahora que se ha despojado del cabello ondulado, las perlas y todos los adornos superfluos. Ahí está, como una diminuta gema negra, refulgente, llena de odio, furia, voluntad y coraje.

—Ya sabes por qué, Clara. Porque no soporto la idea de que andes por ahí y continúes respirando y viviendo. He perdido a Haavard. He perdido a mis hijos. Lo he perdido todo y tú eres ministra de Justicia. Jamás tendrás que asumir la responsabilidad de tus actos, justo como planeaste cuando mataste a los maltratadores de niños.

Me estremezco. Nadie ha dicho jamás lo que ella está diciendo ahora.

No sé si la pistola está cargada o no. No me apetece demasiado averiguarlo, y sé que tengo que actuar ahora o nunca; apenas lo pienso, solo me dejo llevar por el instinto. Ella es una especie de pandillera juvenil en su viejo territorio y, además, tiene un arma. Es ella o yo, solo puede sobrevivir una de las dos.

Me levanto y con un único movimiento brusco golpeo la pistola para desprenderla de su mano. Aterriza a uno o dos metros de distancia. Entonces me hundo en la nada. Dejo de pensar, me olvido de mí misma, del espacio y del tiempo. Actúo sin más, llevo a cabo aquello que dicta mi naturaleza, aprieto, aprieto, aprieto, hasta que no le queda aire o color o aliento, hasta que deja de luchar contra mí, hasta que se desploma junto a la pared y yo hago lo mismo, hasta que quedo tirada sobre ella.

Se escucha un sonido desagradable cuando su cabeza impacta contra el suelo. Me agacho, lo confirmo. No tiene pulso. Está muerta.

Permanezco de pie un instante antes de lograr recomponerme. Me agacho de nuevo, le quito la linterna, me la coloco en la cabeza.

Es poco probable que muchas personas, si es que hay alguna, bajen a este lugar. Sin embargo, no debería dejarla tirada aquí, tengo que moverla.

En una de las estancias contiguas encuentro un enorme tanque de sal, lo bastante grande como para albergar a una persona. Regreso, agarro a Sabiya por las muñecas y la arrastro hasta el cuarto con el tanque. Su cabeza cuelga lánguidamente. La sujeto por debajo de los brazos. Debe de pesar poco más de cincuenta kilos. Sin embargo, no resulta fácil levantarla a un metro o metro y medio de altura a pulso, desde el suelo, para arrojarla sobre el borde del tanque. Tengo que usar la rodilla como una especie de palanca. Un intento. Dos. Tres. Su cuerpo todavía está caliente entre mis brazos, aunque ya ha adquirido la pesadez de algo muerto.

Al final consigo introducirla en el tanque, de manera que queda tumbada sobre la sal blanca. Bajo la tenue luz parece que yazca sobre la nieve, con el cabello negro extendido como un abanico alrededor de la cabeza.

Sabiya ya no existe, ya no está.

Jamás volverá a ponerse en pie, moverse, respirar, hablar, reír.

De alguna manera, resulta algo irreal. Hace tan solo unos minutos caminaba delante de mí, estaba igual de viva que estoy yo ahora. Su corazón latía, sus pulmones se expandían, su cerebro producía pensamientos. Ya solo quedan unos ojos inertes. Todavía está caliente. La sangre que corre por sus venas sigue manteniendo el calor, pero pronto se coagulará y su piel se tornará amarillenta. Todo ha acabado.

Tantas vidas. Magne en el coche, las tres vidas en primavera, Haavard en el lago, ahora Sabiya en el tanque. Seis seres humanos. Hasta esta primavera solo era una, la de Magne. Y si alguien se merecía morir, era él.

Los tres maltratadores de niños también se lo merecían. Les hice un favor a sus hijos y al mundo al eliminarlos. Con Haavard, y ahora con Sabiya, es diferente. Hay niños que los añorarán. Pero Sabiya me estaba apuntando con esa pistola. No tuve elección, era preciso hacer algo, y ahora necesito salir de aquí. Le cierro los ojos; es la primera vez que lo hago, y me sorprende lo fácil que es.

Miro a mi alrededor. En el suelo hay un saco grande en el que pone «Sal de nitrito». Levanto el saco; es bastante pesado, pero consigo apilarlo sobre el borde del tanque. Después vierto la sal sobre Sabiya hasta que se convierte tan solo en un contorno debajo del polvo blanco, como cuando cae medio metro de nieve sobre las rocas negras, las piedras y los montes.

Cuando salábamos carne en la granja, había que colocar unas pesas para que la carne no flotase hasta la superficie. Vuelvo a echar un vistazo alrededor del cuarto. En una esquina localizo unas pesas, las coloco encima de Sabiya. Ya está, así se quedará como está.

Después de apagar las velas, regreso hacia la escalera por la que bajamos. Subo, agarro la puerta; está cerrada. Tiro con fuerza, pero no sirve de nada. Estoy encerrada, atrapada en este enorme sótano oscuro en el que resulta sorprendente la cantidad de cuartos que hay.

Aunque sé que no es así, aún tengo la esperanza de encontrar a los niños apretujados en una esquina, mirándome con los ojos muy abiertos, o descubrir unos colchones en

donde hayan podido estar durmiendo, o unos sacos de dormir en algún rincón, pero no hay nada de eso. No hay nada en absoluto que indique que han pasado por aquí. Y, si no logro salir, nada tendrá importancia tampoco. Jamás averiguaré dónde están, jamás volveré a verlos.

No puedo salir por donde entramos, tengo que encontrar otra lugar.

Al parecer, no existe otra escalera, excepto por la que bajamos Sabiya y yo. En el otro extremo del sótano descubro por fin un ascensor fantasmagórico, viejo, polvoriento y sucio. La puerta está abierta, entro y pulso el botón de la primera planta, cierro la puerta. El ascensor comienza a moverse con un gran suspiro. Entonces se detiene de nuevo y me hallo atrapada en una jaula de anticuario entre dos pisos.

Intento abrir la puerta de un tirón, pero no cede. Vuelvo a pulsar el botón. No reacciona. Debía de haber quedado un poco de electricidad en el ascensor, un último coletazo de vida que ahora ha desaparecido.

¿Qué hago? Todo apunta a que voy a sufrir una muerte lenta en el interior de esta jaula centenaria. Me siento, apoyo la cabeza sobre las rodillas.

«Lars, ayúdame —susurro—. ¿Qué puedo hacer?»

38

ANDREAS

NO TENGO NI idea de qué hora será, ni siquiera sé bien qué día es. Pero creo que es lunes. Tenemos fútbol, entrenamos dos días a la semana, los jueves y los lunes. Fuimos el jueves, pero hoy no. ¿Habrá alguien que nos eche en falta? ¿Sabrán que hemos desaparecido? ¿Nos estarán buscando?

Es el primer entrenamiento al que faltamos este otoño. No hemos faltado ningún día, aunque hayan pasado muchas cosas tristes. En realidad, me siento un poco orgulloso de ello.

Nikolai intenta hablarme, pero yo no tengo fuerzas para responder. Vale, estoy acostumbrado a estar con él a todas horas, pero, de todas formas, esto es diferente. Siempre suele haber más personas con las que podemos hablar y nunca estamos el uno encima del otro todo el rato. En el cole jugamos, en general, por separado, con diferentes compañeros, aunque los dos pasemos mucho tiempo con Olav.

He intentado hablar con papá, varias personas me han dicho que puedo hacerlo, pero no funciona, jamás me responde. Es una pena, hay tantas cosas que me gustaría preguntarle y contarle, tantas cosas que echo de menos. Para empezar, todo lo que tiene que ver con el fútbol.

Papá sabía, por ejemplo, a qué altura debían ir las espinilleras. Mamá siempre nos las pone muy bajas. He intentado decírselo, que deben ir más altas, que para eso sirven, pero ella no lo entiende. Al principio, yo me las subía después de que ella me las pusiese, cuando no miraba. Al final, le dije que me encargaría yo mismo de las medias, las zapatillas y las espinilleras. «Estupendo», dijo, y simplemente asintió, como si en realidad no hubiese entendido lo que yo había querido decir con eso. Siguió ayudando a Nikolai una temporada, pero era tan torpe que al final tuve que enseñarle

también a mi hermano cómo hacerlo.

Lo de mamá es extraño, porque hay muchas cosas que se le dan bien. Cuando habla en la tele siempre está muy tranquila y es organizada, y es muy buena con todo lo que hace en la granja y en la cabaña de los pastos de verano; sabe hacer un montón de cosas que papá no sabía, como construir vallas, talar árboles, esquilar a las ovejas y esas cosas.

En cambio, es un desastre con las cosas más normales del mundo, como colocar espinilleras y medias de fútbol o preparar la cena, o asegurarse de que tenemos gomas y lápices en nuestros estuches, de que no nos dejemos todo sobre la mesa en casa, de que las fiambreras se laven de un día para otro, de que nuestras botas no estén mojadas, o de bajar los abrigos de invierno de la buhardilla y colocarlos en el perchero.

Quiero decir, antes yo nunca pensaba en esas cosas. Simplemente se hacían solas. Papá se encargaba de todo sin que nos diésemos cuenta. Papá hacía que las cosas sucediesen. Con mamá no ocurre eso. Es así. No creo que sea descuidada a propósito, solo que no hay suficiente espacio en su cabeza.

Una vez, papá dijo que la cabeza de mamá quizá era como uno de esos fantásticos telescopios que están preparados para ver todo tipo de cosas que están muy lejos. Dijo que cuando uno mira a través de un telescopio y contempla las estrellas y la luna y todo lo demás que seguramente se puede ver por ahí, entonces quizá no consigue ver al mismo tiempo todo lo que ocurre a su alrededor.

Es probable que hubiera vuelto a decir lo mismo si todavía siguiese aquí, habría intentado hacernos ver que mamá nos quiere, aunque no lo parezca.

Este otoño me he enfadado muchas veces con mamá; me he enfadado con todo el mundo, pero, sobre todo, con ella.

Ahora solo la echo de menos, más de lo que pensé que sería posible.

—Mamá —susurro—. Mamá, ven a buscarnos.

39

CLARA

LARS NO RESPONDE. Nadie responde. Me levanto, tambaleante, tengo que apoyarme en la pared del ascensor. Como si de un milagro se tratase, el ascensor comienza a moverse. Así que debía de quedar algo de electricidad, un último destello de vida. ¿Quizá lo suficiente como para salvarme?

El ascensor empieza a subir poco a poco. Cierro los ojos, contengo la respiración, no me atrevo a moverme. Esta vez no se detiene.

Siento tal alivio cuando por fin cierro la puerta del ascensor a mis espaldas, que es como si ya estuviese fuera, al aire libre, a salvo. Pero aún no estoy fuera, todavía no. Ahora me encuentro en un nuevo corredor oscuro, en otra parte de este lugar laberíntico en el que Sabiya y yo hemos entrado. Es la planta correcta, pero todavía no tengo ni idea de cómo salir de aquí.

El haz de la linterna frontal que le quité a Sabiya comienza a menguar. La luz cada vez es más débil, parpadea antes de apagarse por completo y que todo quede a oscuras.

Tuve suerte cuando logré salir del Parlamento, y cuando el ascensor empezó a funcionar a pesar de todo. También ha sido cuestión de suerte que sea Sabiya y no yo la que yace en el tanque de sal. Sin embargo, nada de eso ayuda ahora mismo, es como si la desaparición de la luz fuese una señal que indicase que la suerte se ha acabado.

Empiezo a moverme a tientas, avanzo agachada en la oscuridad. Parece que hayan transcurrido horas, pero han sido unos minutos. Al final diviso un rayo de luz horizontal en medio de la negrura, lo que podría indicar que hay una puerta.

De hecho, es una puerta, con una especie de cerrojo. Está oxidado, por lo que tengo que apoyar todo mi peso contra

ella, tirar y desencajarlo. Al fin consigo girar el pestillo y tiro de la manilla con fuerza hasta conseguir abrir la puerta. Por increíble que parezca, me encuentro en el rellano de una escalera similar a la que Sabiya y yo hemos utilizado para entrar hace un rato, y puedo ver esa otra escalera a mi derecha. Debo haberme desplazado en forma de herradura por la misma planta, un trayecto solo interrumpido por mi periplo por el sótano.

Aire. Luz. Qué maravilla.

Tengo ganas de darle las gracias a alguien, pero no creo en Dios y, en realidad, solo me debo a mí misma el haber conseguido salir de este lugar.

Sudorosa y temblando, me apresuro a regresar a la cruz de la peste, rescato el neceser de maquillaje que contiene los teléfonos y lo vuelvo a meter en el bolso. La verdad es que no he visto el móvil de Sabiya y me hubiese gustado localizarlo. Tal vez lo llevase encima, tal vez ahora esté con ella bajo toda la sal. Si es así, se estropeará enseguida.

El sol de octubre calienta, las hojas relucen como enormes monedas de oro. Durante un segundo o dos me siento tan aliviada de estar viva y de haber salido de la fábrica de salchichas que me siento invencible, casi feliz.

Echo un vistazo al reloj. Son las 12.30.

Ha transcurrido una hora desde que salí a hurtadillas del Parlamento. Por lo que sé, el servicio de seguridad de la Policía podría haber rastreado ya el edificio entero pensando que me han secuestrado, y podrían haber descubierto que los móviles estaban apagados. Es posible que Stian se lo haya contado todo, creyendo que ahora también me tienen retenida a mí.

Sin embargo, el servicio de seguridad y Stian son el menor de mis problemas en este momento. Estaba convencida de que Sabiya tenía a los niños, pensaba que los iba a encontrar junto a ella, pero no los tenía y la he matado.

Los niños siguen desaparecidos y yo estoy en el mismo punto. En realidad, supongo que he retrocedido varios pasos. Creía que sabía algo y se ha demostrado que no sabía nada. Creía que tenía la solución, y no era así. ¿Dónde pueden estar? ¿Y con quién iban a reunirse? Un periodista, ha dicho ella. ¿A qué periodistas conozco? Justo antes de salir hacia

Fredensborgveien, hablé con Erik Heier. Siempre ha mostrado un interés excesivo por mí y por mi vida privada. ¿Es posible que se encontrasen con él? ¿No es incluso bastante probable?

Debería haber estado de vuelta en el trabajo hace un buen rato, llego tarde a la reunión con el gobernador de Svalbard, que está haciendo su visita anual para charlar sobre el oso polar que se exhibe en el ministerio. Atravieso las puertas giratorias, paso por las puertas automáticas de seguridad y me subo en el ascensor, que funciona, está iluminado y hace todo lo que debería.

Entonces me veo en el espejo.

Tengo un aspecto horrible. Estoy despeinada, tengo telarañas en el pelo, polvo y suciedad en la ropa. Me sacudo la peor parte, pero sigo sin estar presentable y no lo estaré hasta que me dé una ducha y me cambie de ropa.

Intento pasar a hurtadillas por delante de Vigdis, entro directamente en mi despacho y continúo hasta el cuarto de baño. Humedezco una toalla e intento eliminar las huellas más visibles de mi visita a la fábrica de salchichas.

Cuando regreso al despacho, me encuentro con Vigdis en la puerta.

—El gobernador y su comitiva te esperan en la sala de reuniones —me dice.

—Voy enseguida —digo yo, y enciendo los dos móviles.

Recibo una avalancha de llamadas perdidas, mensajes de texto y de Messenger.

No me detengo a mirar ninguno de ellos, solo busco el nombre de Stian. Sin leer los mensajes anteriores del hilo que me ha escrito las últimas horas, redacto el mensaje que he ido fraguando de camino hacia aquí. «Me estaba persiguiendo Heier de TV2. Tuve que salir de incógnito por la puerta trasera. ¿Puedes reunirte conmigo ahora mismo fuera de R5? Tengo que contarte algo. Es urgente.»

La respuesta llega diez segundos más tarde: «Ok». Nada más.

Vigdis carraspea de nuevo desde la puerta y me levanto.

—Por favor, comunícale al gobernador que estoy indispuesta, tendremos que posponer la reunión.

Me mira ojiplática, vuelve a carraspear.

—… y pide a los de comunicación que me entreguen un

registro de todos los periodistas que se han puesto en contacto con nosotros desde que soy ministra. También las peticiones que no hemos atendido.

—¿Todos? —pregunta, mirándome dubitativa.

—Sí, todos. Una lista entera, completa. Ahora me voy a casa, así que necesito que lo imprimáis todo y me lo enviéis con un mensajero hoy mismo.

—De acuerdo —responde, aunque parece que tenga ganas de protestar.

Veinte minutos más tarde, Stian y yo nos dirigimos al banco del jardín, el mismo lugar donde mantuvimos una conversación el fin de semana. Él está expectante, con un gesto rígido en el rostro. Cuando me abrió la puerta del coche, le dije que tenía que regresar a casa, que quería hablar con él en el jardín. Él asintió. En el coche, durante el trayecto, no intercambiamos una sola palabra.

Es probable que no esté muy contento con el hecho de que me esfumara sin que él estuviese al corriente. Solo puedo imaginarme lo que pensará después de oír mi confesión.

Cuando Sabiya habló de los niños y de Haavard, me percaté del odio tan intenso que yo le profesaba. Si no hubiese sido por ella, él seguiría aquí atando las zapatillas de fútbol de los niños, ayudándoles con las tareas de matemáticas y cortando el césped.

Todo el declive empezó con ella, y luego va y se planta delante de mí temblando, apuntándome con una pistola, dispuesta a pegarme un tiro. Es la verdad. Al mismo tiempo, todo se confunde. Ya no soy capaz de mirar o pensar con claridad. Lo que está claro es que he vuelto a matar, a pesar de haberme prometido a mí misma que no volvería a hacerlo. Es más, he matado a alguien con quien podrían relacionarme, aunque espero que transcurra mucho tiempo antes de que la encuentren.

Y encima ha desaparecido el único enlace que tenía con los niños. Ya no creo que Sabiya estuviese detrás del secuestro. Y no tengo dónde buscar, ningún cabo que atar, excepto por una única frase sobre un periodista.

Tengo que contarle a Stian lo que he hecho, y luego dependerá de él lo que ocurra a continuación.

A esa otra yo, la que mata, y de la que jamás pensé que

tendría que dar cuenta a nadie, voy a dejarla en manos de un hombre contratado por el servicio de seguridad de la Policía. Todos mis instintos se resisten. Lo más seguro es que me denuncie e informe a sus compañeros. Si miento, me descubrirá y hará que todo sea peor. Sin embargo, tengo que hablar con él, lo necesito. Todo lo que he conseguido hacer por mi cuenta ya no tiene importancia.

—¿Has hablado con alguien? —le pregunto—. ¿Has informado ya?

Niega con la cabeza.

—Justo iba a hacerlo cuando me enviaste el mensaje —dice.

—Bien —respondo y respiro hondo—. Hay algo que debo contarte, pero tienes que prometerme que me dejarás hablar hasta que termine. Puedes hacer comentarios y preguntas después, ¿de acuerdo?

Asiente. Entonces empiezo a contarlo todo.

40

AXEL

LA ERA DIGITAL intensifica cualquier mal de amores. Estoy tumbado en el sofá haciendo el vago, no soy capaz de hacer otra cosa que mirar la puta app. De vez en cuando, Clara aparece como un punto verde. Se ilumina durante un breve instante antes de desaparecer de nuevo.

Los últimos días he ocultado nuestro chat para no tener que ver que no respondió a mi último mensaje, ni a los anteriores cinco o seis. Puesto que Clara es la persona con la que más he chateado, no sirve de mucho. Su rostro, con aquel puntito verde, aparece de todas formas cada vez que está conectada y «activa». Para evitar verla con su punto verde cada vez que me conecto, tendría que haberla borrado o bloqueado, y no quiero hacer eso. No quiero acabar nada; en realidad, quiero más.

Sé que debería desinstalar el Messenger, no exponerme a esto. Además, es una cosa tremendamente anticuada, un foro para jubilados, aunque la gente lo use. Los niños, los vecinos, los compañeros, y eso hace que sea difícil dejar de utilizarlo. He desactivado las notificaciones, por lo que tengo que entrar para comprobar si he recibido nuevos mensajes de Clara, pero nunca hay novedades. He empezado a pensar que quizá tampoco las vaya a haber nunca.

¿No es una cuestión de simple educación responder a los mensajes, aunque sea evidente que ya no me necesita como canguro? De hecho, después de aquella noche de pizza y vino, no la he visto ni he tenido noticias suyas. Hemos sido amigos durante más de una década. Este otoño he estado ahí para ella y para los niños. ¿Acaso eso no vale nada?

Mis sentimientos cambian sin cesar. Por un segundo añoro conversar con ella, por muy reservada y escueta que sea. Al siguiente solo me enfado, me siento estúpido, humillado,

pienso que se ha aprovechado de mí. Tramo mil maneras de vengarme, sin que se me ocurra otra cosa que pasar por delante de ella con una nueva novia, si es que eso llega a ocurrir alguna vez. ¿Le importaría? Lo dudo mucho.

Tal vez incluso se sentiría aliviada de librarse del cansino, pesado y viejo Axel.

Todo resulta tan increíblemente destructivo, tan frustrante al más puro estilo adolescente. Debería olvidarme de Clara, pero es imposible. El hecho de que se encuentre a tan solo unos cientos de metros de distancia no facilita las cosas.

Además, echo de menos a los niños. He estado en su casa varias veces por semana durante meses y, ahora, de repente, soy persona *non grata*; no tiene ningún sentido. Los niños me necesitan como un elemento estabilizador. Haavard solía decir que la capacidad de proporcionar cuidados de Clara era limitada. Supongo que exageraba un poco, y ella ha hecho un gran esfuerzo desde que Haavard murió. Pero desde que tomó posesión del cargo de ministra, he estado preocupado. Sin Åsa y sin mí, Clara y los niños jamás saldrían adelante, aunque es evidente que intenta demostrar que puede arreglárselas sola.

Me levanto, salgo al pasillo y me pongo la chaqueta, un gorro, guantes y zapatos.

Lo más probable es que sea Åsa y no Clara la que esté en casa. Puedo ir a saludar a los niños antes de que se acuesten. Si resulta que Clara, contra todo pronóstico, está allí, es posible que se alegre de verme. Quizá incluso recuerde los buenos momentos que hemos compartido y que soy parte de la familia. Quedarme en casa refunfuñando no aporta nada.

Con la sensación de apremio que a menudo sigue a la estela de una decisión, me dirijo hacia allí. Debo tener paciencia y confiar, y así, con el tiempo, las cosas acabarán evolucionando a mi favor. Al desánimo de hace unos instantes lo ha sustituido algo parecido a la soberbia.

A unos cien metros de la verja, todavía al otro lado de la calle, me detengo en seco. Clara está sentada en el banco del jardín, justo donde yo me he sentado tantas veces, y no está sola. Está con el chófer ese. ¿Cómo se llamaba? ¿André? ¿Stig? Stian. Es Stian, ahora lo recuerdo. El tal Stian, con la pinta de vikingo y las facciones tan marcadas y vehementes, los ojos intensos, como una Clara en versión masculina. Alfa

Bravo. Stian, el mismo que me dijo que debería acostumbrarme a los nuevos tiempos. ¿Es posible que él le haya prohibido tener contacto conmigo?

Están sentados muy juntos, Clara con las manos sobre el regazo, la cabeza gacha. ¿Por qué están sentados así, como si fuesen pareja? No puede ser, claro. ¿O sí? En ese caso, todo habría ido muy rápido, pero Clara es imprevisible, eso decía siempre Haavard. Además, le da mucha importancia a haberse criado en una granja y todas esas cosas. ¿A lo mejor le gusta el tema de la autoproletarización y por eso mantiene una relación con su chófer?

En cualquier caso, esto explicaría su silencio tan repentino. He estado atormentándome y fustigándome por ello, he pasado horas estudiando nuestras conversaciones por chat, comprobando lo unidireccional que es nuestra relación, sintiéndome pequeño. Todo esto mientras ella, que tanto se ha quejado de lo claustrofóbico que le resultaba el servicio de conductores, ha iniciado una relación con su chófer, y quizá incluso haya mantenido relaciones sexuales con él.

¿Debería acercarme y dejarme ver para comprobar su reacción, por lo menos? Estoy a punto de hacerlo cuando descubro la manera en que se miran. Se me forma un gran nudo en la garganta que empieza a crecer sin parar sin que sea capaz de detenerlo.

Joder, no puedo acercarme a esos dos estando así.

Me doy media vuelta y estoy a punto de resbalarme sobre las hojas podridas y escurridizas, pero consigo evitarlo; regreso a casa mientras lucho por contener las lágrimas.

En los pocos minutos que dura el trayecto, el enorme y pesado sol otoñal se oculta tras los árboles por el este, como una especie de muerte roja.

41

CLARA

LA ROSADA PUESTA de sol se hunde cada vez más entre los manzanos. Mantengo la mirada clavada en ella, en este momento no puedo mirar a Stian a los ojos.

Empiezo a contarle que Heier se me echó prácticamente encima, y continúo con el mensaje de Sabiya que recibí en mi reloj inteligente y con mi periplo por los pasadizos subterráneos del Parlamento hasta el cementerio Krist. Vacilo un poco, pero al final le cuento que escondí mis dos móviles debajo de las hojas en mi neceser de maquillaje. Luego llego a la parte de Fredenborgsveien y le hablo de cuando Sabiya apareció en el rellano casi invisible de la escalera, de Sabiya conduciéndome hasta la barra de bar rústica; le explico que luego empezó a hablar de Haavard y de mis hijos, que llevaba una chaqueta con el logo del Vålerenga FC y que sacó una pistola.

—Tuve miedo —digo—. Era ella o yo. Intenté quitarle el arma, pero fue imposible.

Tengo que hacer una pausa, las palabras se me atascan en la garganta. Stian mantiene su promesa de no hacerme preguntas, de no comentar nada, pero puedo sentir su mirada sobre mí. Ya es demasiado tarde para cambiar de idea, ahora solo tengo que llegar hasta el final.

—Era ella la que tenía un arma, no yo. Debió de haberlo planificado durante algún tiempo, quiso citarse conmigo en un lugar donde no iban a encontrarme hasta dentro de mucho tiempo. Tuve que defenderme, solo quería desarmarla, pero se me fue de las manos. Fue un accidente…

Una mirada despierta y preocupada se posa sobre mí. Tomo aliento.

—Está muerta, Stian. No sé qué voy a hacer…

Alzo las manos, me cubro el rostro con ellas. Emito

sonidos que jamás he escuchado, que no suenan a mí, que no son yo. Al mismo tiempo, son una de las cosas más auténticas que han salido de mí.

¿Quizá no exista un verdadero yo? ¿Quizá solo sea un cascarón vacío que puede llenarse con cualquier cosa?

Stian me acaricia la espalda con una mano enguantada.

—Tranquila, respira —me dice.

—Es tan horroroso —digo—. No puedo creer que haya sucedido.

—Legítima defensa, Clara —dice—. No has hecho nada malo.

Me aparto las manos del rostro y me seco las lágrimas. Entonces la veo. La cicatriz. En su mano. He visto una cicatriz idéntica antes. Forma parte del mismo mundo que la boina y la esquirla que tanto me fascinaban de niña. Es uno de esos soldados. Uno de ellos. Uno de nosotros.

¿De dónde puede ser? ¿Afganistán? ¿No es eso lo que pensé la primera vez que lo vi, que parecía un veterano? Estoy a punto de comentarlo, pero cambio de idea.

—Mi padre fue un soldado de la ONU en el Líbano —digo —. Estuvo fuera seis meses y regresó con los nervios destrozados. Ese período de tiempo marcó nuestra vida y todo lo que vino después. Mi hermano y yo estuvimos solos con Agnes, mi madre, algo que no nos hizo bien. Fue cuando toda la miseria comenzó.

Incluso ahora que han pasado tantos años y que tengo problemas mucho más acuciantes, me resulta casi imposible hablar de ello.

—Me ha contado muchas cosas de allí —continúo—. Qué le sucedió, qué cosas vivió. Lo marcó mucho. Es posible que me contase más de lo que debía, al fin y al cabo no tenía a nadie más con quien compartirlo. Además, siempre tuvo mucho miedo de que me ocurriese algo, sobre todo después de lo de mi hermano.

Vuelvo a cubrirme el rostro con las manos. Permanezco así unos segundos antes de enderezarme de nuevo. «Perdóname, papá —pienso—. Perdóname.»

—Me preparó para ser una buena soldado —digo—. Me enseñó todo tipo de cosas, incluso algunas que nunca debería haber aprendido. Hoy, cuando Sabiya me apuntó con la

pistola, todas esas cosas salieron a flote. Supe instintivamente lo que tenía que hacer para sobrevivir…

Una breve pausa.

—Bueno, ya puedes hablar —digo por fin—. No tengo nada más que añadir. Supongo que querrás avisar a tus compañeros, denunciarme.

Otro silencio breve. Luego habla.

—Está más claro que el agua que ha sido en defensa propia, Clara —dice—. Sabiya se reunió contigo para matarte. Nadie puede reprocharte que quisieras salvar tu vida, pero tampoco es necesario que nadie lo sepa ahora mismo. En cualquier caso, nada le devolverá la vida a Sabiya.

No me atrevo a decir nada, dudo de si he escuchado bien, me da miedo estropearlo. Parece muy diferente de cómo era antes, y su reacción es tan distinta de lo que yo me había temido y para lo que me había preparado. ¿Significa esto que no me va a denunciar? ¿Puedo creérmelo?

—¿Dijo Sabiya algo de los niños que nos pueda ayudar?

—No mucho —digo yo—. Pero estoy segura de que no sabía lo del secuestro, debemos de haber estado buscando en el lugar equivocado.

—Dios mío —dice Stian, frotándose las sienes con los dedos.

—Por cierto, dijo algo —repongo—. Por lo visto, los niños iban a encontrarse con un periodista, eso le dijeron cuando la vieron. He pedido el registro de los medios que se han puesto en contacto con nosotros desde que soy ministra, pensaba revisarlo esta noche por si encuentro algo concreto. Pero supongo que ya no podré hacerlo…

—Clara —dice alzando la mano con la cicatriz—. Te ayudaré a revisar ese listado, lo haremos juntos.

Apenas me atrevo a respirar. Stian me mira con insistencia.

—No tenía ni idea de dónde te habías metido durante el rato que desapareciste hoy. No puedes romper ese tipo de acuerdos, por muchos motivos que creas tener. ¿Puedes prometerme que no vas a volver a hacer algo así de nuevo? —dice con la mirada clavada en la mía.

—Lo prometo —respondo, y siento que lo digo de veras.

Incluso le cojo la mano, como él hizo la última vez que

nos encontramos en este lugar. Cuando los últimos rayos de sol desaparecen y solo queda una delgada línea roja que marca la frontera entre el cielo y la tierra, lo tengo claro.

Stian y yo ahora somos un equipo, lo queramos o no.

42

LEIF

JUSTO ACABO DE servirme un café. Estoy a punto de llegar hasta el sillón donde estoy leyendo sin derramar nada cuando un movimiento al otro lado de la ventana hace que me sobresalte. El platillo se mancha de café y la taza se balancea tanto que tengo que dejarlo todo en el suelo.

Halvor Haugo atraviesa el patio con un cuaderno en la mano, tomando notas, mientras la gata, *Bella*, se le restriega. Salgo corriendo al pasillo, me pongo las primeras botas que encuentro y abro la puerta bruscamente.

—¿Qué estás haciendo? —le grito.

Se detiene, me mira sorprendido, como si no hubiese caído en la cuenta de que yo, en efecto, vivo en esta casa. Menudo puto descarado. Además, es la segunda vez en pocas semanas que lo veo por aquí.

Este es mi lugar. Mi fortaleza. Aquí mando yo. Aquí nunca viene nadie. Así ha sido hasta ahora, aunque al parecer ya no.

Permanecemos a tan solo un par de metros el uno del otro, nos miramos fijamente.

—No puedes estar aquí —le digo—. Es una propiedad privada.

—Estoy escribiendo un artículo sobre Clara y su infancia —dice—. ¿No te parece bien?

Se está burlando de mí; se está burlando de mí, joder.

—¿Has estado en casa de Geir para echar un vistazo a los restos del coche?

Niego con la cabeza, dudando de si lo pregunta en serio.

—Deberías hacerlo —continúa—. Es una preciosidad. Con muchos detalles reveladores…

Sonríe, pero su sonrisa me asusta. No se le refleja en los ojos, que irradian otra cosa: rabia, despecho, quizá incluso odio.

—Vete —digo, notando con fastidio que mi voz se quiebra —. Si no, llamaré a la policía.

Me mira durante un momento con una sonrisa repulsiva. A continuación, se encoje de hombros y echa a andar hacia el coche.

Un anciano desesperado, furioso, eso es en lo que me convierte.

Camino hasta el arce y me siento a su sombra, coloco las manos sobre las rodillas, me apoyo contra el tronco, cierro los ojos. Hace demasiado frío para permanecer aquí mucho rato. Tampoco tengo la calma suficiente para mantener los ojos cerrados. Mi buen humor se ha desvanecido, no creo que sea capaz de recuperarlo.

En casa de Geir, o sea, que han dejado los restos de aquel cacharro en casa de su suegro; debe de llevar más de un mes allí, entonces. ¿A qué detalles reveladores se refiere? ¿Se lo habrá inventado solo para molestarme o realmente hay algo que pueda causarle problemas a Clara?

Apenas soporto la idea de que ese vehículo desvencijado haya vuelto a aparecer, es como si el mismísimo demonio de Magne hubiese regresado en carne y hueso a través de su coche.

En el taller debe de haber bastante material inflamable. Aceites, gasolina y cosas por el estilo. Dudo que resulte necesario hacer mucho más que encender una cerilla para que el taller mecánico con los restos del coche rescatado del fiordo se convierta en historia. Geir Vassenden está a punto de quedarse incapacitado a causa de la artritis. El taller apenas daba beneficios en sus mejores tiempos, y esos pasaron hace mucho. Si prendo fuego a toda esa mierda, el seguro compensará a Geir; es probable que hasta le salga a cuenta. Un incendio no perjudicaría a nadie y podría ahorrarle muchos problemas a Clara.

Me dirijo al coche para irme hacia allí, pero entonces cambio de idea. Al menos debería esperar a que se haga completamente de noche.

Cuando entro en casa, paso por delante de *Bella*. Me detengo e intento acariciarla, pero está igual de nerviosa y extraña que yo tras la visita. Una vez dentro, me acerco a la mesa del salón, donde tengo esparcidos todos los papeles que

había en la caja, pero el espíritu combativo que sentí cuando fui a buscarlos ha desaparecido. Todos esos viejos recuerdos de lo que debería haber impedido ahora solo me producen malestar.

Ya es hora de que advierta a Clara sobre Halvor y Agnes. Jamás suelo llamarla, más bien dejo que ella lo haga cuando le venga bien. Voy a buscar el teléfono. Llamo un largo rato. No hay respuesta.

43

CLARA

MI PADRE ME está llamando. No puedo hablar con él ahora, tendré que devolverle la llamada más tarde. Después de haberme confesado ante Stian y haber concertado una frágil coalición, en mi pecho, contra todo pronóstico, se ha prendido una débil llama de esperanza. Es probable que sea algo estrictamente necesario para sobrevivir, para ser capaz de creer que va a funcionar.

El listado de los medios no llegó hasta después de llamar e insistir varias veces. Stian se fue un rato a su casa, tenía que encargarse de sus hijos mientras su mujer salía a hacer un recado. Me puse algo nerviosa ante la perspectiva de que no volviese, pero lo hizo. Ahora por fin nos hemos instalado en el salón, donde estamos protegidos de las miradas ajenas. Stian ha inspeccionado toda la casa para constatar que los secuestradores no han colocado ningún sistema de vigilancia. Que el servicio de seguridad de la Policía aún no ha instalado equipos de vigilancia ya lo sabía de antemano.

El montón de papeles impresos es sorprendentemente grande. Lo hemos dividido en dos. Cada uno revisa una mitad y luego nos las intercambiaremos.

Aunque parezca irónico, Stian parece confiar más en mí después de que le haya contado lo que ocurrió con Sabiya.

Es algo positivo, pero, al mismo tiempo, hay tantas cosas de las que no debe enterarse… Jamás debe conocer la última parte de la historia del accidente de Magne: que yo cercené la manivela con una lima, agarré el volante, le pedí que se quedase sentado y le dije que era la mejor manera de sobrevivir. Lo que no debe saber bajo ningún concepto es que yo cometí los asesinatos de esta primavera. La policía ha tenido que soltar a un sospechoso tras otro, primero a Haavard y luego a Sabiya. Ahora carecen de pistas e indicios.

Y así quiero que siga siendo.

En realidad, Stian ya sabe demasiado. En cualquier momento podría cambiar de opinión, acudir a sus jefes y contárselo todo. Mi vida está en sus manos. Es el precio que debo pagar por contar con su ayuda.

Las palabras que tengo delante representan a periodistas; un montón de ellos. Es posible que, entre los registros y los nombres que hay aquí, se encuentre la respuesta que estamos buscando.

—Avisa si encuentras algún rastro de Heier —dice Stian—. Aunque, lo encuentres o no, es la mejor pista que tenemos hasta ahora.

—Y la única, ¿verdad? —digo.

Asiente. Permanecemos en silencio un largo rato. Los dos hojeamos y leemos, hojeamos y leemos concentrados. Entonces descubro algo.

—Oye —susurro mientras señalo—. Mira esto.

Un tal Halvor Haugo, del periódico local de mi pueblo, ha intentado contactar conmigo varias veces. Quiere hablar sobre mi infancia, del trágico accidente de este verano, sobre mi nombramiento como ministra. Las razones para solicitar una entrevista cambian un poco en cada ocasión.

—¿Lo conoces? —pregunta Stian con el ceño fruncido.

—No lo sé —digo—. El nombre me resulta familiar…

Siempre se me han dado fatal los nombres y las caras, y la gente en general, vaya, si no me interesan por uno u otro motivo en concreto.

—He encontrado la matrícula del coche —musita Stian; en la comisura de los labios tiene un lapicero que está mordisqueando.

Su rostro está muy concentrado; es el rostro de un hombre de verdad, me recuerda al paisaje montañoso de mi tierra.

¿Cuál será su historia? ¿Dónde habrá estado? ¿Cómo habrá acabado con ese rostro y esa cicatriz? Quizá sea la historia sobre mi padre y el Líbano la que, en realidad, me ha salvado, la que ha hecho que se ponga de mi lado, al menos de momento. ¿O han sido sus propias experiencias bélicas, lejos de los oscuros coches oficiales blindados, las que le han impulsado a ayudarme?

Su teléfono vibra, frunce el ceño, lee un mensaje.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Solo es Janne —dice—. Quiere saber cuándo llegaré a casa.

—¿Y qué le vas a responder? —le pregunto.

—Que no lo sé —contesta, y me muestra una fotografía que ha encontrado, el retrato de un tipo algo desaliñado que debe de tener mi edad—. ¿Conoces a este hombre?

—Es posible —digo, mirando detenidamente la fotografía —. Pero siempre he tenido dificultades con…

—… las caras y esas cosas, ¿verdad? —dice con una sonrisa socarrona.

—¿Lo sabías? —pregunto, asombrada—. Yo pensaba que nadie se había dado cuenta.

—Es mi trabajo saber ese tipo de cosas, saber más de ti que incluso tú misma —dice—. Pero entonces, ¿lo conoces?

—Tal vez —digo, intentando ubicar al hombre.

Stian saca el ordenador, lo enciende.

—He descargado varias grabaciones —dice—. Ven aquí, así las ves.

Me desplazo hacia donde está él y me siento a su lado, tan cerca que puedo sentir cómo el calor que desprenden su antebrazo y su muslo se traslada hasta mi brazo y mi muslo.

—Primero los peajes —dice—. A lo mejor lo encontramos si ha estado por aquí en su propio coche. Pero hay muchas grabaciones, nos llevará tiempo. Empecemos por la tarde que desaparecieron.

Asiento, apenas puedo respirar, apenas me atrevo a mirar.

La matrícula es EB 63970. Stian la ha anotado en un pedazo de papel. Yo ya la tengo grabada en la retina.

Las grabaciones son grises y soporíferas, parecen películas de los años ochenta. Estoy tan concentrada que me duele el cuerpo y me escuecen los ojos.

—En el trabajo tenemos equipos para hacer esto de una forma más sencilla y efectiva —comenta Stian—. Pero aquí tendremos que hacerlo de forma manual, a la vieja usanza. Lo más probable es que no encontremos nada, recuérdalo.

—Sí —digo mientras contemplo la pantalla del ordenador e intento no parpadear a pesar de que me escuecen los ojos. Me gustaría tanto ver esa matrícula, intento evocarla.

Vemos una grabación tras otra muy concentrados y en

silencio sin ningún resultado. Entonces aparece un coche blanco que se dirige hacia nosotros con la matrícula EB 63970.

—¡Ahí! —digo.

Los dos miramos, Stian amplifica la imagen. No cabe duda.

—Vaya —digo—. Esto tiene que significar algo, ¿verdad?

—Puede que solo haya estado por aquí para acercarse a ti de alguna manera —dice Stian—. Pero es periodista y esa es la mejor pista de la que disponemos. Ha andado detrás de ti, pasó por aquí en el momento justo, la misma tarde en que los niños desaparecieron. Ahora solo nos falta encontrarlo con los niños en la grabación de alguna cámara de seguridad, como hicimos con Sabiya.

No puedo evitar sonreír. Ahora tiene un brillo en la mirada que antes no estaba. Puedo ver que le gusta la acción, a pesar de todo. Disfruta con la búsqueda, el suspense. Eso también me pasaba a mí antes, esta primavera, por ejemplo. En este momento no soy capaz de sentir otra cosa que no sea un miedo blanquecino, esquelético y abrumador, pero me gusta ver esa luz en su mirada. Es uno de esos hombres a los que les gusta triunfar, conseguir cosas, ganar las batallas. Ahora esta también es su batalla.

¿Es ese el motivo por el que ha accedido a echarme una mano, aun teniendo que ocultar lo de Sabiya y poner en peligro su vida profesional, e incluso privada? ¿Acaso es uno de esos lobos solitarios que buscan emociones fuertes, que añoran la acción y el peligro? ¿Oculta algo él también o simplemente es tan buena persona que no puede evitar ayudarme?

Cuántas preguntas. En cualquier caso, el hecho de que esté aquí hace que me sienta más segura. A lo mejor es verdad que el miedo solo es una ilusión, que todos los sentimientos lo son.

—De acuerdo —digo—. Si partimos del supuesto de que Haugo los ha secuestrado y de que vive en la costa oeste, ¿lo natural no sería pensar que se los ha llevado con él hasta allí?

—Sí —responde Stian—. Aunque, antes de nada, preferiría obtener una respuesta a partir del rastreo de los relojes inteligentes. En ocasiones se les olvida avisar cuando llegan

los resultados, sobre todo si no parece un tema muy urgente. Voy a llamarlos.

Regresa diez minutos más tarde.

—Los relojes ya no emiten ninguna señal. Quienquiera que sea el que está detrás de todo esto seguramente haya descubierto que los niños los llevaban y los haya tirado o destruido.

—Joder —exclamo, notando cómo la decepción se apodera de mí.

Los niños estaban tan emocionados con sus relojes, tan orgullosos de ellos.

—Pero escucha —prosigue Stian—. La última señal que emitieron quedó registrada en tu pueblo, y ahí es donde también está Halvor Haugo. Así que haz las maletas, nos vamos para allá.

44

ANDREAS

ES UNA MIERDA estar aquí, sin poder hacer nada, ni siquiera jugar al móvil o a la tableta.

Cuando digo que lo que más extraño de papá es el fútbol, en realidad no pienso en lo de las espinilleras y las medias y las zapatillas, o en que viniese a ver los entrenamientos cada vez que podía y se quedase allí observándonos mientras hablaba con los otros padres, aunque se enteraba de todo, eso sí.

Tampoco pienso en que nos acompañaba a los partidos, en que nos animaba y consolaba y estaba pendiente de las botellas de agua y las equipaciones. O en cuando sustituía al entrenador Hans Marius si estaba enfermo o algo, o en que después siempre tenía comentarios inteligentes sobre lo que había ido bien y lo que no.

Lo que más echo de menos son los partidos del Liverpool. La emoción que sentíamos y que nos pasáramos toda la semana hablando sobre el partido: quiénes jugarían, cómo íbamos en la liga, contra qué equipo íbamos a jugar y qué jugadores estaban lesionados. Echo de menos ver los partidos con él, papá siempre con los codos apoyados en las rodillas, con una taza de café o una lata de cerveza entre las manos, o abrazado a Nikolai o a mí, a veces a los dos. Sus bromas y lo guay que le parecía que nosotros ya estuviésemos más interesados en el club que él, pues nos dábamos cuenta de que en realidad éramos nosotros los que más pendientes estábamos. Sabíamos más sobre los jugadores que él y podíamos contarle cosas. Eso molaba.

Papá incluso había dicho que pronto ya seríamos lo bastante mayores como para ir a Anfield y ver un partido, tal y como nos había prometido toda la vida, aunque siempre decía que aún éramos demasiado pequeños. Ahora jamás

iremos, o, por lo menos, no con él, y en ese caso la verdad es que todo da igual.

Ya no vemos los partidos del Liverpool, apenas somos capaces de jugar al *Soccer Manager*. Sin que hayamos llegado a hablar de ello, de alguna forma nos hemos puesto de acuerdo en que no soportamos seguir con todo lo del Liverpool sin papá. Así que al final hemos perdido también al Liverpool.

45

CLARA

SIENTO NÁUSEAS DESDE el momento en que Stian pone el intermitente para incorporarse a la autopista.

Conduce de una forma firme, imperceptible, veloz, pero manteniendo el control sin hacer aspavientos por nada; tal vez sea el mejor conductor que haya conocido. No es culpa suya que yo odie ir en coche con otras personas. Siempre me pongo enferma, no importa lo bien que se maneje el conductor o lo estupendo que sea el coche. Ahora es peor que de costumbre, me resulta casi insoportable estar encerrada en este vehículo blindado y cerrado herméticamente.

—Perdona, ¿podemos abrir la ventanilla? Necesito un poco de aire —digo.

Asiente de una forma casi imperceptible, baja la ventanilla de mi asiento un par de centímetros durante diez segundos. Luego vuelve a cerrarla y en su lugar pone el aire acondicionado a tope.

—¿Tienes hambre? —pregunta—. ¿Sed?

Niego con la cabeza.

Es probable que los niños se encuentren en la costa oeste, quizá incluso en una zona que conozco bien; no están en el Congo, Uzbekistán, Rumanía o cualquier otro lugar lejano. Por fin tenemos una pista. Debería alegrarme de ello, y me alegro de veras. Sin embargo, mis pensamientos dan vueltas sin parar. ¿Están al aire libre? ¿Tienen frío? ¿Están encerrados en algún sitio, en un sótano oscuro como en las películas? ¿Están juntos? Lo peor es la idea de que estén separados por primera vez en su vida. Ya es lo bastante horrible que los hayan apartado de mí.

No entiendo cómo he podido soportar todas las horas que he dedicado a otra cosa que no sea estar con ellos. Ha sido algo lógico y natural, pero ahora me parece un gran error.

De alguna manera es como si la inquietud fuese en aumento a medida que me voy acercando a un desenlace, a una respuesta. ¿Qué es lo que me espera realmente? ¿Y si los están maltratando? ¿Si abusan de ellos? ¿Es posible que todo aquello a lo que he dedicado mi vida profesional para evitar que no le ocurra a otros niños ahora les esté ocurriendo a mis propios hijos por una negligencia mía?

Y entonces regreso a aquel momento. El coche se precipita, impacta contra la superficie del agua con gran estruendo. Mi cabeza se proyecta hacia delante, luego hacia atrás. El agua entra a chorros. Todo empieza de nuevo. Una y otra vez.

Las náuseas que intentaba contener ahora se abren paso en mi garganta.

—Stian —digo—. ¿Puedes parar un momento? Creo que voy a vomitar.

Cinco minutos en una parada de autobús que aprovecho para refugiarme detrás de la marquesina. Observo las colillas que hay en el suelo, los cristales rotos, los condones usados, un pañal, todo iluminado por una farola, mientras vacío el contenido del estómago.

He comido tan poco que no hay mucho que purgar, solo enormes cantidades de café y ácido gástrico. Sin embargo, no soy capaz de detener las arcadas. Al cabo de un rato aparece Stian, me rodea con el brazo para ayudarme a incorporarme y me da una botella de agua y unas servilletas.

—Ven —dice, y deja que apoye mi peso en él mientras nos alejamos de la marquesina.

Diez minutos más tarde nos detenemos en una cafetería que huele a fritanga y en la que jamás se me hubiera ocurrido parar.

—Dios mío, no tenemos tiempo para esto —digo.

—Que sí —dice Stian—. De todas formas no vamos a poder hacer nada allí en plena noche, y supongo que tú no has probado bocado en todo el día, ¿me equivoco?

—No —digo.

A pesar de que es muy tarde, llamé a Vigdis hace un rato. Le pedí que cancelase o pospusiese todas mis reuniones, de momento bajo la excusa de la gastroenteritis que llevo sufriendo desde esta misma mañana.

Mañana tengo que llamar a Mona y comentarle lo que sea sobre una crisis personal que tenga que ver con mi familia en la costa oeste. Hacer la maleta me llevó diez minutos. Veinte minutos después de tomar la decisión de irnos, ya estábamos en la carretera.

No he comido nada durante este día tan largo en el que incluso he estado metida en una fábrica de salchichas.

—Pues eso —dice él—. Justo lo que pensaba. Te acabas de deshacer de lo que tenías en el estómago. Necesitas comer algo, te necesito con energía. Venga.

En la cafetería nos colocamos delante del mostrador que exhibe panecillos con queso sudoroso y jamón pálido y trozos de tarta de mazapán, de almendras y de manzana, pero no hay nada que me apetezca. Miramos el menú escrito en una tabla de abedul de color claro, donde unas láminas blancas con letras negras explican los platos calientes disponibles. Bistec con patatas fritas y salsa bearnesa. Albóndigas con puré de guisantes, patatas y mermelada de arándanos. Salmón de pesca local con ensalada de pepino. Hamburguesa con queso y patatas fritas. Carne de reno. Salchichas con puré de patata.

No me apetece comer nada, solo quiero continuar con el viaje. Siempre es así, y ahora más que nunca.

—¿Sí? —dice la mujer de detrás del mostrador, mirándome con cansancio.

—Salchichas con puré de patata.

—Eso es el menú infantil —comenta con un suspiro que indica hastío vital.

Se llama Trine Lise, o eso indica la placa que lleva en el pecho.

—¿Cómo? —pregunto. Stian me coloca una mano sobre el hombro.

—Las salchichas con puré de patata son el menú infantil, es solo para niños.

Lleva el cabello largo y grasiento. Su tripa se pliega en tres michelines debajo de una camiseta blanca en la que pone el nombre de la cafetería con letras grandes. En el pecho luce un par de manchas repugnantes.

—Vamos a ver —digo—. ¿Qué importa la edad que tenga si voy a pagar por la comida de todas formas? Puedo pagar el doble…

—No se trata de eso —espeta, trasladando el peso de un lado al otro.

¿Cómo es posible que la gente se deje de esa manera? Si yo tuviera ese aspecto, no querría seguir viviendo.

—¿De qué se trata, entonces? —pregunto.

—Simplemente son las reglas —responde Trine Lise.

Estoy a punto de protestar, pero no tengo fuerzas.

—De acuerdo. Salmón, entonces —digo, girándome hacia Stian.

—¿Salmón? —pregunta, sorprendido—. ¿A las once de la noche?

—Sí —respondo—. ¿Puedes pagar? Necesito ir al baño.

Asiente y yo me voy. En el servicio de señoras me detengo delante del lavamanos. Del grifo solo sale agua fría, y en el espejo cuelga un ambientador de coche Wunder-baum. Me salpico la cara con agua durante un buen rato.

Halvor Haugo. ¿Quién es? ¿Qué quiere de mí?

—Al menos las albóndigas nunca fallan en este sitio —comenta Stian una vez instalados en una esquina. Me siento de espaldas a la pared. Así tengo la espalda cubierta y puedo observar bien el local, tal y como me enseñó mi padre.

El salmón que me sirven unos cinco minutos más tarde está seco y casi frío, cubierto de una membrana blanquecina. Las patatas tienen un color verdoso.

—Está de lujo —digo tras ingerir dos trozos.

Él sonríe ampliamente…

—Es como si lo hubiese cocinado yo, y créeme que no es un cumplido —digo—. ¿A ti te gusta cocinar?

—De hecho, sí. Consideré estudiar cocina en el instituto.

Es posible que los cinco minutos detrás de la marquesina de autobús, el agua fría en la cara y la ingesta de alimentos hayan restablecido mi capacidad de funcionar, porque en el momento en que Stian menciona la palabra «instituto», recuerdo de repente quién es Halvor Haugo.

Era un chaval gordinflón, uno o dos años menor que yo. Siempre intentaba acercarse a mí en el instituto; en teoría, pensaba que teníamos algo en común. Jamás se me ocurrió qué podría ser, salvo el hecho de que ninguno de los dos teníamos amigos. Por mi parte era algo que yo misma había elegido, y, en cualquier caso, era un pésimo punto de partida

a la hora de entablar una amistad.

Cuando salimos de la cafetería, me siento más liviana y animada que en cualquier otro momento después de regresar a casa el viernes. Vamos de camino hacia el oeste, tenemos una pista y sé quién es Halvor Haugo.

Tal vez sea la oscuridad que nos envuelve mientras conducimos rumbo al oeste, la música *jazz* del Spotify de Stian que suena en el equipo de música, o quizá es simplemente que estoy agotada. En cualquier caso, hay algo que me hace soltar el comentario.

—Al final no llegaste a ser cocinero —digo, arriesgándome —. ¿Qué hiciste en Afganistán?

—CEFFAA —contesta tras una pausa de unos segundos—. Supongo que puedo revelárselo a la ministra de Justicia, ¿no?

Por supuesto. El comando especial de las Fuerzas Armadas. Debería haberlo imaginado.

—Digamos que allí tuve que hacer cosas que estaban fuera del guion…

—Cuéntame —digo—. Necesito distraerme un poco.

Intento armarme de valor, recuerdo que las historias de mi padre en el Líbano siempre eran sombrías y estaban plagadas de muertes.

—Bueno —dice—. Alrededor del 2010 tuvimos una misión en el este del país, en la provincia de Kunar. Un lugar algo peliagudo, podría decirse. Regresábamos a la BOA, es decir, la base de operaciones avanzadas, tras cumplir una misión bastante dura en la que debíamos capturar a un líder talibán. Pero teníamos prisa y la seguridad era bastante deficiente, por decirlo con suavidad. De repente un niño de la edad de los tuyos, quizá un año o dos mayor, se acercó corriendo hacia nosotros. En Afganistán nunca se sabe a ciencia cierta quién es amigo y quién enemigo, pero su rostro irradiaba algo, parecía muy abierto y sincero. Por supuesto, no entendimos nada de lo que nos decía, pero el intérprete nos contó que su madre estaba de parto y que pensaban que algo iba mal. Todos sabíamos que podía ser una trampa, y que el hecho de ayudarlo sería, en cualquier caso, una clarísima violación del reglamento, pero a pesar de eso decidimos ir con él a la casa, que resultó ser una precaria choza afgana de color marrón hecha de arcilla. En la puerta nos recibieron

varias mujeres con burka que gesticulaban. No querían que viésemos a la mujer que estaba de parto, puesto que éramos hombres, y eso fue algo que me hizo pensar que no se trataba de una trampa…

Hace una pausa y da un sorbo al café del vasito de cartón que ha colocado entre los asientos. Espero a que continúe. ¿Al final había sido una trampa?

—Les dije que tenían que dejarnos pasar, que sin nuestra ayuda podían morir tanto la madre como el niño. El intérprete tradujo. Al final nos dejaron entrar en un cuarto desnudo, oscuro, en el que la mujer yacía sobre una alfombra. A su lado había dos ancianas arrodilladas. La parturienta gemía y resollaba, había trapos y ropa empapados de sangre. Todas las patrullas del comando especial siempre llevan un paramédico con formación sanitaria, a menudo del nivel de un enfermero, pero no sabíamos mucho de partos… A pesar de todo, éramos especialistas en improvisar. Recordé que la madre de Janne es comadrona. Es una mujer de armas tomar, ha visto de todo y nunca pierde la compostura. Contacté con ella por Skype.

—¿Por Skype? —pregunto, sorprendida.

¿Qué clase de cuento chino es este, en realidad?

—Sí, llevábamos un teléfono vía satélite con nosotros. Así que mi suegra, que ha dado a luz a cuatro hijos, le habló en noruego con voz calmada y decidida a la mujer afgana a través de la pantalla.

Observo que está muy inmerso en sus recuerdos.

—La mujer estaba empujando, pero no ocurría nada. Parecía que gritara más de lo que empujaba, y gastaba mucha energía en eso. Mi suegra dijo que debía cambiar de postura, ponerse bocarriba, de lado, a cuatro patas, volver a ponerse bocarriba. Me pidió que comprobase si había un estetoscopio por allí, lo encontré en el maletín de nuestro paramédico y lo usé para escuchar el ritmo cardíaco del niño. Latía como debía. Pum, pum, pum. Pero a Eva no le gustaba lo lento que iba. Nos dijo que pusiéramos a la mujer bocarriba y que le sujetásemos un pie cada uno para que apretase en nuestra dirección. Además, debía apoyar su mentón contra el pecho, y yo debía instruir a la mujer para que inspirase profundamente antes de empujar.

—Vaya tela —digo yo.

—Sí, fue surrealista. El intérprete las pasó canutas para traducir. Los tíos estábamos ahí, con un pie en el costado cada uno. Podríamos haber acabado fácilmente con una costilla rota, o dos, pero mereció la pena. La mujer empujaba y gritaba, y de repente un chorro de agua me salpicó en la cara; tenía un sabor rancio, me di cuenta de que debía de ser líquido amniótico. Volvimos a escuchar los latidos, iban más lentos, pum, pum. «Empuja —dije—, empuja.» Y ella lo hizo mientras respiraba y gritaba. La cabeza comenzó a aparecer poco a poco; por fin le había cogido el truco y fue capaz de empujar sin gritar. Poco a poco, la cabeza fue asomándose entre sus piernas. Nos preocupamos un poco, parecía un niño muy grande. Pero entonces…

Se detiene, se le empañan los ojos.

—¿Sí? —pregunto, también profundamente inmersa en su relato.

—Fue como si todo se detuviese. Ella volvió a gritar con más fuerza que nunca. Eva dijo que debíamos colocarla a cuatro patas, y lo hicimos. «Dile que menee el trasero», dijo Eva. El intérprete tradujo y ella comenzó a hacerlo. ¡Y de repente salió el niño! Fue increíble.

—¡Dios mío! —digo, y su entusiasmo me arranca una sonrisa.

—Era un niño grande y precioso, con un montón de pelo negro, la piel clara, pero parecía flojo y enfermo, solo emitía unos gorgoteos entrecortados. Eva nos dijo que teníamos que ponerlo bocabajo y darle un azote en el culo. Cuando lo hice el cuarto se llenó con su llanto. Después de eso he asistido a los partos de mis hijos, pero ese fue el primero. Me sentí mucho más importante que cuando nacieron los míos. Fue maravilloso, Clara.

—Qué bonito —digo, tengo que tragar saliva.

—Sí —dice él, y saca su cartera—. Aquí hay una foto del bebé.

Ilumino con el móvil. En su cartera tiene una funda de plástico de esas antiguas para poner fotos.

A la izquierda hay una foto de un trío rubio con ojos azules; deben de ser los hijos de Stian. A la derecha veo a un Stian más joven. Sus facciones lucen menos marcadas que

ahora y esboza la sonrisa más amplia y orgullosa del mundo, como si llevase a su propio hijo en brazos.

—Uno debe hacer lo correcto, incluso las veces en las que lo correcto no es necesariamente lo legal. ¿Entiendes?

—Sí —respondo—. Entiendo.

46

CLARA

SUBO Y LLAMO al timbre de la casa oscura. Una vez. Dos veces. El timbre resuena colérico en el interior. Hay un coche eléctrico blanco aparcado en la entrada del jardín algo descuidado.

Son solo las siete, es poco probable que ya se haya ido a trabajar.

Finalmente se enciende una luz del pasillo y aparece una silueta detrás de la puerta con cristales esmerilados amarillos, típica de los años setenta.

Luego esta se abre y podemos ver a un tipo que lleva un pantalón de pijama a cuadros y una desgastada camiseta roquera grisácea, con el pelo despeinado y los ojos entornados. Ha cambiado tanto que jamás lo hubiese reconocido si no hubiese sabido que era él. Más mayor, por supuesto, pero me sorprende que ya no esté gordo, sino que parece fuerte y en forma. En el mentón luce una de esas perillas ridículas que nunca me han gustado, y sus antebrazos están cubiertos de tatuajes enormes.

De camino hacia aquí he leído algunos de sus artículos. Escribe bastante bien, sobre todo teniendo en cuenta que trabaja para el periódico local.

He tomado la decisión de ser astuta y fingir que no sospecho de él, por lo menos al principio.

Si resulta cierto que este tipo tiene a mis hijos, no debo asustarlo, no sea que haga alguna estupidez; solo tengo que seducirlo hasta que él mismo se ponga en evidencia.

—Siento las horas —digo antes de ofrecerle la mano—. Clara Lofthus.

—Lo sé —responde. La firmeza del apretón me sorprende —. He intentado concertar una entrevista contigo desde que te nombraron ministra.

—Eso es lo que tengo entendido —digo—. ¿Puedo pasar un momento?

—¿Ahora? —pregunta, sorprendido.

Asiento. Me deja entrar en el pasillo, cuyas paredes están cubiertas de pino amarillento. El resto de las estancias también parecen estar revestidas de pino.

—Voy a cambiarme —dice, y desaparece y regresa un minuto o dos más tarde, ahora en vaqueros y con un jersey de lana. Me acompaña a una sala de estar repleta de muebles y me indica que me siente en uno de los sillones de cuero. Él se instala en otro.

—¿Vives aquí con tu madre? —pregunto, aunque sé que no es así tras las pesquisas que he hecho por el camino.

Niega con la cabeza.

—Murió —dice—. Pero mejor hablemos de ti. Hace poco estuve en Storagjælet para presenciar el rescate de los restos del viejo vehículo, ya sabes.

—No —replico con voz cortante.

¿Storagjælet? ¿Los restos del vehículo? ¿Qué es esto?

—¿Entonces no sabes que han sacado el coche de Magne del agua?

Niego con la cabeza. Debería decir algo, pero no soy capaz.

—Bueno, ya ha pasado más de un mes. Pero el motivo por el que he intentado contactar contigo, además de porque te acaban de nombrar ministra, es porque me gustaría saber tu versión de lo que pasó aquel día.

—¿Lo que pasó?

—Sí, cuando el coche se precipitó al fiordo.

Joder. Yo desconocía lo del rescate, no estoy preparada para hablar o pensar en eso ahora. Fue un accidente. Magne murió, yo sobreviví. En cualquier caso, no tiene ninguna relevancia en este momento.

—Eres de esas personas que siempre salen a flote —dice, lanzándome una mirada férrea; es como mirar a los ojos de un depredador. El tono amable ha desaparecido.

—¿Así es como entrevistas a la gente? —le pregunto en un tono igual de incisivo.

Permanecemos sentados sin dejar de mirarnos, y entonces lo entiendo.

Es posible que yo no sea muy buena recordando rostros, pero ahora veo cómo una cara que recuerdo muy bien emerge del rostro de Halvor; la veo con la misma claridad que la de mi madre cuando me coloco delante del espejo por las noches.

Un enorme lunar junto a la nariz. Un lunar con un pelo negro completamente idéntico justo en el mismo lugar. No puede ser casualidad. Y luego veo el resto: los ojos muy juntos, la mandíbula, todas las similitudes.

Halvor Haugo es hijo de Magne Lia. ¿Y eso qué significa? ¿Es ese el motivo por el que ha secuestrado a los niños?

Hasta ayer había pensado que era Sabiya la que quería vengarse. ¿Tal vez me equivoqué de persona, pero no de motivo?

—Si hubiese imaginado que planeabas matarlo, habría hecho algo —espeta—. Pero yo solo era un niño, y tú eras una niña. No entendía lo que había presenciado, y menos aún lo que hiciste.

—Espera —digo, el sudor me chorrea por las axilas—. ¿Estás insinuando que yo le quité la vida a Magne?

—Sí —dice.

—Dios mío —resoplo—. Íbamos de camino a ver a mi madre al hospital. Yo tenía doce años y él iba conduciendo borracho. Casi no sobrevivo. ¿Cómo puedes decir que fue culpa mía?

Me traslado a aquel lugar, al coche que se precipita e impacta contra la superficie, el agua que entra a chorros. Y yo, que nado sin parar, aterrada ante la posibilidad de que él me agarre de los pies y me arrastre con él hacia el fondo, como arrastró a mi hermano.

—Pues sí —dice Halvor—. Recuerdo tu explicación oficial.

—Ese hombre estaba completamente podrido —repongo.

Estoy a punto de preguntar por mis hijos y si este es el motivo por el que va secuestrando a los hijos de los demás. Pero antes de que me dé tiempo y de que sea consciente de lo que ocurre, él se levanta.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Yo conocí a ese hombre mucho mejor que tú —digo—. Era un cabrón, un psicópata que maltrató a un pobre niño indefenso hasta causarle la muerte.

—Eso no es verdad —dice mientras permanece de pie, temblando.

Tal vez sea buena señal que se enfade. Si pierde el control, quizá sea más fácil obtener información sobre los niños.

—Pobre de ti si estás emparentado con él —digo—. Si es así, no deberías tener hijos. Y, hablando de hijos…

Antes de que logre completar la frase, da tres pasos hacia mí y me golpea muy fuerte bajo la mandíbula. Resulta tan inesperado y me duele tanto que veo las estrellas.

—Mierda —exclamo entre dientes, estoy aterrada y furiosa al mismo tiempo.

Él alza el brazo como para volver a pegarme, pero yo retrocedo. En ese mismo instante se abre la puerta principal.

Stian entra y atraviesa la habitación con largas zancadas. Todo ocurre tan deprisa y estoy tan mareada que no veo lo que hace antes de que Halvor Haugo quede tumbado e inmovilizado sobre la alfombra.

—Ya está —dice Stian; su voz denota una frialdad que jamás le había escuchado—. Por esto va a ir directo al trullo. Agredir a un ministro se considera un delito grave según el artículo 115 del Código Penal.

Instintivamente, me acerco a la ventana y cierro las cortinas. Así nadie podrá mirar al interior.

Stian se inclina hacia delante y pone más peso sobre la rodilla que tiene hincada en el pecho de Halvor.

—Ni yo ni la ministra de Justicia tenemos tiempo o paciencia para estos rollos suyos —dice—. Podría enchironarte ahora mismo y tendría un problemón que no se puede ni imaginar. O podemos llegar a un acuerdo, si lo prefiere.

Halvor lo observa sin pestañear, con una mirada que irradia miedo y odio al mismo tiempo. Stian desplaza la rodilla hasta el cuello y presiona con fuerza. Yo carraspeo.

—¿Qué queréis? —pregunta Halvor.

—Mis hijos han desaparecido —repongo—. Los quiero de vuelta. Ya. ¿Entiendes?

No hay respuesta. Me surge la duda. Haugo es un cabrón pomposo y amargado y, encima, es hijo de Magne. Pero ¿tiene a mis hijos?

—Dime dónde están o te mato con mis propias manos.

Ahora es Stian el que carraspea junto a mí.

—No lo sé —escupe Halvor con dificultad.

—¿No lo sabes? —pregunto—. ¿No lo sabes?

—Tenemos indicios fundados de que está mintiendo —dice Stian—. Ha estado en Oslo hace poco, ¿no?

Asiente.

—Ha pasado por la zona en la que desaparecieron los niños, en el momento en que desaparecieron. Sabemos que se puso en contacto con ellos. Hemos rastreado sus relojes inteligentes y están en este pueblo. En otras palabras, está metido en un buen lío.

—Juro que no sé dónde están —dice Halvor—. Pero, Clara, podrías hablar con tu madre.

—¿Mi madre? —pregunto, y me quedo lívida—. ¿A qué te refieres?

—Sí, con Agnes Lofthus. Es tu madre, ¿no?

Hago un gesto de asentimiento. Me noto entumecida y paralizada por completo.

—¿No está… no continúa en la residencia? —pregunto con voz débil.

Agnes. ¿Está fuera? Es un pensamiento insoportable.

—Pues no —dice, y da la impresión de que ser quien me cuenta esto le produce una cierta satisfacción infantil, aunque resulta evidente que está muy asustado.

—¿Dónde está ahora? —pregunta Stian.

—En un cobertizo para botes junto al fiordo —musita Halvor—. En casa de Biffen.

—Bien —responde Stian.

Dejamos a Halvor Haugo tirado en el suelo y nos marchamos.

—¿Y bien? —comenta Stian cuando estamos de vuelta en el coche—. Tal vez no fuese tan buena idea entrar ahí sola, ¿no crees?

—No —digo—. ¿Cómo supiste que necesitaba ayuda?

Espero que diga que echó un vistazo a la casa por casualidad y vio lo que estaba ocurriendo, y que por eso entró corriendo.

—Lo escuché a través de tu teléfono —dice, en cambio, y sonríe.

—¿Cómo? —pregunto sorprendida—. ¿Es legal eso?

—Te pedimos autorizar este tipo de medidas —continúa con una sonrisa socarrona—. Cuando un ministro firma, no hay ningún problema.

—¿He firmado yo eso? —pregunto.

—Seguramente no —responde Stian, sonriendo un poco más.

No me importa que haya escuchado a través de mi teléfono en esta situación, pero ¿puede haber otros agentes del servicio de seguridad haciendo lo mismo?

—¿Cuánto has escuchado, entonces? —le pregunto.

Vacila un segundo o dos antes de responder.

—Lo suficiente como para saber que me necesitabas ahí dentro.

—¿Has oído lo que dijo sobre Magne? Por lo visto, piensa que fue culpa mía…

—Es un psicópata, como su padre —comenta Stian, y es lo menos políticamente correcto que le he escuchado expresar hasta el momento.

De camino hacia el coche le cuento mi descubrimiento sobre el parentesco entre ambos. En una ocasión leí un artículo sobre lunares. Decía que normalmente no eran hereditarios, pero que un tipo en concreto sí podía serlo, uno de esos que pueden evolucionar en melanoma, un tipo de cáncer de piel.

Ahora me alegro de haberle hablado de Magne con anterioridad, de haberle dado mi versión.

—En realidad, el tipo da más pena que otra cosa —continúa—. No ha sido capaz de superar el doble duelo de haber perdido a un padre que en realidad nunca llegó a tener… No resulta tan extraño que esté obsesionado contigo. Podrías haber tenido a Magne de padrastro, pero lo rechazaste. Y, por si eso no era suficiente, también está convencido de que tú lo mataste…

—Visto así, tiene motivos más que suficientes para ir a por mí y mis hijos, ¿verdad? —digo frotándome la mejilla dolorida, que me arde, me escuece y palpita—. Además, está muy amargado y jodido. ¿Crees que es posible que se trate de él? ¿Que solo intenta pasar desapercibido al poner en el punto de mira a mi madre?

Se encoje de hombros.

—En realidad no es posible sacar ninguna conclusión definitiva al respecto, al menos por ahora —dice.

—En cualquier caso, tenemos que encontrar a Agnes —digo—. ¿Puedes llamar y preguntar si tienen dos habitaciones disponibles para nosotros en la pensión del centro?

—Sí —responde con el ceño fruncido—. Aunque pensé que habías decidido sorprender a tu padre.

—Ahorraremos algo de tiempo si nos alojamos aquí, en el pueblo. Así evitamos tener que subir y bajar.

En parte, es cierto, aunque la verdad también es que no soporto la idea de mentirle a mi padre, de tener que fingir que no ha ocurrido nada. Además, hay muchas cosas de las que yo debería haber estado enterada y que al parecer me ha ocultado.

Mi madre ha salido de la residencia y han rescatado los restos del coche del fiordo, y yo no tenía ni la menor idea. ¿Qué nos ha ocurrido, por qué ya no me cuenta nada?

47

HALVOR

VEO QUE EL coche se aleja, me froto el hombro dolorido. Me han asaltado antes de la hora del desayuno, y en mi propia casa.

¿Qué pueden hacerme? ¿Qué va a pasar conmigo?

Llevo treinta años pensando en Clara, pero estos últimos veinticinco no la he visto más que en fotografías. Y de repente se presenta aquí, en la puerta de mi casa, antes de que me haya levantado, en vaqueros y chaqueta azul con capucha; tenía el mismo aspecto de antes.

Es evidente que su chófer no es un chófer cualquiera. Presionó la rodilla contra mi cuello hasta tal punto que creí que había llegado mi hora. Sus movimientos eran fuertes y seguros, ese hombre sabía lo que hacía. Podría denunciarlo, pero sería una estupidez por mi parte. En cambio, ellos seguramente lo harán por agredir a la ministra de Justicia. Lo que dijo del Código Penal es cierto, tengo las de perder. Nadie me creerá ni me apoyará, tal y como ocurrió aquella vez hace treinta años.

Yo tenía nueve, estaba en el lindero del bosque, detrás de unos helechos de mi misma estatura, contemplando la casa de Magne. Había estado allí varias veces, rondando por la zona con sigilo mientras intentaba armarme de valor para llamar a la puerta y hacer acto de presencia.

—Hola, papá —le diría yo, y su rostro mostraría una amplia sonrisa.

Él no era consciente de que yo lo sabía, aunque tenía conocimiento de mi existencia y sabía quién era. Me di cuenta cuando revolví los papeles de mi madre y encontré una carta que tenía escondida, en la que él confirmaba que podría ser mi padre.

Estaba escondido entre los helechos. Llevaba un buen rato

ahí, posponiéndolo, aguardando, a punto de acercarme y llamar a la puerta, y al instante siguiente cambiaba de idea.

Entonces la vi, era Clara Lofthus.

Tenía un año más que yo, lo suficiente como para que nunca hubiésemos intercambiado ni una palabra, aunque íbamos al mismo colegio. Por supuesto, sabía quién era. Nuestro colegio era tan pequeño que todos nos conocíamos. Yo sabía que sus padres estaban separados, que su hermano había muerto y que su madre estaba con Magne, el profesor, que era mi padre.

Observé cómo Clara abría la puerta del coche, y fue como si el suelo musgoso que pisaba se pegase a mis pies. Permanecía quieto, intentando comprender lo que veía. Clara estaba limando algo en la parte interior de la puerta del coche de Magne, y tardaba bastante. Al final, cuando era evidente que había terminado, se marchó.

Me pregunté si debía entrar y avisar a Magne, pero no me atreví. Hubiera sido demasiado presentarme, contárselo y soltarle, además, que sabía que él era mi padre. ¿Y si pensaba que yo tenía algo que ver con lo que ella estaba haciendo? ¿Y si no me creía cuando le contase que había sido Clara? ¿Y si todo lo que yo había planeado se iba a pique?

No hice nada, simplemente regresé a casa a hurtadillas con el propósito de volver pronto. Todo quedó en nada.

Pocos días después, Magne estaba muerto. Comprendí que tenía que existir una relación entre lo que le había visto hacer a Clara y el accidente, pero no tenía ni idea de qué podía hacer al respecto.

El cuerpo de Magne había desaparecido. El vehículo yacía a tal profundidad que no era posible rescatarlo. Permanecí en mi habitación contemplando el techo y preguntándome si debía decirle algo a mi madre, pero sabía que ella se enfadaría conmigo por fisgar entre sus cosas y leer sus cartas, y también porque había ido a la casa de Magne para espiarlo. Además, era probable que ella tampoco supiese qué hacer al respecto.

¿Debía hablar con la policía? ¿Podía hacerlo? No. No me hubieran creído, quizá incluso hubieran pensado que yo tenía algo que ver. Ese era mi mayor temor. Ni siquiera podía enseñarles la manivela, el vehículo estaba en el fondo del

fiordo.

Durante treinta años he seguido sin saber qué hacer con este asunto.

En el instituto hice varios intentos por hablar con Clara. Mi esperanza era entablar una amistad con ella y así encontrar la manera de dejarla en evidencia. Enseguida me di cuenta de que a ella no le interesaba tener nada que ver conmigo, no mostraba más que desdén hacia mí.

Durante todos estos años he estado dándole vuelvas a cómo puedo llevar a cabo mi venganza. Entonces ocurrió todo esto: Haavard murió, el coche fue rescatado, Clara se convirtió en ministra. La manivela. Sabía que mi momento había llegado. Tiene su lógica: vengar a mi padre, exponer a Clara y castigarla, triunfar en el periódico.

Al cabo de unos pocos días me di cuenta de que no era suficiente. En realidad, la venganza se me quedaba corta.

Si mi padre no hubiese muerto justo cuando iba a conocerlo, mi vida habría sido diferente. En ese caso, es posible que tuviese amigos, que nadie se hubiese dedicado a empujarme, a acosarme y a burlarse de mí en el patio, y que Yvonne tampoco se hubiese llevado a Lisa al puto fin del mundo.

No hay primicia periodística que pueda compensar todo lo que he perdido.

Clara se merece que sus hijos hayan desaparecido, aunque ella todavía tenga a su padre sano y salvo. Ese testarudo de la granja de ahí arriba me pone de los nervios, y no solo porque parezca imposible entablar una conversación con él; el hecho de que él siga vivo hace que resulte todavía más evidente que mi propio padre, al que jamás tuve ocasión de conocer, no lo está.

La granja de mi padre lleva treinta años abandonada. Sin embargo, allí encuentro siempre algo de paz a pesar del dolor que me produce que él ya no esté y que ese lugar no me pertenezca. Al fin y al cabo, allí me siento más cerca de todo lo que he perdido.

La casa es oscura, fría y sombría, jamás he vivido en ella ni he estado dentro con mi padre. Sin embargo, la siento más como mi hogar que la casa donde he vivido desde siempre.

Me duele todo el cuerpo, estoy molido. Me arde la

garganta después de que el puto chófer me hincase la rodilla, pero recojo algunas cosas, las meto en una mochila y me dirijo al coche.

Primero tengo que ir unas horas al trabajo, pero esta tarde subiré de nuevo a mi refugio. Se me hace muy difícil esperar hasta entonces.

48

CLARA

SOMOS LOS ÚNICOS huéspedes en la pensión. Estoy sentada sobre la cama esperando a que sean las 8.30. Esa es la hora a la que Stian y yo acordamos vernos de nuevo. El plan era dejar las cosas, cambiarnos, lavarnos los dientes y salir enseguida, aunque ninguno de los dos hayamos dormido.

Mi móvil comienza a sonar desde el fondo del bolso. En teoría, podría ser cualquiera de los tres teléfonos que llevo, todavía no distingo los diferentes tonos, pero resulta ser el que está encriptado. La Oficina del Primer Ministro. Contesto, recibo instrucciones para teclear un código, intento hacerlo, no funciona, forcejeo con las teclas, me estreso.

¿Qué querrán a estas horas? Me frustra esta tecnología que no domino y para la que no tengo tiempo. Sin embargo, después de varios intentos y códigos, y tras ser expulsada del sistema varias veces, oigo por fin una voz que me habla.

—Hola, Clara —saluda sin vacilar.

Necesito pararme a pensar un segundo o dos antes de percatarme de con quién estoy hablando: es la primera ministra en persona. La última vez que hablé con ella fue en la bochornosa conferencia gubernamental.

—¿Estás muy ocupada? —pregunta.

—Bueno —balbuceo, intentando pensar.

Es evidente que no está enterada de los días de excedencia por asuntos familiares que he pedido, Mona debe de haber intentado cubrirme las espaldas.

—Me gustaría saber si quieres dar un paseo conmigo alrededor del lago Sognsvann esta tarde —dice—. Hay un asunto interno relativo al partido que me gustaría discutir contigo, a solas.

—Sí, me encantaría —respondo.

—Estupendo —replica ella.

Maldigo en mi fuero interno.

—Pero, por desgracia, no va a ser posible. He tenido que irme a la costa oeste por un asunto familiar urgente.

—Ah, vaya —dice—. Bueno, otro día será entonces.

—No es algo que me puedas comentar por teléfono, ¿verdad?

—No —niega con un tono algo incisivo—. Pero ya que te tengo al otro lado… Sabes que estamos en la recta final con los presupuestos del Estado. Desde Hacienda no aceptan tu propuesta de dedicar más recursos a situaciones de emergencia. Yo misma tengo mis dudas. Necesitamos más bien unas medidas políticas visibles, y no las medidas preventivas que tú sugieres. Y, dado que estás tan ocupada, en esta ocasión haremos lo que quiere Hacienda.

—Pero —comienzo, antes de que me interrumpa.

—Ya hablaremos, Clara. Suerte con… lo que sea que estés haciendo por allí.

Y desaparece.

—Joder —exclamo, y golpeo el teléfono contra el muslo —. Joder, joder, joder.

He vuelto a quedar en ridículo. Me arden las mejillas, la garganta, los ojos.

Este último mes he tenido un regusto a sangre en la boca constantemente. He tenido abandonados a mis hijos, he ignorado a mi padre, todo para intentar lograr un buen comienzo, mostrar que soy merecedora de la confianza depositada en mí, aprovechar el tiempo y conseguir hacer algo.

Entonces llegó el viernes y todo cambió.

Es cierto que ayer pasé un rato por el despacho, antes y después del encuentro con Sabiya en el mundo subterráneo. Por lo demás, llevo cuatro días intentando mantenerme alejada de todo lo relacionado con el trabajo, todo lo que por lo general es mi pasión y mi razón de ser. Me he visto en la obligación de hacerlo para salvar a mis hijos. No obstante, ahora siento, como un ardor bajo la piel, que también quiero salvar esto.

Un paseo alrededor del lago Sognsvann. ¿Me serviría de algo? Me vendría bien verla a solas, esa no es una oferta que le hagan a una todos los días. Tengo que enfrentarme al tema

del partido, ganar terreno. Además, debo avisarla de mi intención de volver a presentar mi propuesta de ley.

En definitiva, lo peor es que el Ministerio de Hacienda pretende obstruir las partidas que quiero destinar a situaciones de emergencia. Es un área que ya sufre de importantes carencias, puesto que no vende portadas. Nadie le ha dado prioridad a ese campo jamás. Mis propuestas para las partidas presupuestarias eran ya más reducidas de lo que debieran, y ahora, además, van y las descartan. Debería haber estado allí, protestando, luchando. Desde aquí no puedo hacer nada.

Me gustaría contarle lo que ocurre en realidad, hacerle comprender que el trabajo me importa de verdad, que quiero lograr algo, que estoy dispuesta a sacrificar casi todo por mi cargo, pero que antes solo tengo que salvar a mis hijos, que me tiene que dar un poco de tiempo. Cuando los niños estén en casa, la llamaré y le explicaré por qué, de repente, tuve que desaparecer para ir a la costa oeste, justo después de que me nombraran ministra.

Primero solo tengo que encontrar a los chicos, y para eso tengo que dar con Agnes.

Mi madre, sangre de mi sangre. ¿Es a ella a quien debería haber buscado desde el principio? ¿O tampoco estoy en lo cierto esta vez?

Estaba tan convencida; primero de que era Sabiya, luego Halvor.

Ahora toda certeza ha desaparecido, también la voluntad. La simple idea de que mi madre pueda tener algo que ver me despoja de toda energía.

Seguimos sin tener noticias de los secuestradores. Han transcurrido casi cuatro días sin ni siquiera una sola palabra.

¿Qué significa eso? ¿Qué es lo que quieren? ¿Siguen vivos los niños?

—Hay que ir a dos sitios —dice Stian ya en el coche—. Al cobertizo donde vive tu madre, en casa de… ¿Biffen? Y luego a la granja donde vivía antes de que la ingresaran en la residencia psiquiátrica.

—Sí a lo primero —digo—. De lo segundo te puedes ir olvidando. Ese lugar no lo voy a pisar bajo ningún concepto. Te lo digo en serio.

—Clara —dice—. Entiendo que te traiga malos recuerdos…

—No se trata de eso —protesto.

—Lo mismo dijo ayer la señora de la cafetería —comenta él con una leve sonrisa—. ¿De qué se trata, entonces?

—Vete a la mierda —digo, pero no puedo evitar sonreír.

—Empecemos por el cobertizo —sugiere—. A fin y al cabo, es donde vive.

Diez minutos más tarde, el coche desciende la pequeña cuesta que conduce al cobertizo. Es como una casa de muñecas, a ras del agua. Stian da la vuelta con el coche mientras yo me apresuro hacia la entrada y llamo a la puerta con fuerza. Nada.

Hay unas botas de lluvia fuera. Sobre ellas hay colocados unos guantes. Me estremezco, agarro la puerta. Cerrada. Luego rodeo el cobertizo, toco la ventana de una estancia que parece ser la cocina. Nada. También está a oscuras. Que ingenua he sido pensando que iba a encontrarse en este lugar, con los chicos, esperándome. Doy un par de vueltas más alrededor de la pequeña vivienda, echo un vistazo a través de la ventana. No hay señales de vida, pero en la mesa veo una caja con medicamentos.

Kleivhøgda. Alta médica.

Está claro que tengo que ir al lugar donde ella ha pasado la mayor parte de su vida adulta y hablar con alguien que la conozca, como aquella mujer tan eficiente con la que hablé en primavera. ¿Cómo se llamaba? ¿Berit? ¿Brita? Durante una temporada me llamaba sin cesar. Para rematar, me envió flores cuando me nombraron secretaria de Estado, y yo la ignoré por completo.

—¿Lista para subir a la granja? —me pregunta Stian cuando regreso al coche.

—Todavía no —respondo—. Primero vamos a la residencia. Te indico el camino.

49

ANDREAS

AHORA QUE ESTAMOS aquí y que no hay nadie con quien hablar, sin colegio, entrenamientos, partidos o amigos con los que quedar, tengo demasiado tiempo para pensar en todo lo que echo de menos.

También hay muchas cosas que no tienen que ver con el fútbol.

Me gustaba, por ejemplo, que papá siempre fuese el mismo, que nunca necesitara preguntarme de qué humor estaría. Papá siempre estaba contento y animado, como un bonito día de verano. Mamá intenta ser verano, pero es invierno.

Me gustaba que explicara los deberes de mates de una forma comprensible para mí y para Nikolai, a quien conseguía ayudar sin que llorase.

Me gustaba que fuera capaz de preparar la comida en cuanto llegábamos a casa, sin ponerse a hacer otras mil cosas, y que casi todo lo que preparaba estaba rico, y que hacía tanta cantidad que podíamos llevarnos las sobras en la fiambrera al día siguiente.

Me gustaba cómo nos hacía cosquillas.

Me gustaba la música que ponía en el coche a todo volumen.

Me gustaba la forma en que tamborileaba con los dedos en el volante.

50

CLARA

—EL GPS INDICA una hora y media. ¿Te cuadra?

—Sí, algo así —respondo—. Si llegamos a tiempo al ferri.

Conducimos por la carretera junto al fiordo desde el centro del pueblo, en dirección contraria al lugar donde se ubica nuestra granja. Siempre me alegraba que Kleivhøgda se encontrase en otra población, a una distancia de decenas de kilómetros y una travesía en ferri. De esa manera no me arriesgaba a encontrarme con Agnes cuando salía a dar un paseo.

Eso era antes. Ahora anda por aquí libremente, sin cuidadores. Pero ¿dónde está?

Ninguno de los dos decimos nada. Stian parece concentrado en la conducción. Las carreteras de aquí son distintas a lo que está acostumbrado. En algunos puntos la calzada se ensancha, pero en general es estrecha y solo cabe un coche. A un lado tienes la pared de la montaña, y al otro, el fiordo.

En el ferri, como siempre, permanezco junto a la borda contemplando las aguas blancas y revueltas. Me gusta la idea de que pueda tener una profundidad de cien, doscientos o trescientos metros, y que no sepamos absolutamente nada de lo que alberga allí abajo, que pueda haber cualquier cosa. El fiordo es profundo, imprevisible, ingobernable; es su propio amo. No se lo puede derrotar. Es el más poderoso y el más peligroso, pero se encargó de Magne por mí, y eso siempre me ha hecho sentir que, de alguna forma, somos aliados.

Alzo la vista, diviso las montañas al otro lado. En esta época del año, a menudo se cierne una fina capa blanca de azúcar glas sobre las cimas. Hoy no. Las montañas tienen un color negro azulado salpicado de algunos puntos dorados.

En el aparcamiento de la residencia apenas hay coches.

La última vez que estuve aquí fue en primavera, en uno de esos días claros con el cielo azul brillante. Permanecí un buen rato en el coche, no quería entrar; en realidad, no quería verla, no quería eliminar la distancia entre ambas que me había hecho creer que mi madre no existía.

Ir a visitarla me hacía sentir que la traía de nuevo a la vida, pero no tenía elección. Mi padre se había enterado de que había vuelto a hablar tras muchos años en silencio. Era algo que nos inquietaba a los dos. En ese momento se habían reavivado en mí viejos instintos, hacía cosas que jamás hubiera pensado que volvería a hacer. Necesitaba saber si constituía una amenaza, qué era lo que recordaba, cómo de lúcida estaba. Por lo tanto, me armé de valor e hice aquella visita.

Fue una experiencia extraña.

Al principio, me sorprendió que no estuviese gorda y horrible, que no se hubiese transformado en una vieja obesa con manchas de comida en la ropa, la especie de escoria en la que se había convertido en mi imaginación. En cambio, resultó ser la misma mujer enjuta y de cabello largo que o bien llevaba la misma ropa que hacía treinta años, o alguna que se le parecía mucho.

La única diferencia era que parecía una versión un poco más apagada, más mayor, de sí misma.

Al principio habló con normalidad, es decir, parecía estar bastante lúcida. Cuando comenté que había pasado mucho tiempo, me respondió que habían pasado treinta años, dos semanas y dos días. Me preguntó qué edad tenían los gemelos, y dijo que creía que debían de tener unos ocho años. Me asustó, tenía la esperanza de que no conociese su existencia.

Lo recordaba todo, dijo, con una sonrisa radiante y terrorífica.

Entonces todo cambió. De repente, perdió el hilo y regresó la versión de sí misma que yo tenía la impresión que había sido durante las últimas décadas: distante, perdida.

Me sentí aliviada. A pesar de lo traumático que había sido volver a verla y oírla hablar de mis hijos como si los conociese, concluí que, a pesar de todo, era una especie de vegetal. Un ser humano destruido por demasiados años con

un cóctel explosivo de problemas psiquiátricos, medicaciones fuertes, terapia electroconvulsiva y aislamiento.

Y resulta que, solo unos pocos meses más tarde, le habían dado el alta.

Era incomprensible. ¿Se le había ido la olla a la gente de la residencia? En general, me habían parecido sensatos a pesar del poco contacto que había tenido con ellos. ¿Los había engañado por completo? ¿O era posible que hubiese experimentado una mejora significativa?

Aquel día primaveral había sido uno de esos en los que se mezcla el verde y el azul, de esos días que solo pueden darse en este lugar y en esta época del año. Con los manzanos en flor, dientes de león, colinas verdes, corderos balando y cimas blancas.

Ahora es de noche, todo está oscuro, lluvioso y húmedo. A pesar de este clima siempre gris, he pensado varias veces durante las últimas veinticuatro horas que los niños y yo deberíamos mudarnos aquí. Cuando todo esto haya acabado, tenemos que venir a vivir aquí. Debemos cuidar de mi padre y de la granja, protegerlos de todos los males, sobre todo de mi madre.

En la recepción me encuentro con una chica joven con el cabello largo y decolorado. Tiene la piel cubierta de una capa demasiado gruesa de base de maquillaje, siento el impulso de pasarle una uña por las mejillas y trazar un rasguño.

—Soy Clara Lofthus, hija de Agnes Lofthus —me presento —. Dieron de alta a mi madre hace unas semanas…

—¿Sí? —responde la joven, jugueteando con un mechón de pelo.

—Necesito hablar con alguien que la conozca. ¿Está Bodil por aquí?

A la joven se le ilumina el rostro ante la perspectiva de cargarle el muerto a otra persona.

—Bodil Solvang —dice—. Sí, creo que está de guardia. Espere un momento.

Alza el teléfono y tras unos segundos obtiene respuesta.

—Bodil, hay una mujer aquí que quiere hablar contigo. ¿Su nombre era…?

—Clara Lofthus —respondo, con lentitud y claridad intencionadas.

La joven repite mi nombre.

—Viene enseguida —dice tras colgar, antes de hacer un gesto con la cabeza hacia un sofá y una mesa de pino cubierta de revistas—. Puede esperar ahí.

—Gracias —digo, me siento y me pongo a contemplar el acuario que hay en la recepción.

Hay un par de peces dando vueltas. Tienen mucho espacio. Tal vez debería haberles comprado un acuario a los niños en lugar de hámsteres.

Joder. Los hámsteres.

Justo caigo en la cuenta de que no les he dejado comida, y de que tampoco me he encargado de que alguien vaya a casa a alimentarlos. No van a sobrevivir sin cuidados hasta que yo vuelva, y los niños jamás me lo perdonarán. Tengo que enviarle un mensaje a Axel después, antes de que se me olvide, para pedirle que vaya. Él se hará cargo, es probable que hasta se alegre de que se lo pida.

Intento evocar alguna imagen de Bodil de la última vez. Era una mujer grande y robusta, con un bronceado de salón, el cabello negro y aros en las orejas. Muy entusiasmada con la idea de un reencuentro familiar. Efusiva. Curiosa.

La que aparece ahora tiene el mismo aspecto que la mujer de aquel día claro y azul de primavera. Quizá está menos bronceada, pero, por lo demás, es bastante parecida. Sin embargo, su conducta ha cambiado por completo, parece contrariada.

Apenas agarra la mano que le tiendo, se afana por esbozar una sonrisa forzada.

—Vaya —comenta con un tono sarcástico—. ¿Es esta señora? La mismísima ministra. Su madre no está aquí, si es a ella a quien busca.

—Soy consciente de ello —digo, tratando de mantener la calma.

Esta mujer es el mejor enlace que tengo con mi madre, he de intentar que se ponga de mi lado.

—Antes que nada, muchas gracias por tomarse el tiempo de reunirse conmigo —digo.

—Suelo estar disponible cuando los familiares quieren preguntarme algo —dice en un tono gélido—. También para los de los pacientes que ya han recibido el alta.

—¿Hace cuánto tiempo que ya no está aquí?

—Seis semanas —contesta Bodil.

—Sí, y ahora ha desaparecido —digo.

—¿Desaparecido? —pregunta Bodil. De repente parece asustada.

—Sí, la vi ayer —repongo—. Tuvimos ocasión de hablar un rato y me invitó a que fuera hoy a su casa, pero cuando llegué, estaba cerrada y abandonada.

—Entonces supongo que cambiaría de idea —comenta Bodil, encogiéndose de hombros—. ¿Quizá haya recordado cómo la ha tratado usted durante todos estos años?

—¿A qué se refiere? —pregunto mientras noto cómo se me tensa la mandíbula.

—A que la ha desatendido e ignorado a pesar de nuestros intentos por contactar con usted una y otra vez.

Me he prometido a mí misma que no me alteraría ni dejaría que me sacara de quicio, pero me está costando.

—Es posible que conozca bien a mi madre, pero ¿qué sabe en realidad de lo que ella nos hizo a nosotros? —pregunto—. Mi hermano ni siquiera había empezado el colegio…

—No fue culpa suya que Lars muriese —protesta Bodil—. Yo creo que es usted la que no tiene ni idea de por lo que ha pasado su madre. Treinta años aquí metida, ¿se lo puede imaginar? Tal vez ahora este lugar parezca acogedor, pero no siempre fue así. Ella estaba rota de dolor. Luego la metieron aquí, sin recibir visitas, sin contacto con su familia. Quizá no sea tan extraño que después no estuviese en su mejor momento.

—Nunca ha estado en su mejor momento —resoplo.

—Ya está bien —dice Bodil, iracunda—. Los primeros años que pasó aquí fueron horribles. Le hubiesen afectado a cualquier persona. Si yo no me hubiese apiadado y cuidado de ella, no sé cómo habría acabado.

Estupendo. Un relato heroico en el que ella misma es la protagonista.

—¿Sabe de algún lugar que le guste, a dónde pueda haber ido?

—Por Dios —resopla—. Agnes lleva treinta años aquí. No ha ido de excusión ni de *camping* o de compras, simplemente ha estado aquí, conmigo.

Se cruza de brazos. Los antebrazos fofos son una de las cosas que más detesto. Tiene las cejas demasiado juntas y muy coloreadas. No se ha molestado en depilarse el bigote. Tiene la piel artificialmente bronceada llena de poros dilatados. Ahora resopla y emite una especie de gorgoteo, resultado de un consumo excesivo de cigarrillos durante largo tiempo.

—Ya me gustaría saberlo—continúa—. Su madre estuvo bajo mi responsabilidad durante muchos años. No me gusta la idea de que esté sola allí fuera, sin mí, pero hace varias semanas que no consigo ponerme en contacto con ella.

Suspiro. Esto es inútil.

—Hay una cosa que debería saber —añade Bodil, algo menos agresiva y más resignada—. Agnes siempre añoraba la vida con Leif y con sus hijos… Siempre hablaba mucho de la granja y de la montaña. Allí estuvo siempre en su salsa.

Me quedo parada mirándola unos segundos, sin verla realmente, antes de dar media vuelta y echar a correr mientras grito una especie de agradecimiento de camino hacia la puerta.

51

ANDREAS

ME GUSTABA QUE siempre dejara de lado el móvil cuando me acercaba a él.

Me gustaba que siempre se montara con nosotros en la montaña rusa acuática del parque de atracciones, una y otra vez.

Me gustaba la forma en que nos envolvía en las toallas cuando nos acabábamos de duchar, cómo nos arropaba con el edredón cuando nos acostábamos, la manera que tenía de besarnos y decirnos que nos quería, aunque nosotros le dijésemos que era una bobada.

Incluso me gustaba ver lo contento que parecía cuando salía para ver un partido de fútbol y beber cerveza con Axel, y el aliento tan asqueroso que tenía cuando nos despertaba al día siguiente.

Una cosa en la que resulta terrible pensar ahora es que a mí me gustaba que él no nadase tan bien como mamá, y que eso no le diera vergüenza. Él también nadaba bien, vaya, pero ella nadaba aún mejor, y eso me encantaba.

No puedo pensar en eso justo ahora, porque entonces siento como si todo se desgarrase dentro de mí. En este momento y este lugar, parece que todas las cosas tristes estén más cerca.

52

CLARA

—CLARA —DICE STIAN en un tono bastante insistente cuando acabo el resumen de la conversación con Bodil—. Sé que no te apetece subir a la granja de tu padrastro, pero si es tu madre quien tiene a los niños y los tiene escondidos en algún lugar, la granja es la opción más obvia. Sería irresponsable por nuestra parte no ir a comprobarlo. Tampoco tardaríamos mucho en comparación con la expedición que hemos hecho a Kleivhøgda.

—De acuerdo —respondo mientras saco el teléfono para enviar un breve mensaje a Axel y pedirle que dé de comer a los hámsteres. Es mejor hacerlo antes de que se me olvide de nuevo.

Tan pronto como comenzamos a subir las cuestas escarpadas y el coche amenaza con quedarse atascado en el camino de tierra cubierto de vegetación casi en su totalidad, empiezo a temblar sin control. Jamás hubiera pensado que volvería a poner un pie en este lugar.

Stian me lanza una mirada, pero, por suerte, no dice nada. Hasta que no llegamos a la granja y yo tengo que cerrar los ojos, no habla.

—¿Una granja medieval? —pregunta, incrédulo, mientras contempla los edificios oscuros.

—Una falsa granja de la Edad Media —preciso, suspirando —. Magne estaba obsesionado con esas cosas. Se dedicaba a comprar casas viejas que luego trasladaba por partes a este lugar. Oye, tengo que entrar sin ti, debo hacer esto yo sola. Sé que suena extraño…

—Como quieras —responde él, supongo que empieza a acostumbrarse a mis caprichos—. Yo daré una vuelta mientras tanto y echaré un vistazo alrededor, ¿de acuerdo?

Asiento y bajo del coche. Si me deja entrar sola es porque

no cree que puedan estar aquí.

Me quedo de pie y observo el paisaje que me rodea. Jamás me hubiera imaginado tanta decadencia en solo unas décadas. Es como si la granja hubiese estado abandonada durante cientos de años, y no treinta.

El leñero prácticamente se ha derrumbado, el tejado se ha hundido y cuelga de una pared baja. Un abedul se abre camino a través de él. La casa está rodeada de hierba silvestre de un metro de altura que yace muerta a ras del suelo. Hay ventanas rotas, tejas caídas. La capa de pintura protectora con la que Magne trataba la madera se ha desconchado.

Qué horror de sitio, y cuánto habría odiado Magne verlo así, con todo el esmero que ponía en cuidar de este lugar. Eso es una especie de consuelo.

Me acerco a la puerta del pajar, la abro, la palpo por dentro. La llave sigue ahí después de todos estos años.

Camino hacia la casa, lo estoy haciendo de verdad, soy capaz de hacerlo; me aproximo a la puerta, la abro, casi me sorprende que la llave funcione.

En el pasillo hay todo tipo de desechos parcialmente roídos y mezclados con excrementos de ratones. Entro al salón, que sigue casi igual que antes, excepto por que todo está descolorido, carcomido y cubierto de polvo.

En el rincón de detrás de la puerta veo una ratonera con un ratón muerto, o mejor dicho, lo que queda de él. Solo está intacta la cabeza, el resto del cuerpo ha desaparecido. ¿Habrá salido corriendo por sí solo o se lo habrán comido otros roedores?

Me doy la vuelta y me dirijo a la cocina, donde hay un montón de platos sucios apilados en la encimera. Alguien ha estado aquí. Me acerco, compruebo uno de los cuencos. Restos de comida, una especie de grumos de color marrón pálido, parecen sobras de leche con Coco Pops, esas mierdas que les encantan a los niños. No deben de llevar muchos días aquí.

En la cocina hay una puerta que lleva a una estancia que no recordaba. ¿Estaba cerrada las pocas veces que vine aquí? Bajo el tirador, la puerta chirría cuando la abro. Es una habitación pequeña con una chimenea enorme, una combinación muy extraña. Me inclino hacia delante, guiño los

ojos. Hace poco que alguien la ha encendido.

En una pequeña mesa de teca cubierta de manchas delante de la chimenea hay una gran fotografía con marco y cristal. La levanto. Es Magne; lleva unos vaqueros, una camisa azul y una americana, el clásico atuendo de concejal. Abraza a una mujer. Reconozco el largo y floreado vestido de verano.

Es Agnes, pero algo no cuadra.

No tiene cabeza, alguien la ha recortado.

Junto a la mesa hay un viejo sillón ajado de cuero negro con clavos. La navaja de Magne está sobre el reposabrazos. Lleva sus iniciales, M. L., pirograbadas en la empuñadura.

¿Quién se ha dedicado a recortar la cabeza de mi madre? ¿Magne? ¿Halvor? ¿Otra persona? Me produce escalofríos a pesar de que yo misma la decapitaría con gusto. A continuación, retrocedo y salgo del lugar, ya he visto más que suficiente.

A continuación subo por las escaleras. Tengo que hacerlo, por muy difícil que me resulte. Debo revisar todos los cuartos, echar un vistazo en los armarios, no dejarme engañar. Las rodillas me tiemblan de nuevo. Subí corriendo por las mismas escaleras mientras pensaba que todavía podía salvar a Lars, que había esperanza, para luego encontrármelo en aquella postura. ¿Con qué me encontraré esta vez?

En la cima de las escaleras hay un pájaro muerto. Me estremezco, recordando la canción que solía cantarle a mi hermano una y otra vez.

> Pajarito que cantas en la laguna, no despiertes al niño que está en la cuna.
> Ea la nana, ea la nana. Duérmete, lucerito de la mañana…

Entro en el dormitorio más grande, el que compartían Magne y mi madre. Un edredón arrugado, un periódico en la mesilla. De hace tres días. Una taza de café medio llena, todavía sin moho.

Echo un vistazo debajo de la cama, donde hay una acumulación enorme de polvo y suciedad, incluido un cadáver de roedor aplastado.

En la habitación de Lars hay una cama, y en el suelo un colchón también cubierto con sábanas. Alzo uno de los edredones, intento olerlo, no huele a nada. En la mesilla hay

varios envoltorios de caramelo arrugados. Por lo demás, todo está igual de sucio y polvoriento que el resto de la casa. Alguien ha estado aquí, pero no tienen por qué ser mis hijos, dudo que sea difícil entrar en esta casa por la fuerza.

Estoy a punto de salir cuando un impulso me hace levantar la almohada.

Encuentro un llavero con el emblema del Liverpool y un diminuto balón de fútbol. El llavero es un pequeño tesoro, único, de un momento histórico del club. 1984, creo.

Esto quiere decir que mis hijos han estado aquí, en la vieja habitación de Lars, en casa de Magne. Uno de ellos ha dejado el llavero debajo de la almohada. Pero ya no están aquí.

Los temblores se apoderan de mí por completo. Incluso me castañetean los dientes.

Cuando voy a salir veo a Lars. Está tumbando en el suelo, bocabajo, leyendo su libro sobre pájaros, concentrado, con el mentón apoyado sobre las manos.

Veo a mi madre, que se encuentra junto al fogón cocinando, se gira hacia mí, me dice algo, es imposible entender el qué.

Veo a Magne, sentado con su taza de café en el sillón delante del televisor, gritándole algo a mi madre. Nunca hay nadie que lo vea beber, solo que sube y baja del dormitorio y que, a medida que transcurre la noche, cada vez está más borracho.

Veo a los paramédicos de la ambulancia, llevan una camilla. Les cuesta subirla por la escalera estrecha y empinada. Al final tienen que llevar a Lars en brazos entre los dos, sin la camilla.

Intento hablar con todos, uno por uno. Con mi hermano, mamá, Magne, e incluso con los paramédicos.

Nadie me escucha, ni siquiera parece que me vean.

Entonces veo la nota. Un corazón rojo recortado en papel de color y clavado en la parte interior de la puerta principal, las letras negras escritas con un rotulador ancho y grueso. Lo tiene que haber colocado alguien que no solo estaba convencido de que yo iba a aparecer por aquí, sino también de que iba a mirar dentro de la casa.

Clara.

Antes de las 18.00 horas del 7 de octubre, Leif Lofthus debe morir para que tus hijos continúen con vida.
Es un requisito ineludible.

TERCERA PARTE

LA MONTAÑA

53

CLARA

NO PUEDO ASESINAR a mi padre. No puedo dejar que mis hijos mueran. Tengo que encontrarlos, y tengo que encontrarlos ya.

En tan solo seis horas vencerá el plazo.

Secuestrar a dos niños es una locura. ¿Quién haría, además, ese tipo de demanda? ¿Quién me está pidiendo que tome una decisión así? ¿Es posible que mi madre nos odie tanto a mí o a mi padre, o a ambos, como para hacernos esto?

—Tengo que ir a ver a papá —digo, y me doy cuenta de lo infantil que suena. Sin embargo, lo repito—. Tengo que ir a ver a papá ahora mismo.

—Pensé que querías mantenerlo al margen —dice Stian.

Su rostro muestra un nuevo grado de seriedad desde que regresé temblando para mostrarle el mensaje que había detrás de la puerta.

También le he dado el llavero que se han dejado olvidado, la prueba de que han estado en este horrible lugar, de que han dormido aquí.

—Después de haber visto la nota estoy convencida de que tiene que ser Agnes, y si hay alguien que sepa cómo piensa o a dónde podría habérselos llevado, es mi padre. Él la conoce mucho mejor que yo. En cualquier caso, debería haber ido a verlo mucho antes.

—No queda demasiado para que se cumpla el plazo, Clara —me recuerda Stian.

—Lo sé, pero seré breve, te lo prometo.

Ese estúpido ultimátum me ha recordado cuánto echo de menos a mi padre. Es la única seguridad que tengo en mi vida. Jamás me hubiera imaginado deambulando por aquí sin que él tuviese la menor idea de que estoy en el pueblo.

Visitar la granja de Magne ha sido la gota que ha colmado el vaso, las cosas ya iban mal antes de encontrar ese mensaje.

Todo lo que había conseguido quitarme de la cabeza regresa ahora.

Tengo doce años otra vez, con las piernas agarrotadas y el pecho desbordante de sangre ardiente después de apresurarme a subir las cuestas que conducen a la granja de Magne. Una y otra vez escucho la débil voz de Lars pidiéndome ayuda al otro lado del teléfono, me dice que piensa que le van a pegar, que tiene miedo, que tengo que ir, que tengo que darme prisa.

Me di mucha prisa, pero no la suficiente.

Llegué tarde. Siempre seré la que le falló en el momento más decisivo.

Cuántos días, semanas y meses lo dejamos en aquella granja, papá y yo, aun sabiendo que no le convenía; sin embargo, lo dejamos allí porque no sabíamos cómo enfrentarnos a Magne y a los que ostentaban el poder en el pueblo, porque fuimos demasiado lentos.

—Stian, siento dejarte fuera, pero es mejor que no entres de momento —digo—. Mi padre se pone muy nervioso. Y uno de nosotros tendrá que volver a hablar con Halvor. Estoy segura de que ha estado en contacto con mi madre, ¿quizá incluso sepa dónde podría estar? Es posible que haya estado en la granja de Magne y haya visto algo, si no es que está involucrado. Tú vas a poder sacarle más información que yo, es de pura lógica…

Asiente y gira el vehículo en el lugar que le indico, a un par de cientos de metros de la casa. Mientras recorro el camino sola, alzo la mano; parece que sonríe, al menos un poco.

Stian. Serio. Estoico. Fuerte. Tan hermoso que duele mirarlo, es como mirar el sol y quedar cegado.

¿Qué puedo hacer al respecto? Nada, y mucho menos ahora, en esta situación.

La granja. Las casas. Papá. Este es el núcleo, todo proviene de aquí. Esta es la tierra de donde vengo, la tierra a la que voy a regresar. Estar aquí me hace pensar que todo tiene que salir bien. Y, cuando acabe, no solo voy a pasar más tiempo con los niños, sino también con mi padre; voy a pasar más tiempo aquí, en comunión con la naturaleza y las estaciones, con todo. Además, tengo que ponerme las pilas con el

mantenimiento de la granja. En el tejado hay varias tejas rotas, la pintura está desconchada, ha aparecido una gotera en la planta de arriba; este último año el declive se ha acelerado. Me di cuenta en verano, pero luego lo olvidé de nuevo, con lo de Haavard y el cargo de ministra. Pronto me pondré manos a la obra, en cuando todo esto haya pasado.

Llamo a la puerta, el timbre lleva años sin funcionar. Al cabo de un rato percibo el familiar sonido de unos pies arrastrándose hacia la entrada. Las raídas zapatillas de papá contra el linóleo igual de desgastado del suelo. Abre la puerta, me mira, frunce el ceño.

—Pero, Clara, ¿qué haces aquí? —pregunta, esbozando una sonrisa incrédula mientras abre los brazos y me estrecha entre ellos.

54

ANDREAS

TENGO LA SENSACIÓN de tener a un hombre enorme tumbado sobre mi pecho, o de llevar una armadura de caballero demasiado estrecha; es del todo imposible respirar con normalidad.

Ahora es incluso peor que antes, pero en realidad ha sido así desde que papá desapareció.

Me puse tan contento cuando llegó el otoño, porque eso significaba que el verano había acabado. El verano solo me recordaba a papá, igual que el Liverpool. A lo mejor esto quiere decir que también he perdido el verano.

Lo que voy a contar ahora recuerda un poco al otoño salvaje, amarillo y emocionante que solo dura una semana o dos antes de que todo se vuelva, de repente, marrón, resbaladizo y muerto.

Un día apareció sin más, se quedó junto al campo de fútbol de más arriba, donde estábamos en el recreo, y nos miró mientras jugábamos al fútbol.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó Olav—. Lleva allí mirándonos un montón de tiempo.

—Es verdad —respondí.

La mujer casi no parecía real, era como si la hubiesen sacado de una película navideña en Nueva York. El pelo, el abrigo, el bolso, las gafas, todo. Llevaba una especie de vestido estampado que parecía muy anticuado y raro. Por encima vestía un abrigo largo marrón. Parecía salida de un mercadillo de segunda mano, toda ella.

¿Qué estaba haciendo ahí? ¿Por qué nos estaba mirando? Me recordaba a algo o a alguien, sin que yo fuese capaz de saber a qué o a quién. Más que nada, era diferente. Tenía el pelo largo, bastante rubio, le llegaba hasta la mitad de la espalda, aunque era vieja. Mi abuela Åsa, por ejemplo, lleva

el pelo hasta justo por debajo de las orejas, como todas las señoras mayores. El pelo de la abuela, además, es gris, a diferencia del de aquella mujer.

—Hola, chicos —nos dijo, sonriente.

—Hola —respondí.

—Hola. ¿Quién eres? —preguntó Nikolai.

—Ya os lo contaré —dijo—. Pero ¿vosotros sois Andreas y Nikolai?

Asentimos.

—¿Y tú? —preguntó, mirando a Olav.

—Soy Olav —respondió él.

—Es nuestro amigo —repuse.

—Olav —dijo—. Me gustaría hablar un momento a solas con Andreas y Nikolai, ¿te parece bien?

—Sí, claro —respondió Olav, y desapareció con el balón.

La miramos intrigados. Yo también me sentí inquieto; siempre nos han enseñado que no debemos hablar con los desconocidos que se acerquen a nosotros.

Aquella mujer no daba miedo, pero era rara. ¿A lo mejor quería vendernos algo? ¿O que nos hiciéramos testigos de Jehová? Pero ¿cómo podía saber nuestros nombres?

—Bueno —continuó la mujer—. Quizá solo deba decir las cosas como son.

—¿Decir el qué? —le pregunté, impaciente.

55

CLARA

MI PADRE ME rodea con el brazo, me conduce hasta el pasillo. Luego camina por delante de mí, arrastrando los pies, hacia la cocina, y se acerca a la cafetera para hacer café.

De repente lo tengo todo tan presente: el ruido que emite el frigorífico, el goteo constante del grifo que impacta contra la pila, la manera en que la cafetera toma impulso y comienza a gorgotear, la luz acerada que emite el tubo fluorescente del techo, el mantel de hule con algunos cortes. Y mi padre, que está ahí, con las rodillas un poco más dobladas y los hombros más encorvados que la última vez que lo vi, en pantalones vaqueros, camisa y tirantes; mi padre, que está ahí, seguramente sospechando algo, pero que todavía no tiene ni idea de lo que ocurre.

¿Cómo me las he arreglado sin él todo este otoño?

Todo lo que ha ocurrido desde la última vez que estuvimos juntos parece una vida entera. Los días han llegado y se han ido, y yo me he convertido en ministra, mi madre ha salido, los niños han desaparecido y Sabiya ha muerto, todo esto mientras él deambulaba por aquí, escuchando la radio, preparando café, cocinando beicon, alimentado a las gallinas, recogiendo huevos.

Este otoño he cortado el cordón umbilical, nuestras conversaciones diarias, las que nos han unido a través de los puertos de montaña que nos separaban durante todos los años que he vivido en otros sitios. Ese pedazo de tiempo se ha recortado y nunca podremos recuperarlo.

Recibo un mensaje, saco el teléfono. Ahora estoy pendiente todo el rato; es la manifestación de una especie de esperanza desesperada de que los niños, o los que los tienen secuestrados, se pongan en contacto por teléfono, aunque hasta ahora no lo hayan hecho. Resulta que solo es Mona, que

quiere comunicarme que Munch ha aceptado un puesto en una agencia de publicidad y que es poco probable que vuelva a suponer un problema para mí en el futuro.

Que te vaya bonito, Munch.

Mi padre se acerca, me coloca la mano sobre el hombro.

—Clara, me tienes que contar lo que ocurre —dice, y ya no soy una ministra de Justicia al servicio del rey, ni la que tenía que encargarse de todo cuando solo éramos nosotros dos y él estaba tirado en el sofá temblando sin ser capaz de hacer nada.

Vuelvo a ser la niña pequeña, y él, la persona adulta; aquel a quien siempre me ha encantado seguir.

Se sienta a la mesa con su taza, frente a mí.

—¿Por qué no me dijiste que Agnes había salido de Kleivhøgda? —digo mientras siento que la desesperación se apodera de mí al pronunciar esas palabras.

No debería malgastar el tiempo en estas cosas ahora mismo, pero es como si lo de los niños se me hubiese atragantado y tuviese que atacar antes con otro tema.

—¿Y lo de que han rescatado el coche? —continúo—. Tienes que haberte enterado de ambas cosas, pero, aun así, ¿vas y no me dices nada?

—Ay —dice y suspira—. Lo siento, Clara. En efecto, estaba al tanto de todo, pero no quise preocuparte. Sé que debería haberlo mencionado, simplemente no fui capaz, yo…

—Está bien —respondo, suspiro, el tiempo transcurre—. Ya no tiene importancia.

—¿No? —pregunta con el ceño fruncido—. ¿Ha pasado algo?

—Los niños han desaparecido.

—¿Cómo? —repone, y presencio cómo el color desaparece de su rostro—. No te entiendo.

—Alguien se los ha llevado.

Me mira, pálido como un cadáver.

—Sabemos muy poco —continúo—. Solo que las pistas conducen hasta aquí, hasta el pueblo…

—Pero —dice con la voz ronca —. ¿Por qué? ¿Quién?

—Creí que Haugo, el periodista ese, tenía algo que ver. Por eso vinimos hasta aquí. Me he pasado por la granja de Magne y resulta que los niños han estado allí. Además, Halvor

es el hijo de Magne, pero pienso que, de todas formas, a lo mejor él no está involucrado. En cambio…

Tengo que detenerme de nuevo para armarme de valor.

—No entiendo nada —dice mi padre.

—Agnes —le digo—. Creo que ha sido ella la que se los ha llevado.

—¿Tu madre? —pregunta incrédulo, reflexiona un poco y niega con la cabeza—. No. Me odia, sí. Está loca de remate, vaya, pero no sería capaz de llevar a cabo algo así. Tú misma me dijiste en primavera que estaba completamente ida…

Veo que tiembla; le tiemblan tanto las manos que tiene que dejar la taza.

Soy yo la que le está haciendo eso. Tal vez no debería haberle dicho nada. ¿Qué puede hacer él, en realidad?

—Cuéntamelo todo —insiste—. Desde el principio.

Y le cuento lo que ocurrió cuando volví del trabajo el viernes, le hablo de Stian, de cómo hemos llegado a la conclusión de que teníamos que venir al pueblo.

Cuando termino, nos quedamos en silencio. No me atrevo a decir nada, tengo que darle la oportunidad de que pueda digerirlo todo, a pesar del poco tiempo que me queda. Es como si escuchase el tictac del reloj que ya no está en la pared.

—Tenemos que estrujarnos los sesos —dice después de varios minutos—. Tú, yo y ese chófer tuyo, tenemos que ser capaces de dar con alguna pista, juntos…

—Sí —digo—. Pero se nos acaba el tiempo. Encontré algo en la puerta de la casa de Magne. Alguien lo colgó allí a sabiendas de que iría.

Saco la nota del bolso, se la entrego.

Él la coge, la sujeta a cierta distancia, arruga la frente, palidece todavía más. Primero se pone blanco, luego rojo, después blanco otra vez.

—Pero… ¿yo? —balbucea—. ¿Qué he hecho yo?

Me inclino sobre la mesa hacia él.

—Yo ya sospechaba de Agnes por diferentes motivos, pero esa nota hace que esté aún más convencida de que tiene algo que ver en este asunto…

Ahora no dice nada, está inmerso en sus propios pensamientos, como si intentase mirar dentro de él, encontrar

una explicación en algún sitio. Me invade una pena enorme y oscura por todo lo que ha salido tan mal.

Y entonces, sin que pueda explicar cómo ocurre, me encuentro sentada en el suelo con la frente apoyada sobre las rodillas de papá. Ya no recuerdo cuántos años hace que no me siento así, y sollozo mientras él me acaricia el cabello.

—Tranquila, mi niña —susurra—. Todo va a salir bien, ya verás.

Al final me incorporo, miro la hora. Dios mío, solo quedan tres horas.

Desde que escuché hablar a Bodil sobre mi madre y la montaña, algo ha ido germinando dentro de mí. Recuerdo cómo Agnes, cuando tenía sus períodos maníacos, tiraba de nosotros e insistía en que quería ir a los pastos de verano, quería subir a todas las cumbres.

—Voy a ir a echar un vistazo rápido al refugio —digo—. Necesito comprobar si los ha escondido allí.

—¿Sola? —me pregunta—. ¿Es una buena idea? ¿Y qué hay de ese guardaespaldas tuyo? ¿No deberías llevarlo contigo?

—Está llevando a cabo una misión abajo, en el pueblo —le digo—. Está bien, papá, en realidad no creo que estén allí.

—Debería acompañarte —dice con voz temblorosa.

—Eso es imposible. —Le acaricio la mejilla—. Ya lo sabes. Tardaré mucho menos si subo yo sola. Estaré de vuelta en una hora o una hora y media.

Voy a mi habitación y encuentro algunas prendas deportivas viejas y desgastadas en el armario, me vuelvo a poner las zapatillas blancas Air Max que llevaba cuando llegué. Es una especie de calzado urbano, jamás suelo correr con ellas, pero no importa.

—Clara, espera —dice, sale de la cocina.

Durante uno o dos segundos permanece en el vano de la puerta, con los ojos empañados. Luego se acerca a mí con la misma expresión que tiene Nikolai a veces. Me rodea con los brazos y me abraza con rigidez, con cautela.

Huele a anciano. No es un aroma desagradable o repugnante, solo algo así como un poco polvoriento.

—Ten cuidado, hija —dice—. No suelo pedirte nada, pero ahora tienes que prometérmelo.

—Lo prometo —digo, y le doy otro abrazo.

Parece muy mayor. Ha sido un año muy duro, también para él.

—Hasta luego —digo, y echo a correr.

Tal vez debería haber llamado a Stian, haberlo hecho venir y haberlo discutido con él para que me acompañara. La experiencia en la fábrica de salchichas debería haberme enseñado que es una estupidez actuar por mi cuenta, pero esa nota me ha dejado fuera de combate.

No tengo tiempo que perder, yo misma he enviado a Stian a hablar con Halvor, ahora tengo que encargarme de esto yo sola.

Hasta ahora siempre he pensado que mis cualidades de soldado se las debo a mi padre, el soldado del Líbano, con su boina y su esquirla. Pero, pensándolo bien, mi padre siempre fue un agricultor que acabó en la guerra en contra de su voluntad. ¿Tal vez las haya heredado de mi madre? Agnes es mi contrincante ahora mismo, y sé muy poco de ella. A Sabiya, sí, e incluso a Halvor, he tenido la sensación de entenderlos de alguna forma. De mi propia madre no sé absolutamente nada, no la conozco, jamás la he conocido.

De pequeña, siempre la consideré débil. Tenía que ser insoportable permanecer allí en la cama, día tras día. «Qué aburrimiento», pensaba yo.

Cuando papá estaba en el Líbano, también se pasaba el día acostada. Yo tenía que ocuparme de Lars, de los animales y de la casa, preparar la comida y hacer la compra. Fui capaz de apañármelas durante mucho tiempo, pero antes de que papá volviese, todo había empezado a hacer aguas.

Jamás pensé que yo fuera la débil, siempre pensé que lo era ella.

La primavera pasada no me pareció más que un cascarón vacío, pero me he dado cuenta de que debe ser mucho más que eso. ¿Tal vez solo estaba fingiendo? ¿Para engañarme?

Fue ladina, astuta, lista y pérfida. En estas últimas horas he intentado ignorar todo el odio y pensar en quién es en realidad, en qué hace, cómo se comporta, qué piensa.

¿Qué lugares le gustan, dónde se siente segura?

Ya no está en Kleivhøgda y tampoco en la granja de Magne, ni en su cobertizo ni en nuestra granja.

Siempre le han gustado los pastos de verano, alejados de la gente y del tráfico. Solía quedarse dentro del refugio, en la cama, a oscuras, en silencio y completamente inservible. Pero en su cabeza, no obstante, se consideraba una persona de montaña, como si mantuviese pomposos discursos sobre el valor de respirar aire puro.

Había llegado aquí por las montañas, decía siempre. Por lo tanto, allí es a donde tendré que ir a buscarla.

56

LEIF

CLARA SE MARCHA corriendo.

Cuando mi hija era más joven, yo creía que sabía lo que le convenía, a pesar del lamentable estado en el que me encontraba. Me acompañaba a todas partes. Primero la llevaba a hombros. Luego ella misma corría detrás de mí por el patio, los prados, en el establo. Fuese a donde fuese, ella siempre me pisaba los talones. Yo le contaba todo lo que hacía y por qué. Ella empezó a preguntar también. Sobre los árboles en los prados, el agua del arroyo, las hormigas en la tierra, y las estrellas, las nubes y cualquier otra cosa.

Después del Líbano, yo le hablé del olivo y la cueva del monte, las cabras y los grillos, sobre las granadas que interrumpieron aquel gran silencio y sobre la esquirla que me había extraído de la cadera y que traje a casa. Siempre mostró mucho interés por esa esquirla, incluso se hizo un collar con ella. La esquirla y la boina, jamás se cansaba de contemplar esos dos objetos.

Luego me hice mayor y Clara se convirtió en una adulta, en una persona más independiente; y cada vez estaba menos seguro de si sabía lo que le convenía. Ya no sé nada. Me quedo sentado y contemplo las vistas. Es imposible leer. Hacer cualquier otra cosa es imposible.

Qué contento me puse al verla en la puerta. Supe que algo iba mal, ya que estaba aquí, pero ni en mis peores pesadillas podría haberme imaginado algo como lo que me ha contado. Si hubiese venido otra persona y me hubiese dicho algo así, no la habría creído.

A ella la creí, no porque sea mi hija ni porque jamás me mintiese, sino porque yo sabía cuándo me mentía. Y no estaba mintiendo.

Debería ir tras ella, ayudarla, pero no tengo fuerzas. Llevo

años sin subir a la zona de los pastos de verano, tardaría horas en llegar. Ahora, además, todo está oscuro y resbaladizo.

Puta Agnes. Si la hubiese arrojado al mar el día que fui a verla al cobertizo… pero ni siquiera fui lo suficiente hombre como para espantarla.

Miro por la ventana. Las mismas montañas, el mismo fiordo. Los prados se han puesto verdes, blancos, marrones y han vuelto a verdear. Los árboles que los rodean también han cambiado, una y otra vez. Acaban de despojarse de sus vestidos rojizos y amarillentos, y los han dejado caer al suelo a su alrededor. Permanecen desnudos con los dedos alzados hacia el cielo de un blanco grisáceo, esperando el invierno.

Verano y otoño, invierno y primavera, una y otra vez.

Me ha venido bien contemplar las mismas vistas todos estos años. Pero ahora ya no ayuda. Algo se quebró cuando empezó a aparecer por aquí el jodido periodista, aquí, en mi rincón de paz, y Agnes, de repente, salió a la calle.

Después de lo que acaba de contarme Clara, no hay nada que pueda mejorar las cosas.

Me los imagino a cámara rápida, como a veces ve uno en la televisión, las estaciones cambiando, cambiando sin parar a gran velocidad, hasta que todo acaba.

Clara heredará la granja, y, más tarde, Andreas y Nikolai.

Ese ha sido el sentido de todo, lo que ha hecho que me haya aferrado a ella, que haya cuidado de la herencia de mi padre y de su padre, y del padre de este, que haya tratado de no ser peor que ellos. Preservar las fatigas que ellos dedicaron a arar esta tierra para luego poder ofrecérsela a la siguiente generación, a mi hija y a sus hijos, a todos los hijos y las hijas que vendrán tras ellos. Así debe continuar todo.

La película de las estaciones que cambian no puede detenerse. Ahora también se han sumado los rostros de Andreas y Nikolai. Los rostros limpios e inocentes que he visto con regularidad desde que yacían muy juntos en el cochecito aquí fuera. Andreas, que se parecía tanto a Clara cuando tenía la misma edad que resultaba cómico, la misma precocidad. Nikolai, que se parecía más a su padre.

Los dos niños que me han seguido a todas partes desde que aprendieron a andar, como solía hacer Clara. Puente del

pajar arriba, puente abajo, alrededor de los prados, en el establo, en el bosque, por todas partes. Atenuaron la añoranza que sentía por Lars, es cierto, pero con ellos también nació un nuevo temor de que pudiera pasarles algo, un temor que solo ha ido en aumento después de la muerte de Haavard.

Todo lo que he tejido con tanta delicadeza, con hilo fino, durante todos estos años, ahora comienza a deshacerse.

57

CLARA

HAY MÁS VEGETACIÓN ahora que cuando era niña, es más densa y más alta, pero como hemos estado talando y cortando para preservar el sendero, todavía puede verse claramente por dónde pasa. Un abedul torcido con el tronco blanco por aquí, una piedra que sobresale por allá, lo conozco todo. Ahora voy corriendo por la zona que más me gusta. Me acerco tanto a la cascada que la oigo retumbar en mis oídos, su rugido blanco.

El sendero se retuerce a través de pinares. Está cubierto de tonalidades marrones. A los lados siempre crece musgo verdoso, sin importar la estación. En algunos tramos las vistas se abren sobre el fiordo, puedo ver la superficie donde el ferri cruza las aguas. Por primera vez, no me detengo.

La vegetación es menos densa a medida que voy ascendiendo. El bosque parece menos tupido, menos espigado. El aire cambia, reina el silencio.

Al final llego a un punto en el que el terreno se allana, y el lago que se despliega ante mí se precipita repentinamente por la cascada que he seguido durante la subida. Es enorme, ha llovido mucho.

Esta es nuestra montaña, nuestro lugar. Volver aquí me ha hecho recordar lo que le ocurrió a Lars. A partir de ahora también me hará recordar otra cosa: lo que ocurrió este verano.

Me siento sobre una piedra junto a la orilla.

Aquí reanimé a mi hermano menor, hace muchos años; aquí le salvé la vida, solo para dejarla escapar entre mis manos pocos años más tarde.

Aquí me arrastré hasta la orilla el verano pasado después de ver cómo la corriente se llevaba a Haavard y lo empujaba hacia la línea blanca que marca el límite entre las aguas tranquilas y la rugiente cascada, entre la vida y la muerte,

hasta el punto en el que todo acabó, una fina línea casi transparente. Ese momento se ha enquistado en mí como un tumor.

Lo que ocurrió fue obra mía, y no debería haberlo hecho.

Debería haber salvado a Lars en el momento decisivo, del mismo modo que debería haber dejado vivir a Haavard. Cuántos errores he cometido y cuánto tiempo he malgastado.

Me estoy acercando, creo que no ando lejos, pero todavía no estoy con ellos y ha comenzado a caer la noche. Además, hace frío y yo voy muy poco abrigada. La ropa que llevo va bien para correr, no para quedarme quieta. No puedo quedarme aquí sentada, tengo que encontrar a los niños.

—Lars —susurro—. Lars, ¿estás ahí?

Subí corriendo hasta este lugar en primavera, tras ir a ver a Agnes. Entonces logré invocarlo. En realidad, siempre que ha ocurrido ha sido aquí, junto a este lago. Tengo la esperanza de que también pase ahora, de que me hable y me guíe. Después de que desapareciesen los niños, he intentado contactar varias veces con él, sin éxito.

Primero hay un silencio completo. Después lo escucho.

—Sí, Clara —susurra—. Estoy aquí.

—¿Están los niños aquí? —pregunto.

—Los niños… —dice. Y ya no está.

—¿Lars? —repito, desesperada—. ¿Lars?

Hay un silencio absoluto y sé que no volverá.

Me doy la vuelta, echo un vistazo al refugio, que se halla en la más completa oscuridad. Me saco del sujetador la llave que descolgué del gancho de la cocina, la estrujo en la mano mientras corro el último tramo hasta el refugio. Me encuentro ante el umbral de la entrada, me dispongo a abrirla, pero el candado no está puesto.

Empujo la puerta con el hombro. Se abre y miro al interior; el corazón me late con fuerza.

58

ANDREAS

—¿CÓMO? —PREGUNTÉ CUANDO la mujer dijo quién era.

Eso no podía ser verdad, aunque supiese nuestros nombres.

—Nuestra abuela materna está muerta —dije—. Murió mucho antes de que nosotros naciésemos.

—¿Eso ha dicho mamá? —dijo con una amplia sonrisa—. Sí, supongo que querrá que penséis eso. Tal vez se avergüence de mí, he estado muchos años en el hospital. Hay gente a la que eso le resulta embarazoso.

Nikolai y yo nos miramos, no sabíamos muy bien qué pensar.

—¿Cómo podemos saber que es verdad? —dije.

Ella sonrió de nuevo, como si le hubiésemos dicho algo muy bonito. Y entonces empezó a describir la granja y la casa de Leif y todas las habitaciones, cosas que nadie podría saber sin haber estado allí.

—Mmm —dije al final—. Pero tú no hablas como abu.

—No —contestó y rio mostrando sus dientes blancos. Casi parecía una modelo de los anuncios que hay para personas mayores.

—Eso es porque yo no soy de ese pueblo —explicó—. He vivido allí desde que era joven; llegué en autobús, conocí a Leif y nunca me volví a marchar. En realidad, soy de Drøbak, a solo una hora de aquí. ¿Habéis estado allí alguna vez?

—No —dijo Nikolai—. Pero Olav y su familia tienen una cabaña cerca. Sabemos que hay un pequeño acuario muy guay y un parque acuático y la casa de Papá Noel, pero mamá no quiere ir.

Lo miré algo irritado. Nikolai hablaba demasiado, no tenía ningún filtro.

—Vaya —dijo la mujer—. Aunque bueno, no me extraña,

en realidad.

—¿Tienes un documento de identidad o algo? —le pregunté, como decían en la tele.

Pareció recapacitar un poco, luego asintió.

Tras buscar en su bolso, sacó algo de cuero marrón que parecía muy antiguo, una cosa rara alargada con una especie de cierre dorado en medio. No se parecía a ninguna de las carteras que yo había visto antes, pero observé que llevaba dinero, un fajo de billetes de quinientas, doscientas y cien coronas. A continuación, sacó una funda verde con una tarjeta dentro.

—Mi carné de conducir —dijo—. Es viejo, pero aquí al menos podéis ver mi nombre.

Nos inclinamos hacia delante para mirar. Agnes Lofthus.

—Jopé —exclamó Nikolai. Yo no dije nada.

—Mirad aquí —añadió la mujer, mostrándonos algunas viejas fotos descoloridas dentro de una funda de plástico en la vieja cartera.

En las fotos había dos niños. Un niño pequeño y una niña rubia un poco más mayor.

Los dos miraban a la cámara muy serios, con ojos grandes.

—¿Mamá? —pregunté, y tragué saliva. Ella asintió.

—Y su hermano pequeño. El tío Lars. ¿Os ha hablado de él?

—Nos ha dicho que murió —digo.

—Así es. Por desgracia —dijo, parecía triste—. Murió hace mucho tiempo, cuando era más pequeño de lo que vosotros sois ahora. En cualquier caso, si queréis podéis llamarme abuela.

—¡Sí! Sí queremos —exclamó Nikolai.

—Qué bien —dijo ella—. Entonces, hay una cosa que es importante…

—¿Sí? —preguntó Nikolai, entusiasmado.

Se agitaba de la inquietud; por lo visto, aquello le parecía emocionante. A mí también, pero no era necesario dejarlo tan claro.

Además, me había quedado completamente frío por dentro, sentía como pinchazos en la cabeza. No entendía cómo Nikolai podía estar tan normal y contento. Todo eso era un poco loco, el hecho de que tuviésemos una abuela muerta

que de repente estaba viva delante de nosotros y que nos enseñaba una foto de mamá cuando era pequeña. Se parecía demasiado a una película navideña, todas las alarmas sonaban en mi cabeza como si fuesen los cascabeles del reno Rudolph.

—Veamos —continuó la mujer—. Tenéis que prometerme una cosa. No podéis decirle a mamá que nos hemos visto, ¿de acuerdo? No creo que le hiciese gracia y entonces sería imposible que nos encontráramos de nuevo, y a mí me gustaría veros más veces.

—A nosotros también —dijo Nikolai.

Le di un codazo. Tenía que calmarse un poco.

—Perfecto —dijo la abuela.

Fuimos caminando sobre las crujientes hojas amarillas y naranjas, y la mujer nos hizo toda clase de preguntas sobre qué nos gustaba hacer y comer, cuál era nuestro equipo de fútbol inglés favorito y qué deportes practicábamos.

—Qué locura —dije cuando volvimos a casa. La abuela Åsa, que iba a cuidar de nosotros, todavía no había llegado—. Mira por dónde, tenemos otra abuela de la que no sabíamos nada. Mamá no debe enterarse de esto…

Cuando lo pienso ahora, con el tiempo, fue extraño que no tuviésemos ninguna duda acerca de esta nueva abuela que había aparecido de repente. Simplemente nos vino muy bien que llegase justo en ese momento.

59

CLARA

HAY ROPA Y algunas bolsas que me resultan familiares sobre los bancos y las camas. Comida en la encimera de la cocina. Agua en un cubo. Abro la estufa de leña: brasas. Acaban de estar aquí. Mi madre tiene que haberme visto y se los ha llevado a otra parte. No pueden estar lejos.

Intento orientarme en medio de todo el desorden, ver si hay algo que me indique dónde se han metido, pero no encuentro nada.

Los últimos días he estado tan triste, tan desesperada y asustada que no he parado de hacerme reproches. Ahora solo estoy furiosa. Esto es de un descaro increíble. Qué cabrona más inútil es.

Salgo, cierro la puerta a mis espaldas. Si la zona hubiese estado nevada, como es habitual en esta época, podría haber visto sus huellas. Ahora lo único que hay es una oscuridad aterciopelada que se torna más azulada con cada minuto que transcurre.

En una hora y media habrá devorado todo lo que hay a su alrededor.

Alzo la vista hacia el pedregal negro azulado. Hay millones de piedras allí. Desde piedrecitas tan pequeñas que un puñado cabría en un bolsillo, hasta rocas tan grandes como nuestra casa. Entre ellas se abren todo tipo de grietas, fisuras y cuevas. Si entras en una de ellas, es probable que seas el primer ser humano en pisarla. Este verano me colé a través de una grieta angosta, una especie de embudo que se ensanchaba hasta convertirse en una gran estancia, con el suelo verde, las paredes revestidas de piedra y el mismísimo cielo azul como único techo. Desde una de las paredes rocosas se oía el susurro de un pequeño arroyo, como en el bosque de *Ronja, la hija del bandolero*, el cuento de Astrid Lindgren.

Haavard y los niños fueron al pedregal sin mí. Eso fue antes de que llegase a la conclusión de que debía morir, mientras todavía estábamos disfrutando de unas vacaciones idílicas, al menos si obviamos los antecedentes: que yo me había convertido en secretaria de Estado y que Haavard era infiel y acababa de salir de prisión provisional.

Los niños habían hablado de las cuevas y las grietas. Habían interrogado a mi padre sobre el pedregal. Él los había entusiasmado con cuentos sobre bandoleros y todo lo que había pasado allí a lo largo de la historia; leyendas sobre brujería, sobre ninfas de los bosques y bandoleros fugitivos que huían del alguacil. Después de la muerte de Haavard no hubo más excursiones al refugio. Los niños no han vuelto a mencionar el pedregal y yo tampoco lo he nombrado, aunque estoy segura de que lo recuerdan.

Puede que Agnes haya escondido a los niños, sí, pero también es posible que ellos se hayan escapado.

Me ha parecido que han dejado sus abrigos atrás, en el refugio, y no son buenas noticias con el viento y la temperatura tan baja que hace; yo misma estoy temblando de frío y me castañetean los dientes.

Allá abajo están la playa y el lago, con tonalidades gris oscuro, azul grisáceo y gris acero, y con pequeñas crestas de espuma en la superficie. El pedregal es grande, enorme, lo vislumbro ahora, mientras subo corriendo. Gigante, amenazante y de color pizarra. En algún lugar ahí arriba, en esa zona dentada e inhóspita que se extiende varios cientos de metros en todas las direcciones, tal vez se encuentren mis hijos.

Podrían haberse caído dentro de una de las profundas grietas que son imposibles de detectar hasta que uno las tiene justo delante, y que pueden tener una profundidad de veinte o treinta metros. En ese caso, jamás los encontraré, ni vivos ni muertos.

Hay una alternativa en la que no me gusta pensar.

Mi madre puede haberse dado cuenta de que el cerco ha comenzado a estrecharse a su alrededor y puede haberlos empujado por algún precipicio para tratar de deshacerse de ellos, en un intento por eliminar su rastro y salirse con la suya.

En todo caso, sería ridículo; la ropa de los niños aún está en el refugio y jamás lograría irse de rositas. Pero mi madre no es un ser racional, no está bien de la cabeza. Esa idea es quizá la más aterradora de todas.

60

ANDREAS

TODOS LOS DÍAS había algo nuevo. Nos compraba golosinas y revistas y pequeños juguetes. Nos alegrábamos, es verdad, pero lo mejor de todo es que se le ocurrían cosas que hacer con nosotros. Normalmente, solo la veíamos por las tardes, después del cole, antes de que Axel o la abuela llegasen a casa para prepararnos la cena y asegurarse de que hacíamos los deberes y todo eso. Por suerte, nos daba tiempo a hacer bastantes cosas durante esas horas.

Nos contó que llevaba sin conducir más de treinta años, pero que ahora tenía un coche híbrido con cambio de marchas automático. Además, se había comprado un teléfono inteligente y se había descargado un montón de aplicaciones. Nadie se creería que nunca había usado internet hasta este otoño. Nosotros nos montábamos con ella en el coche de alquiler tan chulo mientras la mujer del GPS le indicaba a la abuela por dónde ir. «Gire a la izquierda. Gire a la derecha.» Era muy guay.

Un día incluso fuimos a Drøbak. Ya no hacía una temperatura tan buena como para bañarse, pero fuimos a la Casa de la Navidad y compramos un montón de cosas, visitamos el pequeño acuario y comimos crepes.

Visitamos también algo que se llamaba el Museo de Arte Infantil, que estaba muy cerca de casa, una especie de palacio encantado lleno de obras de arte.

Nos llevó a la Casa de los Reptiles y pudimos coger serpientes, y fuimos al cine y nos sentamos con la abuela entre nosotros con una caja de palomitas y una sonrisa de oreja a oreja.

En una ocasión incluso vino a vernos jugar un partido de fútbol en nuestro campo. Nos había dicho que no debíamos acercarnos a ella corriendo, que era importante que la gente

no se diese cuenta de que era familiar nuestro. La ponía muy nerviosa que mamá pudiera enterarse de que se encontraba allí. Estuvo sola, animándonos, mientras todo el mundo la miraba con descaro porque tenía un aspecto muy diferente al de todos los demás.

Justo ese día a mamá le dio por aparecer. Ella, que casi nunca tenía tiempo de ir a ver los partidos y ni siquiera se enteraba de cuándo jugábamos. Jugábamos en casa, y vi cómo se bajaba del coche negro en el aparcamiento. Luego se acercó, alta y rubia. Mamá nunca ha podido pasar desapercibida, y la abuela tampoco. Mientras mamá se acercaba caminando desde el aparcamiento, eché a correr todo lo que pude hasta donde estaba la abuela, que se había colocado a un lado de las gradas con los demás.

—¿Qué haces, Andreas? —me gritó Hans Marius, ya que salí del campo sin que hubiesen señalado ningún cambio. Fingí no escucharlo.

—Te dije que no te acercases a mí —susurró la abuela en tono severo.

—Viene mamá —susurré como respuesta—. Tienes que irte, pero no vayas hacia el aparcamiento, ella viene de allí ahora.

Sus ojos se dilataron; a continuación, se dio media vuelta y se marchó en dirección contraria a por dónde venía mi madre.

Aquel día estuvimos a punto de que nos pillase. Ninguno de nosotros sabía qué ocurriría si llegaba a descubrirla. Mamá podía volver a meterla en el hospital, por ejemplo. La abuela dijo que su único temor era no volver a vernos. Eso hubiera sido lo peor que le podía pasar.

Su vida había estado muy vacía y había sido muy triste durante mucho tiempo, dijo. Todo le había parecido absurdo y solitario. Ahora que nos había encontrado, era como si todo hubiese recobrado el sentido, como si alguien hubiese encendido la luz. En realidad, yo no entendía lo que decía, pero no importaba. A nosotros nos parecía guay que mostrase tanto interés por sus nietos, sobre todo porque, cada día que pasaba, mamá tenía menos tiempo para nosotros.

Cuando nos contó lo del nuevo trabajo, entendí desde el primer momento que no saldría bien. Ella nos dijo que no

notaríamos ninguna diferencia, pero sí que la notamos. Parecía que cada vez la pasaban a buscar antes y la traían más tarde a casa, y era como si tuviese la cabeza en el trabajo todo el tiempo. Nos recordaba a cuando había estado trabajando en la propuesta de ley, la que ponía de tan mal humor a papá.

La abuela nos hacía muchas preguntas sobre mamá, sobre cuándo se iba y cuándo volvía a casa, sobre las aficiones que tenía, qué le gustaba hacer y qué no. Quería llegar a conocer más a su hija a través de nosotros, decía, puesto que no tenía la oportunidad de hacerlo de otra forma. Que insistiese tanto en mamá me tenía un poco harto. Me gustaba más cuando podíamos hablar de otras cosas.

Por suerte, en lo que más interesada estaba era en nosotros y en abu. De hecho, parecía sentir más curiosidad por él que por mamá. Hacía preguntas e insistía sin parar, quería saber si estaba bien de salud, si parecida deprimido, si le gustaba beber cerveza y un montón de cosas más. Una vez habían sido novios, así que, ¿a lo mejor seguía estando enamorada de él?

La abuela Åsa había estado muy triste desde la muerte de papá, y no era algo tan raro, vaya, nosotros también lo estábamos, pero aun así resultaba muy cansino. Comparada con la abuela Agnes, que era tan alegre, la abuela Åsa parecía aún más triste y gris, yo ya casi no soportaba estar cerca de ella. Suspiraba todo el tiempo y no paraban de caérsele las lágrimas cuando comíamos, cuando veíamos la tele, cuando iba a leernos un cuento. La abuela Agnes también había perdido un hijo y no actuaba de esa forma.

Por lo demás, insistió muchas veces en que no era suficiente con que mamá no se enterase de que ella venía a vernos. Tampoco debíamos delatarla ante la abuela, el abuelo, el tío Axel o nuestros amigos. Porque entonces se lo podrían decir a mamá. Debía ser nuestro secreto. A nosotros nos pareció bien. Nos gustaba compartir un secreto con ella.

61

CLARA

AL FINAL CONSIGO atravesar el tramo con más vegetación. Ahora toca cruzar un ancho cinturón de hierba antes de llegar al pedregal. Subo corriendo. La hierba, que en verano era verde, ahora se ve amarronada, podrida y húmeda, y se alza a ras de suelo. Las zapatillas que llevo no tienen un buen agarre y me resbalo.

Aunque estoy cansada y he empleado todas mis fuerzas en la subida al refugio, por fin llego al lado derecho del pedregal. En una ocasión subimos aquí los cuatro, después de la excursión que Haavard y los niños hicieron sin mí. Ahora me encuentro cerca de una de las cuevas que exploramos aquel día. El suelo estaba cubierto de suave hierba verde y se oía el goteo constante de un arroyo. En verano había sido un oasis, un paraíso secreto tropical en medio de las montañas noruegas.

Ahora todo es diferente. Gris. Yermo. Vacío.

—¿Niños? —digo en voz alta, pero solo escucho el eco de mi propia voz.

Salgo corriendo otra vez, paso junto a dos lagunas diminutas, donde nos detuvimos en verano para tirar piedras. Entro en la siguiente cueva, en la que también nos adentramos la última vez. Está vacía.

Tendré que intentar llamarlos para que vengan. Así me escucharán y saldrán cuando sepan que soy yo.

—¿Andreas? ¿Nikolai? —grito.

La voz me sale demasiado débil. Lo intento de nuevo. Me los imagino apareciendo de repente, la alegría en su rostro, corriendo hacia mí, rodeándome el cuello con los brazos. Las mejillas frías y a la vez calientes contra mi piel.

«Os quiero», les diré mientras los abrazo.

Era Haavard quien solía decir esas cosas. A mí me parecía

cursi y embarazoso. A partir de ahora voy a empezar a decirlo todos los días.

Estoy en la esquina superior derecha del pedregal. Aquí, en la parte de arriba, nos acercamos al borde para ver todas las rocas que había más abajo. Los niños estudiaron las enormes grietas de la montaña con una mezcla de terror y entusiasmo. Les había dejado claro que no debían acercarse demasiado, que debían mantenerse en tierra firme para mirar.

—¿Andreas? ¿Nikolai? —grito. No se oye ningún ruido.

Les enseñé que no debían andar por el pedregal porque es difícil ver las grietas. Ellos asintieron, aunque yo me di cuenta de que estaban impacientes. Comprendían mejor los riesgos que cuando tenían dos, tres, cuatro años, pero seguían siendo niños; unos niños intrépidos y valientes.

Ay, mis chicos. Si Agnes los ha perseguido hasta aquí y les ha pasado algo, entonces la mataré, sí, como siempre he deseado hacer.

Salgo a una especie de planicie donde también estuvimos en verano. Desde aquí uno puede ver el refugio, el lago y aún más allá. A la luz del día se puede vislumbrar el fiordo verdoso y montañas sobre montañas, horizontes sobre horizontes, cada vez más y más lejos. Ahora va oscureciendo a cada minuto que pasa.

Echo un vistazo a un montón de losas que hay a unos metros de mí, en contraste con la naturaleza virgen. En este lugar le conté a Haavard y a los niños que una vez, hace mucho tiempo, quisieron construir una cantera ahí, y que lo que veíamos ahora eran sus restos.

Se me cae el alma a los pies cuando contemplo la enorme cantidad de piedras, desde bloques de roca cinco veces más altos que yo hasta piedrecitas del tamaño de guisantes. Ni siquiera en un año sería capaz de registrar todo el lugar, y tal vez disponga como mucho de una hora antes de que se haga de noche del todo.

Echo un vistazo al reloj. Quedan menos de dos horas. Vuelvo a llamarlos, no obtengo respuesta, grito de nuevo. Se me quiebra la voz, me escuece la garganta.

—¿Andreas? ¿Nikolai?

Tienen que estar aquí. Si hubiesen estado en el refugio, los habría visto. A menos que se encuentren en el fondo del lago,

tienen que estar aquí. Y entonces me oirán y saldrán. Creo que serán capaces de distinguir entre mi voz y la de mi madre, aunque sean muy parecidas, ambas roncas. Pero ¿qué pasa si están aquí escondidos y me oyen pero no se atreven a salir porque creen que soy Agnes? No soporto pensar en ello.

Empiezo a desplazarme, trepando con cuidado, y justo cuando acabo de llamarlos a gritos otra vez, me resbalo y me caigo hacia atrás, un metro, dos, quizá tres. El golpe me deja sin aliento y aterrizo de espaldas. Entonces desaparece el último remanente de luz y todo queda a oscuras.

62

ANDREAS

PASÁBAMOS CASI TODAS las tardes juntos, fuera o en su habitación de hotel. Un par de veces, la abuela incluso nos acompañó a casa. Me puse un poco nervioso. Aunque solo venía cuando creíamos que mamá no iba a aparecer por allí, nunca podíamos estar seguros. Por eso, normalmente íbamos a otros sitios.

Nos vino a buscar a casa dos o tres veces para llevarnos al colegio en coche, a pesar de que solo está a diez minutos andando. Por las mañanas era muy diferente, nos dimos cuenta de que no era una persona de mañanas.

Una tarde dijo que quería contarnos algo. Me pareció que Nikolai creía que solo iba a proponernos alguna actividad divertida. Yo entendí enseguida que se trataba de algo desagradable.

—Chicos —dijo—. Me lo he pasado muy bien con vosotros, pero ya he gastado todo el dinero que tenía y tengo que volver al pueblo…

En realidad, nos habíamos preguntado varias veces si era rica, dado que se alojaba en una habitación enorme en el hotel Bristol, en el centro, y ya llevaba muchos días allí. El coche de alquiler también debía de costar mucho dinero, y nos había contado que comía a menudo en la elegante cafetería Theatercafeen. Habíamos estado allí alguna vez con los otros abuelos y era un sitio muy caro.

—Volveré —dijo—. Y vosotros también podéis ir a verme. Trazaré un plan, ya lo veréis.

Era una de esas cosas que la gente solía decir, pero que siempre quedaban en nada.

Parecía muy ansiosa y extraña, como si en realidad ya se hubiese marchado.

Deberíamos habernos dado cuenta de que acabaría

yéndose; al fin y al cabo, no vivía en la ciudad, pero ninguno de los dos habíamos pensado en eso. Ahora, de repente, iba a irse tan deprisa como había llegado.

Cuando se marchó, fue como si toda la tristeza cayese de golpe sobre nosotros, como una gigantesca ola de agua salada. Todo lo que había pasado en verano había sido tan horrible… pero entonces había aparecido la abuela. Ella hacía que todo pareciese tan divertido que casi se nos había olvidado estar tristes por un tiempo.

Ya no quedaba nada bueno. Echaba tanto de menos a papá que me dolía todo el cuerpo; estaba enfadado con mamá y, en realidad, también con la abuela.

¿Por qué había venido a vernos solo para volver a desaparecer después? ¿Cuál era su plan, qué quería de nosotros en realidad?

63

AXEL

HOY, DE REPENTE, recibo señales de vida de ella. Me alegré un montón cuando vi que me había enviado un mensaje. Por fin pensaba en mí, me necesitaba. De hecho, dejé a un lado el teléfono antes de leer el mensaje, solo para saborear el momento durante un rato y fantasear un poco sobre lo que podía contener.

Aguanté solo cinco minutos antes de no poder soportarlo más y abrir el mensaje. Clara estaba en la costa oeste, decía, había surgido una pequeña emergencia. ¿Podía pasarme por su casa y darles de comer a los hámsteres? El código de la puerta ya lo tenía. Me daba las gracias de antemano.

Después de tantos días de silencio, ¿de verdad era esto lo mejor que me podía ofrecer? Arrojé el teléfono al sofá. Ni siquiera quise contestar. ¿Qué se creía, que yo era su esclavo? ¿Había sido degradado de canguro a cuidador de hámsteres? Que se lo pidiese a otra persona. A su chófer, por ejemplo.

Dos minutos más tarde volví a coger el teléfono, busqué el mensaje y le envié un pulgar hacia arriba. Esa es la respuesta más cutre, fría y aburrida que existe. Cuando la viese, se daría cuenta de que se había pasado.

Al cabo de un rato, me envió un corto y conciso «Gracias». Nada más. ¿Se estaba burlando de mí? ¿Me tomaba por imbécil? En cualquier caso, no me quedaba más remedio que alimentar a los animalillos, tampoco iba a dejarlos morir sin más.

Antes siempre me había hecho ilusión ir a casa de Clara, ahora prácticamente voy arrastrando los pies. Me detengo delante de la puerta y tecleo el código de siempre, el mismo que han usado durante años; solo Dios sabe cuántas personas más lo tendrán, aparte de mí.

En el pasillo noto un olor desagradable que se intensifica

cuando entro en la cocina. El olfato me guía hasta el cubo de basura que hay debajo del fregadero; lo abro y retrocedo un paso. Mientras contengo la respiración, ato la bolsa, que contiene algo que huele demasiado mal, la sujeto con el brazo extendido mientras salgo a los contenedores de basura que hay fuera, levanto la tapa y la dejo caer dentro como si fuese una rata muerta. A juzgar por el olor, podría haberlo sido sin problema. Lo más probable es que se trate de pescado, gambas o algo así, hay pocas cosas que huelan tan mal como eso.

No es hasta que vuelvo a entrar en la cocina cuando me percato del caos que reina. Soy padre soltero con tres hijas, mi casa no está especialmente impecable. Haavard siempre fue bastante ordenado, pero Clara no está dotada para las labores del hogar. Si viviese sola, es probable que ni siquiera tuviera muebles. Esa es una de las cosas que me fascinan de ella, que la hacen tan diferente de Carol y de todas las demás mujeres que conozco.

No obstante, a veces me pregunto si Clara no es solo una maldición que ha caído sobre mí de manera dura y brutal. ¿Por qué estoy tan obsesionado con ella cuando ni siquiera sé si me gusta en realidad? Sí, es guapa. Atractiva también, aunque muchos dirían que es demasiado andrógina. Es inteligente. Franca. Graciosa, si te gusta el sarcasmo. Al mismo tiempo puede ser gruñona, mordaz, mezquina, egocéntrica, socialmente torpe. No es una persona empática, cálida, no me muestra un especial interés por mí, ni es atenta. No es para nada flexible, abierta, paciente, generosa o considerada. En el fondo, no tiene nada de lo que yo busco en una mujer, no posee ninguno de los valores que yo aprecio. Sin embargo, solo la quiero a ella, es la única que me interesa y, cuánto más me rechaza, más me obceco.

¿Qué dice eso de mí, en realidad? ¿Será porque yo, que sé tanto de todo el mundo, no sé nada de ella, al fin y al cabo? ¿Reside ahí la atracción? ¿O solo soy un puto masoquista medio idiota que quiere lo que no puede tener, aquello que no le conviene?

La gente tiene la impresión de que soy un tipo bastante agradable y majo, según tengo entendido. Y lo soy, o al menos solía serlo.

Supongo que la mayoría de los hombres son más sensibles y menos arrogantes cuando los conoces mejor. En cuanto a mí, siento que he cambiado en estos últimos seis meses. La combinación de perder a Haavard y que la obsesión por Clara haya salido a flote me ha convertido en un viejo amargado y quejica.

Ahora me encuentro observando una encimera repleta de platos sucios en una cocina que sigue apestando. Me doy la vuelta y contemplo la gran mesa de comedor, donde hace poco le serví pizza a Clara y bebimos vino tinto. En este momento no parece real, bajo esta desapacible luz grisácea de noviembre y tras el silencio de las últimas semanas. Todo se torna más irreal todavía cuando me fijo en cómo está la mesa. Una tableta de chocolate a medias, platos, tazas y vasos sucios, un cenicero lleno a rebosar.

Lo que más me llama la atención son los papeles que hay por todas partes. Hay folios estrujados por toda la mesa y en el suelo, y también algunas hojas intactas. Me inclino hacia delante, echo un vistazo a una de ellas, en la que aparecen, con una escritura compacta, flechas, nombres y palabras clave. «Andreas + Nikolai», pone en un círculo en el medio, rodeado de nubecitas con un montón de nombres. Munch. Sabiya. Desconocido. ¿Qué es todo esto?

Parece como si hubiese estado fuera de sí, desequilibrada. Una llama de esperanza irracional se enciende dentro de mí. ¿Es este el motivo por el que no he tenido noticias suyas, porque ha sufrido algún tipo de crisis nerviosa? ¿No me ha rechazado, en realidad? ¿No mantiene una relación con el tal Stian?

Lo que este extraño escenario deja claro es que algo va mal. Clara está en la costa oeste, los niños están allí o en otro lugar, pues aquí, al menos, no están. Antes de irse se ha desatado el caos, tienen que haberse marchado a toda prisa y es imposible que Clara estuviese bien.

Esta mesa no parece la de una ministra de Justicia; ni siquiera parece la mesa de una madre soltera respetable de la zona. Todo este desorden debe ser la razón por la que me ha pedido a mí que venga y no a Åsa. Prefiere que lo vea yo antes que su suegra.

La abuela Åsa y la abuela Agnes. Siento una punzada de

mala conciencia al pensarlo.

Olav volvió del colegio un día y se fue de la lengua, me contó que había aparecido una anciana muy rara en el colegio que quería hablar con Andreas y Nikolai. Por lo visto, les había dicho que era su abuela materna, que en realidad lleva mucho tiempo muerta.

Desde luego, me chocó, y sentí cierto escepticismo al respecto, pues sabía que la madre de Clara había muerto. «Tiene que ser un fraude», le dije. Esa mujer debe de estar fingiendo que es su abuela para conseguir algo. ¿Quizá guardase relación con su cargo de ministra? ¿Quizá hasta pudiese resultar peligrosa de alguna manera? Estuve a punto de llamar a Clara para avisarla, pero entonces Olav se echó a llorar; tenía miedo de que los niños tuviesen problemas con Clara y se enfadasen con él por haberse chivado.

Bien, dije, pero quería hablar con Andreas y Nikolai yo mismo. Cuando lo hice, me sorprendió la absoluta certeza que tenían de que esa mujer era realmente su abuela, y todas las pruebas que afirmaban tener, como que era capaz de describir la casa de Leif con mucho detalle y que llevaba una foto de Clara de niña en su cartera. A partir de lo que me contaron, empecé a creer que de verdad se trataba de la madre de Clara, y que esta nos había estado mintiendo a mí, a Haavard y a todos los demás al decirnos que había fallecido.

Por supuesto, debería haberla confrontado y haberla exigido que me contase la verdad, pero fui un cobarde. Nadie quiere caer en desgracia con Clara, y lo único que yo quería era gustarle, que me apreciase, que se acercase a mí. Al mismo tiempo, tenía la desagradable sensación de que se dedicaba a hacer cosas a mis espaldas, algo que podría tener que ver con el chófer ese. Mis sospechas quedaron confirmadas cuando los vi juntos en el banco del jardín el otro día.

Quizá traspasé un límite cuando fui a ver a Agnes al hotel Bristol; en la recepción pedí que la llamasen y le dije que se reuniese conmigo en el bar de la biblioteca. Nos sentamos allí, en dos sillones Chesterfield, y le expliqué quién era y lo que sabía. Ella me escuchó, contestó a mis preguntas y me contó su historia. Fue muy fuerte escuchar aquel relato sobre todos los años que había pasado ingresada, y sobre cómo

Clara y Leif la habían manipulado para encerrarla en una residencia y dejar que se pudriese allí sin hacer ningún seguimiento; sobre cuánto había deseado conocer a sus nietos a pesar de no haber tenido nunca la oportunidad.

Prometí que no diría nada, y no lo hice. De hecho, alguna vez incluso dejé que viese a los niños cuando se suponía que los tenía a mi cuidado, sin decirle nada a Clara. En lo más profundo y oscuro de mi ser, tenía la esperanza de que, si volvía a coincidir con Agnes, lograría saber más cosas sobre Clara, algo que me pudiera ayudar a llegar hasta ella. Eso no ocurrió, solo la vi aquella única vez.

De que eso fue una gigantesca traición hacia Clara, a la que tanto quería proteger y ayudar, no he caído en la cuenta hasta mucho después. Además, era muy fácil de descubrir. ¿Puede ser que ella se enterara y que por esa razón haya estado tan callada?

Cuando Olav me contó que la abuela de Andreas y Nikolai, de repente, se había marchado y que ellos parecían muy tristes, sentí cierto malestar. ¿Qué había hecho? ¿Lo había gestionado todo de una forma pésima, en realidad?

Quería ayudar a Clara, hacerla feliz. En cambio, sin querer, había acabado haciendo todo lo contrario.

¿Es posible que el desastre y el abandono que reinan en esta casa tengan algo que ver con la historia de Agnes?

Me acerco a la ventana, cierro las cortinas, vacío el cenicero en el váter del aseo del pasillo, reúno todos los papeles en una bolsa de papel vacía, dejo los platos sucios en el fregadero. Luego me dispongo a darles de comer a los amigos peludos de los niños. Después de haber visto la cocina, lo único que espero es que sigan con vida.

64

CLARA

ESTOY VIVA, PERO no tengo ni idea de cuánto tiempo he estado inconsciente. Pueden haber sido horas, pero lo más probable es que se haya tratado de minutos, tal vez segundos.

Intento incorporarme y siento puñaladas de dolor por todo el cuerpo. Debo tener algo roto. ¿Alguna costilla? ¿La clavícula? ¿Un pulmón perforado? Intento mover primero un brazo, luego el otro, solo parecen contusionados. Alzo una rodilla, luego la otra. Lo logro. Abro la boca. Percibo algo frío, no sé qué es, en la lengua, en los labios. Puedo confirmar que al menos estoy viva.

Durante algunos segundos simplemente permanezco tumbada, contemplo el cielo gris y me resisto a alzar la cabeza para comprobar a qué lugar he ido a parar y lo poco probable que es que logre salir de aquí.

Al final levanto un poco la cabeza, miro frente a mí, a los lados. Me hallo en un barranco con forma de barca y he aterrizado en la parte más ancha. Por suerte, mi cabeza no ha impactado contra ninguna de las piedras que hay esparcidas a mi alrededor, como terrones de azúcar negros, pero tengo la sensación de que me he roto algo en mitad del cuerpo.

Sería complicado salir de este foso incluso estando en buena condición física, o teniendo experiencia como escaladora, que no es el caso, pues no parece que exista ninguna salida.

Me incorporo. A la derecha de mi cabeza gotea agua. Antes de morir de hambre o de sed, moriré de frío. Es una especie de consuelo, pero, entonces, ¿qué será de mis hijos?

Cuento hasta tres en mi fuero interno y me siento. «Solo te dolerá lo que tú quieras que te duela», me dijo mi padre una vez. Creo que solo lo dijo en esa ocasión, y no era muy típico de él, pero desde entonces siempre lo he recordado, me lo he

repetido, una y otra vez. Solo te dolerá lo que tú quieras que te duela.

Ahora debo salir de aquí, tengo que encontrarlos, salvarlos. Me doy la vuelta hasta ponerme a cuatro patas. Luego me levanto, diviso un extremo del barranco que no era visible cuando estaba tumbada.

La pared rocosa que se alza hacia la claridad es empinada y de piedra negra y porosa. Es imposible ascender por ahí. Miro alrededor. Las demás superficies resultan incluso más inviables e impensables.

Saco el teléfono, tecleo el número de Stian. Todavía me queda un veinte por ciento de batería. Stian lo cogerá, siempre está disponible, podrá ayudarme.

Suena una vez, dos, tres veces, cuatro. Lo vuelvo a intentar, el mismo resultado. Joder. ¿Por qué no contesta? ¿Le habrá hecho algo Halvor? ¿Habrá ocurrido otra cosa? Trago saliva, cierro los ojos, los vuelvo a abrir, llamo a mi padre. Él por lo menos responde enseguida.

—Papá —digo.

—¿Va todo bien? —pregunta, percibo lo preocupado que está.

—No —respondo, trago saliva otra vez. Hay interferencias en la línea.

—Clara, te oigo un poco mal —dice él—. ¿Son los chicos? ¿Los has encontrado? ¿Están vivos?

—Sí —digo, y se me quiebra la voz—. Pero papá…

Estoy a punto de contarle dónde estoy, que me hallo atrapada aquí abajo, que busque a alguien que pueda ayudarme, que llame a Stian o a otra persona, a la Policía Local, a quien sea, que simplemente mande a alguien para que me ayude. Entonces se oye un chasquido en el teléfono y se corta. Debe de ser la cobertura, que es pésima.

Me aparto el teléfono del oído, lo miro fijamente. Joder. La pantalla está negra. Pulso el botón del lateral, logro vislumbrar los contornos del símbolo de batería descargada en la penumbra. ¿Cómo es posible? Hace nada tenía aún un veinte por ciento. Debe de ser por la temperatura. Ahora hace tanto frío que tiemblo. Tengo que encontrar una forma de salir de aquí, no puedo rendirme, todavía no. No puedo morirme sin haberlo intentado todo.

Apoyo el pie en una piedra que se alza a un metro y medio del suelo, está suelta y es porosa. Luego me agarro con la mano contraria un poco más arriba. Voy subiendo poco a poco mientras ignoro el dolor que me atiza y sacude el cuerpo.

Cuando solo me queda un metro, pierdo el agarre y vuelvo a precipitarme hacia el fondo, me deslizo hacia abajo mientras mis dedos intentan aferrarse con desesperación a algo, hasta que vuelvo a estar en el punto de partida. En el fondo. Me pongo de cuclillas, noto que las lágrimas estallan detrás de los párpados.

El reloj muestra que quedan dos horas. Tal vez Stian comience a buscarme pronto si descubre que he intentado llamarle. Es posible que suba al refugio, que encuentre la puerta abierta, entre y comprenda que ha pasado algo, pero aquí, en el pedregal, no conseguirá encontrarme, al menos no antes de que haya muerto de frío. He intentado llamarlo a él, a papá, y no ha funcionado. Ahora solo yo puedo salvarme.

Necesito subir esa pared. Tengo que hacerlo, y tiene que ser ya. La adrenalina ha eclipsado el dolor durante unos instantes, pero no durará. A cada intento que haga, cada vez tendré menos energía. Miro en torno a mí. Descubro una piedra de unos veinte centímetros que parece un cincel. La cojo y la meto debajo del jersey, sujeta bajo el tirante del sujetador.

Hazlo, Clara. Coloca bien el pie, encuentra un buen agarre para los dedos. Ignora el dolor en el pecho. Ignora que te tiemblan los muslos y los brazos, todo el cuerpo. Otro pie. Otra mano. Entonces, de repente, me quedo atascada.

65

LEIF

INTENTO LLAMARLA UNA y otra vez. Me salta el buzón de voz todo el rato.

La llamada se cortó de golpe en medio de una frase. Tiene que haber sido su madre, o quizá sus cómplices; deben de haber descubierto que estaba hablando por teléfono y se lo han quitado. Me lo imagino con demasiada nitidez tras oír la desesperación que le inundaba la voz.

Jamás debí dejarla subir sola a ese lugar, debería haber insistido en acompañarla, lo hubiera conseguido de alguna forma o, por lo menos, tendría que haberla convencido de que esperase al tal Stian. Ha sido una completa locura dejarla ir sola. Estaba tan aturdido por lo que me acababa de contar que no fui capaz de pensar con claridad. Ahora lo tengo todo clarísimo. Por una vez, mi hija no tenía ningún control en absoluto; acudió a mí, y yo le fallé.

No fui capaz de ayudarla, igual que no fui capaz de ayudar a mi hijo. Todas las imágenes, las estaciones, Haavard, Lars, empiezan a girar. Dan más y más vueltas, cada vez más rápido.

Es evidente que Clara, de alguna forma, ha caído en la trampa de Agnes. El plazo está a punto de vencer. Clara me llamó, a la vista está, porque se encontraba entre la espada y la pared.

Me siento, oculto la cabeza entre las manos. *Bella* se sube a mi regazo de un salto, yo me deshago de ella. Luego me levanto, me dirijo al pasillo, me pongo el gorro, el abrigo y los zapatos.

Tengo que salir, necesito hacer algo. Así es como la película termina todo el rato, con unas letras blancas que centellean contra un fondo negro y ordenan: «Haz algo, haz algo, haz algo».

Agnes nos ha hecho tanto daño a Lars, a Clara y a mí. Ya es suficiente.

66

ANDREAS

DURANTE LOS DÍAS que hemos estado en el pueblo, la abuela ha hecho nuevos planes sin cesar.

Sabía de un lugar, una granja, en donde nos quería esconder. Estaba a algunos kilómetros a pie, pero con lo ágiles que éramos, no supondría ningún problema, nos dijo. Había devuelto el coche de alquiler y no se atrevía a pedirle prestado al casero el suyo, pues hubiera sospechado algo. Tendríamos que llevar solo lo que cupiera en nuestras mochilas, y ella cargaría también con una mochila grande.

Fue genial salir del cobertizo. Había dejado de llover y el cielo estaba lleno de estrellas.

—¿De quién es la granja? —preguntó Nikolai mientras ascendíamos una empinada cuesta de grava. Me recordó al camino que llevaba a la granja de abu, aunque este era todavía más empinado y estaba cubierto de vegetación. En medio había muchas matas de hierba y cosas así.

—En estos momentos, la granja no tiene propietario —dijo la abuela—. Está vacía, pero yo viví allí una temporada después de dejar a abu, antes de enfermar. Viví allí con mi novio, Magne, la granja era suya. Clara venía a veces, y Lars.

—¿Fue en esa granja donde murió Lars? —preguntó Nikolai.

La abuela asintió, pero no pareció gustarle que mencionásemos a Lars. Seguimos caminando sin decir nada más. Estaba lejos, yo me sentí completamente agotado cuando por fin llegamos.

El pajar estaba a punto de derrumbarse. Una especie de trastero ya se había caído. La casa parecía bastante bonita, desde lejos. Era grande, larga, marrón, como una de esas casas de los cuentos de los viejos tiempos, pero cuando nos acercamos más, todo tenía un aspecto feo y horrible.

La abuela se palpó el bolsillo y sacó una llave con la que abrió la puerta; por lo visto, había hecho una copia. La puerta era algo más nueva que el resto de la vivienda, pero la cerradura había comenzado a oxidarse.

Cuando apoyó el hombro en la puerta para empujarla, fue como si la casa suspirase de cansancio. En el pasillo había una gruesa capa de polvo mezclado con caca de ratón. Tuve que tragar saliva. ¿Realmente pensaba meternos allí?

—¿Por qué esta granja no tiene propietario? —pregunté.

—Ay —suspiró la abuela—. Algunos de los sobrinos de Magne aún siguen peleándose por quedarse con ella. Llevan treinta años haciéndolo. Todos viven lejos de aquí y nadie cuida del lugar. Es probable que todo acabe derrumbándose antes de que logren ponerse de acuerdo. Pero otras personas tienen que haber estado aquí.

—¿A qué te refieres? —dije.

—He visto huellas en el polvo. Colillas de cigarrillos. Y alguien ha usado la cocina no hace mucho.

—Pero… Entonces puede venir alguien mientras estemos aquí, ¿no? —insistí mientras tiritaba de frío; parecía que hiciese más frío dentro de la casa que fuera de ella.

—Lo dudo —dijo la abuela—. Es posible que alguien haya estado este otoño, pero ahora no viene nadie. En cualquier caso, es más seguro teneros aquí que en el cobertizo. Desconectaron la electricidad hace muchos años, pero he traído un montón de velas. Podemos encender la estufa de leña. En el pajar hay un poco, y también podemos quemar algunas cosas viejas. Por lo demás, tendremos que abrigarnos bien y no encender el fuego durante el día. Aunque estamos lejos de la gente, alguien podría ver el humo desde la carretera, y eso no nos conviene.

—¿Y dónde vamos a dormir? —preguntó Nikolai.

—Yo dormiré en mi antigua habitación —dijo la abuela—. Y vosotros podéis dormir en el dormitorio que fue de vuestro tío. Solo hay una cama, pero puedo traer un colchón de otra habitación. En uno de los armarios hay edredones y almohadas.

Quise preguntar si había muerto en ese dormitorio, y de qué había muerto, pero no me atreví.

La abuela era como uno de esos puentes colgantes

carcomidos en los que algunas tablas de madera son seguras y otras están podridas, y era imposible saber de antemano cuáles podían pisarse y cuáles no. En realidad, uno debía tener muchísimo cuidado con todas las tablas, y lo mejor hubiera sido, por supuesto, no cruzar el puente, pero eso ya no era una opción.

—Venid conmigo y así me ayudáis un poco —dijo la abuela, y subimos por la escalera vieja y chirriante.

Cuando llegamos al rellano, había un pájaro muerto en el suelo; lo descubrimos bajo la luz de la linterna frontal que llevaba la abuela en la cabeza.

—Mecachis… —dijo Nikolai, que retrocedió y casi se cae escaleras abajo.

—No pasa nada —dijo la abuela, que lo apartó de una patada.

Sacó edredones, almohadas y sábanas. Cuando toqué una de las fundas de edredón, comenzó a deshilacharse.

—Bueno, todo está un poco apolillado —dijo la abuela—. Y húmedo.

Cuando caminábamos, el suelo crujía. Había moscas muertas, avispas y otras cosas, por lo que no era fácil saber de dónde provenían los crujidos. En realidad, nos recordaba a la casa del terror que solíamos visitar cuando íbamos al parque de atracciones con papá. Aquí no se escuchaban gritos y aullidos, ni se veían luces parpadeantes, pero esto era peor, porque era real, con ratones y pájaros y sábanas que se rasgaban.

Entonces Nikolai y yo entramos en el pequeño cuarto que había detrás de la cocina, y todo se volvió mil veces más disparatado.

67

CLARA

SACO LA PIEDRA en forma de cincel que he encontrado en el suelo y golpeo con todas las fuerzas que no tengo contra un punto de la pared rocosa que parece más blando.

El cincel permanece clavado, pero tanto este como la roca están hechos de un material poroso. No sé cuánto tiempo aguantará. Me tiemblan las piernas.

Tengo que seguir subiendo. Todavía me queda un metro y medio, quizá dos, para alcanzar el borde. Estiro el brazo derecho hacia arriba todo lo que puedo, alcanzo un punto al que apenas logro aferrarme con tres dedos. Luego extiendo el pie izquierdo, busco un apoyo, lo coloco. Extraigo el cincel y lo clavo un poco más arriba.

He logrado avanzar mucho más que antes, casi he llegado. Si me caigo ahora, todo se irá a la mierda. Cierro los ojos, inspiro profundamente un par de veces y me arrepiento de inmediato, me duele una barbaridad.

A continuación, estiro la pierna derecha. Brazo izquierdo. Brazo derecho. Pierna izquierda. Logro agarrarme al borde, pero me doy cuenta de que todavía no estoy a salvo, porque ahora me toca arrastrar todo el cuerpo dolorido hasta el borde y no tengo ni idea de qué aspecto tendrá el terreno.

Empiezo levantando la otra mano, hundo los dedos en lo que parece ser una fina capa de tierra.

Toda mi vida he corrido al aire libre. Soy tenaz, resistente, estoy en buena forma. En cambio, jamás me he dedicado al entrenamiento con pesas o a la escalada, no soy especialmente fuerte, y en este momento, además, estoy agotada y dolorida. De alguna forma, sin embargo, soy capaz de colocar el codo izquierdo sobre la cornisa, y luego el derecho hasta quedar colgada de los brazos.

Nadie podría haberme preparado para el dolor tan salvaje

que me atenaza en este momento.

Lo único que me mantiene sujeta son dos codos temblorosos; además, veo puntitos blancos ante mis ojos. Si me desmayo ahora, todo habrá acabado.

La única salvación posible consiste en desafiar a la gravedad y hacer un esfuerzo descomunal para auparme sobre el suelo firme. Los puntitos se intensifican más y más.

Ay, ojalá Stian apareciese delante de mí en este momento, extendiese las manos y me alzase. O Axel. Veo a Haavard y a mi padre delante de mis ojos. Finalmente, aparece Lars con absoluta nitidez. Jamás me había ocurrido antes.

—Clara —susurra —. No me falles ahora, pues entonces todo habrá sido en vano.

Entonces consigo subirme a la cornisa, alcanzar suelo firme.

Al principio solo me quedo tumbada bocabajo, con los brazos extendidos por encima de la cabeza, palpitando y ardiendo. Permanezco así, respirando, un buen rato. Luego consigo incorporarme y ponerme de rodillas antes de levantarme por completo.

Estoy viva y he conseguido salir de ese agujero. No me lo puedo creer, estaba convencida de que no sería posible.

Durante algunos segundos, una leve mezcla de alegría y adrenalina se apodera de mí, burbujeante como el champán, como pompas de jabón, hasta que caigo en la cuenta de que aún no sé dónde están los niños, mi móvil está sin batería y yo misma estoy herida. Además, cuando el nivel de adrenalina comienza a descender, noto mucho más el intenso dolor. Debo haberme roto varias costillas, y le pasa algo a mi pie.

Empiezo a desplazarme de nuevo sobre terreno firme. Al cabo de unos minutos he regresado a la zona por la que entré en el pedregal y comienzo a descender con dificultad.

De vez en cuando me detengo, grito, me duele tanto que voy encorvada. Trato de volver a ponerme en contacto con Lars, pero no lo consigo. Los dientes me castañetean. Mi cuerpo tiembla y se agita. ¿Debería rendirme sin más? ¿Tumbarme y esperar a la muerte? ¿Volver a casa arrastrando los pies, buscar ayuda? Es lo más sensato, pero es probable que sea demasiado tarde.

En este momento surge el pensamiento: ¿Y la choza de piedra?

Solo he pensado en las cuevas donde yo misma estuve con los niños, pero también estuvieron en la choza de piedra este verano, con Haavard. Después dijeron que querían quedarse allí a dormir. Se supone que tiene tejado y paredes, y que es de fácil acceso para cualquiera que sepa dónde se ubica, algo que yo no sé.

¿Cómo la encontraron Haavard y los niños? ¿Tenían un mapa?

Bajo al refugio cojeando y dando tumbos, entro, enciendo una vela y alumbro una repisa que hay sobre la encimera con viejos tebeos del Pato Donald. Al final encuentro el mapa que mi padre dibujó. Lo contemplo durante un instante hasta asegurarme de que lo he memorizado, luego lo pliego y me lo meto en el bolsillo trasero de las mallas de deporte. Acto seguido cojo una linterna frontal del estante, compruebo que funciona y me la coloco en la cabeza. Por último, me pongo un viejo plumas que hay colgado de un gancho.

No ha pasado mucho tiempo desde la última vez que usé una linterna frontal, la de Sabiya, en la fábrica de salchichas. Parece que hubiesen transcurrido muchos días desde entonces, pero tuvo que ser ayer, ¿no?

La linterna es la única arma que tengo cuando de nuevo emprendo, tambaleante, mi periplo hacia el pedregal. Echo un vistazo al reloj.

Queda una hora.

68

ANDREAS

AUNQUE NOS AGOBIABA estar con la abuela Agnes, no sentimos miedo de verdad hasta que una noche se ausentó de repente y nos dejó solos en la granja.

Colocamos una cómoda contra la puerta y ninguno de los dos pudo dormir. Cuando la abuela regresó, dijo que iba a cambiarnos de sitio otra vez. Yo había empezado a entender que las opiniones de la abuela sobre lo que era conveniente cambiaban con mucha frecuencia. Además, tenía varias personalidades que podía ponerse y quitarse como si se trataran de los viejos disfraces de carnaval que tenemos colgados en nuestro armario de casa, que hace tiempo que se nos han quedado pequeños, pero nadie ha quitado aún de allí. Yo también tengo la sensación de que hay varios Andreas que luchan entre sí para ver quién es mi yo verdadero, pero yo quizá sea más bien como una de esas muñecas rusas que tienen muchas muñecas distintas dentro.

De todas formas, en esa ocasión nos alegramos de que la abuela hubiese cambiado de idea. Algo no cuadraba para nada en aquella granja.

Nos iba a llevar a la cabaña de los pastos de verano, allí estaríamos más seguros, consideraba la abuela. Nadie iría por esa zona, al menos. Además dijo que estaría muy bien para nosotros dormir en un sitio que nos resultase familiar y cercano, y que conocíamos bien. Yo sentí como si tuviese una piedra negra en la tripa. No quería ir a la cabaña, tal vez no volvería a tener ganas de regresar a ese sitio nunca más.

Por supuesto, no podíamos subir por el camino habitual que pasaba por la granja de abu. Eso era demasiado arriesgado, incluso de noche, dijo la abuela, por lo que ella tenía otro plan. En línea recta, la distancia entre la granja de Magne y los pastos de verano no era demasiado larga. Solo

algunos pocos kilómetros, nos dijo.

Yo dije la palabrota que empieza por jota en mi fuero interno. Si hubiésemos pasado por la granja de abu, podríamos habernos refugiado con él. Ahora sería imposible.

Resultó que había muchos kilómetros entre la granja y la zona de los pastos, y el camino era húmedo y empinado. La abuela fingió que sabía dónde estábamos, pero nos dimos cuenta de que no tenía ni idea.

Pensamos que al llegar por fin volveríamos a entrar en calor, porque la cabaña era mucho más pequeña que la casa de Magne y allí podríamos tener la estufa encendida todo el día. Al final, resultó ser todo lo contrario; era más difícil mantener el calor allí, daba igual lo mucho que usásemos la estufa. Las paredes eran como de papel.

Las moscas que hibernaban bajo el techo empezaron a resucitar con el calor, comenzaron a revolotear y a zumbar de una forma repugnante. Entonces comenzaron a caer sobre nosotros como si fuesen lluvia. Las cacas de ratón podían barrerse y echarse fuera, y también las telarañas, pero a las moscas había que soportarlas sin más. Al final, me acosté debajo de un edredón mientras las moscas caían sobre él y las imágenes del verano pasado se reproducían como una película detrás de mis párpados, dentro de mi cabeza.

Era horroroso estar en aquella habitación fría y oscura sin nada que hacer, así que me alegré cuando la abuela dijo que podíamos salir un rato si queríamos.

Al cabo de algunos minutos, Nikolai me agarró del brazo.

—Mira —susurró, y señaló hacia la cabaña y el lago.

Justo donde el agua se precipita formando la cascada, donde puedes subir y bajar por el sendero, vislumbramos a una persona que se acercaba corriendo. Había empezado a hacerse de noche; sin embargo, pudimos ver de quién se trataba.

—Mamá —susurró Nikolai.

Se disponía a salir corriendo hacia ella cuando la abuela lo detuvo.

—Quieto —siseó, agarrándolo del cuello—. Tenemos que escondernos.

Yo sabía que mamá se daría cuenta de que estábamos aquí en cuanto abriese la puerta y viese nuestras cosas. A lo mejor

podríamos haberla llamado a gritos, con la esperanza de que nos ayudase, pero no resultaba tan fácil. La abuela parecía estar fuera de control. Teníamos que escondernos, pero ¿dónde? Me hervía el cerebro, no era capaz de pensar. Entonces Nikolai tomó la iniciativa.

—La choza de piedra —susurró—. Si seguimos el arroyo, no nos verá.

Nos agachamos y nos dirigimos a hurtadillas hacia la oscuridad que se extendía junto al arroyo. Desde allí podríamos subir al pedregal sin que nos viese. Tropezamos y nos caímos varias veces, y la abuela juró y bufó sin parar; me ardían las pantorrillas y el pecho, pero al cabo de un rato alcanzamos el pedregal.

Algunos minutos más tarde, Nikolai había logrado encontrar la choza de piedra; abrimos la puerta, entramos y nos sentamos.

Hacía muchísimo frío dentro, y nosotros estábamos sudados y respirábamos con dificultad; no aguantaríamos mucho con aquel frío. Yo metí la mano en el bolsillo para aferrarme al llavero del Liverpool, pero no estaba allí.

¿Lo había perdido? ¿Cuándo? Perder ese llavero era incluso peor que lo que había pasado con el panda.

Entonces fue como si papá estuviese allí de nuevo, y escuché su voz clara y nítida. Me hablaba sobre quedarnos a dormir en la choza de piedra; era verano, hacía calor, todo estaba bien y no era muy tarde.

69

CLARA

ES SORPRENDENTE LO fácil que me resulta encontrar la choza de piedra, a pesar de que jamás he estado en este lugar y de que ya es noche cerrada. Se ubica junto a un monte, es pequeña y oscura, y es fácil no reparar en ella, puesto que prácticamente se funde con la montaña que la rodea y con la niebla gris que se ha formado. Es un pequeño elemento artificial en medio de la naturaleza.

Está en silencio. ¿Es posible que estén ahí, a pesar de todo?

Me acerco, agarro el tirador, abro la puerta. Dentro, en un banco de piedra junto a la pared, a solo un metro de mí, encuentro a mis hijos. Están sentados con mi madre en medio, mirándome fijamente.

—Oh, Dios mío —exclamo, me acerco a ellos corriendo, abrazo primero a uno y luego al otro. Después me arrodillo delante de mi madre; en este momento no me importa que esté aquí. Con la mano izquierda agarro la de Nikolai, la de Andreas con la derecha, y las sostengo sobre el regazo de mi madre.

Me siento tan aliviada; me tiemblan las piernas y las manos, todo el cuerpo. Por fin los he encontrado. Están a salvo, a partir de ahora todo irá bien.

—Ay, mis chicos —digo—. Dios mío, qué alegría veros.

—Mamá —dice Nikolai, con la voz plana, tiene lágrimas en los ojos.

Me pongo en pie, miro a la mujer que está sentada entre los dos, que aún no ha dicho nada. Es real, existe, está sentada aquí, se los había llevado. Lo único que deseo es golpearla. No puedo hacerlo en presencia de los niños.

—Oye —digo—. ¿Por qué has hecho esto? ¿Qué pretendías conseguir?

—¿Yo? —pregunta en tono sarcástico, con una risa que jamás podré olvidar—. ¿Piensas que yo estoy detrás de esto?

—Sé que lo estás —digo.

—Mamá —dice Andreas con la voz apagada.

—¿Sí, cariño? —pregunto, sonriéndole. A pesar de lo terrible que es estar aquí, junto a ella, me invade una sensación de calidez al verlos a los dos.

—No ha sido la abuela —dice Andreas—. Hemos sido nosotros.

70

ANDREAS

EL ENCUENTRO CON Sabiya, por muy triste que ella estuviese, nos había recordado cómo debía ser una madre. Sabiya no podía ser nuestra madre. Mamá no podía ser nuestra madre. Seguramente, la abuela Agnes tampoco podía serlo, pero por lo menos era guay y divertida y la mejor abuela del mundo, y la echábamos de menos. Además, teníamos miedo de lo que se le pudiese ocurrir a mamá.

Después de vernos con Sabiya, decidimos marcharnos.

Cuando Nikolai y yo tomamos una decisión y cooperamos para llevarla a cabo, hacemos un buen equipo. Creo que somos capaces de hacer bastantes más cosas que otros niños de nuestra edad. Tal vez sea porque somos dos, tal vez porque Clara es nuestra madre. Ella casi tiene poderes sobrenaturales. La abuela también los tiene; viajó sola a Oslo en coche a pesar de haber estado encerrada durante treinta años.

Además, después de lo que le pasó a papá, fue como si yo hubiese dejado de tener miedo. Lo peor que podía pasar ya había pasado, no quedaban tantas cosas que temer.

No se lo dijimos a nadie, eso podría haber estropeado todo el plan. El viernes no fuimos al colegio. Preparamos las mochilas que normalmente llevamos al fútbol, pues mamá no las echaría de menos; de todas formas, siempre estaban metidas en el fondo del armario.

En las mochilas debíamos llevar lo mínimo posible; unos calzoncillos, unos calcetines y un jersey cada uno; los cepillos de dientes no, porque entonces mamá se daría cuenta de que habíamos preparado las mochilas. Ya compraríamos cepillos nuevos. Tuvimos que dejar las tabletas y los teléfonos —aunque nos hubiera gustado llevárnoslos—, pero la policía podría rastrearlos.

Discutimos sobre los peluches. En mi opinión, no

debíamos llevar ninguno, porque de esa forma mamá también podría darse cuenta de que habíamos preparado las mochilas. Pero Nikolai se negó a irse sin su panda. Había dormido con él todas las noches desde que se lo regalaron los abuelos de Oslo cuando era un bebé y lo quería muchísimo. Me di cuenta de que lo decía en serio, y nuestra habitación estaba tan desordenada que cualquier cosa podría haber desaparecido de allí para siempre; incluso existía la posibilidad de que los secuestradores nos hubiesen dejado llevarnos algún peluche. Así que al final Nikolai cogió el panda.

Lo único que yo me llevé fue el llavero.

Para que ella no pensase que nos habíamos fugado, le dejamos una carta; así parecería que nos habían secuestrado. Habíamos leído en internet cómo solían ser ese tipo de cartas y escribimos una que creímos que colaría.

Redactamos el texto en inglés y luego lo tradujimos a chino en Google Translate. Por último, lo pasamos a noruego. Tenía que parecer que lo había escrito alguien que no era noruego. Sabíamos que ella se asustaría, pero se lo merecía.

Cuando salimos de casa, estábamos contentos y emocionados, más de lo que lo habíamos estado en mucho tiempo. Era como si nos hubiésemos tragado unos globos de cumpleaños llenos de aire.

No teníamos mucho dinero, pero llevábamos algo de efectivo que nos había dado la abuela Agnes, y algo más que habíamos encontrado en un cajón de papá. Con esa cantidad nos bastaría para llegar a la costa oeste.

Dejamos la carta en la mesa. Luego pulsamos el código que hacía que la puerta quedase cerrada. Teníamos la sensación de que íbamos a comenzar una nueva vida, como a veces hace la gente en las películas.

El revisor del tren sonrió —parecía superalegre— y nos preguntó si viajábamos solos. Sí, respondimos, íbamos a visitar a nuestro abuelo y papá nos había llevado a la estación, le conté, convencido de que era buena idea mentir un poco. Nikolai se quedó dormido durante el trayecto en tren; fue un alivio, pero al final tuve que despertarlo.

Hasta ese momento todo había ido tan bien que casi daba miedo, pero sabíamos que lo difícil vendría más tarde.

El tren llegaría a la última estación muy tarde por la

noche, y desde allí cogeríamos un autobús nocturno hasta el pueblo. Nos preocupaba más que el conductor del autobús avisara a la policía cuando descubriese a dos niños viajando solos que la posibilidad de que el revisor del tren lo hiciera en pleno día. Debíamos tener muchísimo cuidado.

Una vez habíamos hecho exactamente el mismo viaje con mamá, en una ocasión que el coche se estropeó. Por eso sabíamos que el autobús solía esperar veinte minutos en el pueblo antes de continuar con su ruta. Por si acaso, habíamos comprobado en internet que siguiera siendo así.

También sabíamos que el maletero permanecía abierto todo el rato en la estación de origen, mientras el conductor estaba dentro del autobús vendiendo billetes o navegando en internet con su móvil o lo que fuese. Esta parte del plan resultó también demasiado fácil. Simplemente rodeamos el autobús y nos dimos prisa, y nos aseguramos de que el conductor no nos viese a través del retrovisor.

Después de colarnos en el gigantesco maletero, nos dirigimos a la parte trasera a cuatro patas y nos escondimos en el rincón situado más al fondo. Así nadie podría vernos, ni la gente que metiese su equipaje ni el conductor cuando viniese para cerrar el maletero.

Nos acurrucamos muy juntos y nos mantuvimos muy callados. Luego, cuando el autobús empezara a moverse, podríamos susurrar un poco. No debíamos hacer ningún ruido. Éramos verdaderos polizones, como esos sobre los que habíamos leído.

Tras un largo rato, las puertas se cerraron y el autobús se puso en movimiento. Era difícil evitar dar bandazos de un lado a otro en las curvas, teníamos que ir con el cuerpo en tensión todo el rato para evitarlo. Olía a motor y a diésel, el aire escaseaba, pero ya estábamos en la última etapa, así que tan solo debíamos permanecer tumbados con las mochilas y aguantar un poco más.

—¿Andreas? —dijo Nikolai.

—¿Sí? —le respondí.

—Tengo miedo.

Claro que tenía miedo. Yo también tenía miedo de todo lo que podía salir mal ahora que nos acercábamos, pero no podía mostrarlo delante de él.

—Todo irá bien —respondí, intentando hablar con la voz de papá.

—¿Vamos a morir? —balbuceó.

—Claro que sí —repuse—. Pero no ahora mismo. En unos ochenta años o así.

También teníamos que ser capaces de bajarnos en la parada correcta sin que nadie nos viese. Justo eso me ponía muy nervioso. ¿Y si el autobús no se detenía? Entonces tendríamos que bajarnos en la siguiente, pero eso sería muy estúpido. Peor aún sería que nos quedásemos dormidos. Por eso hicimos guardia, por turnos, para estar al tanto de la hora con nuestros relojes, que podían iluminarse en la oscuridad.

Por el camino se me había ocurrido que quizá nadie se bajase en el mismo pueblo que nosotros en mitad de la noche. El autobús seguramente pararía allí de todas formas, pero si no se bajaba nadie, las puertas no se abrirían.

Eso fue justo lo que pasó. Nuestros relojes marcaban las 5.40. El autobús había llegado, permanecía quieto, pero el maletero no se abrió. El corazón me latía con fuerza. Nikolai empezó a sollozar junto a mí; yo le susurré que debía guardar silencio, luego me acerqué a la puerta a gatas. Estaba a oscuras, tuve que moverme mientras palpaba con las manos, pero sí, encontré una especie de asidero.

—¿Estás preparado? —le susurré a Nikolai, que todavía permanecía acurrucado en el rincón.

No me respondió, pero al menos vino gateando detrás de mí.

—Si consigo abrirla, tenemos que correr muy rápido —le advertí—. El conductor se dará cuenta y vendrá a ver qué pasa, ¿de acuerdo?

Nikolai asintió y la puerta se abrió. Echamos a correr, con las mochilas a la espalda, sin mirar atrás; jamás supimos si el conductor se dio cuenta de algo. Tampoco sabíamos muy bien a dónde íbamos, simplemente corrimos sin parar a través de un prado con pacas de paja y luego nos adentramos en un bosque; lo más importante era alejarse lo máximo posible del autobús.

Cuando al final nos detuvimos para recuperar el aliento, muy felices de haberlo logrado, la cara de Nikolai adoptó una mueca terrible.

—¿Qué? —le pregunté, echando un vistazo hacia atrás para ver si el conductor del autobús nos seguía.

—El panda —dijo Nikolai—. Oh, no, me he dejado el panda en el autobús. No, no, no…

—Dios mío —dije, y me di cuenta de que, sin querer, había sonado como mamá—. ¿Por qué no lo metiste en la mochila?

—Se me olvidó —sollozó Nikolai—. Se me olvidó.

Nunca lo había oído llorar así, y mira que lo he oído llorar muchísimas veces.

—Nikolai —le dije—. Escúchame, ahora tenemos que llegar a la casa de la abuela. Seguro que ella puede llamar luego a la compañía de autobuses para recuperar tu panda. Pero deja de llorar, ¿vale? Recuerda lo que suele decir mamá, solo te dolerá lo que tú quieras que te duela.

Mamá suele decir eso cuando alguien se hace daño o le duele algo. Es algo que odia, pero funcionó; Nikolai dejó de llorar.

En casa habíamos dibujado un mapa en un folio después de mirar el GPS. Desde la parada de autobús solo había unos doscientos metros a pie hasta la casa de la abuela. Llegaríamos muy temprano por la mañana, pero eso estaba bien, pues así nadie nos vería.

Justo pasadas las seis, bajamos por una cuesta empinada desde la carretera principal, a unos cien metros del fiordo, y llegamos al cobertizo de la abuela. Ella nos había enseñado fotos cuando estuvo en Oslo; era de color marrón oscuro con tejado de turba.

Todavía era noche cerrada. La abuela vivía solo a unos metros del agua, y tampoco podíamos verla; no había luz de luna ni nada, solo el susurro de la llovizna, pero se escuchaban las olas al romper contra las rocas de la orilla.

No había ningún timbre, por lo que probamos a llamar a la puerta. No pasó nada. Nos habíamos empapado durante el trayecto y hacía demasiado frío como para quedarnos fuera esperando hasta que se hiciese de día. Además, a la abuela le gustaba dormir hasta tarde, según nos había dicho.

Nos sentamos junto a la puerta, uno al lado del otro, escuchando las olas. Hacía muchísimo frío aunque solo era octubre, por lo que tuvimos que pegarnos todavía más; yo

abracé a Nikolai para mantener el calor. Era increíble que no pudiéramos entrar en el cobertizo después de haber hecho un viaje tan largo.

Eché un vistazo a mi reloj y vi que tenía un montón de mensajes de mamá. Dónde estáis, qué ocurre, llamadme, esas cosas. Sentí un poco de mala conciencia, pero no podía permitírmela en ese momento. Fue entonces cuando me di cuenta de que quizá nuestros relojes, que se iluminaban en la oscuridad, se pudieran rastrear también.

—Nikolai —susurré—. Quítate el reloj.

Me miró extrañado, pero lo hizo.

—Dámelo —le dije en voz baja.

—Ni loco —dijo—. Es mío.

—Escúchame —le dije—. Tenemos que deshacernos de ellos para que no nos encuentren.

—Yo quiero que me encuentren —dijo. Ahora le goteaba la nariz.

—No, no quieres —dije—. Dame el reloj y suénate la nariz.

Me lo entregó. Yo me levanté, me acerqué a la valla que se alzaba junto al fiordo, me paré junto a ella y tiré primero uno y luego el otro. Apenas pude escuchar dos suaves chapoteos entre las olas y la lluvia.

—Ya está —dije, y me giré hacia mi hermano de nuevo—. Ya no creo que emitan muchas señales.

—Tengo frío —dijo Nikolai.

—Sí, lo sé —respondí, y me di una vuelta alrededor del cobertizo en busca de alguna ventana abierta, pero no encontré ninguna. El labio inferior de Nikolai temblaba cuando regresé, supuse que estaba pensando en el panda—. Espera, voy a comprobar algo —susurré—. Quédate aquí.

Me levanté, aferré el tirador de la puerta y empujé. La puerta se abrió y la luz del pasillo me dio de lleno. Me eché a reír. No era demasiado inteligente que la abuela la dejase abierta, pero a nosotros nos venía bien. Entramos, nos quitamos los zapatos y continuamos a hurtadillas hasta lo que parecía ser el salón más pequeño y lleno de cosas del mundo. Una bomba de calor zumbaba bajo el techo; la temperatura era cálida, gracias a Dios. Dos pequeños sofás. Una mesa.

—Esperamos para despertarla, ¿vale? —dije—.

¿Dormimos un poco antes?

Nikolai asintió. Nos tumbamos en un sofá cada uno; me pareció el sitio más blandito en el que me había acostado jamás. Me cubrí con una manta que había allí y me quedé dormido, hasta que me desperté unas horas más tarde y noté que alguien me miraba fijamente.

Abrí mucho los ojos y me encontré cara a cara con la abuela.

Ya no parecía sacada de una película navideña. Su pelo, antes bonito y suave, ahora parecía sucio y se le pegaba a la cabeza. Toda ella parecía sucia, en realidad, y no llevaba ni pintalabios ni chal.

—Chicos —dijo—. ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

—Nos hemos escapado —dije, y le conté todo.

—Vaya, qué divertido —dijo ella cuando acabé de relatarle el viaje, aunque no parecía que le hiciera ninguna gracia—. ¿Y ahora habíais pensado… quedaros aquí?

—Sí —respondí—. Si te parece bien, claro.

Recordé que solía estar de bastante mal humor por las mañanas y, por lo tanto, ahora mismo no estaba en su mejor momento.

—De acuerdo —dijo la abuela—. Pero debemos tener cuidado para que nadie os descubra. No os acerquéis a las ventanas; el casero es un fisgón de cuidado. Pero hoy podéis quedaros aquí.

Me sentí muy decepcionado por el hecho de que no parecía que se alegrara demasiado de vernos, y Nikolai se limitó a permanecer sentado con cara triste.

—Hay un pequeño sótano aquí abajo —dijo la abuela—. Es mejor que bajéis allí por si acaso.

Nos quedamos en el sótano todo el día. Estaba oscuro y fue bastante aburrido. Además, la abuela salió y se olvidó por completo de darnos comida, así que pasamos mucha hambre.

71

CLARA

UN SONIDO ATRONADOR empieza a aullar en mi cabeza.

—¿Hemos sido nosotros? ¿Qué quieres decir con eso? —pregunto.

—Teníamos miedo —dice Nikolai—. Queríamos huir de ti. Por eso nos escapamos.

Siento que estoy a punto de perder el conocimiento. Escucho que Andreas dice algo desde muy lejos, pero no soy capaz de captar sus palabras. Ahora no temo tan solo a mi propia madre, sino también a mis hijos. Sin pensarlo, retrocedo y salgo de la choza, atranco la puerta, permanezco fuera, apoyada contra esta, respirando.

Una multitud de destellos blancos bailan y parpadean ante mis ojos.

Antes de que yo retrocediese, mi madre se ha puesto de pie sin dejar de sonreír de un modo extraño. A pesar de que es una mujer mayor y de que mis hijos son solo unos niños, son tres, y yo estoy sola. Son tres contra uno. Mis hijos son altos, grandes, fuertes. Ni siquiera estando en mi forma física habitual habría sido capaz de manejar a los tres yo sola, y ahora encima estoy dolorida, cubierta de contusiones y agotada.

Mis hijos se han aliado con mi madre, en mi contra. Es increíble.

Me siento, todavía con la espalda apoyada contra la puerta, doblo las rodillas, las rodeo con los brazos y oculto la cabeza entre las manos.

¿Han organizado todo esto por su cuenta? ¿Son ellos los que han escrito la carta? Y ¿me han dado un ultimátum acerca de mi padre?

Mis hijos, sangre de mi sangre y carne de mi carne, a los que he llevado dentro de mí, a los que he parido,

amamantado y acunado, han hecho esto. Son solo niños, es cierto, pero eso lo empeora todo. ¿Qué clase de niños harían algo así?

La respuesta me golpea como un fuerte puñetazo en la cabeza. Niños, como lo fui yo. Lo han hecho porque son mis hijos.

Jamás debería haber subido hasta aquí sin Stian. ¿En qué estaba pensando?

Qué imbécil soy; me abofeteo a mí misma, primero en una mejilla, luego en la otra, como para obligarme a pensar con claridad, a buscar una solución, a soportar lo insoportable. No sirve de nada.

¿Qué voy a hacer? Y ¿qué fue lo que dijo Andreas justo cuando retrocedí hasta la puerta, lo que en ese momento no escuché porque no quise, porque todo era ya demasiado insoportable?

No puedo seguir evitándolo por más tiempo.

Dentro de la choza de piedra hay silencio. Sin embargo, las mismas palabras retumban en mis oídos una y otra vez.

«Sabemos lo que le hiciste a papá.»

72

ANDREAS

DURANTE LAS VACACIONES en el pueblo, Nikolai y yo solíamos pasar una o dos noches en casa de abu, sin mamá y papá. Antes papá siempre decía que era para que él y mamá disfrutasen de un poco de tiempo como novios, pero en realidad creo que era más bien para que abu pudiese pasar algo de tiempo con nosotros a solas.

El verano pasado no me apetecía. No quería separarme de papá. Después de los días que había pasado en la cárcel, en los que había creído que quizá no volveríamos a verlo nunca, quería que estuviésemos juntos todo el rato. Solo conseguía estar contento cuando estaba cerca de él, cuando podía verlo. No se lo llegué a decir jamás, pero creo que él se dio cuenta, y que también le pasaba un poco lo mismo. Por las noches se quedaba en nuestra habitación hasta que nos dormíamos; yo recordaba que lo hubiese hecho antes. En la cabaña se sentaba en el sofá algo destartalado y nos leía a la luz de una linterna frontal hasta que nos quedábamos dormidos. Mamá estaba fuera, en su piedra habitual.

Así que ahora me había acostumbrado a que papá estuviese allí todo el tiempo, tanto cuando me dormía como cuando me despertaba; yo, que ya me había resignado a que a menudo trabajase por la tarde y por la noche.

—Por favor, quédate con nosotros —le dije cuando nos acompañó a la granja y se tomó un café con el abuelo junto a la mesa de piedra. Era muy agradable estar allí, pero la simple idea de que papá, en breve, volviese a subir a los pastos de verano sin nosotros, hacía que me doliese la tripa.

Ese día había algo raro en el ambiente, en la forma en que el viento susurraba, en la niebla, que se extendía sobre el fiordo, y en los pájaros que cantaban.

Todo lo que solía ser bonito, parecía estar mal.

—Andreas, venga —dijo papá con aspecto frustrado—. Os vais a quedar aquí con abu. Mamá y yo vamos a subir a Trollskavlen o a Heksefjell.

—No te vayas, papá—dije. Una sensación terrible me atenazaba el cuerpo, pero nadie quiso hacerme caso.

Me quedé contemplando cómo papá se hacía más y más pequeño a medida que se alejaba a lo largo del río, antes de desaparecer por completo dentro del bosque. Esa terrible sensación me acompañó todo el rato.

—Venga, chicos—dijo abu cuando papá desapareció—. Vamos a por un helado.

Entonces fuimos a por un helado e hicimos todas las cosas que solíamos hacer, y casi logré olvidar la terrible sensación; pero cuando nos acostamos, regresó de lleno. Me había echado en la habitación con el techo inclinado, las jarapas y las viejas fotos en las paredes; a pesar de ser el cuarto más bonito del mundo, no era capaz de dormirme, tenía mucho miedo.

Nikolai solía ser el miedoso de los dos, pero él ya estaba dormido. Abu roncaba al otro lado de la pared, como siempre. Todo parecía normal, pero no lo era.

A la mañana siguiente, después de desayunar, le dije a abu que quería salir un rato. Esa vez no fui al granero para tumbarme en el heno y mirar embobado al techo, ni a donde estaban las gallinas para comprobar si habían puesto huevos, ni a ver a los conejos. Me dirigí al río y crucé el pequeño puente hasta el otro lado, por donde había visto desaparecer a papá el día anterior. Luego empecé a subir por el sendero. Se retorcía como una culebra marrón, y a ambos lados todo era verde, aunque en algunos puntos había pequeñas florecillas azules entre todas las blancas. Ahora no tenía tiempo para pararme a mirar, o a escuchar, como hacía a menudo cuando salía al bosque.

No pensé en que abu se preocuparía si desaparecía durante mucho tiempo, o en que Nikolai se enfadaría por no poder acompañarme; no pensé en absoluto, solo seguí subiendo sin parar a una velocidad similar a la de mamá cuando salía a correr.

Todo el rato escuchaba el estruendo que producía la cascada. Había hecho buen tiempo mientras veraneábamos

aquí, pero el deshielo de la montaña había provocado que el río estuviese lleno de agua.

Si subes hasta la poza donde desemboca la cascada, puedes ver por dónde continúa el sendero. Pero también existe otro camino que pasa por una colina al otro lado del lago, desde donde se pueden contemplar la superficie del agua y la cabaña. Por alguna razón, subí corriendo por allí. Quería comprobar si veía a mamá y papá, si estaban fuera comiendo o algo. Lo hacíamos a menudo, pues la cabaña era muy oscura.

Cuando alcancé la cima de la colina y miré hacia abajo, vi algo que me dejó helado. Tanto mamá como papá estaban bañándose en el lago, pero no estaban juntos. Mamá nadaba hacia la orilla del lado donde me encontraba yo. Parecía tener que esforzarse para avanzar. Mamá siembre ha sido muy buena nadadora, también por debajo del agua. Papá estaba en otra parte del lago, mucho más cerca del lugar donde comienza la cascada. Él también parecía esforzarse, pero, aparentemente, no era capaz de nadar; era como si la corriente tirase de él y lo arrastrase. Desaparecía en un punto, reaparecía en otro, se hundía bajo el agua, volvía a salir a la superficie.

«Lo tiene bajo control —me dije a mí mismo—, lo tiene bajo control.»

—Clara, ¡ayuda! —gritaba—. ¡Clara, ayúdame!

Entonces pude comprobar que no lo tenía todo bajo control, en absoluto. Mamá seguía nadando como si nada. Yo comprendí que sí escuchaba sus gritos, pero no quería mirar hacia él, ni ayudarlo. Además, estaba demasiado lejos, había una gran distancia entre los dos; a papá, la corriente cada vez lo arrastraba más rápido hacia el borde.

Estuve a punto de bajar corriendo al lago, de tirarme al agua, pero entendí que, de todas formas, no sería capaz de sacarlo de la corriente. Quise llamar a mamá, pero el grito se me atravesó en la garganta. Ella todavía no me había visto. Logré vislumbrar cómo caía de rodillas sobre la arena de la orilla. Luego empecé a correr de vuelta por el sendero por el que acababa de llegar; no tenía tiempo de ir con cuidado, me tropecé y caí varias veces, pero seguí corriendo mientras se me saltaban las lágrimas.

Intenté no apartar la vista del lago en ningún momento, y lo vi allí hasta que, de repente, ya no pude verlo más. Papá, papá. Por favor, Dios, ayúdalo.

Corrí tan deprisa como pude desde el sendero hasta la cascada, me acerqué tanto que sentí cómo un montón de gotas me salpicaban la cara; era como estar debajo de una ducha. Casi no podía ver nada, parpadeé, llamé a papá, esperando verlo todo el rato en el agua blanca y ruidosa, un brazo, un pie, pero no había nada.

Caminé a tientas entre piedras, matorrales, arbustos y raíces; no debía estar previsto que la gente anduviese por allí, tan cerca de la cascada; estuve a punto de caerme al agua, a punto de saltar junto a papá, pero no lo hice, no hice nada, solo corrí, lo busqué y lloré.

Finalmente me senté en una piedra junto a la enorme poza sobre la que se precipita la cascada, contemplando el velo blanco, esperando verlo caer, aunque lo raro habría sido que no hubiese caído hacía ya mucho rato. También eché un vistazo a la poza donde desemboca la cascada para comprobar si lo veía flotando por allí; lo llamé, esperé una y otra vez, pero al final me puse en pie y corrí el resto del trayecto hasta llegar a la granja.

Allí me encontré con abu, que estaba abrazando a Nikolai.

—Andreas —dijo abu—. Ha habido un accidente. Mamá ha llamado, he dado el aviso para que envíen ayuda.

—Papá —sollozaba Nikolai.

Yo simplemente permanecí allí, temblando, con los dientes castañeteándome a plena luz del sol. Abu me rodeó con los brazos, me atrajo hacia sí, y por lo visto no le pareció raro que yo no preguntase qué había pasado. Nos quedamos así, él, Nikolai y yo, hasta que primero llegó una ambulancia y luego un coche de policía. La gente se acercó corriendo a abu y comenzó a preguntarle cosas; yo no me enteré de nada, al menos hasta que abu me agarró del hombro y me preguntó si podía subir corriendo con ellos para mostrarles el camino, y yo asentí.

Apenas recuerdo haber acompañado a los buzos y a los policías, estaba demasiado cansado; ya había corrido un montón, y temblaba y estaba muy triste. Tampoco recuerdo haberme reencontrado con mamá. Todo eso se me ha borrado

de la cabeza.

Después, abu repitió muchas veces que se arrepentía mucho de haberme expuesto a aquello, así lo decía. Al final acabé comentándole que tenía que dejar de decirlo, que no tenía importancia. Era verdad. Papá había desaparecido y mamá no lo había ayudado, solo había querido que muriese.

Nada puede empeorarlo o arreglarlo. Ni ahora, ni más adelante. Nada puede detener tampoco las películas que se proyectan en mi cabeza, la escena de papá bajando los escalones entre los policías, con la cabeza gacha, y aquella en la que lucha por mantenerse a flote en el lago mientras la corriente lo arrastra cada vez más lejos. Debería haberme hecho caso, pero yo también debería haber insistido más.

Desde el verano, llevo todo el tiempo intentando borrar esas películas de mi mente, pero no desaparecen. Quizá nunca lo hagan.

73

CLARA

ESTOY TAN CANSADA, tan dolorida, tan confusa; me he puesto de pie, pero no soy capaz de moverme ni de comprender qué voy a hacer con los tres de ahí dentro.

Entonces veo la silueta de alguien subiendo. Stian. Respiro, cuento en mi fuero interno. 1001, 1002, 1003. Cuando llego a 1020, me alcanza.

—Stian —digo.

Entonces las rodillas no me aguantan más, se me doblan y caigo hacia delante. Stian permanece junto a mí, me sostiene, como aquella vez que me tambaleé en la plaza enfrente al Palacio Real.

—Tranquila, tranquila —dice, y me coloca una mano alrededor de la cabeza y se la acerca al pecho—. Ya está. Ya pasó.

Rodea mi cuerpo con el otro brazo.

—¡Ay! —se me escapa un gemido.

Me suelta, me examina detenidamente.

—¿Estás herida? ¿Qué ha pasado?

—Me caí dentro de una grieta —digo sollozando—. Creo que me he roto algunas costillas y que tengo un esguince, pero conseguí salir. Y al final los encontré. Están dentro.

Señalo con la cabeza hacia la choza de piedra. Él frunce el ceño.

—¿Se los había llevado tu madre?

—Sí, de alguna forma —digo—. Es un poco complicado.

Le ofrezco una versión abreviada.

—De acuerdo —dice él—. Vamos a sacarlos de ahí.

Miro el reloj. Quedan veinte minutos. De alguna forma, lo hemos conseguido, los hemos encontrado. A pesar de todo.

Él retira la tranca, abre la puerta. Yo no me atrevo a mirar dentro, pues ahora caigo en la cuenta de que los he dejado a

los tres a solas durante muchos minutos, sin vigilancia. Todo el rato ha reinado el más completo silencio en el interior. Mi madre puede haberles hecho cualquier cosa a los niños.

74

ANDREAS

DESPUÉS DE QUE papá desapareciese, pensé que debía contarle a abu, o a la policía, lo que había visto, pero fui posponiéndolo todo el rato.

Cuando por fin fui capaz de pensar otra vez, me di cuenta de que era imposible decir algo. Porque si mamá iba a la cárcel, ¿qué pasaría con nosotros entonces? No teníamos tías ni tíos. Abu era demasiado mayor y vivía muy lejos. ¿Quién cuidaría de nosotros? ¿Nuestros abuelos de Oslo? No era una idea muy tentadora, y tampoco creí que lo hubiese soportado. ¿El tío Axel? No era nuestro tío de verdad, y ya tenía tres hijas.

Pensé que tenía que ser capaz de decirle algo a mamá, por lo menos. Que debía decirle que la había visto, que había comprendido lo que había sucedido, que lo sabía, pero tampoco fui capaz de hacerlo.

Fue como si todo formara una bola negra, viscosa y pegajosa dentro de mi pecho. Además, tenía miedo. ¿Qué haría ella con nosotros si decíamos algo? Después del día que vi desde la colina cómo la corriente arrastraba a papá hacia la cascada, es como si siempre estuviese fuera de mí mismo, observándome. Nada es real del todo.

Yo no tenía pensado contarle nada a Nikolai, pero cuando nos acostamos la noche después del funeral de papá, y lo vi allí llorando y moqueando, no pude soportarlo más y le pedí que se callase. Entonces se le fue la olla y me dijo que era un tonto al que no le importaba nada.

Me enfadé tanto que se lo conté todo. Después ya no dijo nada, a pesar de lo pesado que se pone siempre.

—¿Nikolai? —dije—. ¿Nikolai?

—Sí —dijo al final con una voz que no parecía la suya.

Entonces comprendí que él tampoco era el mismo ya, y

que nunca volvería a serlo.

De hecho, fue idea suya que intentásemos asustar un poco a mamá. Un día cogimos un papel que parecía bastante secreto de un cajón y lo dejamos sobre su escritorio. Otro día le pusimos una de las camisas de papá al maniquí que había en su dormitorio. Solo unos días antes de marcharnos, escribimos una carta que decía que sabíamos lo que había hecho. No nos atrevimos a poner «a papá» o «a Haavard», pensamos que eso nos delataría.

Todo fue como un ensayo para el acto final, el de abandonarla. Mamá nos había arrebatado al mejor papá del mundo. Ahora ella comprobaría lo que era no tener hijos.

Poco a poco he ido comprendiendo que la abuela Agnes estaba enfadada tanto con abu como con mamá. Tenía algo que ver con los viejos tiempos, cuando mamá y Lars eran pequeños y abu y la abuela se divorciaron. Yo había intentado preguntar qué había pasado realmente, pero nunca recibí respuesta. Y empecé a echar mucho de menos a abu, a los abuelos de Oslo, a Axel, e incluso a mamá.

Ahora ella está fuera y nosotros aquí dentro, con la abuela. Es como estar atrapado en medio de una especie de guerra extraña en la que no tengo ni la menor idea de lo que se les puede ocurrir a ninguna de las dos.

75

CLARA

ABRO LA PUERTA. Los tres siguen sentados, bastante tranquilos, como si se hubiesen desinflado. No los ha estrangulado ni envenenado, ni tampoco les ha hecho ninguna otra cosa.

Stian asume el control, les indica que salgan de la choza mientras yo me limito a quedarme allí, mirando. Es como si toda la sangre hubiese abandonado mi cabeza y hubiera recorrido todo mi cuerpo antes de escaparse por la punta de los dedos y alcanzar el suelo.

Sangre de mi sangre, hueso de mi hueso, alma de mi alma.

Ahora se ha hecho completamente de noche, pero tanto Stian como yo llevamos linternas frontales. Los niños pasan por delante de mí cuando salen de la choza, sin mirarme. Tal vez sea para no quedar cegados por la intensa luz de la linterna, o porque no soportan mirarme; en ese caso, es recíproco.

Mi madre, en cambio, me mira directamente cuando pasa por delante de mí, con los ojos llenos de despecho y desdén.

Stian entra un momento cuando pasamos por el refugio y recoge un par de trapos de cocina que rasga y ata fuerte alrededor de mi tobillo.

Comenzamos a bajar, Stian y Agnes a la cabeza, luego los niños y por último yo.

—Está oscuro, el terreno puede estar resbaladizo y los únicos que tenemos linterna somos Clara y yo —dice Stian—. Los demás tenéis que intentar caminar por donde vamos iluminando con la luz. Id con cuidado, así llegaremos abajo sanos y salvos.

Nadie dice nada. Lo único que se oye es el rugido del río, el viento que susurra, un búho real que ulula, los sonidos de la naturaleza.

El móvil de mi madre emite un fuerte pitido. Las personas

mayores siempre llevan el volumen del móvil demasiado alto. ¿Quién le manda mensajes a estas horas? ¿Bodil? ¿Biffen? En realidad, no me importa.

La última vez que la vi estaba sentada en un sillón meciendo la cabeza de manera apática. Ahora camina por aquí, en la oscuridad, y ha tenido a mis hijos bajo su cuidado durante varios días. Es difícil de creer.

Mi propia madre. No sé qué voy a hacer con ella. Stian deberá encargarse, hacer que se aleje todo lo posible de mí. En este momento, mi mayor deseo es no volver a verla jamás.

Tengo que intentar hablar con los niños, averiguar qué saben, en qué estaban pensando, qué los ha motivado a hacer algo así.

En cualquier caso, enseguida llegaremos a la granja. Allí nos estarán esperando papá, la gata y la chimenea crepitante, y seguramente pueda tomarme una copa. Algo es algo.

Stian retrocede para llegar hasta mí y me coloca el brazo sobre su hombro, como para que me apoye en él, dado que tengo el tobillo lastimado. Me gusta la sensación de colgar sobre su hombro, como también me gusta sentir sus dedos contra mi espalda, su mano en mi nuca, esas cosas que por lo general no me gustan.

No sé qué significan, o si significan algo, pero camino contemplando a mis hijos, que en pocos años me sacarán una cabeza, y pienso que esto tiene que funcionar. De alguna manera, tenemos que lograrlo.

Entonces algo me alcanza el rostro, tan repentinamente como la lluvia en la plaza enfrente del Palacio Real este mismo otoño. Alzo la cabeza, miro hacia arriba.

Enormes copos blancos me impactan contra la frente, la nariz, las mejillas, la boca, los párpados, caen densamente al suelo, comienzan a cubrir la oscuridad con blancura por primera vez este año.

Doblo la esquina del granero y entro en el patio, descubro algo que no cuadra. Las puertas del granero están abiertas de par en par, y jamás suelen estarlo; la parte superior de la construcción está iluminada por dentro.

En el umbral cuelga un cuerpo.

Lo miro, aunque no quiero. Lo comprendo, aunque no quiero. Entiendo que nada volverá a estar bien jamás.

Epílogo

STIAN

—PAPÁ —GRITÓ ELLA—. Papá, papá…

Luego echó a correr por el puente del granero hacia el hombre que colgaba del techo. Visto desde fuera, era una silueta negra recortada contra la intensa luz de fondo. Corrí tras ella, conseguí atraparla entre mis brazos y la tumbé en el suelo, de una forma más brutal de lo que me hubiera gustado. Luego salí corriendo hacia Leif. Aunque pude ver que seguramente ya era demasiado tarde, tenía que intentarlo.

Clara permaneció tumbada en el puente del pajar, en posición fetal, como si ella también estuviese muerta. Los niños la miraron horrorizados, contemplaron a su abuelo ahorcado y luego volviendo a mirarla a ella. Agnes se quedó junto a ellos con una expresión extraña, inmóvil, y una media sonrisa inapropiada. Le pedí que se llevase a los niños a la casa. No era lo mejor, pero me pareció lo más oportuno, aunque me arriesgase a que se largara de nuevo con ellos.

Cuando llegó la policía local, llamé a la residencia donde Agnes había estado ingresada. Una mujer que trabajaba allí vino a buscarla; pareció que se conocían bien, Agnes no protestó. Todavía me pregunto si deberíamos denunciarla o no. Es complicado. ¿Cómo podríamos hacerlo sin revelar todo lo que ha ocurrido?

Resultó imposible conseguir que Clara dijese algo o se moviese. Es una mujer delgada, pero también alta, no es ninguna niña pequeña. Al final conseguí, de alguna forma, meter los brazos bajo su cuerpo espigado para levantarla, llevarla en volandas a través del patio, entrar en la casa y subir las escaleras. Así por lo menos estaría alejada de Agnes y los niños.

En el salón había una vieja caja de cartón. Le eché un vistazo rápido y me pareció que contenía objetos relacionados

con Lars; tendré que revisarla más adelante. De momento, he subido la caja a uno de los dormitorios, no es necesario exponer a los niños a esas cosas.

La taza de Leif estaba en la mesa, junto un grueso libro abierto y sus gafas de leer encima. Era como si acabase de estar allí, y, en efecto, así era. Más tarde conseguí sonsacarle a Clara que se lo había contado todo a Leif antes de subir al refugio. Incluso le había mostrado la estúpida nota que finalmente resultó que había escrito Agnes, en la que exigía a Clara que matase a Leif si quería volver a ver a los niños.

Clara había llamado a su padre desde el pedregal cuando no consiguió dar conmigo, durante los escasos minutos que estuve ocupado con Halvor. Había sido una conversación breve y caótica que se interrumpió cuando su teléfono se quedó sin batería, y que le habría hecho pensar a Leif que él tenía que sacrificarse para salvarla a ella y a los niños. Yo, por mi parte, cuando la llamé después de ver su llamada perdida y de que saltara el buzón de voz, rastreé su teléfono. Para nosotros es posible hacerlo, incluso cuando está desconectado. Así fue como la encontré junto a la choza de piedra.

Leif le había enviado un mensaje a Agnes mientras bajábamos a la granja. Cuando me enteré, recordé que había oído el pitido que emitió su móvil.

> Haré lo que deseas, has ganado.
> Por favor, no le hagas daño ni a los niños ni a Clara.
> Leif

Luego se ahorcó con las correas de carga que usaba para tensar las cercas.

Clara se reprocha a sí misma este sacrificio. Resulta difícil imaginarla de vuelta en su cargo de ministra, pero supongo que eso cambiará con el tiempo. Una mujer que se las apaña para escalar un barranco profundo en la oscuridad con las costillas rotas y un esguince en el tobillo es capaz de casi todo.

Jamás en la vida he conocido a nadie como ella, y mira que he conocido a mucha gente y he visto muchas cosas. De alguna manera, la última semana ha sido el contrapunto a varios años de una existencia tranquila, en comparación con

los años en Afganistán y otros destinos.

No sé cómo conseguí que Clara se pusiera en pie para asistir al entierro. Fui al centro comercial que hay en el pueblo vecino, les compré ropa a ella y a los niños, lavé y planché, dejé preparada la ropa para los tres. Sí, incluso le lavé el cabello, se lo cepillé y se lo sequé con el secador, como hago con el cabello de mis hijas en casa.

De hecho, fue en ellas en quien pensé cuando vi a Clara junto a la fosa abierta en el cementerio empinado. Estaba allí sola, y fue como si quisiera dar a entender que no deseaba que nadie se acercara a ella, algo que, por otra parte, nadie hizo. Yo era quizá la única persona que en ese momento podría haberlo hecho, pero no me pareció apropiado en esas circunstancias.

En la tumba de al lado yacía Lars. Habían retirado su lápida, que tenía un pájaro, para la ocasión, y estaba apoyada contra el muro. Quizá pongan el nombre de Leif en la misma lápida, es algo que Clara tendrá que decidir. Yo me hice cargo del entierro, pero tarde o temprano ella tendrá que tomar el relevo.

Me aseguré de que policías uniformados mantuviesen a los medios de comunicación y a los curiosos a distancia. Tuvieron bastante trabajo, pues había un montón de gente fuera, tras los muros de la iglesia. Los portadores se ayudaron de cuerdas para depositar el féretro en un gran hoyo excavado en la tierra, tal y como dicta la costumbre por aquí. Las seis personas del pueblo a las que llamé aceptaron acompañarlo hasta el final.

Puesto que Clara no estaba en condiciones de ayudar con el discurso del pastor ni con ninguna otra cosa, intenté averiguar quién lo conocía bien. Resultó ser una misión imposible. En general, nadie conocía a Leif. La gente, en realidad, no conocía a Clara. Solo Clara conocía a Leif, y solo Leif conocía a Clara.

Aquel hombre tan pesado, el propietario del cobertizo donde vivía Agnes y al que llaman Biffen, afirmó que era el mejor y más antiguo amigo de Leif, sin que nada indicase que hubiesen tenido una relación especialmente cercana. En el cementerio me pareció ver al periodista, a Halvor, entre la multitud, pero no puedo estar seguro del todo. En cualquier

caso, le haremos un seguimiento.

La secretaria general del ministerio expresó su deseo de asistir al entierro, pero yo le dije que no era buena idea. Los suegros de Clara, sin embargo, sí asistieron. Están alojados en la pensión del pueblo, y no sé hasta qué punto comprenden lo que ha pasado; yo he intentado decir lo menos posible.

Åsa sugirió que le pidiese a Axel, el amigo de Clara, que viniese. Él era la persona más cercana a los niños desde que Haavard ya no estaba, dijo con un suspiro.

Llamé a Axel, que al principio se mostró muy arisco y que luego se horrorizó cuando se enteró de lo que había pasado, antes de decir que, por supuesto, quería ayudar. Estos días se aloja aquí, en la granja, con nosotros, en un dormitorio que parece la habitación de un hotel anticuado, dentro de esta casa caótica y llena de cosas. Sin embargo, creo que ha estado durmiendo en un colchón, en el suelo del cuarto de los niños. Es amable y educado, aunque también reservado, y hay algo en él que no me acaba de cuadrar y de lo cual tomo nota para más adelante.

Los dos niños permanecieron pegados a Axel mientras el féretro se iba hundiendo en la tierra, y los tres dan de comer a las ovejas y a las gallinas todos los días. Los niños siguen sin hablar mucho; se muestran taciturnos y van por ahí con los ojos enrojecidos. Debe atormentarlos también el sentimiento de culpa, como es natural. Si no fuese por ellos y por Agnes, Leif seguiría vivo.

Mi pequeña contribución para animarlos ha sido la de rastrear y rescatar con éxito el panda de Nikolai. Así, por lo menos, han recuperado su peluche y su llavero.

A Clara no parece importarle que el panda haya vuelto, que Axel esté aquí ni ninguna otra cosa. Sigue en la cama, en la misma posición fetal de la noche en que ocurrió todo, acurrucada, como una niñita perdida e indefensa.

Agradecimientos

GRACIAS A TODOS que han leído o han contribuido de alguna manera a la creación de este manuscrito: Anja Gustavson, Aud Søyland, Berit Laura Bjerke, Brit Bildøen, Einar Bjørndal, Erik Mælandsmo, Gard Skagestad, Gina Winje, Hegelin Waldal, Jorunn Sandsmark, Margit Holven, Pernille Hunsbedt, Thomas Ruud Sollien, Tordis Ørjasæter, Torkjell Lunde Børsheim y Tuva Ørbeck Sørheim.

En especial, muchas gracias a mi buen amigo y editor Aslak Nore, y a Eva Hildrum, lectora entusiasta, imaginativa e incansable.

MAEVA

Título original: *Av mitt blod*

© Ruth Lillegraven, 2004
© Kagge Forlag, 2021
Publicado por acuerdo con Winje Agency A/S, Norway
© de la traducción: Bente Teigen Gundersen y Mónica Sainz Serrano, 2023

© MAEVA EDICIONES, 2023
Benito Castro, 6
28028 MADRID
emaeva@maeva.es
www.maeva.es

NORLA
Norwegian Literature Abroad
La traducción de este libro ha recibido la ayuda financiera de NORLA, literatura noruega en el extranjero.

Diseño e imagen de cubierta: Opal Works BCN sobre imágenes de iStock y Shutterstock

MAEVA defiende el *copyright* ©.
El *copyright* alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores.
Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del *copyright* y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que MAEVA continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN ebook: 978-84-19110-89-3

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S. L.
www.mtcolor.es

Maeva en digital

Para saber más sobre las últimas novedades, noticias,
próximos lanzamientos o nuestros puntos de venta visita:
www.maeva.es

Maeva Ediciones en las redes sociales